

Diarios de mi vida

Una selección



BIBLIOTECA BÁSICA
DE AUTORES VENEZOLANOS

RUFINO BLANCO FOMBONA

Diarios de mi vida

Una selección



Prólogo

ÁNGEL RAMA

BIBLIOTECA BÁSICA
DE AUTORES VENEZOLANOS



1ª edición en Biblioteca Básica de Autores Venezolanos, 2004

ILUSTRACIÓN DE PORTADA

Bitácora, 1999

Pájaro

Óleo sobre tela

50 x 60 cm

Colección del autor

DISEÑO DE COLECCIÓN

Marisela Balbi

DISEÑO DE PORTADA

Helena Maso

©MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA, C.A., 2004

Apartado postal 70712, Caracas, Venezuela

Telefax (58-212) 263.8508

www.monteavila.gob.ve

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal N° If 50020048002577

ISBN 980-01-1230-8

BIBLIOTECA BÁSICA DE AUTORES VENEZOLANOS

La colección *Biblioteca Básica de Autores Venezolanos* se origina en la necesidad de garantizar a nuestra sociedad el acceso al disfrute de la lectura. Su formulación está enmarcada dentro de los objetivos estratégicos que se plantea el Estado para alcanzar la democratización de la lectura, a través del libro como un bien cultural esencial destinado a la formación y el desarrollo de los ciudadanos. Por ello Monte Ávila Editores Latinoamericana, la editorial del Estado venezolano, presenta este conjunto de ediciones masivas conformado por una cuidada selección de títulos consagrados del acervo literario nacional.

En este sentido, la *Biblioteca Básica de Autores Venezolanos* acoge obras de la narrativa (serie verde), la poesía (serie roja), la dramaturgia (serie durazno) y la prosa ensayística y documental (serie azul); que dan cuenta de la rica y espléndida trayectoria de las letras venezolanas.

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

Los libros autobiográficos conocidos de Rufino Blanco Fombona conforman aproximadamente un millar de páginas y son los siguientes: Diarios de mi vida. La novela de dos años (1929), de 357 páginas; Camino de imperfección (1933), de 381 páginas, y Dos años y medio de inquietud (1942), de 283 páginas.

Esta edición conserva intacto el prólogo de Ángel Rama publicado por Monte Ávila Editores con el título Diarios de mi vida (1991), que consta de 288 páginas, y recoge una muestra abreviada e íntegramente tomada de esa selección preparada originalmente por el destacado crítico en 1975. El lector encontrará algunas citas en el prólogo que no fueron incluidas en esta selección que hoy ofrecemos al público. No obstante, respetando esos criterios, se ha seleccionado un material que da cuenta de los diversos temas que inquietaron al autor venezolano en política, literatura, erotismo y secretos de alcoba, vida privada, impresiones de viajes y conflictos personales. Con ello Monte Ávila Editores, a través de la Biblioteca Básica de Autores Venezolanos, ha procurado ofrecer a los lectores una semblanza general de la fascinante personalidad de Rufino Blanco Fombona.

PRÓLOGO

1

El 7 de abril de 1913 Blanco Fombona se preguntó a sí mismo qué era lo que más le importaba de los libros, tanto vale decir de esa literatura que era su ejercicio diario y el motivo aparente de su vida. Y se dio esta respuesta donde él se definía:

Lo que más me interesa en un libro es el autor, el alma del autor. Por eso no leo libros tontos o vulgares; a la segunda página, sé si debo continuarlo o no. La lectura que prefiero es la de un *Diario* íntimo; o de unas *Memorias*, sobre todo si no son políticas ni de algún militar: los soldados resultan prolijos y carecen de alma como las bestias. Después, me complacen las biografías de hombres célebres; después, las biografías de hombres corrientes, es decir, las novelas modernas; después, los estudios de crítica y, por último, las obras de psicología, de psiquiatría y aun de lo que llaman ahora los alemanes y austriacos, psico-análisis.

El texto literario, ese objeto autónomo logrado por la urdimbre de un sistema lingüístico sobre el que opera la libertad combinatoria de la «parole» del autor, se desvanece

ante esta mirada que atraviesa el mensaje artístico como si fuera meramente un fantasma, una corporización «astral» como la de los espiritistas, la cual permite recuperar fugazmente al hombre real del que es proyección. El receptor del mensaje lo maneja para reconstruir con él, hábilmente, al emisor, de tal modo que el mensaje no es otra cosa que su servidor, su sombra, su manifestación, su huella. Esta mirada arrasadora del texto, reconstructora del otro que está hablando en él, explica las múltiples desatenciones e impropiedades del autor para con sus propios textos literarios, explica sobre todo que para Blanco Fombona la literatura no fuera otra cosa que «expresión», sucedáneo de ese esplendoroso mito del modernismo que se llamó la «personalidad».

Esta concepción de la literatura, que en cierto modo es hija de la estética modernista porque negándose a toda comunidad artística (taller, escuela, grupo) realza soberanamente lo que Darío llamara «el tesoro personal» y hace de la originalidad (que a su vez es simple calco de la individualidad aguzada hasta su delirio) la cifra superior del arte, puede explicarnos la devoción de Blanco Fombona por su obra poética, pues en ella era él, su plena subjetividad, la que estaba presente y hablaba; puede explicarnos esas bruscas intervenciones que hace dentro de sus novelas transformándolas en alegatos del autor con desmedro de la autonomía de los personajes o las situaciones; puede explicarnos, por último, que durante casi treinta años haya mantenido un «diario íntimo» dejándonos en esas anotaciones lo mejor de su obra literaria. Esta preferencia por el Diario, entre los múltiples géneros literarios que cultivó el autor, la cual ya fuera formulada por Enrique Anderson Imbert en su Historia

de la literatura hispanoamericana, fue parcialmente prevista por Blanco Fombona. Aunque él reservó su pública predilección para su poesía y su orgullo para su tarea de historiador bolivariano, desde sus comienzos concedió especial importancia al diario íntimo y en una anotación testamentaria que le dicta la desesperación el 13 de setiembre de 1905 cuando se encuentra en la cárcel de Ciudad Bolívar, exclama: «Y que se publique el Diario íntegro». Tal expresión cuando éste sólo tenía poco más de un año, resultará acrecentada con los años, cuando progresivamente el Diario se le transforme en un confidente y en un compañero de trabajo y soledad.

Aparentemente el Diario fue comenzado el 3 de febrero de 1904 en París, si atendemos a su primera entrega pública que fue Diario de mi vida. La novela de dos años (1904-1905) (Madrid, Renacimiento, 1929), aunque la forma abrupta en que se abre el libro, así como los fragmentos de diario que es posible encontrar en un librito anterior, Más allá de los horizontes (Madrid, B. Rodríguez, 1902), permiten sospechar que si no en forma sistemática, al menos ocasionalmente cultivó el género desde varios años antes. En todo caso, Rubén Darío sabía de su existencia, pues a él alude en el prólogo cordial que le escribió para su primer volumen de poesía, Pequeña ópera lírica (Madrid, Fernando Fe, 1904), que Blanco Fombona recibe en Madrid el 2 de junio de ese año, comentándolo así:

Respecto al *Diario* que tanto y tan a menudo me ha censurado el gran poeta, sin conocerlo, y acaso porque imagine indiscreciones que le atañan, dice: «Apenas había comenzado a vivir verdaderamente y ya quería escribir el libro de su vida».

Efectivamente, Darío sólo intentó una vez, por pocos días, una suerte de Diario de viaje cuando su viaje a México en 1910 y prefirió, al llegar a los 45 años, el género autobiográfico de las memorias en la serie de artículos «La vida de Rubén Darío escrita por él mismo» que publicó Caras y Caretas (setiembre a noviembre de 1912), anunciador de otros textos del mismo tipo memorialista. Tenía cierta desconfianza respecto al género «diario», no sólo por las razones aducidas por Blanco Fombona; esa desconfianza fue compartida por los demás poetas del movimiento modernista y en forma aún más general por los escritores de la lengua española, peninsulares o hispanoamericanos.

El Diario de Rufino Blanco Fombona es una excepción dentro de la literatura española y americana y en el período modernista sólo se registra otro ejemplo similar, por la extensión y la concepción literaria: el que llevó el novelista y diplomático Federico Gamboa, el cual se aproxima al modelo que habían patentado los Goncourt, o sea al registro de la vida intelectual, la escritura de la oralidad cotidiana que implicó una severa constricción de su libertad y espontaneidad, modelo que aunque parcialmente practicado por Blanco Fombona le resultó poco interesante. El 2 de abril de 1913, anota:

Lo poco que conozco del *Diario* de los Goncourt no me gusta. Ese *Diario* de los Goncourt es sólo un chisme largo. Nada de interés humano. Sólo un chisme. Estamos entre comadres literarias. Y lo peor es que no se trata de comadres perversas ni siquiera de chismes de mala intención.

Aun aceptando como fecha de iniciación del diario ese día 3 de febrero de 1904 en que recibió ejemplares de su primer libro en francés, Contes Américains, y se sintió impulsado a consignar con estilo «blasé» su brusco desinterés por una publicación tan cotidiana, igual el Diario es de los más extensos que se hayan practicado en Hispanoamérica, pues se extiende hasta el 13 de agosto de 1930 y es previsible que lo continuó después de esa fecha sin que hasta el presente se le conozca. De ese período de casi 27 años, conservamos sólo catorce años, de 1904 a 1914, ambos inclusive y de 1928 a 1930, ambos inclusive, distribuidos en tres volúmenes: el citado Diario de mi vida. La novela de dos años (1929), Camino de imperfección. Diario de mi vida (1906-1914), Madrid, Editorial América, 1933 y Dos años y medio de inquietud, Caracas, Impresores Unidos, 1942. Ese gran fragmento ausente, Blanco Fombona lo atribuyó a una conspiración contra él debida a los agentes del dictador Juan Vicente Gómez que, según consigna numerosas veces en sus apuntes íntimos, hurgaban sus papeles, sobornaban a porteros y empleados domésticos y le robaban sus manuscritos. Justifica la publicación de Camino de imperfección con una página liminar, donde dice expresamente:

Si no los publico van a perderse. Ya la barbarocracia imperante en mi país nativo, comprando a los porteros, a los empleados de mi oficina y a los criados de mi casa, por medio de sus Legaciones y sus espías, me ha sustraído cuadernos manuscritos que corresponden a doce años de trabajo y de vida: de 1914 a 1926, ambos inclusive. Los mejores años de mi vida, los mejores años del *Diario* y los mejores años de mi pensamiento.

El error que comete en las fechas del Diario presuntamente desaparecido será corregido en la nota final que acompaña a Dos años y medio de inquietud, donde precisa:

Como los cuadernos escritos o mecanografiados de este *Diario*, desde el año de 1915 hasta 1927, ambos inclusive, me han sido robados por los espías de Gómez, principalmente por el miserable Antonio Reyes y su inductor directo José Ignacio Cárdenas, ministro de Gómez en España primero, y después en Francia y en Holanda, ha desaparecido lo más íntimo y más fuerte de mi pensamiento, en lo mejor de mi vida: de los cuarenta a los cincuenta y dos años.

Es difícil establecer la exactitud de las denuncias del autor y las mismas autoridades españolas a las que él dice concurrir para pedir garantías contra el espionaje y los robos de que era objeto, parecen desconfiar de sus palabras considerándolo un monomaniaco o un hombre con complejo de persecuciones. Lo cierto es que esos años fueron los más fructíferos de la vida de Blanco Fombona, tanto por su producción intelectual como por la organización de la Editorial América que en ese período dio a conocer no menos de trescientos títulos, en su mayoría de escritores hispanoamericanos, constituyéndose en una exitosa empresa comercial y a la vez un centro de difusión del americanismo que resultaba bien necesario y bien insólito en la España de ese tiempo.

En cuanto a la conclusión del Diario puede especularse acerca de que no debió detenerse en 1930, pues no aparece claro ningún motivo para que el autor lo abandonara en esa fecha. Probablemente lo continuó, por lo*

menos hasta la muerte de Gómez en que se reintegró al país y a los honores que se le dispensaron a quien había pagado con veintiséis años de exilio su oposición frontal al dictador. En el apéndice a Camino de imperfección había consignado que «esta obra concluirá cuando yo muera, como la autobiografía de Ginesillo en Cervantes» y en Dos años y medio de inquietud, que recién se publica en 1942, no hace ninguna referencia explícita a que sea ese el último Diario que escribiera, a pesar de que visiblemente le ha aderezado un final crepuscular.

2

Aunque Blanco Fombona critica el diario que llevarán los Goncourt y el de Stendhal, así como el de Amiel que, según dice, se vuelve «todo pensamiento» del mismo modo que el de María Bashkirtseff «todo sensaciones» (19 de noviembre de 1913), en el suyo hay de todos ellos, indistintamente, según las cambiantes horas de su vivir: hay sobre todo incesantes contradicciones, ataques de mal humor, caprichos que le llevan a atacar hoy a Jesús para alabarlo mañana, tan repetidas veces como para que el propio autor concluya descubriendo, gracias al diario, lo que sus contemporáneos supieron desde siempre, que era un ser contradictorio, en perpetua oscilación, un ser extremado, de rápidas pasiones, gobernado por esta inclinación a confiar en el espontáneo furor, en el espontáneo goce y a volver de ellos bruscamente.

Debe de haber una contradicción fundamental en mi naturaleza, que se traduce en antinomias personales...

De esta educación y de esta naturaleza personal ha salido un ser contradictorio, un hombre que siente y piensa contradictoriamente (11 de marzo de 1912).

En un temperamento que se define a sí mismo como contradictorio, llevar casi día a día un diario es desafiar toda coherencia y abandonarse a la variación que ese mismo temperamento promueve, ofreciendo todas las facetas posibles, como todas las luces cambiantes de un día. Es curiosa esta entrega a un registro escriturario que patentiza las incoherencias, volubilidades y contradicciones, y doblemente curioso porque en ella se evidencia el hedonismo que fue nota distintiva del autor. Se entrega gustosamente a ese juego de luces cambiantes, disfruta con la anotación de estos cambios a los que no deja de censurar, se complace visiblemente en sus alteraciones, desniveles y caprichos (intelectuales o amorosos, ideológicos o literarios) aunque al mismo tiempo reivindica una línea rígida de conducta que sólo lo fue en algunos asuntos capitales (política) pero que no llegó nunca a conformar una vida. El estremecimiento de la piel, el placer de verse, de sentirse, de convivirse y disfrutarse, parece haber sido uno de los motores centrales que llevaron a escribir este Diario por tan largos años y también la motivación para abandonarlo cuando el registro que debía hacerse correspondía a la vejez y a los sinsabores propios de esa constante pugna entre un espíritu arriscadamente juvenil y una realidad que ya no se le plegaba con obediencia.

¿Por qué se escribe un diario íntimo? Tarde o temprano esta pregunta aparece como una obligación. Si los españoles han sido tan esquivos para el género y segura-

mente por pudor ya que los diarios están siempre destinados, más tarde o más temprano, a la publicidad (nada más público que un diario íntimo, decía Unamuno), si los franceses que han desarrollado más que nadie el sentido profesional de sus vidas de intelectuales y que no han dejado nunca de acatar el principio stendhaliano que consiste en ganar su causa artística cien años después, se han mostrado cultores parsimoniosos del diario íntimo que fue para ellos un arma ofensiva y defensiva y también un abismo de presunta sinceridad dentro de la descendencia rousseauiana, ambas posiciones corresponden a situaciones culturales distintas y admiten, dentro de sus normas, la particularidad de una inclinación absolutamente personal y única.

Ya indicamos que el modernismo llevaba en su seno el principio de exaltación de la personalidad que había comenzado en el mundo con el romanticismo. ¿Quién que es no es romántico? decía Darío y esto justificaba la restauración de la divisa romántica: Yo me exalto para que me exalten. La exaltación de sí mismo, incluso la adoración de sí mismo, que fuera uno de los principios animadores del decadentismo europeo del XIX, conducía, mediante su acoplamiento con las nuevas técnicas de elaboración que el siglo científico y técnico había desarrollado, a la famosa concepción que en la década amarilla formulara Oscar Wilde acerca de la importancia mayor de la vida propia respecto a la obra literaria y la equiparación de ambas como tareas esmeradas y pulcras. Poner el talento en los libros que se escriben, pero el genio en la vida, esta divisa wildeana significaba que la vida personal podía ser edificada, elaborada lenta y morosamente como una obra de arte, escrita en gestos,

en sensaciones, en gustos, en pensamientos, en imágenes, y que ésa era la tarea más ambiciosa junto a la cual la literatura era oficio de menestrales, torpe e inferior ocupación.

La transustanciación de la vida del artista en una obra de arte habría de pasar por las formas exageradas y operáticas de la época, pues esta obra de arte adquiriría el estilo ornamental, flexible, estentóreo de su tiempo, ocuparía la escena con desenfado, vestiría el ropaje decadente, se autovanagloriaría hasta poder construirse a sí mismo como una invención cuya validez dependería de la distancia real en que esa imagen construida se situaba respecto a la realidad de que partía. Nadie mejor que André Gide interpretó esta dimensión, justo cuando él decía eludirlo, alejarse del espectáculo Oscar Wilde o del espectáculo Robert de Montesquiou, para en verdad rescatarlo dentro de modos más aceptables al nuevo siglo XX, pues para él todo el problema del escritor consistiría en «representar» algo y alguien y todo su arte radicaría en su capacidad para forjar una imagen de sí que resultara apreciada, admirada, vilipendiada, en cualquier caso aceptada forzosamente como la representación adecuada. La norma del artista nacido en el simbolismo consistiría en «representar», en forjar su vida de conformidad con un determinado proyecto (más sentido y gozado que pensado) para hacer de ella un espectáculo. Todavía en la época de la guerra, Apollinaire dirá «je deviens un spectacle fabuleux». Esa representación, en efecto, no podía sino ser «espectacular», corresponder a un escenario, proyectarse hacia un público fascinado al cual conquistar, generar una gesticulación devoradora, vestirse con fastuosos ropajes, dominar la escena.

Dentro de la literatura modernista, en esa segunda generación que habría de ingresar a la escena hacia 1900, hay al menos tres figuras que interpretan cabalmente esta situación del artista: el colombiano José María Vargas Vila, el uruguayo Roberto de las Carreras y el venezolano Rufino Blanco Fombona. Cada uno de ellos forjó un instrumento con el cual ejecutar su «representación», su ofrecimiento ante los demás desnudándose públicamente y entregando su intimidad. Vargas Vila apeló a la narrativa, construyendo sucesivas obras de las cuales era el oculto protagonista, el exaltado artista de los amores torrenciales, el esteta y el decadente, el maldito y el ofrendado; Roberto de las Carreras apeló a la estridencia pública invitando a Lina Cavalieri a «la lid amorosa» o contando a un presunto periodista, que era él mismo, los engaños de su propia mujer en las Interviews voluptuosas; Rufino Blanco Fombona construyó la más trabajosa, larga y detallada red, que fue el «diario íntimo», para ofrecerse a los demás en plena desnudez.

El Diario aparece como el espejo (aunque pronto se sabrá que un espejo mágico, autoritario y caprichoso), o sea como la posibilidad de registrar placenteramente el simple vivir humano, entendiendo que cualquier momento de este ser excepcional que es el artista, según la conocida concepción exaltadora del modernismo, merece ser registrado para que todos puedan verlo, admirarlo, rendírsele. Es la excepcionalidad de quien escribe la que justifica la escritura, pero ésta no tiene otra función que la de permitir reconstruir al hombre excepcional en los momentos que no son los de su creación literaria (es uno de los temas menos frecuentados por este Diario) sino en los de su vivir íntimo. Desde luego que muchas

veces el Diario asume la función de «memorial de agravios» o la de «documentos justificativos para la historia» o incluso la de simple acopio de «chismes literarios» como en los Goncourt, pero ninguna de esas tareas es la que moviliza una creación tan tesonera y persistente. La fuerza animadora es aquella que hace del diario un espejo. Es fatal que se pretenda contar con un espejo hermoeador, pero es también fatal que se concluya descubriendo que ese espejo se independiza y concluye imponiendo su voluntad, que no es siempre amistosa para el creador.

En un momento dado, el 29 de octubre de 1913, Rufino Blanco Fombona se enfrenta a la pregunta crucial de todo autor de diarios:

*¿Para qué se escribe un Diario de vida? En realidad no lo sé. No toda nuestra vida –en lo que significa acción ni en lo que significa pensamiento– queda incrustada en el *Diario*. Con las acciones que dejamos entre paréntesis y con los pensamientos que dejamos inéditos al paso de nuestros días, podríamos escribir otro *Diario*, también nuestro y tan diferente del que llevamos, como pueden serlo el diamante del carbono, un hombre de una mujer y un alma de otra alma.*

Acaba de descubrir que el espejo mágico no siempre responde «tú eres la más bella». ¿Cómo es eso? Se trata del manejo de una estructura de significación que se consigue por la pluralidad de datos que caprichosamente se van recogiendo en el diario íntimo y que son susceptibles de nueva combinación cuando ingresa el receptor del mensaje a trabajar con él. Éste vincula unos datos

con otros, proyecta los que se le proporcionan sobre otro panorama interpretativo que no el del autor, desplaza y correlaciona de manera distinta las imágenes contradictorias; en una palabra, juzga. En vez de admirar, asume la función de juez. Si la vida humana no puede registrarse taxativamente y desde el momento que se la selecciona se la traiciona y desfigura, del mismo modo la correlación de datos dentro de una estructura de significación implica un enjuiciamiento y una variación sobre la proposición que ha hecho el autor. Ciertamente, el receptor del mensaje lo maneja para recomponer al emisor del mensaje, pero éste no recibe en reciprocidad la imagen de sí mismo que ha construido para la representación, sino otra que lo desconcierta o incluso lo avergüenza. Este alarde de la sinceridad se ha transformado en una ciénaga peligrosa.

Pero además un diario íntimo es tiempo, sobre todo cuando se tiende a lo largo de un período tan extenso. La vida humana va pasando por sus páginas, tanto como los acontecimientos, que son los que los historiadores van a buscar a estos repositorios de información. En la «Nota final» a Camino de imperfección Blanco Fombona edifica su teoría sobre las edades del hombre:

La vida de un hombre se compone de cuatro etapas de-
semejantes de 18 años cada una: infancia y mocedad,
hasta 18 años, juventud propiamente dicha hasta 36,
madurez hasta 54 y vejez hasta 72. Lo demás se llama
sobrevivencia.

*Desde esa perspectiva, es posible cotejar tres autorre-
tratos que nos ofrece; uno a los 32 años de edad, cuando*

el 2 de abril de 1906 escribe su epitafio en una incontestable alabanza de sí mismo que lo muestra no sólo que-riéndose sino siendo inmensamente feliz consigo mismo; otro a los 38 años, ya en el tercer período de la vida, cuando el 11 de marzo de 1912 comprende que está hecho de contradicciones que considera peculiares de su naturaleza; otro a los 56 años, cuando el 22 de julio de 1930 tiene presentimientos de muerte («Estoy enfermo y moriré acaso pronto») y lo inunda la selfpity. Estos tres retratos están escritos todos por el tiempo y siendo todos reflejos de sí en el cristal azogado del espejo, son, como los retratos de Rembrandt, disfraces de variados colores que agita ante nuestros ojos.

3

El Diario de Blanco Fombona cumple, como señalamos, con algunas obligaciones propias del género y es una cantera de aprovechables informaciones sobre la vida venezolana de comienzos de siglo y la europea del primer tercio del xx. Hay, en este aspecto, pasajes inolvidables como los referidos al Macuto y al Caracas que bailan mientras se prolonga la enfermedad de Cipriano Castro y los militares y políticos (entre ellos el propio autor) se disponen a repartirse sus restos; o los que cuentan con asombrosa precisión y un velo de tristeza indisimulable los sucesos que llevan a la guerra mundial del 14 en un París que se torna bruscamente melancólico; o los que permiten seguir jubilosamente el derrumbe de la monarquía española y la ascensión incontenible de la República en 1930; o los que reconstruyen la ex-

pedición revolucionaria de 1929 contra Gómez en la cual participa Pocaterra. Son fragmentos de historia, toques de la realidad externa, que Blanco Fombona es capaz de consignar con admirable precisión y austeridad. Dejando de lado una escritura que pecó de ampulosa, demuestra su capacidad para el trazo rápido y preciso y es capaz de darnos una imagen persuasiva de una época, ya sea el Macuto de las indolentes jóvenes veraniegas y los rapaces jóvenes políticos, ya sea el París que se ensombrece y sólo cruzan los soldados reclutados. Si se cotejan algunos textos narrativos del autor mucho más celebrados, como El hombre de hierro (1907) o los Cuentos americanos (1904), con éstas que no pueden llamarse con otro nombre que narraciones, es posible que se prefiera a las últimas: su velocidad, su precisión, su descarnamiento, las tornan más cercanas a nosotros y a nuestra estética que las recargadas descripciones de sus novelas, marcadas por la época.

Pero no es suficiente. Hay otras zonas donde Blanco Fombona demostró su precisión de narrador, justamente porque no procuraba narrar y porque no debía introducirse en las vidas de otros ya que era su propia vida la que se encontraba en trance de contar. De esas zonas, la más asombrosa, la más eficaz y artística es la que corresponde al relato de sus relaciones amorosas.

Es conocida la pudibundez de la literatura de lengua española, tanto en la península como en la que se hubiera esperado más liberada América Hispana. Sólo muy recientemente Julio Cortázar (Último round, 1969) ha escrito la requisitoria sobre la conocida pudibundez de las letras hispánicas en materia erótica, lo que le ha sido

posible porque sólo en ese momento se había producido la irrupción narrativa (de Cambio de piel a la Reivindicación del conde don Julián) que señaló un esfuerzo decidido para apoderarse lingüísticamente del Eros moderno. Si hubiera que rastrear los orígenes de esta expansión contemporánea de un erotismo libre dentro de la literatura, habría que remontarse al modernismo, aunque reconociendo desde el comienzo que tanto en uno como en otro período estamos en la apropiación tardía y mediaticada de la escritura erótica europea o norteamericana. En efecto, si la actual narrativa latinoamericana ha comenzado a merodear (no más que eso) lo que Henry Miller, Jean Genet, William Burroughs o Georges Bataille han hecho ya en sus respectivas obras, la literatura del modernismo hizo suya una visión del erotismo que se impuso en las últimas décadas del XIX en Inglaterra y Francia proveyendo de sustento a la escritura de los «malditos», de los «decadentes» y de los «raros» que codiciara Darío desde Buenos Aires: de Rachilde a Swinburne, de Lautréamont a Alfred Jarry, de Verlaine a Wilde, la literatura había inspeccionado las regiones marginales del comportamiento erótico, no siempre utilizando francamente todas las palabras apropiadas, pero muy escasas huellas de esa audacia pueden rastrearse en las imitaciones latinoamericanas.

Lo que en ellas puede recobrase es la nueva versión de la mujer y la primera aceptación del goce erótico de una manera franca. Un modelo femenino que quedó físicamente determinado por la «Salomé» de Gustave Moreau que colgaba en las habitaciones de Robert des Esseintes (en la novela de Huysmans A rebours) se apoderó de la poesía y llegó a atormentar la narrativa gene-

rando conflictos morales de extremada violencia, como los que frecuentó Carlos Reyles en El extraño (1897) y en La raza de Caín (1900), al tiempo de desarrollar una prosa sensual que pretendía traducir al nivel lingüístico el delirio de los sentidos. Ése fue el propósito que se fijó Vargas Vila desde la publicación de Flor de fango (1898) pero más francamente desde Ibis (1908) o Las rosas de la tarde y esa fue la explicación de su éxito desmedido. Pero la visión de esa «terrible devoradora» se logró mediante una descripción opulenta, recargada de referencias cultas, vestida a la manera oriental, como en este fragmento:

Ella era como la mujer armada de los siete espíritus, que tortura y mata al hombre, al decir del Eclesiastés; era ardiente como venida del desierto, escapada a las caricias de leones y de leopardos, incansable como la yegua árabe del Faraón, de que nos habla la Biblia, y sumisa al placer como la hembra del hebreo, con la argolla en la nariz (Ibis).

La interpretación de la mujer y de la relación erótica fue establecida por dos escritores franceses, Rémy de Gourmont y Paul Bourget, en cuyas obras encontraron los hispanoamericanos el catecismo de su liberación. Para Blanco Fombona, el maestro fue Paul Bourget y en general el teatro y la novela trivial francesa de fines de siglo (Henri Bernstein, Víctor Margueritte, Arsène Houssaye, etc.) porque en ellos encontró un tratamiento del erotismo desenfadado y libre, con el toque picante que explicó su éxito en la época, y una teoría de la mujer que justificó la apertura hacia un nuevo tipo de relaciones

más adultas e independientes. Leyendo Cruel enigma acota el 18 de febrero de 1904:

De esta psicología elegante de Paul Bourget, pudiera extraerse buen número de observaciones y consejos espirituales, y formar un breviario galante para uso de vírgenes, semi-vírgenes y pecadoras de sociedad.

El mismo Blanco Fombona que en sus novelas trató o pudorosa o recamadamente los temas amorosos, demostró en su Diario dos cosas inusuales entre los intelectuales de la época: una decisión y franqueza para abordar sus experiencias eróticas (sus «conquistas») consignándolas con el reconocible grano de orgullo personal pero así mismo con libertad para aceptar ese nivel de las relaciones humanas y en segundo término una precisión narrativa que lo liberó de las convenciones estilísticas del modernismo epigonal y le permitió acceder a una nueva escritura que comenzaba a abrirse paso en la primera década del siglo preanunciando a los regionalistas. Si entre los múltiples episodios eróticos que se encuentran en el Diario, los hay que pueden ubicarse enteramente dentro de los cánones del decadentismo, como ser la seducción de la monjita, en el barco, que comienza a 9 de julio de 1908, la mayoría pertenece ya a una nueva visión y por ende a una nueva consignación escrituraria, que en la novelística hispanoamericana fue fijada por Horacio Quiroga con su admirable Historia de un amor turbio (1908). El cambio de sensibilidad y el cambio de estética que se precipitó en la primera década del siglo, puede medirse si se coteja la Santa (1908) de Federico Gamboa y la mencionada novela de Hora-

cio Quiroga. En el mismo tiempo en que se expandían en sucesivas reediciones triunfales las novelas de Vargas Vila y en que se aceptaba la novela del mexicano como la versión americana de la Nana de Zola, ya Horacio Quiroga prefiguraba lo que en esos mismos momentos venían investigando los escritores nórdicos e ingleses, en especial Knut Hamsum. Dentro de esa línea de avanzada se sitúa el tratamiento que da Blanco Fombona a los asuntos eróticos.

Una anotación como la del 26 de setiembre de 1907 da la tónica de este tipo de materiales y revela cómo en esta simple consignación de sucesos, que no pretende incorporarse a la literatura, está utilizando subrepticamente un nuevo esquema literario: un realismo inquieto, abocetado, recogiendo los datos capitales y sometiéndolos a una subjetivación ardorosa:

No habla sino holandés; es decir, apenas puedo entenderme con ella. La enamoriscaba en su frutería y desde mi ventana le enviaba sonrisas, miradas y besos. Como no accedía pronto a mi deseo la abandoné, quiero decir, no me ocupé más de ella. Una de las últimas noches me llamó. Entré, me la comí a besos; y sacándole del corpiño un lindo seno, gordo y blanco, se lo acaricié y se lo besé. Era la primera vez que me permitía esa caricia. No quiso acceder a más. A la noche siguiente le di cita en la playa. Fue; pero no quiso pasar de los besos. La noche después volvió. A la sexta noche... Nos sentamos en la arena. Hacía frío, soplaban un viento casi glacial. Pero el amor desafía a los elementos. La besé, la estreché; y después de una dulce brega, cedió. Mala labor; pero ya perdió el miedo y fue adonde quise llevarla.

Fresca holandésita, ¡qué dulce eres; y cómo vas a vivir en mis recuerdos, en la noche inicial, en la noche de septiembre, sobre la playa fría, mientras soplabla el viento del norte y se calentaban nuestras bocas a besos!

Este mismo realismo es el que se aplica a otros asuntos, no sólo a los de índole erótica, y puede reencontrárselo en numerosos pasajes en que observa a sus semejantes. El 25 y el 30 de marzo de 1906, en el Diario que escribe dentro de la cárcel de Ciudad Bolívar, pinta la misa dominical con el sermón del sacerdote y la visita mensual de los parientes de los presos, con la misma felicidad expresiva. Y el 14 de mayo de 1913, entrando en España, cuenta de sus compañeros de vagón, el grupo de robustos vascos que ríen y se divierten para pasar bruscamente a rezar en coro el rosario, públicamente, sin ninguna clase de inhibición, para sorpresa del hispanoamericano moderno que los contempla.

Como el Diario recorre episodios particularmente novelescos de una vida que muchas veces pareció buscar confundirse con una novela (y así tituló uno de los diarios), este sistema literario podía habernos dado escenas narrativas de primera calidad, como las correspondientes a su encarcelamiento en Ciudad Bolívar, si no fuera que el espíritu polémico de Blanco Fombona trasmuta a sus enemigos en feroces caricaturas y les impide disponer de alguna autonomía expresiva. Todos los personajes correspondientes al episodio del Territorio Amazonas son revelados por el autor en los mismos términos que utiliza en sus folletos acusadores, manejando el lenguaje como un apabullante instrumento de guerra.

4

El sistema lo había patentado nada menos que Whistler; quien además de ser el pintor representativo de la Inglaterra de la segunda mitad del XIX, habíase transformado en el modelo del dandy dentro del estilo agresivo que caracterizó al artista al concluir el siglo. De ahí su conversación brillante, irónica y mordaz, de ahí su pequeño libro The Art of Making Enemies que se constituyera en el catecismo de la década amarilla.

No bastaba con fraguar una imagen de sí mismo, construir un personaje como una obra de arte, sino que debía incrustárselo por la fuerza en el seno de la sociedad apelando a recursos estruendosos y aun brutales. En las nuevas urbes donde se había comenzado a vivir la experiencia de la masificación y del anonimato, donde los servicios de difusión y promoción se gastaban velozmente, donde la «novedad» era el alimento único que se aceptaba, el artista debía apelar a ciertas condiciones operativas, que iban desde el atuendo personal hasta la gesticulación, desde las costumbres públicas hasta la participación en los sucesos del momento, con el fin de conseguir una ubicación social, de hacerse oír, de vender su mercadería. Walter Benjamin logró interpretar de ese modo el comportamiento de Charles Baudelaire que resultara tan insólito y novedoso a mediados del XIX, pero ese camino del nuevo dandy no haría sino exacerbarse hacia fines de siglo en Europa, contaminando a los intelectuales de las zonas marginales, como era la América Latina.

El tratamiento de los temas sentimentales pero también de los temas políticos que encontraremos en la segunda generación modernista, marca esta incorporación

del artista al nuevo sistema agresivo del intelectual de Occidente. Leopoldo Lugones no será meramente el autor de Las montañas de oro, sino la imagen del anarquista terrorista que trata de que reviente la sociedad y que con esta bandera logra instalarse en su centro, con la previsible eventualidad de abandonarla entonces, tal como ocurrió. José Santos Chocano habrá de constituirse en el mejor ejemplo de un comportamiento histriónico, grandilocuente y funambulesco cuya pasión por la violencia y la paralela publicidad adquirió visos trágicos. En Salvador Díaz Mirón, en Vargas Vila, en Roberto de las Carreras, en Valdelomar más tarde, se podrán encontrar actitudes similares, pero en Santos Chocano la vida asume una principalía que remite a la obra a mero registro de su estentórea representación escénica.

Ese comportamiento quedó definido por algunas formas: la polémica llena de implicaciones personalistas, el desafío a duelo muchas veces con consecuencias fatales, la agresión pública del enemigo que podía alcanzar formas tan refinadas como la flagelación en un teatro, tal como la cumplió Rafael Barret. En todos esos casos es perceptible que la violencia se sitúa dentro de un marco individualista, que implica una lucha entre dos, donde el escritor actúa simplemente a título personal y no en nombre de un grupo o sector social, tal como ha sido recientemente la norma en las nuevas manifestaciones de violencia (política y social) que se han difundido entre los intelectuales latinoamericanos de las últimas décadas. Los escritores posteriores a los modernistas del novecientos, o sea los regionalistas y vanguardistas, resultaron, en comparación con ellos, insólitamente oscuros: fueron verdaderos profesionales

consagrados a la literatura, maestros y profesores universitarios muchas veces y en sus vidas no hubo los incidentes rocambolescos que llenan las biografías de sus antecesores: tiroteos, prisiones, raptos, desafíos, persecuciones, atentados. Incluso si las vidas de los modernistas resultaran apacibles, sin accidentes llamativos, se esforzaban por inventárselos. Un hombre de vida tan poco aventurera como Julio Herrera y Reissig se hacía fotografiar mientras se inyectaba presuntas dosis de drogas para que un colega hiciera un reportaje escandaloso con la foto en una revista ilustrada.

De estas tesituras participó gustosamente Rufino Blanco Fombona. Incluso puede considerársele uno de sus mejores modelos. Aunque él pretendió que sus arrebatos eran consecuencia de las persecuciones ideológicas y políticas que sufriera, ya sus contemporáneos reconocieron una responsabilidad personal en todos esos casos que atribuyeron a su temperamento. Sin negar la existencia de esta naturaleza vívida, pasional, ardorosa, contradictoria, que lo caracterizó, también es posible rastrear en su comportamiento esta otra actitud de tipo cultural que fuera asumida por una pléyade de intelectuales del período. Lo que nos permite referirnos al aspecto que más nos debe interesar de este comportamiento. Porque más importante que el personaje o imagen representativa que el escritor genera y que con violencia injerta dentro de la sociedad forzándola a reconocer la existencia del individuo provocador, es el registro literario de ese funcionamiento, la apelación que él debió hacer a la literatura y la extraordinaria contribución que ésta le prestó para el cumplimiento de sus fines, la fabulosa importancia de la palabra que en la América Latina

de comienzos del XX seguía estando sacralizada, lo que se explica por el estrecho círculo que usaba de la palabra escrita y del libro o el periódico.

Lo que en este campo lingüístico deparó el comportamiento agresivo del intelectual, fue el «arte de la infamación» que practicaron alegremente casi todos. Las polémicas sirvieron como ejercicios de la injuria, proliferaron los folletos calumniosos y anónimos, se escribieron mensajes destinados a destruir verbalmente al enemigo y se construyó una espesa red de terrorismo verbal que obligó a que todos participaran, por razones ofensivas o defensivas, en sus exigencias. No fueron sólo los escritores quienes la ejercieron, sino en general los intelectuales, en especial el nuevo y reciente estrato de los políticos profesionales y el novísimo sector de los científicos sociales que tuvo en José Ingenieros uno de los más ardorosos combatientes de la injuria y la infamación. De los niveles paupérrimos en que se situaron estos ejercicios puede dar prueba el folleto anónimo, aunque firmado por un Sr. José María Peinado, titulado Leprosería moral, que con pie de imprenta de New York, 1911, se repartió en ese año por los oficios del gobierno venezolano. Siendo una contribución al desprestigio de Cipriano Castro por parte del gobierno de Gómez y un intento de vencer en ese campo a los intentos de recuperación del poder que se le atribuían, fue también una venganza contra Rufino Blanco Fombona que éste atribuyó a la pluma de César Zumeta. Del extenso capítulo que en ese folleto se le dedica puede extraerse una sola muestra que define el infimo nivel en que se sitúa este arte de la infamación:

Tal es, a grandes y exactos rasgos la fisonomía moral del vatecillo bello y vicioso, *mitad hembra y mitad ban-*

dido, que ha compilado en un libro que es un centón de plagios, como todos los suyos, las procacidades y naderías que quiere sirvan de pedestal a su reputación política y a su fama literaria. En Venezuela no habrá ciertamente quien reciba por buena esa moneda de mala ley. Allá es conocido el vate como aficionado al género chico desde cuando figuró una esquila suya en los folios de un proceso por sodomía y corrupción de menores. Ni sus libros, ni su cara, ni sus alardes de varonil independencia engañan a nadie; y si hemos recogido los apuntes que nos enviaron acerca de tan ambiguo personaje, es para que se vea por qué no habrá cosa más lisonjera para el amor propio de cada ciudadano insultado por semejante truhán, que la envidiosa mala voluntad de un cobarde fanfarrón, espía homicida como esa liebre calumniadora, de quien ni los insultos ni las alabanzas pueden mermar ni ensalzar la honra de persona alguna. De él no se sabe, lo mismo que de su jefe Cipriano, si ha de apartarse la vista por asco o por honor.

Contra tal andanada de injurias vulgares escribió febrilmente su respuesta que tituló Judas Capitolino (París, 1912) y que no le va en zaga al texto motivador en lo que se refiere a la agresión verbal. Con la diferencia de que dispone de una eficacia literaria, un ingenio y una acidez que centuplican la fuerza demoledora de los agravios. No era bisoño en este arte de la injuria. Tenía en su haber dos folletos que son rarezas dentro de esa subliteratura que pobló el continente en la época: Una página de historia. Ignacio Andrade y su gobierno (Caracas, 1900) y De cuerpo entero. El negro Benjamín Ruiz que está datado por el autor en Amsterdam, 1901. Este último estaba consagrado

a vilipendiar al general Benjamín Ruiz, quien había ordenado a un equipo militar que lo detuvieran, cuando Blanco Fombona era secretario de la Gobernación del Zulia. El episodio se produjo en la Gobernación de Maracaibo, respondiendo Blanco Fombona a balazos, a consecuencia de los cuales resultó muerto un coronel (28/diciembre/1929 reconstruye el episodio en su Diario). Por ese motivo padeció prisión, siendo rápidamente excarcelado e indultado. (Con ese mismo general Ruiz habría de compartir años después la prisión de La Rotunda. Cuando en setiembre de 1909 Juan Vicente Gómez lo hizo aprisionar en La Rotunda, por el lapso de un año, allí encontró, también en condición de detenido, a su antiguo enemigo.)

Si son famosas algunas formas del vilipendio que utilizara José Santos Chocano y loara Jorge Luis Borges, también pueden alcanzar esa misma dudosa gloria, las que Blanco Fombona compusiera en honor del general Ruiz en su folleto:

Dicharachero, tabernario, de profesión curandero, aficionado, según decía a las armas, el Dr. Bolívar juntaba a estas grandes virtudes de garito, la de ser negro de horrible catadura, cosa la primera que contribuía a su celebridad en una región como la del Táchira en donde un negro es bueno para exhibido por raro.

El Dr. Bolívar vivía en una quinta, en una barriada, con varias mujeres de mala vida, Mesalinas de arrabal. Así, pues, el hogar de este hombre era una casa de prostitución. Para sufragar a los gastos de su burdel, el hombre negro sentó plaza de galeno; y provisto de aquel librejo voluminoso que se llama *El médico práctico* se iba por campos y casucas pobres a cambiar sus recetas por gallinas, marranos, burros y buenas y sonantes monedas.

Pero el mayor repositorio de este arte de la injuria, es el Diario. Quien lleva mercedamente la palma es el dictador: «la autocracia soez del soez y analfabeto patán Juan Vicente Gómez»; «el expoliador y asesino de Venezuela, el siniestro Juan Bisonte»; «el asqueroso e iletrado patán», son algunas de las fórmulas más usuales. Todo esto podría justificarse por la iracundia política, si no fuera que no sólo el dictador provoca la actividad de la pluma infamadora. También los escritores y aun los amigos, con los que se enemista y vuelve a amigarse con extraordinaria rapidez, dan lugar a aceradas formas del vilipendio. Al pintor Tito Salas, entonces residente en París, le escribe el 9 de enero de 1911:

He sabido por personas que me merecen fe, que usted se complace en denigrarme, en los circulitos de apaches que frecuenta. Desde el primer día que lo vi a usted formé el concepto, que después he confirmado, de que no era usted sino un charlatán, un escandaloso y un borracho.

Cuando se enemista con Rubén Darío (asunto sobre el cual posteriormente se explicó y se excusó en su libro El modernismo y los poetas modernistas de América, Madrid, 1929) modifica bruscamente todas sus apreciaciones del admirado maestro y gentil prologuista de su primer volumen de versos, diciendo de él, en la carta que le remite a Alejandro Sux el 20 de noviembre de 1912, cosas como estas:

«viejo sileno, lleno de whisky y de ignominia», «antigua momia decadente, delicia de señoritas cursis y de efebos provincianos», «cantor de todos los tiranos de América».

La capacidad para escribir, exactamente eso que llamamos literatura, se transforma en un instrumento aplicado a proyectar la imagen de la personalidad dentro del medio provinciano, venciendo su natural atonía. Para obtener alta eficacia se apela a los recursos más ríspidos del estilo, se procura conseguir que se torne chirriante hasta que puedan percibirlo los oídos menos educados. Es un modo estentóreo y democrático de hablar, para ser entendido fuertemente y por los más.

*Para explicarse este manejo quizás convenga evocar tanto el escaso nivel mental «de la mayoría pensante» de América Latina, que ya había observado Darío en su prólogo a *Prosas profanas* (1896) como el hecho de que a pesar de todo eran círculos reducidos y solitarios dentro de sociedades aún ignorantes y cerriles, mayoritariamente analfabetas.*

Analizando el refinamiento y la suntuosidad de la poesía gongorina, que habrá de ser redescubierta justamente por los poetas hispanoamericanos del modernismo, José Ortega y Gasset reparaba en el trasfondo vulgar, zafio y hasta bárbaro sobre el cual estaba edificada, de tal modo que estos puntos opuestos parecían conjugarse en el verso de Góngora. Algo parecido puede decirse del modernismo hispanoamericano. Reconocer tras esa apatencia de delicadeza, de refinamiento hecho del uso de objetos importados de Europa, tras esa tendencia al lujo para colmar el espacio interior de objetos ricos, una pervivencia cruda, violenta, bárbara. Algunos escritores pesimistas (Bunge, Arguedas, Zumeta) la vieron en el entorno social que los rodeaba. Desde nuestra perspectiva podemos sentir que ellos mismos seguían participando de ese entorno, aun cuando creían haberse alejado gracias a la cultura europea a que apelaban.

Cuando cuenta sus conquistas amorosas, cuando vilipendia a sus enemigos, cuando narra novelescamente su propia vida (incluyendo el admirable Viaje al Orinoco de 1905 que es un pequeño libro de viajes, de los excelentes que sabía escribir como Por los caminos del mundo, develando antes que José Eustasio Rivera la intrarrealidad bárbara de una América cruda), cuando mira bruscamente la realidad a su alrededor sin entrometerse en ella, cuando reflexiona sobre los destinos de la literatura americana (su excelente anotación del 25 de abril de 1911 sobre el nacionalismo literario o la del 9 de setiembre de 1909 sobre la formación de la cultura latinoamericana), cuando se contradice, cuando se alaba, cuando se busca vanamente en el espejo del Diario, cuando se siente viejo y abandonado, cuando redescubre el afecto paternal, cuando razona torcidamente sobre el socialismo, cuando se complace en la amistad, cuando lee arbitrariamente libros, cuando más nos disgusta, forzoso es reconocer que está más viviente, que nos resulta un prójimo de nuestro tiempo, aventando el polvo que en cambio recubre tantas obras literarias suyas en que puso altas esperanzas. Vivo, veraz, arbitrario, caprichoso, expuesto a las críticas, agresivo y atormentado, esta imagen que él no fraguó para ofrecerla al mundo, pero que nosotros recuperamos recomponiendo los textos de su Diario, hace de él un estricto contemporáneo.

ÁNGEL RAMA

NOTAS

- * Efectivamente, no se detuvo en esa fecha. Páginas posteriores del *Diario* permanecen inéditas, y pueden localizarse en la sección de Libros Raros de la Biblioteca Nacional (Nota Editorial).

Diario de mi vida.
La novela de dos años
(1904-1905)



1904

PARÍS-AMSTERDAM-MADRID-CARACAS

París, 3 de febrero. Mi primer libro en francés, *Contes Américains*, sale, por fin, a correr el mundo. ¡Cuánto deseaba darlo a la luz! Y, sin embargo, ahora que se publica, tengo hasta pereza de poner las dedicatorias. (En vez de expedir el libro me doy a otras ocupaciones: a traducir, por ejemplo, poemitas italianos de Pascoli y versos ingleses de Shelley.) Parece que a casi todos los escritores les ocurre algo semejante. Yo supuse, cuando lo oí contar, que hablarían de ese modo por afectación y para darse importancia.

12 de mayo. Un periodista hispano-americano, cuyo nombre no recuerdo —y aunque lo recordase no lo mencionaría— me entrevista a propósito de la guerra ruso-japonesa. Respondo: —Entre Rusia y Japón, en el conflicto actual, soy partidario... de Corea, que es la única víctima. Pero como los débiles no cuentan, prefiero que triunfe el Japón. ¿Por qué? Porque el Japón es potencia no europea, y mi mayor placer sería que pueblos de otros continentes, venciesen, sometiesen y humillasen a esta Europa agresiva, feroz y venal, que odia y desprecia cuanto no es europeo. Por lo demás, el Japón —a pesar de ser un país agresivo, militarista, conservador, de alma mucho menos interesante que Rusia—, debe inspirar simpatía a todos

los pensadores con sólo recordar que ha sabido llevar a término —a fin de no perecer por la conquista y la absorción— una de las mayores revoluciones incruentas, uno de los más ágiles cambios de ideas, una de las más raras modificaciones de alma y costumbres nacionales que registra la historia. Y no por liberal, sino por conservador. Para conservarse.

25 de mayo. La primera impresión de placer que me causa Madrid es la de poder dirigirme en castellano, en mi lengua nativa, a todo el mundo. En la noche voy adonde van los extranjeros en todas partes, a conocer mujeres. Como el prestigio voluptuoso de las españolas corre el mundo, quiero cerciorarme, una vez más, de cómo es dulce beber el agua que calma sedes juveniles en bello vaso de la fogosa tierra hispana.

—Ésta —me dice una especie de bruja, más vieja que Don Pedro el Cruel— es de Salamanca; ésta, de Bilbao; ésta, de Madrid; ésta, de Valencia...

Hago traer copas de manzanilla y empiezo a charlar y a observar. Me creen portugués, italiano, francés, de todas partes, menos de América. En París me hubieran conocido la nacionalidad al vuelo, en el tipo, o en el acento. Esto depende, quizás, de que los americanos viajan poco en España.

Manuel Machado, poeta y calavera, que me introduce en tan distinguidos círculos, está más alegre que unas castañetas, gracias a media docena de manzanillas. Cuando salimos —las tres de la mañana— Manuel Machado me hace ir a cenar en *Fornos*.

—Ahora es cuando comienza la vida en Madrid —me dice—. Ahora vamos a conocer escritores.

Me presenta, en efecto, a muchos plumíferos. Recuerdo a un joven poeta, charlador, inteligentísimo, simpático, rodeado de amigotes, que es, además, rico, culto, flaco, lampiño y moreno cobrizo. Parece un indiecito de Andahuaylas. Se llama Ramón Pérez de Ayala.

28 de mayo. No puedo negarlo: los españoles me gustan: son generosos, caballerescos, valientes... cuando no son todo lo contrario. ¡Pero, qué diferencia, Dios mío, con aquellos canallas de holandeses!

Entre España y el siglo en que vivimos existe un divorcio radical. Aquí se concibe la vida de muy distinto modo de como se concibe en el resto del mundo: de ahí la inferioridad actual de España, respecto de otros pueblos. Pero el día, que ha de venir, en que la modalidad existente de civilización cambie, gracias al triunfo del socialismo, España, que lo combate con tenacidad —como ella siempre combatió— volverá a ser un gran país¹. Un gran pueblo lo ha sido siempre. ¿Cuál es el secreto de este viejo país en que todo parece joven?

No me siento extranjero en Madrid ni un minuto. A los americanos en general nos acogen con simpatía recelosa, al principio, franca al fin; y nos abren brazos y aun puertas. La influencia de escritores americanos sobre escritores jóvenes de la Península es visible. A todos nos lee la generación española que hoy está entre los veinticinco y los cuarenta años. Empieza a conocer nuestros nombres; a estudiar a nuestros literatos; a ver nuestras obras en sus bibliotecas. Lo que sí ignora la mayoría son nuestros problemas, los problemas políticos y sociales de nuestro desarrollo, en medio de tantos contrasentidos internos y tantas asechanzas de fuera y —parece mentira—

nuestro pasado de ayer, en que ellos han sido —presentes o ausentes— tan grandes factores. ¿Cómo es esto posible? Esta ignorancia proviene del instintivo, tradicional, católico e incurable odio a la lectura que existe en España; y de la detestable política americana que ha tenido la Península durante un siglo. Vencida, expulsada España de América —expulsada no racial, no sentimental, no cultural, sino políticamente—, la soberbia española no quiso oír hablar más de nosotros. España en todo el siglo XIX estuvo cometiendo esta bella locura: nos ignoró. Para ella no existimos. Nuestros amores se fueron naturalmente hacia otros países; y detrás de nuestros amores, nuestro comercio, nuestro oro. Y en esos mismos vapores que nos llevaban las mercaderías extranjeras, iba también el espíritu de Francia, de Inglaterra, de Alemania y de Italia, espíritu que ha contribuido a formar nuestra alma nacional, tan diferente hoy de la española. Parece increíble el absurdo español de todo el siglo XIX con respecto a nosotros. Bien es verdad que el siglo XIX español ha sido el siglo de la ceguera y la picardía en la política; del heroísmo derrochado en pronunciamientos; del romanticismo de conducta en los mejores, en los Castelar, Pí y Margall, y de la sensualidad, corrupción, farsa, fanatismo, saqueo, en los Fernandos, en las Cristinas, Isabeles y personajes de la Restauración. Todo fingía hacerse, pero nada se hacía. España parecía un pueblo moderno de vida real y era, por culpa de sus dirigentes, un pueblo de ficción. No había de verdad, sino la mentira oficial, la concupiscencia y el clericalismo. Hizo España veinte guerras y ninguna Revolución.

Ha sido después de la desastrosa guerra con los Estados Unidos —guerra absurda que tanto nos daña a noso-

tros como a España, por cuanto fortificó a los yanquis y les puso un pie y los ojos en el Sur—, ha sido después de esa guerra que España ha llegado a comprender que nosotros somos la mitad del mundo, y los mejores mercantes de productos europeos. Y otra cosa aún: la continuidad de España —de la mejor España— en el tiempo y en el espacio. Y es de entonces acá que España va hacia América y nos llama sus hermanos y sus hijos. Y tan fácil que le hubiera sido seguir el ejemplo de Inglaterra con Estados Unidos. Pero existe una cosa anacrónica, absurda, y sin embargo, bella, que se lo impedía: el orgullo, el monstruoso orgullo español.

2 de junio. Rubén Darío, desde París, manda el prólogo que ha hecho para mi próximo libro: un tomito de versos que publicaré en Madrid con el título de *Pequeña ópera lírica*. En este prólogo, un primor, un joyelito, como todo cuanto sale de esas manos de hada, cuenta Rubén Darío nuestra vida de París, preterizándola, fingiéndola como si hubiese ocurrido en Italia, en la Italia del Renacimiento.

3 de junio. Acabo de escribir versos en los cuales he querido expresar que la poesía está en la vida, y no en las canciones; en lo que otros llaman prosa y no en lo que otros llaman poesía. En la vida de todo hombre superior, en lo que él hace, piensa, goza y sufre; en sus emociones, en sus ambiciones, en sus ideas, y sobre todo en sus actos hay poesía, si es verdaderamente ser de excepción. La piedra de toque para saber si un hombre es de veras distinto en lo esencial al común de los hombres, es quizás eso: que en su vida haya poesía. En cambio, en la vida

de una incontable mayoría, no la hay; no hay sino retórica y lugares comunes.

He aquí los versos:

EXPLICACIÓN

No busques, poeta, collares de rimas
en casas de orfebre. Cinceles y limas
ni labran ni pulen los cantos mejores;
los cantos mejores son nuestros amores,
son nuestros amores y nuestros dolores;
las dulces quimeras, los casos de angustia,
idilio que enflora, pasión que se mustia;
visiones de encanto
al vuelo de un tren;
y cosas de llanto,
y cosas de bien.

El mejor poema es el de la vida:
de un piano en la noche la nota perdida;
la estela de un barco; la ruta de flores
que lleva a ciudades ignotas; dolores
pueriles, mañanas de riñas: sabor
de besos no dados, y amor sin amor.

¡Qué alegre es la casa del titiritero!
La casa que pasa por todo sendero
y exhibe a los bordes de tantos poblados
sus damas, sus héroes y sus mamarrachos!
Qué libre es la vida de todo bohemio,
poetas, gitanos. Por único premio
de su rebeldía y su libertad
los saluda el cielo de cada ciudad;
y son sus amigos las cosas viajeras:
las brisas, las nubes y las primaveras.

Adoro la gente que adora la errante
vida. La bohemia libre y trashumante.
Seguí sus pendones, eché a caminar
y en burgos y en villas me puse a cantar.

¡Oh, amores y rutas y alarmas! ¡Oh, acciones!
No; la poesía no está en las canciones.

He procurado que la música, es decir, el alma de estos versos suene, para nuestros oídos contemporáneos, a cosa de alguna novedad. Lo mismo digo de algunos poemitas enneasílabos: *Las joyas de Margarita*, por ejemplo. Escribí *Las joyas de Margarita* en New York, en 1899; lo publicó *El Cojo Ilustrado* aquel año. La música de esos versos ha sido divulgada luego por muchos poetas, la mayor parte, malos. Han corrido la suerte de algunos trozos de ópera a los que popularizan los organillos y cantan las criadas en las cocinas.

En *Las joyas de Margarita* procuré acentuar el metro de modo que sonase de un modo distinto de como sonaban los antiguos enneasílabos en español; por lo menos los que yo conocía, desde los de la Avellaneda, hasta los de Casal y Rubén. Nunca fue éste, hasta ahora, metro muy usual en castellano. Los españoles antiguamente lo tenían como proscrito. Después de *Las joyas de Margarita*, escribí muchos poemas acentuados así: *La tristeza del agua*, *Mediodía aldeano*, otros. Lo hago constar porque al cabo de poco tiempo se ignorará quién fue el que trajo las gallinas².

La música es el vestido inmaterial, la aureola, el halo, el alma, la gloria del verso. No permite alcanzar originalidad alguna sin echar una púrpura exquisita y sin ceñir corona de oro al único gran Rey, a su Majestad el Verso³.

4 de junio. La literatura que leo en la mayoría de las publicaciones de aquí me pone los pelos de punta. ¡Qué adocenamiento! Y en algunos que la echan de superfinos, ¡qué vulgaridad nativa, qué sutileza de préstamo!

No he nacido por generación espontánea. Soy de mi tiempo, como todo el mundo y como todo el mundo recibo influencia hasta de seres y cosas de que no me doy cuenta. Pero en lo posible —y en cuanto se refiere al arte— trato de ser como la naturaleza me ha hecho y no como ha hecho a los otros. Hay algo peor que ser en arte y en vida un ser vulgar: el aspirar a ser otro del que uno es. Quiero conservar la santa desfachatez de mostrar mi cara y mi alma sin máscaras. Nada es más repugnante que los lacayos que se visten las ropas del señor porque el amo no está en casa. ¿No es más digno permanecer siendo uno mismo? El lacayo vestido con el traje del señor podrá infundir respeto a algún triste palurdo; pero los que están en el secreto reirán de él como de un atrevido grotesco.

7 de junio. En uno de los pasillos de la *Comedia*, durante entreacto, me han presentado a un sujeto vestido de negro, tartamudo y con cara de palo: *Azorín*.

Scheveningen, 20 de julio. Leo a Goethe, a mi amado Heine, a Uhland, a otros poetas del romanticismo alemán. De noche, todas las noches, Beethoven, Mozart, Liszt, Wagner. Charlas con una linda joven de Berlín, a quien me ha presentado uno de los secretarios de la Embajada tudesca. Germania triunfa en Scheveningen. Comidas, vinos, orquestas, mujeres, todo es germánico.

La alemancita me induce a leer a Schopenhauer y a Nietzsche, suponiendo que los desconozco. Se extraña

cuando le digo que son precisamente dos de mis alemanes preferidos, porque no sólo tienen pensamiento, sino también estilo.

Me saturo de alemanidad. No está mal para contrarrestar la influencia de Francia y conservar un espíritu en equilibrio. ¡Me parece todo con tal derecho a existir! ¡Me parece todo tan necesario y bello, para la suprema armonía del mundo! ¡Qué bueno es comprenderlo todo, amarlo todo: poetas, músicos, filósofos, vinos, civilizaciones, pueblos, razas! ¿Por qué vamos a cerrar nuestra alma a nada que pueda enriquecerla? Yo creo que me placería tanto en un viaje al Congo, como en un viaje a Grecia. Y uno de mis mayores deseos es ir a la India, a la China y al Japón.

4 de septiembre. He meditado mucho este verano sobre mi permanencia en Europa o mi regreso a Venezuela. En Europa paso horas de juventud alegre, me instruyo, me formo definitivamente. Pero yo no puedo estar por los siglos de los siglos en estado de formación, ni instruyéndome en la gran Universidad de la vida, ni menos divirtiéndome. Si nací para algo en cuanto hombre de acción, no puedo demostrarlo sino en mi país. Ya he cumplido treinta años. A los treinta años los hombres que iban a hacer algo en la vida ya lo han hecho. Literatura sólo no me basta. Es necesario que los sueños se conviertan, por obra y gracia de nuestra voluntad, en realidades. Sé lo que dejo: vida tranquila, un Consulado pingüe y sin deberes agobiantes en el cual —caso único en Venezuela— el Gobierno me deja todo lo que produce: alrededor de cuatro a cinco mil florines por mes. Sé lo que me espera en Caracas: luchas, rivalidades, envidias, chismes, amenazas, traiciones. La vida de ahora, sonriente y despreocupada, alegre y sensual,

se cambiará en una existencia aburrida; pero, en fin, aquélla es mi tierra, a ella la debo servir, a ella debo ir.

5 de setiembre. ¡Cuánto hay que hacer en provecho de nuestro país!

Hay, lo primero y ante todo, que llevar cueste lo que cueste, inmigración, principalmente italiana y española, que tan bien se asimila; pero sin olvidar fundar algunas colonias con gente del Norte de Europa: alemanes, suecos, etc. Esta gente nos dará virtudes que los latinos no poseen. Y llevar gente, no con cuentagotas, en grande, y sin peligro a complicaciones. La Argentina, en este caso, debe ser nuestro modelo; sin olvidar las lecciones que nos enseñan, en cuanto a problemas de inmigración, los Estados Unidos.

Lo segundo que debe establecerse sobre sólidas bases es la instrucción pública; no la instrucción superior, sino antes que nada la instrucción elemental y la instrucción técnica. Necesitamos técnicos: muchas escuelas de minas, muchas escuelas de agricultura, de ganadería, de artes y oficios; y necesitamos que el último indiecito en la última aldeúca sepa leer y escribir, conozca sus derechos —sobre todo su derecho a vivir con relativa comodidad, su derecho a ser feliz— y no sólo sus deberes. Los ingenieros, abogados y médicos vendrán después. Al contrario, creo que los hay de sobra; y que esos médicos sin clientela, esos abogados sin pleitos, esos ingenieros desocupados son vivero de ambiciones políticas, perturbadores —tanto como los dictadores— del desarrollo normal del país. En cambio, un pueblo que no se deje arrastrar carnerilmente por los rábulas, por los curas o por los macheteros, es el mejor antídoto contra la barbarie. Crear ciudadanos es la mejor venganza que se puede tomar

contra los bárbaros y su desgobierno. Necesitamos buenas Escuelas Normales. Y, sobre todo, necesitamos crear caracteres de alta temperatura moral.

No debemos fabricar leyes y leyes, en serie. Basta con que las que existen se cumplan. Una ley mediocre que se aplica es preferible a una ideal que todos burlan. Hay que crear el respeto a la ley, principalmente en los que deben aplicarlas.

Hay que establecer vías de comunicación por todo el país y que no permanezca el Norte separado del Sur, ni el Este tan extraño del Oeste como si no se tratase de una sola nación. ¿Desde cuándo no se tiende un kilómetro de riel en Venezuela? ¿Es comprensible que los productos de una región del país no puedan ser conducidos a otra región, al punto de que resulte más barato traerlos del extranjero? Sin comunicaciones, no hay vida común. Sin vida común, no hay sentimientos comunes. Sin sentimientos comunes, no hay patria.

Conviene mandar jóvenes en número de millares —no menores de veintiún años y ya con sentimiento nacional bien desarrollado en los hogares, en las escuelas y en las lecturas— a formarse o terminar de formarse técnicamente en Europa. Muchos, muchos, a Alemania para que aprendan, en primer término, disciplina social; para que allí estudien la medicina, la química, la filosofía, las industrias; los que vayan a estudiar para ingenieros mecánicos y para marinos, para banqueros y comerciantes, a Inglaterra; militares y escritores, a Francia; pintores, a España; escultores, a Italia, a pesar de las últimas pastas italianas de escultura. Y así a cada país sacarle su mejor substancia.

Pero hay que hacer otra cosa. Conviene llevar especialistas de cada uno de esos pueblos rivales para que formen

alumnos en el país, sin que prevalezca la influencia de un solo pueblo extraño.

Alejarnos política y económicamente de los Estados Unidos, mientras se pueda, pero sin dejar de estudiarlos; fomentar el hispanoamericanismo y estrechar lazos con las pequeñas potencias de Europa, como Bélgica y Holanda, países capitalistas que nos pueden prestar dinero y fomentar nuestras riquezas naturales, sin que temamos por nuestra independencia.

Llevar financistas de Holanda y Bélgica y permitirles aconsejarnos el arreglo a la moderna de nuestra administración, sería muy útil. España es uno de los países de Europa cuyo acercamiento puede sernos más provechoso. España —reconocía Bolívar, ya calmados los odios de la guerra— es la llamada a poblar nuestros desiertos de América.

Venezuela debe armarse: no se respeta sino a los fuertes. Ya se ha dicho: «el hierro fortifica». Debe establecerse el servicio obligatorio. Algún día será quizás un progreso que no lo haya. Hoy no. Hoy es una vergüenza que los privilegiados sean unos y los defensores armados de la nación —y los del sacrificio el día del peligro— otros. Y que esos otros sean los parias, los desvalidos, unos miserables esclavos de la injusticia social.

Nuestras costas están a merced del primero que se presente con media docena de buques. Es necesario que ello cese. Es necesario fomentar el espíritu marineramente de nuestras poblaciones costaneras: de los maracaiberos, de los orientales, de esos heroicos margariteños, cuya isla ambicionan los alemanes, los ingleses y los yanquis. Es necesario establecer en nuestro litoral, desde Zulia hasta el Delta del Orinoco, un vivero de buques pequeños

que puedan echar a pique con un torpedo de cien bolívars un acorazado de 50.000.000. Es necesario fundar arsenales, astilleros, darle a nuestras costas y a nuestro país la seguridad que dan en una casa la cerradura, la policía, el derecho del amo... y su revólver.

Es necesario crear un plantel de hombres aptos, preparados, técnicos, en cada uno de los ramos de la Administración del Estado. Son indispensables especialistas de talento, de carácter y muy patriotas para la carrera diplomática y no escoger sólo a los diplomáticos entre los que tienen don de gentes o buena figura. Es necesario acabar con la ignominia de las reclamaciones extranjeras, que es el mejor negocio de los diplomáticos europeos y yanquis.

Los financistas profesionales faltan. Debemos modificar la administración del país: contribuciones, impuestos, presupuestos. Hay que darle nuevas bases a la economía nacional. No es posible que cada contrato que firme el Estado con cualquier empresa sea ruinoso a la postre para el país, por imprevisión. No es posible que nuestras propias riquezas naturales lleven los millones al extranjero y nos dejen pauperismo y descrédito. Nuestro código de minas merece atención especial.

No es posible que un peón cobre la miseria de seis reales por día (tres pesetas), trabajando de sol a sol. Es necesario crear el pequeño propietario: que el que trabaja la tierra la posea. Tampoco es posible que el propietario de haciendas sin mucho capital —la mayoría de los agricultores de Venezuela, trabajadora pero rutinaria, ignorante y estúpida— pierda su vida luchando con la tierra y se arruine, además, para enriquecer a los agiotistas del comercio extranjero, principalmente alemán, establecido en nuestras ciudades, que le adelanta dinero, le compra

la cosecha a como quiere y lo estrangula como un pulpo y se lo chupa como una sanguijuela. Bancos agrícolas nacionales para el agricultor.

Como habrá que llevar especialistas holandeses o belgas para encomendarles el arreglo de nuestras finanzas y para que formen hacendistas, habrá que crear una Guardia civil, sobre el modelo español y con especialistas de España, para que acabe con ese bandolerismo que tan a menudo se llama revolución. Hay que enseñar, por otra parte, que a los tiranos se les debe castigar con dinamita, personalmente, y no por alzamientos que destruyen vidas y haciendas, menos a menudo las del déspota. Lo que se llama en Venezuela revoluciones, es cosa muy distinta de lo que tanto necesitaríamos: una verdadera revolución.

No existe un solo ramo de la Administración del Estado que no esté pidiendo reformas: correos, aduanas, milicia, escuelas, vías de comunicación, fomento, inmigración, todo necesita que la piqueta lo eche abajo y albañiles competentes lo reconstruyan.

Nuestras fronteras y desiertos de Guayana deben ser colonizados con gentes y curas nacionales. Debemos allí multiplicar las escuelas, fundar pueblos, fundar fuertes, abrir comunicaciones, crear intereses, crear vida civilizada y proteger y amar a los indios, nuestros compatriotas, nuestros hermanos.

Hay que unirnos a todo trance con Colombia, pueblo hermano, necesario a nuestra existencia, y volver a formar con ella un solo cuerpo de nación, muy pronto, muy pronto, por lo menos en lo que respecta a política extranjera. El Ecuador también podría y debería entrar en esta unión.

Debemos fomentar el espíritu de americanismo, hasta que se establezca la solidaridad hispano-americana, sobre todo en relación a Europa y Estados Unidos. Procurar que España, la ciega y en política tan torpe España —que siempre ha estado unida a Europa contra nosotros— se una a nosotros en las grandes cuestiones internacionales, concediéndole nosotros las ventajas económicas o de otro orden que merezcan su actitud y su actuación.

Debemos, además, apoyarnos en el espíritu de latinidad contra los yanquis; y en el espíritu de americanidad y comunidad de continente contra los europeos.

No olvidar nunca que el peligro máximo para los hispano-americanos está en los Estados Unidos. No ver sin temor en nuestro Continente que un pueblo cualquiera crezca y se fortalezca mucho más que los otros —pienso en Brasil— y sea más poderoso que dos o tres de ellos unidos. Las Potencias de Europa, por sus posesiones en América, son malas vecinas. Pero todavía sería peor que la Guayana inglesa o Curazao, o las Malvinas —y mucho más las ecuatorianas islas de Galápagos— cayesen en manos de los Estados Unidos. Las colonias europeas en América, comenzando por Canadá, deben ser libres.

Debemos hacer de Caracas una ciudad de primer orden: no hay gran pueblo sin gran ciudad.

No acabaría nunca si fuese a puntualizar y en el orden debido todos nuestros problemas. Sobre varios de ellos he escrito a menudo al Presidente general Castro. A veces ni siquiera me contesta. Es un ciego vanidoso y bárbaro, rodeado de gente que lo acapara, lo aísla, lo adula y lo explota. Sin embargo, Castro tiene inteligencia natural. Tiene sentimiento patrio, aunque turbio y mezclado con enmarañadas concupiscencias. Quiere al país

como el jinete al caballo que monta o el pastor a la vaca que ordeña.

Castro, con todo, me parece que tiene condiciones que podrían ponerse al servicio de altos ideales de civilización. ¡Si yo fuera a Venezuela y ese hombre me oyese!

23 de septiembre. Hace calor. Anoche, después de bailotear un poco, casi todo el mundo permaneció sobre cubierta hasta bien tarde. Pero por fin la gente se fue alejando, camino de sus camarotes, a dormir. Quedamos cinco o seis hombres paseándonos en el puente. Nos acercamos a una cubierta de cristales opacos, que han levantado para que entre aire a los camarotes; y presenciamos un espectáculo interesante: la mujer de Urbaneja, desnuda, tendida sobre un canapé, y Urbaneja en el mismo traje, con la cabeza entre las piernas de la mujer, dándole trabajo a la lengua. ¡Y todo con dos lámpara encendidas!

—Esperen un instante —digo a los otros.

Voy corriendo al *smoking-room*, cojo una garrafa de agua a medio llenar y con platillo y todo la dejo caer desde aquella altura junto a los desvergonzados. El brinco que ambos dieron al estrépito no es para descrito. Todos volamos, muriéndonos de risa, a nuestros respectivos camarotes.

En la mañana, del capitán abajo, todo el barco sabía la historia. Hasta las señoras parecían enteradas.

Esta noche hemos bailoteado y reído como nunca. Me he divertido con una linda peruana, con la cual se han divertido todos los hombres de a bordo, menos yo. La risa proviene de que la madre la trata con sobrada ceremonia y la vigila mucho; pero los demás caballeros entretienen a la vieja, mientras alguno pasa el rato con la niña.

Caracas, 28 de octubre. Onomástico del Libertador. ¡Pobre Bolívar! Cuando nació no tenía patria: ser español de las Colonias no era ser español, o era ser un español disminuido, vergonzante. Quiso hacerse una patria tan grande como él mismo, América, el continente de nuestra raza y de nuestra lengua. Quiso que esa enorme patria libre, unida, fuerte y sabia, llegase a ser uno de los pueblos que, alternativa o simultáneamente, llevan la batuta en los negocios de nuestro planeta. Hombres, pueblos localistas incapaces de comprenderle, lo acusaron de ambicioso y convirtieron la América española en una vía láctea de países microscópicos. Este universo de republiquetas ha sido por sus desórdenes durante el siglo XIX escándalo del mundo. Los vencidos en Sedán —que han podido emplear su *esprit* en criticar la fundación por asalto—, el desarrollo por ampulosidad y la caída por derrota del Imperio de Napoleón III, tomaron a chacota el nuevo mundo español. El imperio de Napoleonismo vodevilesco del segundo Bonaparte, llamó de opereta a aquellas repúblicas. Inglaterra, más práctica y en política más inteligente, se contentó con explotarlas. Alemanes y yanquis las consideraron campo de posible expansión imperialista.

¡Qué contraste con el pueblo de Washington! Washington, el más pequeño de los grandes hombres, quiso para su país una vida retirada, modesta, ajena a los grandes combates e ideales de los pueblos por el dominio del mundo y el imperio y difusión de la propia cultura.

¡Y este pueblo será el que realice en América —y a costa nuestra— lo que para nosotros quiso Bolívar! En cambio —ironía— nos toca el modesto ideal de Washington, que era el viejo ideal egoísta del místico español: *Vivir quiero conmigo*.

30 de octubre. La preocupación de las elecciones, es decir, la reelección presidencial de Cipriano Castro, constituye la preocupación de todo el país.

A Castro, con quien he hablado a menudo, no le interesa nada sino la sensualidad del mando, el poder por el poder. No piensa sino en bailar: se baila todos los días, con cualquier pretexto. También piensa en acostarse con mujeres bonitas: cada día una más joven. Los proveedores abundan: varios de cuantos lo rodean, desde Juan Vicente Gómez, vicepresidente de la República, hasta el ministro de Hacienda y el negro sastre de Puerto Rico, Gumersindo Rivas, periodista oficial, no tienen otra ocupación de más importancia. Las fiestas que da en La Victoria Francisco Linares Alcántara, Presidente del Estado Aragua, favorito de Castro en el mismo grado que Gómez, son orgías doradas que duran tres, cuatro y hasta ocho y diez días. Alcantarita sabe hacer las cosas y uno se divierte allí de lo lindo. Un día le llevaron a Castro, por orden de Alcantarita, las niñas de las Escuelas, vestidas de blanco, Castro las manoseó y besuqueó de la manera más impúdica⁴.

Fue un gran triunfo para Alcántara. Gómez quedó resentido⁵.

¡Y yo que venía con tantas ideas de regeneración! ¡Para qué habré venido!

16 de noviembre. Bailamos, bailamos, bailamos, en Caracas, en Los Teques, en La Victoria, en dondequiera que esté Castro. Este hombre con instrucción, con ideas morales y sin bailomanía hubiera sido algo. El metal humano es bueno; pero el instrumento es tosco. Si continúa así, no pasará de ser un bailómano.

28 de diciembre. ¡Qué sorda hostilidad en torno mío! Todos se apiñan para estorbar el paso. Todos hostilizan. Éstos de un modo, aquéllos de otro. ¡Qué mentalidades tan distintas de la mentalidad que uno tiene! Imposible entenderse. No existe en estos seres altruismo alguno, ni siquiera en forma de amor al terruño. Nada sino apetitos vulgares, rastreros. ¡Qué ausencia de nobles propósitos! Se ve que me consideran como un ser caído de Venus, de otra raza, un estorbo. El ideal de esta gente sería que uno viviese —y muriese— lejos de aquí: eternamente Cónsul. Es decir, la exclusión de los mejores.

En este país no gobiernan, en primer término, ni tienen influencia decisiva sino los militares, aunque los militares, a su vez, sean gobernados, dirigidos, o simplemente influidos por los civiles, por los rábulas. El rábula es, a menudo, de inteligencia semejante y aun inferior a la del soldadote; pero con cierto barniz de lectura y de estudios universitarios que lo hace en apariencia superior al otro. Por lo menos, competente para dar forma a las fechorías que se les ocurren a los dos.

Rábulas y soldados desprecian al verdadero intelectual, lo relegan a ínfimo plano, lo tildan de poco práctico. Lo han bautizado con esta palabra, de difícil esclarecimiento en la ocasión: *lírico*.

¡Cuánto desdén acumulado en esta vaga, deficiente definición! Lo primero que se revela en ella es un estado absoluto de barbarie: cuanto no se juzga en absoluto bárbaro, sino teñido de inteligencia, es visto con sincero y espontáneo desprecio.

¿Se quiere significar con el epíteto «lírico» que no se es bastante apto, flexible, para la política y sus más sucios menesteres, que son en Venezuela los de doblar

el espinazo, aceptar sin discutir la voluntad del amo, de sus queridas, de sus paniaguados, sacrificar en todo y a todas horas la dignidad propia y los ideales al interés personal?

Injusto calificativo, si aceptamos tal interpretación.

Los intelectuales, los líricos, con raras excepciones que dependen, del intelecto, no de la cultura, no del lirismo, sino del carácter, son tal viles como el resto de los burgueses. Y no digo más, porque no es posible⁶.

¿Se toma lo de lírico por idealista, en contraposición a materialismo? Muchos de los así tildados carecen en absoluto no sólo de idealidad, de nobles ideales, sino de cualquier ínfimo ideal. Pero el vulgo piensa otra cosa. Y lo que se levanta un palmo del suelo, lo que denote preocupación por algo más alto que el estómago, más desinteresado que el abyecto egoísmo, parece contaminarse de lepra: se le relega con asco al lazareto.

El pobre hombre se imagina realista, práctico, porque mira las cosas como las tiene por delante, sin más, no comprende que el hombre de talento las ve también así; pero, además, las ve con sentido crítico y por tanto las ve mejor: no sólo como son, sino como pueden llegar a ser.

Existen, por otra parte, realidades que escapan al vulgo y no por ello son menos realidades, ni menos factores de la evolución social; factores que debemos tomar en cuenta. Verlos, contar con ellos, parece absurdo a los bárbaros. Por eso, cuando estos factores se hacen sentir a la larga, concretándose en hechos, el vulgo, que no ha sabido ver, que está desprevenido, se asombra. Y así se vive en la eterna imprevisión, en la eterna sorpresa, en la eterna improvisación, no viendo nada y creyéndose realista, prácticos; despreciando a los que pueden ver y tildándolos de líricos. Así se vive creyendo que la política no es

una ciencia experimental que debe estudiarse, sino un menester bajo, de ciegos e impreparados, que saben sonreír, adular, engañar, o tomar trincheras.

30 de diciembre. Se cierra el año bailando; es decir, perdiendo el tiempo. Y la vida apremia, tanto para mí como para nuestro pueblo. ¡Y ver cómo fluyen los días sin hacer nada!

Declaro que a mí escribir versos y escribir cuentos —que es lo que ahora puedo hacer— no me basta. No me resulta objeto suficiente para una vida. Y pasar los días hablando de política, siempre la misma cosa, menos. Además, la política, siempre la misma cosa, menos. Además, la política de esta gente se reduce a inquirir y comentar lo que hacen o dejan de hacer, lo que piensan o dejan de pensar el Presidente y los de su *entourage*.

31 de diciembre. A nuestra patria debemos amarla tal como sea; pero no creer siempre que es como puede ser. Ni menospreciarla como los pedantes, ni que nos ciegue el amor, hasta de sus defectos, como a los patrioteros. Debemos aprender a verla como es y como podría llegar a ser. Debemos impulsarla, obligarla, por amor mismo, para que sea mejor.

En nuestro país tenemos, hoy, un imperativo máximo.

Hay que crear ciudadanos. Hay que crear gobernantes. Hay que crear ideales. Hay que encarnar esos ideales en la masa que pueda comprenderlos y en la *élite* que pueda realizarlos.

NOTAS

- 1 No quiero variar lo escrito, ni recuerdo cómo me vino tal pensamiento. Lo cierto es que el socialismo, mientras conserve la estúpida idea de nivelar las personalidades sobresalientes, por un rasero de chafadura universal, no será lo más propicio al genio de España y de los pueblos de raza española —países democráticos *per se*— pero cuya característica consiste en producir, de cuando en cuando, personalidades gigantescas, ya para la acción, ya para el pensamiento. Ahora, ¿quién dice que el socialismo ahogará toda personalidad ni que las personalidades máximas se vayan a dejar ahogar por el socialismo ni por nada? La Inquisición no impidió a Cervantes, ni la Colonia con todas sus cortapistas, a Bolívar. (*Nota de 1929.*)
- 2 Con el título *Las joyas de Margarita* bautizó después un poeta español, Francisco Villaespesa, un libro de versos. Ese mismo título lo tradujo al francés para aplicárselo a otro libro de versos un poeta francés, editado por el *Mercure de France*. No recuerdo el nombre del poeta, ni vale la pena recordarlo. Baste con ver el Catálogo del *Mercure*. El crítico americano Semprum, dijo en 1909 que versos de nueve, acentuados como los míos, los había producido antes que yo el poeta de Colombia, José Eusebio Caro. Dijo también este sapiente y honrado crítico, que versos que sonasen como los de *Explicación* los hizo, en los albores de nuestra poesía española, el clásico Juan de Encina. Y en uno y otro caso, el crítico probó lo que afirmaba. La literatura de expresión castellana es demasiado rica en cantidad y calidad para que improvisemos novedades de expresión a cada auro-ra. La virginidad de que podemos alardear es la de nuestro espíritu. (*Nota de 1929.*)
- 3 El poeta, diplomático y periodista de Colombia, don Ismael Enrique Arciniegas, ha hablado últimamente (1928), de aquellos primeros eneasílabos que abrieron la marcha. Publica su trabajo en «El Suplemento» literario a *Nuevo Tiempo*, diario de Bogotá, del cual es Director y propietario el mismo Arciniegas. (*Nota de 1929.*)
- 4 El hecho se repitió posteriormente, en una de estas ocasiones llegó el caso a conocimiento del negro sastre portorriqueño Gumersindo Rivas, periodista oficioso. Y este negro sastre de Puerto Rico —que Puerto Rico, más moral que Venezuela, no permitió que pasara de coser, cortar y manosear braguetas— salió diciendo en *El Constitucional*, su letrina, que Castro se parecía a Jesús y que, como Jesús, exclamaba: *sinite parvaulos...*, Castro, si hubiera dicho algo a Alcantarita y a Gómez, hubiera sido esto: «dejad que las niñas se acerquen a mí» (*Nota de 1929.*)

- 5 Andando el tiempo, la enemistad de estos hombres llegó al colmo. Ambos se disputaban por esos medios el favor de Castro. Sin embargo, en 1909, lo traicionaron los dos, aliándose para la traición. (*Nota de 1929.*)
- 6 Lo hemos visto mejor en los últimos años. Bajo la feroz dictadura de Juan Bisonte, el barbarócrata, el patán, el ladrón, el traidor, el comerciante, el matarife, el baratero, el asesino, el verdugo de los estudiantes, el vendedor de la nacionalidad a los yanquis, el destructor de la sociedad venezolana por el hierro, el fuego, la cárcel, el destierro, el despojo, el veneno, la tortura, el espionaje, la mancilla en las damas, el deshonor en los hombres, el monopolio en los negocios, la negación de todo derecho a opinar, a disentir, a respirar, a morir dignamente siquiera; bajo esa dictadura, la más infame, abyecta y cruel que ha deshonrado a la América, ¿quiénes se han arrastrado a los pies del monstruo, quiénes se han prostituido en servicio y adulación del asesino, sin protestar jamás, contra cárceles, destierros, persecuciones, torturas, envenenamientos, latrocinios, entrega del país y sus fuentes de riqueza a los extranjeros y a la familia Gómez? ¿Quién se ha envilecido por una pitanza miserable? ¿Quién ha cantado el monstruo? Los primeros «líricos» del país: Gil Fortoul, Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll, Andrés Mata, Vallenilla Lanz, César Zumeta, otros, muchos, todos o casi todos. (*Nota de 1929.*)

1905

CARACAS-ALTO ORINOCO-CIUDAD BOLÍVAR

(Amsterdam, 22 de noviembre de 1907. Para mayor inteligencia del año 1905 debo comenzar con estas páginas de exposición.)

CIUDAD BOLÍVAR

El sábado, víspera del Carnaval de 1905, como a las diez de la mañana, recibí un despacho telegráfico. El Secretario General del Presidente me llamaba, por ese telegrama, al Palacio de Miraflores. Inmediatamente salí, tomé un coche, y me dirigí a la mansión presidencial. El Secretario me informó que el Presidente pensaba nombrarme Gobernador del Territorio Amazonas.

Me alegré mucho; ¡ya lo creo! Aunque entre mí pensé: ¿no puedo ser útil en Caracas, en un medio donde mis ideales del momento puedan ponerse por obra?

El miércoles recibí papeles e instrucciones en el Ministerio del Interior; y el jueves salí para La Guayra, donde me embarcaría esa tarde, a bordo del *Manzanares*, rumbo a Ciudad Bolívar.

Luego de cinco días de navegación, primero costeando el Oriente de Venezuela y luego Orinoco adentro, amanecimos una mañana frente a Ciudad Bolívar. La capital

de nuestra Guayana, vista desde a bordo, en la bruma del amanecer, con sus torres blancas, sus casas blancas, sus contornos áridos y en el fondo una pirámide berroqueña, aparecía en el horizonte, acurrucada sobre una roca, orillas del famoso río.

El buque se va acercando lentamente. La ciudad, coronada de azoteas, se divisa mejor. Parece una ciudad árabe; y hasta me recuerda vagamente, sin que sepa cómo, el panorama de Jerusalem, visto no sé cuándo, no sé dónde.

Aquella ciudad, a la que veía por primera vez, evocaba en mi espíritu recuerdos patrióticos. Allí se combatió con rudeza por la nacionalidad. Allí se fusiló a Piar en 1817. Allí se fundó la Gran Colombia, en 1819. A la belleza del paisaje se reunía la belleza de la historia. Pisé tierra bajo los más gratos auspicios.

ORINOCO ARRIBA

Por fin, partimos hacia el Territorio Amazonas.

Poco más de mediodía, a cosa de la una, atracó la piragua en sitio favorable. Los indígenas prepararon nuestro almuerzo, que devoramos a la sombra de copudos árboles. No bien se almorzó, partimos. La tarde fue magnífica. El viento soplabá de firme. La piragua volaba. Navegábamos cerca de una orilla e íbamos como es de suponerse, viendo tierra de un lado. Por la opuesta ribera se extendía el Orinoco, inmenso, reverberando al sol, como un río de plata y de oro, hasta perderse de vista en el horizonte.

Como a las siete de la noche, claro todavía, arribamos a un islote de arena, en el centro del río. Allí íbamos a pernoctar. Mientras los indios preparaban de comer, y los

demás nos tendíamos envueltos en nuestras cobijas o capotes, sobre la tibia arena que debía servirnos de lecho aquella noche, bajo el claro cielo que empezaba a estrellarse, Benavides Ponce se dio a recorrer la ínsula. Encontró cosas blancas que parecían huevos inmensos.

Partió una de aquellas cosas blancas de un machetazo, y de la cosa blanca salió una cosa oscura, viva, chillona, amenazando, mordiendo; un caimancito que brotaba del cascarón con todos los instintos de su especie y de algunos ejemplares de la nuestra. Benavides nos llamó a gritos: acudimos, empezamos a romper cascarones y a ver salir pequeños monstruos.

Aquí estábamos de la diversión cuando a un demonio de indio se le ocurrió decir que la caimana madre no andaría lejos y que no sería de extrañar, durante la noche, su extemporánea visita. El gozo se fue al pozo.

Una de estas primeras noches del Orinoco ocurrió una escena indescriptible con gran iluminación de luz eléctrica: una tempestad. La tarde se había ido encapotando. A las seis apenas se veía. Atracamos, en consecuencia, más temprano que de costumbre, en una ensenada, al pie de altura plantada como una huerta, de guayabos.

Se colgaron entre guayabos, chinchorros y hamacas; por encima de cada lecho colgante se pasó un cabestro, que iba de cabuyera a cabuyera, y por sobre el cabestro de cada hamaca tendió cada uno, a caballo, como sábanas a secar, la propia *cobija* (*poncho* llaman a nuestra

cobija en Río de la Plata), por donde quedamos bajo un techo escurridizo de bayeta, y no ya en lecho, sino en yaciga flotante. Por esta industria de los indios pudimos esperar, ya menos temerosos, el diluvio que se nos venía encima.

Enfrente de nosotros, más allá del río, se extendían las pampas del Guárico, los dilatados llanos del Sur de Venezuela. Y los llanos y el río y el cielo y la selva, todo comenzó a iluminarse a la luz de los relámpagos, no de fugaces relámpagos, sino de relampagazos lentos, vastos, magníficos. Espectáculo nunca visto por nuestros ojos, y que nos sobrecogía de espanto y nos llenaba, al propio tiempo, de encanto.

El cielo se abría, al Este, cada medio minuto, y de aquella apertura salía no un zigzag de oro, no una raya de fuego, no un chorro de luz, sino una pálida y luenga llamarada que se espaciaba, iluminando toda la pampa y reverberando en el solemne río, cuyas aguas, de turbias, corrían trocándose en aguas de topacio. El espectáculo duró como una hora. Luego rompió a llover. Las gotas de lluvia, gruesas, pesadas, repicaban sobre las tendidas cobijas.

UNA CURIARA EN LA NOCHE

Cuantas ideas de ambición y de grandeza pueden despertar ante aquellas selvas de Guayana y aquel famoso río, y cuanto de lirismo revuelve en alma cantora el amor nuevo e incógnito que se despierta por aquella naturaleza ruda y maravillosa, me hicieron prorrumpir en detestables versos:

Yo tengo el alma antigua de los conquistadores.

¡Qué placer el de vivir en contacto con la naturaleza en aquellas soledades!

Me sentía más a mis anchas que en Amsterdam o en París. Me parecía que siempre hubiera hecho aquella vida.

La convicción de que algún día, no lejano, serán emporio tan vastas y ricas soledades, a las que no falta sino gente para ser granero del mundo; el anhelo de contribuir a civilizar aquellas feraces y bellas porciones de la patria inquietaban mi espíritu.

¿Será cierto que los poetas estamos condenados a la soñación, mientras los fuertes obran y crean? No. No. El ensueño es noble, entre otras cosas, por cuanto puede traducirse en acción. El mayor poeta es aquel que se expresa en actos nobles, trascendentales. Por eso y no sólo por el verbo de oro y la fantasía con alas, escribió José Martí del Libertador: «El primer poeta de América es Bolívar».

HAMBRE Y AGUARDIENTE

No pasaré adelante sin referir el entremés que tuvo por teatro un rancho de aquellos desiertos, y que por fortuna no se trocó, según pudo acaecer, en drama.

Desde la víspera no habíamos probado en calidad de alimento sino corta porción de carne frita, podrida, más para producir náuseas que para nutrir a nadie. Extenuados, nos internamos tierra adentro en solicitud de un rancho en donde debíamos encontrar gallinas, patos, pavos, cerdos, etc.

Nos preparábamos, pues, a ofrecernos un banquete con que restaurar nuestras perdidas fuerzas.

Encontramos al dueño del rancho, un viejo borrachín, tendido en su hamaca, junto a un garrafón de licor, mientras una suerte de bruja, flaca, macilenta y paralítica, atizaba carbones a cuyo fuego cocía una marmita.

El viejo recibió la visita cortésmente; con la tradicional e invariable hospitalidad generosa del campesino venezolano, capaz en ciertas provincias de quitarse el bocado de la boca y la camisa del cuerpo, para obsequiar al huésped.

Lo primero que el llanero brindó fue un vaso de vino.

—Es un vinito blanco, dulce —indicó— que me traen de Ciudad Bolívar.

Apuré de un golpe el vaso, contento de gustar el excelente vinillo blanco de Ciudad Bolívar. No lo hubiera tomado, máxime en la extenuación del prolongado ayuno. Lo que llamaba aquel buen señor vinillo blanco de Ciudad Bolívar —lo supimos después— era aguardiente doble endulzado con melaza.

El vinillo en dos minutos se me subió a la cabeza. Tomé por mi desventura otro vaso, a pesar de las protestas de mi hermano Augusto, y allí fue Troya. Me emborraché y la borrachera me puso furioso. Quise reñir con el viejo, a quien eché por tierra; y luego la emprendí contra todo el mundo.

Por fortuna, mi hermano Augusto, que jamás prueba gota de licores, estaba en su juicio, pues los demás, tan borrachos como yo, no eran una garantía. El viejo, por su parte, empuñó una lanza enastada en un asta de tres metros y amenazaba pasarme de parte a parte. Y lo hubiera practicado como lo decía a no ser por mi hermano Augusto.

En el furor de la brega por desarmarme de un machete que blandía desaforado, cercené un dedo a mi pobre hermano. Desarmado por fin, me propinaron café, limón agrio, y acostado en un chinchorro me quedé profundamente dormido durante diez horas, por donde me fue imposible probar bocado.

Al día siguiente no pude tomar sino café. Y con dolor insufrible de cabeza y estómago emprendí viaje, a caballo, la mañana siguiente.

A CABALLO POR LOS DESIERTOS DE GUAYANA

Morichales llaman en el interior de Guayana a un oasis de palmas de moriche. Con una particularidad: bajo las palmas corre un río, a veces profundo y ancho. Los moriches, a un lado y otro de la corriente parece que la escoltan durante su travesía por aquellas sabanas; así, la corriente se desliza bajo un toldo de verdura hasta que desemboca en el Orinoco, en otro río, o en algún morichal más grande. Y en medio de la pampa uniforme y ardida de sol, aquel refugio de sombra y frescura es delicioso encanto para el hombre y para los animales. Allí se acogen, desde el tigre hasta el paují, cuantos son animales de la dehesa, y aves del cielo guayanés.

LA LUCHA DE LOS TITANES: EL MONTE Y EL RÍO

En el lugar denominado Babilla Flaca, orillas del Orinoco, dejamos las caballerías y nos embarcamos en una curiara. La curiara no es otra cosa sino el tronco de un árbol

ahuecado por el más rudimentario procedimiento. Afrontar el Orinoco en semejantes embarcaciones lo practica de diario todo el mundo por aquellas latitudes; pero la primera impresión de sentirse a merced del Orinoco, tan enorme, tan poderoso, en el tronco de un árbol, débil y bamboleante, movido a canalete, contra la corriente, no es grata ni tranquilizadora.

A nuestro lado pasan caimanes mayores que nuestra canoa. ¡Un solo coletazo de alguno de tan monstruosos saurios convertiría en añicos curiara y tripulantes! Por fortuna, todo sobre la tierra y hasta sobre las aguas es cuestión de costumbre; y, cuando días después, arribamos a Atures, ya jineteábamos todos con desenfado y brío aquel raro y vacilante caballo del Orinoco.

Llegamos a Atures, Allí encontramos a Haroldo y al joven cauchero de Río Negro.

Era Atures, donde acababa de poner pie, el primer pueblo geográficamente, o, con más propiedad, caserío, del Territorio que iba a gobernar.

El caserío, antigua aldea de Atures, cerca de Catania-po, río de aguas verdes y frescas, a la margen derecha del gran río, no dista sino un cuarto de legua del famoso «Raudal» de Atures, cuyo trueno se percibe en el poblacho constante y distintamente.

Diferentes viajeros, el más notable Humboldt, han hablado de los pueblos indígenas de Atures y Maipures y de los dos «Raudales» que llevan el nombre, uno de los indios Maipures, de los indios Atures el otro.

¿Cómo se forman y qué son los «Raudales»?

El Orinoco, que corre de Sur a Norte, hasta Maipures, se encuentra allí con una montaña de granito que le inte-

rrumpe el paso. Hay una lucha formidable, de verdaderos titanes, entre el Río y el Monte. El granito se interpone; pero el agua irrumpe y corre por encima de los promontorios de piedra. El río pasa; pero el monte no cede. El Orinoco se ve obligado a cambiar de rumbo, torciendo a la derecha; y continúa su viaje al mar, no ya de Sur a Norte, sino de Poniente a Naciente.

La arena de aquella lucha abarca de cincuenta a sesenta kilómetros. El monte avanza contra la corriente sus proas de granito que el ímpetu del Orinoco ha ido lentamente desmigajando. Esas migajas de roca, esos fragmentos de piedra, no son vil rocalla, menudo ripio, sino peñas gigantes, redondas, como cúpulas de sumergidos templos; otras veces las rocas se levantan erguidas como estelas, monolitos, muros, o esbeltas como árboles en selva de berroqueña y tupida vegetación.

La corriente del Orinoco precipítase por encima de los ríspidos peñascales, rómpese al chocar contra los farallos de granito y se derrama por doquiera en maravillosas cataratas. El trueno de sus aguas en cólera repercute en los desiertos, a millas de los «Raudales», acompasado, sordo, constante, como si aquel trueno fuera el latido del corazón de la selva.

Montaña de granito desmigajada sobre el lecho del río, puerta de piedra, puerta sellada que puso la naturaleza a la civilización, y que no cederá sino cuando la dinamita pronuncie su «sésamo, ábrete»: eso son los «Raudales» de Atures y Maipures.

El viajero desecha el obstáculo y gana por tierra aquella parte del río —fuera de la arena de los titanes— en donde puede continuarse la navegación. Los productos naturales del Alto Orinoco y Río Negro, que se envían

a Ciudad Bolívar, lo mismo que las mercancías de ciudad Bolívar que se mandan al Territorio, al llegar a aquel punto son acarreados por tierra en carros de bueyes.

Ya estaba dentro de los límites de mi Ínsula Barataria. Días después haría mi entrada en la capital.

CONTINÚA EL VIAJE

El viaje continuó con la acostumbrada monotonía.

Tuvimos tempestad, una noche, en la boca del Vichada, menos hermosa y de menos peligro que las que habíamos presenciado, frente a los Llanos del Sur, pero no menos fuerte e imponente.

Los truenos se prolongaban con tal estrépido que ensordecían a uno. El rancho en donde pernoctábamos esa noche —situado en el ángulo o punta de tierra, entre el Vichada y el Orinoco, donde aquél desemboca— se mecía al soplo del huracán, como si fuese una hamaca.

Otra noche se introdujo un rebaño de dantas en nuestro campamento, en medio de la selva; y los inesperados visitantes, sorprendidos, por su parte, de aquel encuentro echaron a correr en tumulto y algarabía, despertándonos en sobresalto.

Un espectáculo digno de recordación fue el aparecer de un venadito en pleno Orinoco, una mañana; el venadito nadaba, huyéndole, probablemente, a algún tigre. Alcanzamos al animalejo que se debatía, maltrecho contra la corriente; ya íbamos a echarle un lazo para cogerlo vivo, cuando creímos que se escapaba. Haroldo le alojó incontinenti una bala en la cabeza, y el animal se fue a pique, a ser pasto de caimanes.

Nos puso de mal humor la pérdida del cervatillo, pues venía de perlas a nuestro ayuno: hacía mucho no probábamos sino galletas, queso y papelón.

Otra mañana, mientras los indios de nuestra tripulación cortaban cañas en forma de garabatos con que, en ciertos lugares de la travesía, se agarran de los troncos de la orilla y hacen adelantar, ¡cuán poco a poco!, la embarcación, maté de un tiro de Winchester un precioso panjil, precioso por el plumaje, y más precioso todavía por su carne, que nos sirvió de desayuno, almuerzo y comida. Pero la comida habitual la constituían patos silvestres cazados en las orillas sabulosas del río donde se abaten al amanecer y en la tarde, bandadas blancas, o amarillas o grises.

EL ATABAPO

Una mañana, después de corta lluvia que puso transparente el aire, suave la atmósfera, de un verde nuevecito las matas y azul, muy azul, el cielo, se partió en dos la selva. Por el abra filtrábase una gran claridad. Aquella avenida de luz era también cauce de otro río que desembocaba en el Orinoco: el Guaviare. Debíamos remontarlo.

El Guaviare, en su desembocadura —como el Vichada— parece otro Orinoco, algo más pequeño y de otro color. Las aguas del gran río, en aquella época de lluvias y avenidas, corren turbias; las del Guaviare, aún más turbias, amarillentas, barrosas. Por lo menos en aquella estación de lluvias.

A medida que remontábamos el Guaviare se iba aclarando la corriente; y en un trayecto corto se percibían

perfectamente diferentes matices. A un momento dado el cauce del río, muy amplio, se ensancha más, se ahorquilla, se bifurca; y sucede una cosa magnífica: como dos brazos abiertos se juntan en el torso de un hombre, se confundían dos corrientes en el río que remontábamos: el agua de la corriente derecha, amarilleando, desvaída, de un amarillo terroso; el agua de la corriente izquierda, roja, de un rojo oscuro.

Empezamos a remontar el río de las aguas rojas. Era el Atabapo. A lo lejos, asomadas a verse en las aguas de púrpura, espejeaban al sol, como grupo de garzas, las casas de San Fernando de Atabapo, la blanca capital del Territorio.

Como íbamos costeano, podíamos contemplar, a nuestro amor, una margen del Atabapo. El agua, transparente, permitía ver el fondo de la orilla, que es de granito rosado, lo mismo que la playa. El Atabapo parece un río de cuento de hadas; y todos los encantamientos de la gruta Azul, en Capri, son breve hermosura a su presencia.

El agua, acarminada en la margen, va embermejándose a medida que el fondo es mayor, hasta ser de un rojo oscuro en el centro de la corriente. Los remos, al golpear en la linfa, no levantan, sin embargo, rubíes, sino topacios, franjas y chispas de un amarillo de ámbar. El agua, que recogemos en el hueco de las manos, es en las manos un sorbo de champaña; ríe en un vaso de cristal como suave licor de oro. Una copa de agua del Atabapo rivaliza en delicado matiz con una copa de Rutihsheimer, de Hochenheimer, o de cualquier *Liebe-frau-milch* del Rin.

(Bebida es deliciosa. Mientras permanecí en San Fernando no tomé otra; y me bañaba de diario en aquel río de encantamiento donde no pueden vivir caimanes, ni caribes, ni probablemente pez alguno. Los rústicos de la

comarca opinan que los peces tienen temor del agua obscura. Bañarse allí, sin el cuidado de peces y anfibios peligrosos, es pura delicia. El álveo, plano pulido, de puro granito, produce a las plantas la ilusión de rica bañera; y el agua de rubíes donde os sumergís os dora y acarmina con sus ondas coccíneas. Cuando alegre como un tritón golpeáis las linfas con palmadas y sornavirones, chispea en el aire un rocío de topacio y de oro.)

A medida que nuestra embarcación se aproximaba a San Fernando de Atabapo, la blanca, empezamos a divisar la multitud —la relativa multitud—, los vecinos que se aproximaban a la playa. Y no bien atracamos, antes de salir de la embarcación, advertimos que todos los vecinos, armados de Winchester, disparaban su arma.

La primera impresión que me produjo semejante salva fue malísima. Creí que me recibían con una poblada a usanza territorial. Pero pronto comprendí que sólo se quería recibir, si no digna, por lo menos ruidosamente, al nuevo Gobernador.

GOBERNADOR

Apenas hecho cargo de la gobernación, constituí el Concejo Municipal, que sólo había funcionado allí dos veces en luengos años, según consta de publicación que ha hecho el historiador político del territorio, don Marcelino Bueno.

Constituí el Concejo Municipal, porque así lo ordena la Ley Orgánica del Territorio, y creyéndoles hacer a los habitantes un gran beneficio, por cuanto así podían ellos participar del Gobierno y coadyuvar a la buena administración de sus intereses.

Otro de mis primeros actos fue crear por un decreto escuelas en cada pueblo. La de San Fernando empezó a funcionar cuarenta y ocho horas después de mi arribo, bajo la dirección del ciudadano M. Becerra. El Concejo municipal fijó los impuestos que quiso, y a los que me sometí de la mejor voluntad, no por virtud, sino por deber.

Inmediatamente de mi llegada, después de imponerme de las necesidades más urgentes de aquel maravilloso pedazo de tierra venezolana, todavía semisalvaje, despaché a mi hermano Haroldo para Caracas a recabar auxilios del Gobierno nacional para que enviase maestros, aunque fuesen pocos; algunos barriles de cemento, palas, picos, etc., y varios albañiles. Había que emprender con urgencia obras de bienhechuría, como la de levantar en San Fernando una Casa de Gobernación, una escuela, una cárcel y una capilla. Urgía también practicar unas millas de camino carretero en Pimichín, para que no se fuera gran cantidad de caucho por el Brasil con detrimento del comercio de Guayana.

También pedí al Gobierno algunas armas, que no había. Fuera de los winchesteres que llevábamos, un solo mauser de los diez o doce que me entregaron en la gobernación, podía disparar. A los unos les faltaba una pieza; a otros, otra; a todos algo, comenzando por cápsulas.

Pedí también que me envasen a todos los desocupados y holgazanes de Caracas que quisieran venir a ganarse no sólo con qué vivir, sino bastante dinero, pues lo que falta para explotar debidamente la región son brazos, brazos y más brazos. Curas también pedí, porque los creí necesarios para que adoctrinen y civilicen a los indios. Ofrecí pagarlos a todos con concesiones de cauchales. Pero con algo debía contribuir el Ejecutivo, con algo, con

muy poco, con lo que él juzgase necesario, de acuerdo con lo que de mi pedido conviniese en remitir. Siquiera que les pagase el pasaje hasta el Atabapo. La exposición en que hacía ver las necesidades más urgentes era clara. Se la remití personalmente a Castro, sabiendo que la hoja del árbol no se mueve sin la voluntad de Dios.

Distribuí, en las condiciones más liberales, todo el mayor terreno posible plantado de caucho, para su explotación. Llamé a un conocedor del río Ventuari para pedirle informes de las riquezas, casi ignoradas, de este afluente del Orinoco; y a objeto de que me acompañara a un viaje de exploración que personalmente quería practicar.

Empecé a estudiar las diferentes tribus de indios y a recoger voces a objeto de publicar vocabularios de lenguas indígenas. Solicité utensilios curiosos de las diversas tribus para enviarlos a un museo, en Caracas. Proyecté para más adelante una expedición a las cabeceras del Orinoco, prometiendo auxiliarla con dinero, útiles, gente, con cuantos medios estuvieran a mi alcance.

Protegí a los indios, cien veces más inteligentes, buenos y trabajadores que los bandidos que, llamándose a sí mismos *racionales*, los explotan y vejan; declaré que las deudas no esclavizaban el indio al deudor, según es allí infame costumbre. Llevé al Atabapo —la primera vez después del explorador venezolano Michelena y Rojas, a promedios del siglo XIX— ganado vacuno, que no había; y dispuse fundar un hato, en Esmeralda.

En fin, procedí como un hombre civilizado; y ser civilizado entre la mayoría de aquellos rionegreros, equivale a ser tonto.

Me pagaron queriéndome asesinar. Pero caro les costó el intento a dos capataces.

Ya desde el principio comenzaron a aislar me de Caracas y de todo el mundo no territorial. La primera sospecha que tuve fue el secuestro de una correspondencia, que venía para mí, so pretexto de haberse trabucado o ido a pique la curiara en que venía. También parece que quisieron aislar me de personas en que pudiera fiar. Me parece que con ese intento se cometió el envenenamiento de Bianchini. Éste era un pobre italiano, casado en Caicara, muy alto, muy agradable, muy queredor de Venezuela, con quien me había encontrado durante el viaje, a la entrada en el Territorio.

Simpaticé con él admirando la voluntad de un hombre de su valía que se internaba, por decoro y en busca de trabajo y fortuna, en aquellas soledades orinocenses. Le tomaron ojeriza al infeliz; y la ojeriza de ahora se mezcló a viejas antipatías. Valiéndose, a lo que presumo, de otros italianos sin escrúpulos, escoria de escoria, lo envenenaron en Maipures, yendo él de paso para Ciudad Bolívar. ¡Sentí mucho la muerte de este pobre europeo, tan superior a todos aquellos bárbaros!

Todo esto ocurría con la velocidad del relámpago. Víctor Aldana, alma de aquellas pillerías, es hombre activo, inteligente, y está acostumbrado a la acción.

EL TERRITORIO Y SUS HABITANTES

La inmensa región conocida con el nombre de Territorio Amazonas es uno de los rincones más hermosos, fértiles, ricos e incógnitos del planeta.

La bañan algunos de los mayores ríos americanos, como Río Negro y Orinoco. Por Río Negro se pone en

comunicación el Orinoco con el Amazonas. Las selvas vírgenes, intactas, ocupan cientos de leguas y producen caucho, zarzaparrilla, vainilla, zarrapia, peramán, chiquichique, y casi todas las maderas preciosas, resinosas y medicinales del trópico.

La principal explotación es la del caucho, enormemente productiva. El quintal de caucho se le compra al indio a 60 bolívares y se vende luego en Europa a 800 bolívares¹.

Y todavía hay mayor ganancia. Los 60 bolívares se le pagan al indio, no en dinero, sino en mercancías de primera necesidad, las cuales se venden con ganancias de por lo menos el 300 por 100. Así, pues, robando de tal modo a los pobres indios se hacen rápidas fortunas.

La zarrapia ha llegado a venderse a 800 bolívares quintal. Hoy se vende a 150 bolívares, no costando casi nada la recolección. Pero el caucho le hace la competencia: como se vende mejor, produce más. Todo el mundo se dedica a esa explotación.

Aquél es un país de fábula. Tiene inmensos ríos de todos colores. Un río de aguas oscuras: Río Negro; otro de aguas rojas: el Atabapo; otro de aguas verdes, Cataniapo; otro de aguas amarillas: Guaviare. Muchas razas de indios lo pueblan. Todas son inofensivas, si no las molestan. Casi todas laboriosas; y algunas muy inteligentes.

En aquel magnífico imperio casi realengo no se conoce la escasez, no corre sino el oro; y aunque a ocho grados del Ecuador, el clima, dulcificado por la frescura de los ríos y por el abaniquero incesante de árboles milenarios, es delicioso. Allí no existe de malo sino los hombres; la abigarrada multitud que ha ido a poblar el país. Cuanto facineroso busca refugio contra la sociedad que le persigue,

allí va. Cuanto comerciante fallido quiere rehacer fortuna, sin escrúpulo, en cortos años, allí va. Cuanto aventurero de ambos hemisferios siente el impulso que dispersó por los rincones del mundo, en el siglo XVI y en el siguiente a españoles, portugueses, bátavos y británicos, allí va.

¿Qué mucho, pues, que en territorio tan inmenso, despoblado, donde se viaja días y días sin encontrar un alma, sin comunicación con grandes centros, opulento, carente de una justicia severa y vigilante, carente de policía, de ejército, de efectivo control de ninguna especie, sin telégrafo, sin teléfono, sin correos, sin comunicaciones, y tan lleno de pillos —de pillos nacionales e internacionales—, que mucho que en aquel reino de la impunidad se cometan de diario crímenes, y el desorden se haya instalado allí como en su más cómodo aposento?

Ese Territorio es en pleno siglo XX algo semejante a lo que sería toda la América en tiempo de los primeros conquistadores. Socialmente, peor. La naturaleza sí está en el mismo estado: intocada.

La misma naturaleza de la región, las vastedades solitarias, e incomunicadas, a más de las costumbres; el fiarlo todo cada uno a la justicia de su brazo, la impunidad y el vivir todo el mundo con armas de guerra, facilita los atentados. Allí vive cada quien sin más ley que su capricho, sin más ideal que la riqueza a corto plazo, ni más deseo que poder partir ya con dinero a tierras menos crudas. Un bárbaro sin escrúpulo, con sesenta peones más bárbaros que él, y armados de winchesteres, es un demonio que vive en las selvas, orilla de los grandes ríos.

Mal puede reconocer ni aceptar otro gobierno que el de su capricho. Someter a tal sujeto es librar una batalla;

y si dos o tres de estos jefes de *barraca* se juntan, ¿qué autoridad puede someterlos?

La autoridad es allí puramente moral y carece de medios coercitivos. Por eso es raro el gobernador que sale con vida. Un impuesto, una providencia, cualquier cosa basta para que se declaren en rebelión. Cuando no se molesta el uno se molesta el otro. Y todos se apoyan entre sí por espíritu de solidaridad y de seguridad. Unidos son los más fuertes: nadie puede con ellos.

Y sin embargo, si no hubiera caciques y maleantes, aun pudiera gobernárseles. ¡Pero movidos por la impunidad, por el interés y por algún cacique! Así cazaron a tiros en el propio edificio de la gobernación al gobernador Venancio Pulgar; así hirieron al Gobernador Meléndez Carrasco; así pusieron en fuga al Gobernador Tavera Acosta; así envenenaron al Gobernador Díaz, a quien yo sustituí; así mataron a balazos al Gobernador Maldonado, que me sustituyó a mí. (Y más tarde degollaron junto con muchos compañeros a Roberto Pulido, sustituto de Maldonado. Todos menos Maldonado y Tavera eran militares de profesión, algunos de bien probado valor, como Venancio Pulgar y Roberto Pulido. La muerte de Pulido, con veinte compañeros, parece que fue horrible. No fue menos dramática la de Venancio Pulgar, a quien asaltaron la casa adonde estaba solo con su querida, una joven andaluza. Reducido a un cuarto donde se encerró —armado de dos revólveres— disparaba contra los asaltantes, mientras la chica le cargaba la otra arma. Los asaltantes le desentecharon el cuarto y por allí los cazaron a él y a la españolita...).

Lo tradicional en el Territorio ha sido, como se advierte, asesinar a los gobernadores. Yo rompí la tradición...

y salí con vida. Pero fue por casualidad. Una intentona contra mi autoridad y mi vida, que fracasó, me llevó no a la tumba, sino a la cárcel².

¿Qué motivó este atentado? Voy a referirlo.

TRES MISERABLES

A mi paso por Ciudad Bolívar, el presidente del Estado Bolívar, un indio avaro, de nombre Luis Varela, y su secretario general, un dentista de la peor ralea, sin un céntimo, llamado Eliseo Vivas Pérez, me propusieron que llevara conmigo buques cargados con mercancías. Ellos me facilitarían esas mercaderías sacándolas a créditos en los almacenes de la ciudad.

Yo debía, ya por medio de la astucia, ya valiéndome de la autoridad, cambiárselas por goma a los indios; y ejercer presión sobre los negociantes para que también me vendiesen a mí su caucho.

Varela y Vivas Pérez pagarían en Ciudad Bolívar, en efectivo, el caucho que yo hubiese comprado en el Territorio y al precio que hubiera ofrecido pagar. Este precio y las cantidades cuya compra se hubiera estipulado constarían en un contrato suscrito por mí y por el comerciante vendedor, documento que debía presentarse junto con el caucho negociado al general Varela, en Ciudad Bolívar. Yo tendría el 30 por 100 de los beneficios; Vivas Pérez el 20 por 100 y Varela —que decía iba a poner el capital y a sostenerme a mí en el puesto de Gobernador— el 50 por 100.

En resumen, me excitaban a que instalase, en beneficio principalmente de Varela, un monopolio tiránico y odioso.

Ellos habían echado sus cuentas: al fin de la cosecha habríamos ganado suma cuantiosa.

No acepté la proposición y partí para el Alto Orinoco sin más víveres que los necesarios para mi uso personal y de mi comitiva, durante unos meses de vida. (Estos víveres, que tanta falta nos hicieron, llegaron mucho después que nosotros.) Mi negativa enfureció a Vivas y a Varela, aunque yo la doré como pude y hasta les prometí que más adelante volveríamos a hablar del asunto. Varela me dijo:

—Le va a pesar, Rufino— queriéndome significar que me negaba a ganar dinero.

Y me pesó, en efecto. No resignándose ellos a dejar de ganarse en la cosecha de aquel año un bonito capital, y considerándome obstáculo a la realización de su proyecto, escogieron a Víctor M. Aldana, quien, de acuerdo con ellos, debía echarme a tiros del Territorio.

¿Cómo se comunicaron tan pronto con Aldana, a pesar de las distancias? Supongo que por medio de alguno de los compinches de éste, entre tantos caucheros que en esa época se restituyen todos los años, ya vendido su caucho, de Ciudad Bolívar al Territorio.

¿Por qué escogieron a Aldana? Baste saber quién es este hombre para comprender cuán acertada fue la elección³.

Aldana, un viejo blanco, astuto y perverso, natural de Coro, vive hace muchos años en el Alto Orinoco y es un cacique, el más aborrecido de todo el Territorio. Su nombre va unido a innúmeros crímenes cometidos en aquellas

soledades, desde el asesinato de gobernadores hasta el sacrificio de indios anónimos.

Generalmente Aldana asalta el gobierno, cuando lo cree en manos débiles, o bien se afilia a los gobiernos existentes en aquella sección de la República. En este último caso, presta servicios de mucha utilidad a los gobernadores; y como casi siempre son unos bárbaros los que el Gobierno Nacional envía allí de procónsules, y como éstos desconocen el país y no ponen cuidado sino en enriquecerse, Aldana es quien gobierna en realidad; y a la sombra del gobierno satisface sus más carniceras venganzas o suprime a aquellos que le hacen sombra o pudieran hacérsela en lo porvenir.

Así asesinó, apandillado con otros, en un chinchorro, mientras dormía, a Ignacio Díaz Matos, joven de veinticinco años, audaz y valiente, ex administrador de la Aduana de Río Negro, y que aspiraba a hacerse un cacique, o que lo era. Así mató, en compañía de Sergio Lira —uno de los hombres más perversos de aquella región—, a Nicolás Sánchez, de quien desconfiaba, y por ser éste hombre de avería. Así mató a los Gatiño, padre e hijo, el hijo de edad de catorce años. Al viejo, por rivalidades de lugar; al hijo, para suprimirse desde luego un futuro enemigo.

De estas muertes pude yo juntar comprobantes —o, mejor dicho, pude valerme de los comprobantes debidamente autenticados que los señores Aristides Fandeo y general Emilio César Santo Domingo habían agenciado.

Esos comprobantes testimoniales y acusadores fueron entregados por mí, personalmente, al juez del crimen de Ciudad Bolívar.

Y fue, gracias a esos comprobantes y por la acusación que hice ante el Juez contra ese bandido, que el juez co-

rrespondiente dictó orden de prisión y encarceló al asesino. Gracias a esos comprobantes, Varela y Vivas Pérez vieron a su cómplice en la cárcel, aunque tuvieron siempre para con él las mayores atenciones, al punto de que no permanecía en la cárcel, sino en el hospital, so pretexto de enfermedad. De allí, por supuesto, se comunicaba con todo el mundo y agenciaba mi perdición y su libertad, de acuerdo con sus cómplices, todopoderosos en el Estado Bolívar.

Aldana, que hizo varias fortunas, las perdió asimismo jugando: desaforado jugador. Cuando llegué al Territorio estaba mal de intereses. Su única ambición, en la tarde de su vida, era ser Gobernador legal del Territorio.

Al Gobernador Díaz, mi predecesor, que era un juguete en manos de Aldana, lo envenenó, sin embargo, lentamente. ¿No querría compartir con nadie los beneficios de la Administración? Lo cierto es que quería ser gobernador. Y lo fue.

Aldana se encargó de la gobernación apenas cerró los ojos Díaz. Realizaba el sueño de toda su vida... Lo malo fue que su interinaria de poder no alcanzó a mucho tiempo. Yo arribé por entonces a San Fernando de Atabapo. ¡Era natural que su carácter se agriase ante el fracaso de su ambición, ante el sufrimiento tantálico del poder siempre cerca y tan lejos! ¿Pero, quién tiene la culpa de esa burla del destino? ¡Y qué a destiempo llegaba yo! Cuando iba a comenzar a trabajarse la nueva cosecha de caucho. ¡Cuando iban a repartirse las concesiones! ¡Cuando él podía, una vez más y para siempre, enriquecerse!

Los hábiles fueron Varela y Vivas Pérez. Ellos supieron a maravilla escoger el momento y escoger el instrumento de su crimen. Los admiro profundamente. Según el antecedente de otro civil, el señor Tavera Acosta, contaron con que yo correría; pero no contaron con que yo correría detrás de Aldana. El bandolero, viéndose perdido, ¿qué hace? ¿Se esconde, huye a los bosques, se escapa al Brasil o a Colombia? No. Vuela, pero vuela a sus cómplices.

Llegado a Ciudad Bolívar, Varela y Vivas ¿lo ponen a buen recaudo para entrar en averiguaciones? ¿Sienten sospechas de algo, conociendo como conocen el tipo? No. Al contrario. Lo protegen, le dan dinero y lo recomiendan al gobierno nacional, en Caracas, ciudad para donde lo hacen partir.

Yo corro tras Aldana y llego a Ciudad Bolívar, persiguiéndolo. ¿Qué ocurre? Varela y Vivas, arbitrariamente, me reducen a prisión. Hasta me impiden telegrafiar. Yo no debía ir a Caracas, detrás de Aldana. A mí no se me debía oír.

Entretanto, consiguen lo que buscaban: apoderarse del Territorio. Valera solicita y obtiene el cargo de Gobernador para su Secretario particular y futuro yerno, señor Víctor Maldonado, que me sustituye como Gobernador del Amazonas. De suerte que se realiza el ideal de esos bandidos: que el Territorio Amazonas caiga en sus manos, cayendo en manos de un instrumento de Varela.

Luego, como podía prestarse a complicaciones el que yo volase a Caracas y formase un escándalo, explicando la verdad, me hacen acusar ante los jueces del Estado Bolívar —sus jueces— por Aldana, que lo haría con repugnancia, porque él tiene muchas y muy buenas razones para no querer inmiscuir en sus asuntos a la Justicia.

Habiéndose transparentado toda aquella trama inicua en Ciudad Bolívar, habiendo trascendido la verdad, en parte, a Caracas, y dada la actitud furiosa, delatora e irreductible, que yo asumí, pensaron asesinarme y que con mi vida terminase el escándalo. No se atrevían a matarme en la cárcel de Ciudad Bolívar. Y decidieron los caníbales remitirme preso al Territorio, ¡al Territorio!

En las soledades del Orinoco pensaban matarme como a un perro.

Se me hubiera asesinado, antes de llegar, so pretexto de fuga. Afortunadamente para mí, no se pudo. La amistad, la justicia y la conciencia pública velaban.

Estas líneas eran indispensables para mayor inteligencia de las subsiguientes páginas del *Diario*. Quien las lea verá enmarañarse y desenmarañarse, poco a poco, una intrincada madeja de crímenes.

CUARTEL DE POLICÍA

Ciudad Bolívar, 15 de julio de 1905. He estado en tal excitación de nervios desde el 5 del corriente, día en que llegué, procedente de Río Negro, a Ciudad Bolívar y en que me prendieron apenas desembarqué, que no he podido escribir una línea del *Diario*. El exceso de emoción no se acomoda con el oficio de embadurnar papel. Tampoco he tenido tiempo sino para telegrafiar a Caracas (valiéndome de rodeos, porque se me informó que el gobierno de aquí no dejaba pasar todos mis telegramas), escribir cien cartas, y enviar cartas particulares y documentos que llegaran del Territorio. Innúmeras visitas de mañana a noche me asediaban; pero me distraían de mis negros pesares.

Ahora me incomunican. Como no recibo, por fuerza me sobra tiempo, y con el ánimo ya en calma relativa puedo escribir otra cosa que epístolas de aclaratoria.

¡Cuántas infamias en tan poco tiempo! ¡Qué pérfido, Varela! ¡Qué pérfido Tavera Acosta! ¡Qué miserable Vivas Pérez! Me prenden, me calumnian, me ponen en mal con el Presidente de la República, porque no quise entrar en chanchullos, porque no quise hacerme cómplice del Gobierno de esta provincia guayanesa para esquilmar al Territorio.

He gritado y grito a cada instante, de voz en cuello, que son unos cobardes, criminales y ladrones. Lo digo a cuantos quieren oírme. Por eso quizás me incomunican. Han cortado o detenido mi porvenir, que se presentaba tan risueño. ¡Miserables! ¿Y qué no han hecho conmigo? ¿No me han robado mi equipaje, mis armas? ¿No ha llevado su avilantez este jesuita de Varela hasta ordenar a la casa alemana de Blohm y Compañía que se niegue a entregarme la suma de 8.800 bolívares que yo había depositado allí? ¿Qué quieren que coma? ¿Cómo quieren que viva y me defienda? La Casa Blohm, vil, se niega, con desparpajo y servilismo bien alemanes, a entregarme lo mío. Pero le escribo furibundo, y por medio de un dependiente que envían —en vez de responderme por escrito— les hago saber que si no me entregan mi dinero inmediatamente, volaré con dinamita, apenas salga de la cárcel, el almacén y les cortaré el pescuezo a todos los alemanes de Ciudad Bolívar, comenzando por ellos. Por fin se resuelven a comisionar a su abogado —el doctor Bello— para que me entregue lo que me pertenece. Lo vil es que ellos, como Varela, como Vivas, como todos estos hijos de zorra, se atreven a tanto porque me ven preso y me consideran perdido.

Tavera-Acosta —eterno aspirante a Gobernador— so pretexto de salir a recibirme, fue a espiarme cuando arribé, y mientras yo conversaba con el señor Barroeta Bri-ceño, administrador de la Aduana, avisaba mi arribo por teléfono a Varela, y dónde estaba. Luego, tuvo el tupé de visitarme, estando ya preso; pero lo eché de mi presencia, renunciando a su persona repulsiva como el emético.

¡Cuánta amargura! En Caracas, sorprendidos por la insidia de semejantes escorpiones, no tienen idea de lo que pasa. De lo contrario ya habrían telegrafiado llamándome para oírme. Pero no. Me sustituyen y me dejan encarcelar. ¡Qué habrá dicho Varela! O mejor, ¡qué no habrá dicho para que el Territorio caiga en manos suyas y de su yerno! ¿Por qué no dirá la verdad? ¿Por qué no referirá que él se puso de acuerdo con Aldana, verdugo del Territorio, cacique ensangrentado de la comarca, para que este asesino revoltoso promoviera los escándalos que ha promovido y me expulsara a puntapiés? O me suprimiese. ¡Creyeron que yo saldría corriendo; no supusieron que me defendería y haría correr a su compinche, el asesino Víctor Aldana! ¡Miserables!

16 de julio. Me han llamado ante el juez para que rinda declaración sobre los sucesos de Río Negro. Aldana, tascando los frenos y azuzado por el gobierno de Ciudad Bolívar —Varela y Vivas Pérez— me denuncia como autor o inspirador de los desórdenes del Territorio. ¡Pobre Aldana! ¡Pobre víctima inocente y sin valedores! ¡Yo, absurdo, promoviendo desórdenes contra mí mismo! ¡Él, cacique y asesino profesional, un santo! ¡Una víctima!

17 de julio. Sale para el Territorio, nombrado Gobernador por intervención de Varela, Presidente del Estado

Bolívar, el señor Ramón A. Maldonado, secretario particular y futuro yerno del Presidente de Bolívar.

Salen barcos abarrotados de mercancías que pertenecen a Varela y que Maldonado cambiará a los indios por goma, tasando las mercancías al precio que le dé la gana para robar a los pobres diablos de indígenas.

Esto fue lo que me propuso Varela que yo hiciera, de acuerdo con él; lo que yo no acepté; y lo que motivó el que hicieran que Aldana me atacase para matarme o, por lo menos, despojarme de la gobernación. ¿Qué le prometerían? Seguramente realizar el sueño dorado de Aldana: la gobernación del Territorio.

Sale también para Río Negro el cojo Espejo con negocios de Vivas Pérez. Se van también con mercancías y el poder César Ibarra y otros, amigos y agentes de Vivas y de Varela.

Esquilmarán el Territorio; y antes de un año volverán ricos, después de haber enriquecido a sus comitentes.

20 de julio. Traen a un hombre preso. Lo encaminan hacia un departamento lejos del que ocupó. Me aproximó y advierto que es el viejo juez ante quien declaré el otro día. Pregunto, pero nadie me informa. Por fin, el propio jefe de la Policía, coronel Himiob, me dice muy confidencialmente que ha habido un gran escándalo en la Ciudad. Querían (Varela y Vivas Pérez) que el juez cometiese no sé qué atropello y trampa en el juicio, que reformara declaraciones o que rompiera un documento⁴. El juez se negó rotundamente.

Hace pocos días le suspendieron el sueldo para que renunciara; pero el juez, que es un anciano testarudo, no renunció.

Luego, el Secretario general (Vivas Pérez) envió a un policía a la casa de Ortega, Secretario del Juzgado, a pedirle las llaves para sacar mi expediente. El señor Molina, el juez, se presentó al juzgado mientras estaban abriendo la puerta, lo impusieron de la ocurrencia, y en vez de transigir juró que no entregaría documento alguno al Gobierno del Estado, porque aquello era sólo de la incumbencia del Tribunal.

Y parece que estos vándalos, que no se paran en pelillos, han resuelto meterlo en la cárcel, atentando en la persona de aquel anciano contra la independencia del Poder Judicial.

¡Pero contra qué no atentarían estos bandoleros que en vez de tener un bastón de mando en la mano debían tener un grillete de presidiarios al pie!

Cárcel pública de Ciudad Bolívar, 31 de julio. El Gobernador se presentó ayer en la mañana a la policía y valiéndose de los rodeos del médico o de la familia para excitar al expirante a confesarse, me participa que se me pasa a la cárcel *según orden del juez*. ¿De qué juez? Del nuevo juez que han puesto para enjuiciarme⁵.

Por fortuna me encuentro aquí, en la cárcel, con Arvelo Larriva, en cuyo calabozo me dejan, como una concesión. Esta es una de las cosas que me subleva de las prisiones: el menor acto se lo permiten a uno como por liberalidad. Todo es favor que uno recibe. Aquí me tendrán preso mientras les dé la gana, de acuerdo con su juez. Después, resultará del juicio que no tengo culpa de nada y me soltarán; o que sí tengo culpa y ellos obtienen, a pesar de todo, mi libertad. Así de un modo u otro, pasaré un tiempo en la cárcel mientras ellos hacen en el territorio

lo que quieran. Quizás hasta tenga que agradecerles un día la libertad y no podré alzar la voz.

10 de agosto. Mi prisión me choca porque es una inarmonía. La ergástula es para los esclavos. Para mí el horizonte abierto y el trompeteo glorioso y una docena de Famas.

12 de agosto. (Tipos y cosas de la cárcel.)

George. Es antillano, a lo que parece. Mulato de las antillas inglesas, de edad indefinible, flaco, huesudo, calvo, con una barbilla como rala yerba nacida en algún viejo empedrado, fue un día preso de esta cárcel, ¡quién sabe por qué!, y nadie ha podido echarlo de aquí hace veinticinco años. Por su movilidad, por sus ojillos vivaces y esquivos parece un mono; pero acércase más por sus costumbres a la cucaracha, a la rata, o a cualquier otro animal de letrina. Este personaje escatológico es quien limpia el común en la cárcel; y se dejaría arrebatar la vida antes que el ejercicio de este monopolio. A las cinco de la mañana, diariamente, se entrega a su tarea, los pantalones arremangados y sumido en excrementos hasta la rodilla o poco menos. Pagarle, nadie le paga. Come rancho, se viste de remiendos, vive en el establecimiento. Su monomanía es la pulcritud. Parecido en algo a los holandeses, gusta de limpiar las cosas antes que la propia persona. Ignora el español, el inglés, el francés, todas las lenguas; y de todas conoce frases. Hace veinticinco años no se le ha oído hablar. Los presos lo torear, le tiran de la ropa, le roban la comida, lo vuelven loco: él no responde sino con chillidos cortos e ininteligibles, furioso a veces. Éstos solos monosílabos, que pronuncia y repite de carrera, se le perciben claramente: «no, no, no»; o bien:

«sí, sí, sí», según los casos. Afirma o niega muchas veces como angustiado y eludiendo charlar. No ve de frente jamás este degenerado, juguete de los presos. Sufre filosóficamente. Reparte con liberalidad casabe, guarapo, etc., entre los presos. Estos le dirigen a las mismas horas los mismos chistes hace veinticinco años.

Guarandinga. Negrito guayanés apodado así. Mató a su padre para suplantarle en el amor de una mujer. Inquieto, gritón, dicharachero, con más refranes y salidas que Sancho Panza, al amanecer de todos los días se levanta cantando, corriendo, jugando a los toros. No carece de gracia, sobre todo cuando cruza algún camarada suyo el patio y él le canta:

—Adiós, adiós, belleza seductora.

Sumido en reflexiones, mudo, impenetrable, permanecía tardes atrás. Alguien lo interrogó de súbito y en voz alta:

—¿En qué piensas, *Guarandinga*?

Y aludiendo a su condena, respondió:

—En los quince años.

Pero pronto se levantó, hizo una pirueta y dio un chirrido estridente.

El apodo de *El bachiller* caracteriza admirablemente a un mulato pequeño, presuntuoso, solemne, preso

por robo, la frente despejada, los hombros como prendidos a la espalda con alfileres, el paso y el gesto medidos, lleno de majestad y de ridículo. Es el retrato, hasta en los menores rasgos físicos, de un escribidorcillo de provincia avecindado en Caracas. En ambos homúnculos, todo hasta la desgracia, toma tinte grotesco. El viernes último *El bachiller* empezó a despedirse de todo el mundo y a ofrecer sus servicios y sus influencias. Al día siguiente debía salir, según él. Pero llegó el día siguiente y no salió. Cuando supo que su reclusión continuaba, *El bachiller*, irguiéndose en el centro del patio, prorrumpió solemne:

—Suframós la tiranía de los señores jueces.

Todos se echaron a reír.

Negro fino, como su apodo indica, es hombre comedido, urbano. Hace gala de distanciarse por su corrección de los de su clase. Parlotea poco y, cuando parlotea, es en voz dulce y con gesto ceremonioso, como de algún marqués negro del siglo XVIII. Un día llegó a su casa, almorzó y se fue a la cama con su querida. A las primeras caricias levantóse de súbito, agarró un machete y mató a la mujer. No habían mediado celos ni disgustos. Eran ambos felices. Cierta noche, en el fondo de un calabozo, escucharon ronquidos. Era *Negro fino* que se había colgado y estaba a punto de expirar. Pudieron salvarlo. Salvado, no quiso dar razones. Anda con una sarta

de reliquias y amuletos al cuello; y repite a menudo este disparate:

—Al salvo, lo salva Dios.

Alegre, comunicativo, charlatán sempiterno, externando en movimientos, en voces, en miradas inquietas, una inmensa cantidad de vida que no le cabe dentro, Basanta, a quien por su movilidad llaman *Chispa*, es un Don Juan *sui generis*. Al amanecer de todos los días se pone a un reja altísima que da a la calle, y desde donde se ven las personas, distantes, pequeñas, de arriba para abajo.

—Voy a *hembrear* —dice.

Y a cuantas mujercitas cruzan, empieza a saludarlas con nombre y frases de cariño. Si alguna de las habituales pasantes interrumpe las salidas o cambia de calle, él se angustia. Y como ha dado un nombre a cada una, Rosa, María, Petra:

—¿Qué será de fulana? —se pregunta a cada paso—. ¿Cómo estará mi amor? ¿Me habrá olvidado?

Cuando la ve de nuevo se alborozaba sinceramente y rompe en éstas o parecidas parlerías:

—Adiós, mi prenda. Adiós, Fulana. Me tenías en abandono.

14 de agosto. Arvelo Larriva, que sale al patio con más frecuencia que yo, sorprende una rara conversación entre dos presos de los más graves. Esta charla, muy natural en personas libres, resulta en boca de los detenidos

curiosa, por cuanto es una especie de ilusión de la libertad: lo que prueba que sin libertad no pueden vivir ni los esclavos. Nada de ironía en sus palabras, ni deseo de divertir al auditorio, pues eran hombres sencillos y conversaban en voz baja. Quizás fuera más bien su charla una suerte de mutuo y piadoso engaño.

—¿De dónde vienes? —interrogaba el uno.

—Del carrusel. ¿Y tú?

—Yo vengo de Santa Justa (*barrio alegre*).

—¿Viste a Juanita por allá? Dicen que está muy hermosa y que vive con un alemán.

—Es cierto: vive con un alemán. Pero eso no obsta para que recuerde a sus amigos. Anoche estuve con ella.

—Si es así, yo iré alguno de estos días, mañana o pasado.

Arvelo que me vino a contar aquella extraña conversación, muerto de risa, me puso con su relato melancólico.

Aquellos pobres hombres de treinta y cuarenta años retrocedían a la infancia.

¡Oh, amor!, ¡oh, libertad!, ¡no en balde sois lo más dulce de la vida! ¡No se os puede arrancar de nosotros sin producir crueles desgarraduras!

15 de agosto. No es de presumir las mil precauciones que se toman para vigilarme. En cuanto dan las seis de la tarde se coloca un centinela enfrente de mi calabozo, en la azotea. Y en la azotea, sobre mi calabozo, duermen soldados. Se me espía por cuantos medios puede sugerir la cautela. Cuando voy a bañarme no puedo salir sin antes dar aviso, a fin de que el Alcaide tome providencias. Estas precauciones, por exageradas, son ridículas; se cierra la puerta de hierro del rastrillo con aldabón; se pre-

viene a los centinelas y se les añade un cabo, mientras tres hombres fornidos custodian la puerta del cuartucho donde me baño. El alcaide ha hecho correr entre los presos que soy una especie de Musolino. ¡Qué les importará! Ellos son más Musolino que Musolino⁶.

Un preso, de nombre Terán, se me acercó ayer y me dijo:
—El alcaide me manda vigilarlo. Pero yo no lo haré. Y añadió que tuviera cuidado porque usted era capaz de todo.

—De casi todo solamente —le respondí—. No puedo rivalizar con él.

16 de agosto. Siempre odié con odio innato a jueces, polizontes y curas. No me concreto a mis jueces de hoy —que no son sino juguetes en manos de dos bribones— ni a mis carceleros que no son sino verdugos, villanos a sueldo de villanos. Para estos dogos azuzados por la avaricia y la venganza basta con el puntapié o el zurriago que, metafóricamente, y en este caso, es el desdén. Me refiero a todos los jueces, a todos los polizontes, a todos los curas, a cuantos pretenden juzgar, dirigir y cohibir a los demás hombres. ¿Qué la sociedad los autoriza? ¿Y quién autoriza a la sociedad? ¿Qué la sociedad necesita precaverse? ¿Precaverse de qué? Tan miembros de la comunidad y con tantos derechos son aquellos que la guardan, como aquellos que la amenazan. Y si éstos son más y más poderosos significa sólo que la sociedad por su propio gusto quiere destruirse. ¿Por qué oponerse, pues, al suicidio, que es un derecho, cuando las legislaciones modernas pretenden garantizarnos todos nuestros derechos? ¡Quién, diablos, devana esta madeja de convencionalismos que se excluyen! Los más inteligentes, y no los más astutos:

los más valientes, fuertes, los vencedores por el ejercicio de grandes virtudes y no de viles artes sólo merecen perdurar y seleccionarse.

7 de setiembre. Me parece salir de una pesadilla. ¡Qué horas tan crueles! La muerte, en forma repugnante de avechucho, batió sus alas de murciélago, se introdujo de sorpresa por la claraboya de la celda, aleteó, me llenó de pavora, y salió, al fin, remisa.

Aconsejados por Aldana y temerosos del escándalo que se iba a producir cuando yo pueda exponer al Gobierno nacional y a la opinión pública toda la verdad, que ya empieza a traslucirse en Caracas, no piensan sino en suprimirme. Los muertos no hablan; ni se defienden, ni acusan a nadie.

En la mañana del 3 supe que había llegado a la Alcaldía una nota del juez —del juez que han colocado en el puesto—, para que sirva de instrumento por una vil pitanza. Por la nota al Alcaide le ordenaba el señor juez ponerme a disposición del Ejecutivo del Estado.

Me alegré porque pensaba que, de acuerdo con lo que pautó la Ley, por mí invocada, sobre responsabilidad de funcionarios públicos, se me enviaría a Caracas, a objeto de que la Corte Federal y de Casación conociera de la causa.

Poco más tarde supe que saldría de esta cárcel, pero no para Caracas, sino para Río Negro, ¡para Río Negro!

Enviarme a Río Negro con Aldana, cacique todopoderoso allá; enviarme a Río Negro escoltado por las tropas de Vivas y Varela; enviarme a Río Negro equivale a libramiento a mis enemigos, en las soledades del Orinoco; equivale a condenarme a muerte, a una muerte atroz, por martirizada y por oscura.

Entre una y dos de la madrugada saldría el vapor *Masparro* y se pretendía sacarme de la cárcel a esa hora y embarcarme para el Territorio Amazonas.

Por fortuna, la Aduana supo el caso e impidió la salida del vapor hasta pleno día. A eso le debo la vida.

Al amanecer el señor Barroeta Briceño, administrador de la Aduana —Corao, por casualidad en Ciudad Bolívar—, y otras generosas personas pusieron en campaña, y obtuvieron del amable y condescendiente Varela la promesa de que no se me enviaría, sin antes liberarlo mucho.

Entretanto, ellos mismos, por telégrafo, y otros amigos de Caracas obtuvieron del Gobierno Nacional la seguridad de no permitir que Varela y Vivas Pérez me enviasen al matadero.

He pasado por todas las torturas morales.

Impotente, aislado, preso, en una ciudad carente de valor cívico y hoy casi tan esclava como yo, en una cárcel donde cien ojos me vigilan y cien bocas están prontas a delatar el menor de mis movimientos por sólo congraciarse con los cerberos, con mi abogado en Caracas y sin un abogado aquí que quiera hacerse cargo de la defensa por no malponerse con los dirigentes del Estado, he atravesado horas, las más angustiosas de mi vida. Durante treinta y seis horas estuve en capilla.

11 de setiembre. ¿Una biografía, un retrato físico y psicológico de Varela y de Vivas Pérez? ¿Para qué? El árbol se conoce por sus frutos. Varela y Vivas son exponentes de un estado social. Lo necesario sería la pintura del estado social, que permite el surgimiento de estas cópidas sabandijas. Y al que estas cópidas sabandijas caracterizan.

Varela es un mestizo peliparado, con ojos pequeñitos. Hombre completamente rudimentario, sin cultura alguna, de las más bajas capas sociales de su provincia bárbara y remota, el Táchira andino, tuvo siempre, y hasta en cierto modo aún conserva, el temor y el respeto de la sociedad que, sin embargo, hoy gobierna, es decir, explota y manda.

Sacado por la rebelión de Castro de un comercio humildísimo, en un humildísimo pueblo, se mira de la noche a la mañana, sin él pretenderlo, de «general», de gobernante. Incapaz de dirigir una campaña, aunque no de morir valientemente si a ello le mandan, es aun más incapaz de administrar ni una aldea y comprender el mecanismo de una sociedad por rudimentaria que sea.

Como militar necesita obedecer; como político, también. Un dictador lo manda a gobernar y trata de hacerlo, obediente; pero necesita el secretario que lo maneje.

Este hombre, pues, sin aspiraciones de mando, sin capacidad, sin preparación —apenas sabe leer y escribir—, se mira de la noche a la mañana, por obediencia, al frente de una provincia. ¿Cómo se comporta? ¿Qué hace? Lo primero, robarla. Y no la roba sólo porque tal sea la tradición en Venezuela, sino porque considera que el gobierno es igual al sórdido negocio que explotaba y que la política, en resumen, no es sino eso: un negocio sórdido.

Como lo debe todo al capricho y al favor de un soldado feliz y no mucho mejor preparado que él, aunque más inteligente, y más audaz, jura por su patrón, lo obedece ciegamente, lo toma por modelo y piensa, como su patrón, que la política es una rebatiña. Ahora supone que todo es fácil y es posible con audacia, mientras se está abajo y se aspira a escalar el poder: y que todo es lícito mientras

se está arriba, incluso la ferocidad más feroz, para conservarlo. Todo es lícito, todo, incluso vender el honor propio y el nacional para explotar el país.

Y esta misma es la mentalidad de muchos andinos bárbaros que han asaltado el Capitolio con don Cipriano. Cuántos están en el mismo caso que Varela: don Juan Vicente Gómez, por ejemplo; don Simón Bello, cuñado de Castro. ¡Cuántos en caso peor! Simples bandoleros a lo que salga: Benjamín Ruiz, pongo por pillo.

Cuando llegó Castro a Caracas, los forajidos que trajo se complacían en salir de noche por calles y plazas, burdeles y cafés a matar gente. Así asesinaron en el Café del Comercio al bravo Figueiras. Así buscaban a Antonio Fernández, ministro de Guerra, del Gobierno anterior. Fueron tantas las muertes que Castro, deseoso de que la ciudad exterminase a sus oficiales, pronunció una frase que se recuerda: «ni pago caraqueño ni cobro andino». Lo que equivale a decir: «acaben con mis tachirenses»; o bien: «¡mátense unos y otros, no me importa!». Varela era de esa camada. «Dime con quién andas y te diré quién eres», dice el refrán.

Vivas Pérez, es también mestizo (indio mezclado con blanco), quizás con mayor cantidad de sangre blanca que Varela. No es más inteligente, pero sí menos ignaro y más ambicioso. Es el secretario del mulo; el director del que dirige, la eminencia gris. De casta menos humilde, en la jerarquía social de la provincia, se cree con derecho

nativo a gobernar. Con derecho y con preparación. Sin embargo, su preparación es casi tan nula como la del otro: consiste en haber estudiado un poco, muy poco, lo poco que se puede necesitar en un pueblo de los Andes fronterizos, para sacar dientes. Los barberos también han aprendido, también los sacan; y no por ello aspiran a gobernar. Varela, pulpero; Vivas, sacamuelas: ésa es la diferencia.

Moralmente, Vivas es inferior al otro. Es cobarde y tiene la maldad sigilosa y traicionera de los cobardes. No se comprende una nulidad y se desespera de que otros, a quien él no se juzga inferior, prosperen. A envidioso nadie le gana. Tampoco le gana nadie a felón. Su único ideal es robar, tener dinero. La idea de poseer resulta en este dentista una pasión mórbida. En este sentido es un enfermo, un caso patológico. Por llegar a poseer, por poder robar, que es su exclusivo concepto de la adquisición, parece capaz de todo. La política, su campo de acción naturalmente. Su sola ocupación, su sola preocupación: la política, una política especial, aldeana, cominera, de chismes, de delaciones... Hombre obtuso, incapaz de una idea ni de un ideal. También parece incapaz de ningún sentimiento generoso. Se le acusa de haber hecho traición más de una vez. Es decir, de haber denunciado y vendido al gobierno secretos revolucionarios. Donde las dan las toman: este traidor ha sido traicionado «por la más bella porción del género humano». Parece que Castro, aunque se haya aprovechado de una de estas traiciones desprecia al traidor. A Varela, no. A Varela lo estima en lo poco que vale, pero no lo desprecia. Varela *tiene derechos*: él se lanzó con Castro a la rebatiña, expuso la vida. Vivas llega a la secretaría por mendigar el cargo, por adulación, por traición. Hombre vivo, siempre de parte

del fuerte, él apoyaba al gobierno derrocado, mientras los derrocadores —Castro, Varela, etc.— exponían la vida y corrían el albur.

Después, el vivo, se arrastra a los pies de los vencedores y mendiga un puestecito. Este es su concepto de la política y de la dignidad. Para mantenerse en el cargo, naturalmente, está dispuesto a todas las vilezas en pro de sus favorecedores, y temiendo perderlo por las mismas artes que lo ganó —es decir, porque el favor del poderoso Dictador pase a otro postulante—, trata de aprovecharlo para enriquecerse a posta y cueste lo que cueste.

12 de setiembre (más tarde). Arvelo Larriva, que conoce mejor que yo el alma de Venezuela, me dice:

—Si en tu pleito estuvieras solo con Vivas, aunque Vivas fuera Presidente del Estado y no sólo Secretario, se te haría justicia. Estando Varela de por medio va a ser más difícil. El general Castro no sacrifica a Varela. Lo mejor es que transijas con éste.

Le respondo:

—Aunque me cueste la vida cien veces no transijo con Varela ni con nadie. No pararé hasta verlos destituidos, acusados y encarcelados.

—Pues mientras dure Castro no lo verás —concluye Arvelo.

En el fondo, creo que tiene razón.

13 de setiembre. Anoche, a altas horas, se oye traquear la puerta de la cárcel, y luego las rejas. ¿Vendrán por mí? ¿Qué será? Martirio, tortura atroz. Morir me duele, claro. Pero, sobre todo, me duele morir a mi edad, cuando mi cerebro empieza a madurar; morir sin haber hecho nada, sin dejar

nada. ¡Y yo que hubiera podido hacer algo! ¿Qué? ¡lo ignoro! ¡Algo por que hubiera perdurado en la memoria y la gratitud y el amor de mis compatriotas! ¡Me siento capaz de cosas buenas y grandes! ¿Por qué me ha faltado la ocasión? ¿Por qué? Y ya quizás sea tarde. La vida me ha engañado. Conmigo van a morir muchas cosas en germen. Mi nombre, a mi patria, no le servirá ni de adorno. Yo sabré morir. Pero siempre se ignorará. Moriré tan obscuramente...

13 de setiembre (en la tarde). Entrego a Juan Fernández Hurtado, amigo en cuya rectitud confío, todos mis papeles, el *Diario* inclusive, que me llegó hace poco. ¿Qué suerte correré yo? ¡Quién sabe! Quiero, si llego a morir, que mis libros sean publicados: que se esculquen mis papeles y se pongan en un haz: 1º, lo que sea crítica literaria; 2º lo que sea cuentos, novelines o se le asemeje; 3º, las *Notículas*; 4º, los versos. Y que se publique el *Diario* íntegro.

14 de setiembre. Un preso tiene el libro de Zumeta, *Escrituras y lectores*. Releo el artículo en que me celebra. Pienso y me entristezco.

15 de setiembre. Alfredo Arvelo Larriva que —repi—to— conoce más profundamente que yo el pueblo venezolano, me dice viendo el patio, lleno de presos:

—Son unos parias. Lo ignoran todo; ni siquiera saben quién es Bolívar.

Creo aquello imposible... Para convencerme, Alfredo fue llamando uno a uno, a los que pasaban por delante de nuestra puerta.

—Oye, tú: ¿sabes quién es Bolívar?

—¿Bolívar?... No, señor.

—¿No sabes quién es el Libertador Simón Bolívar; donde nació, qué hizo?

—¡Ah! ¿Bolívar-Libertador? Sí, el que está en las pasetas y en los realitos.

Llamamos hasta seis. Todos lo mismo. De Bolívar sólo sabían sino que con su efigie se acuñaban las monedas.

¡Y éstos son nuestros compatriotas!

16 de setiembre. Mañana atrás. Alfredo saltó de su chinchorro, a la aurora, exclamando:

—Mi tía Gertrudis se ha muerto, en Barinas, anoche.

—¿Por qué? ¿Cómo puedes saberlo? —le pregunté.

—He soñado que se ha muerto anoche. Estoy convencido de ello. No puedo dar más razones.

Hoy llega de Obispo, a cinco leguas de Barinas, un amigo de la familia Arvelo, el señor Carlos Paolini, y trae a Alfredo la noticia de haber muerto la tía Gertrudis. Alfredo me cuenta el caso, computamos fechas y resultó coincidente la muerte de la señora en Barinas con el sueño del sobrino en Bolívar, a cien leguas de distancia.

Mi nerviosismo es tan agudo al presente que la extrañeza de la coincidencia me ha producido una crisis.

17 de setiembre. Casi todos los presos de esta cárcel son peones; es decir, campesinos, obreros del campo.

¡Qué pavoroso espectáculo el espectáculo de su suerte en las garras burocráticas que presencio de diario entre los muros de la prisión! ¡Qué historia cuentan de su cotidiano existir! La miseria diaria de su vida esclava y triste en los campos, en medio de la libertad y alegría de la naturaleza, no le va en zaga a la miseria laboriosa y épica de los talleres. Es quizás peor. ¿Dónde está la justicia sobre

la tierra? ¿Es posible que veamos como cosa natural tanto infortunio, tanto y tan sempiterno dolor? Mi corazón se parte de pena y de lástima oyendo a estos parias. Pero también la ira la mueve. ¿Cómo es posible que los de abajo soporten y los de arriba permitan semejante orfandad, desvalimiento y esclavitud! Mejor estaban por francamente siervos los pecheros del feudalismo.

¿Adónde convertir los ojos para buscar lo que ahora no se tiene? No es bueno volver la vista atrás, por temor de metamorfosearse uno en estatua de sal. Busquemos la clave de los problemas presentes en el porvenir: los hombres no descuidan tanto la felicidad que hayan podido olvidar la clave de la dicha detrás de sí.

En mundo preparado y abonado por el común esfuerzo todo el mundo debe gozar de la cosecha. Desde el momento en que un hombre existe y pone sus músculos o su cerebro en actividad tiene derecho a la vida y a su parte de felicidad.

La totalidad de los seres humanos debe sentirse en condiciones de acomodo, de serenidad estomacal y vital. Así se producirá no sólo el tranquilo bienestar de todos sino que aparecerá en la tierra una humanidad mejor y mayor número de hombres superiores. Las tenazas de la vida no deben morder y destruir, tan fácilmente, a las águilas en el nido.

17 de setiembre (en la noche). Los más aptos para el triunfo en el estado actual de las sociedades son los más viles. Cambiar el ambiente, revolucionándolo, por cuantos medios logren nuestra inteligencia y nuestras manos, es preparar un mundo mejor. Estos parias que veo constantemente, si me repugnan, también me dan lástima. No

es de ellos solos la culpa si han caído tan bajo. Todos tenemos la culpa. ¡Con qué cara y con qué derecho los castigamos! El hambre ha movido a los unos, la ignorancia a los otros. ¿Se les puede castigar como si fuesen doctores, ciudadanos conscientes?

Estos hombres, aquí y en sus casas, carecen de lo necesario: ¿y no es siniestro y ridículo que se les llame ciudadanos, en vez de mendigos, y que se les pida cuenta de su conducta social y se les mande ir a las urnas electorales con el estómago vacío? Con el estómago vacío y la inteligencia más ayuna aún, ajena a toda elemental cultura. ¿Qué saben del Estado sino que el gobierno es una entidad maléfica, de que no pueden esperar sino daño? Nuestra gran revolución futura será la revolución del pan y de la escuela. Entonces, cuando la sociedad dé algo a los parias, podrá exigirles algo. Entonces se tendrá derecho a pensar en otra cosa y se pensará.

27 de setiembre. El general Varela, hipócrita como siempre, ha venido a visitarme en la mañana de hoy. Muy amable, muy zalamero, él no quiere sino mi felicidad. Le pido que me pase de esta pocilga a la policía. No le es posible. Estoy en manos de los Tribunales y él respeta la independencia del poder judicial. Imagina que no sé que el Juez, su Juez, a petición suya y del sacamuelas, me ha puesto a disposición del Ejecutivo.

—¿Pensaría usted lo mismo —le pregunto— si usted estuviera en mi caso y yo en el caso de usted? ¿Qué diría usted entonces?

—Le diría: Rufino, cumpla con su deber.

—Pues yo no quiero ser menos que usted y le digo lo mismo: general Varela, cumpla con su deber.

27 de setiembre (noche). El miedo es el mayor filósofo. Y los máximos filósofos los máximos cobardes. Nos complacemos en sus pensamientos sublimes sin acordarnos de su angustia. Procedemos con ellos como el tirano con las víctimas encerradas en el toro de Falaris: los ayes de dolor eran música al monstruo. Devoramos su espíritu como los sibaritas el hígado de ganso, aunque sepan que mientras más exquisita la *terrine*, más ha sufrido el ánade.

Todo espíritu verdaderamente humanitario, altruista, debe negarse al estudio de la filosofía. Y, naturalmente, de la religión...

La religión es la filosofía de los ignorantes. Es la idea convertida en creencia. Es una sub-filosofía o filosofía para pobres... Para pobres de espíritu.

28 de setiembre. Leo varias obras, ¡cuán diversas!, que me caen en las manos: unas de préstamo; de encargo, otras: *Lucha de razas*, de Gumplowicz; *La Jerusalem*, del Tasso; una novela de Marcel Prévost: *La princesa de Erminge*; y *De Profundis*, de Oscar Wilde, que acaba de publicar y prologa Roberto Ross. Otros libros también leo en este momento, entre los cuales una novelita muy mediocre, de Sienkiewicz, vertida al español y publicada por Maucci, esa casa editora que tanto daño produce al arte con sus pésimas traducciones de obras excelentes.

La primera edición del *De Profundis* se hizo en febrero de este año (1905) y para el mes de marzo ya habían salido a luz cuatro ediciones. La *Metheuen's Colonial Library*, editora, previene en la portada, como en la de todas sus obras, que el libro es para sólo circular en Indias y las colonias.

Inglaterra prohíbe en su territorio la circulación de las obras de uno de los espíritus de arte que más la honran, confundiendo en la misma torpe y censurable excomunión al hombre, que pudo tener muchos defectos, con el artista, que no tuvo sino virtudes; y juzgando, además, mucho más amplio y hospitalario el espíritu de los canadienses, australianos, indostánicos, negros de Jamaica y otros colonos y dependientes de Inglaterra que el de Inglaterra misma.

John Bull, con su habitual comedimiento hipócrita, finge no querer oír hablar de Oscar Wilde; pero ¿no devorará en secreto las obras del pecaminoso artista?

¡Cuánta sinceridad artística troncha en botón la pudibundez farisaica de los ingleses! Hasta los más osados y gloriosos pensadores se valen allí de subterfugios de casuista en la lucha de las propias ideas con la mojigatería bíblica imperante. El propio Darwin, no se aventura a confesar su ateísmo. ¿Qué más, sino el sacrificio de las convicciones científicas, exigía la Iglesia de Galileo y de Giordano Bruno? Kant, Schopenhauer, Nietzsche, de haber nacido en Inglaterra, ¿serían lo que son? Aretino, Rabelais y el autor de *La Celestina* hubieran tenido que abandonar esa patria, como Byron. No es presumible que en suelo de Inglaterra floreciera tanto impúdico y sublime poeta como en Grecia.

De Profundis es obra de sinceridad y de martirio; el alma del poeta al desnudo; el yo pecador de un artista contrito, no de haber ofendido a Dios, sino a la Naturaleza, y, ¡quién iba a creerlo!, a la sociedad. Coloquio de un alma de belleza consigo misma en las tinieblas y la soledad de la prisión. El poeta se acusa de su vida gozosa. Él resolvió ignorar dolor y tristeza, y ver el sufrimiento

como una imperfección. Ahora, que ha pasado por las lágrimas, sabe que el pesar es emoción suprema y fuente de arte, y lo más serio de la vida.

En este bosquecillo se escucha el eco de los suspiros y corre una encantadora fuente de lágrimas. ¡Cuán lejos este sincero sollozo de las paradojas de antaño! El dolor nos ha revelado otra faz, no menos interesante, de esa alma artista.

¡Y cuán dulce y cuán poco británico el Cristo que sale de aquella cárcel! ¡Cristo trascendente a nardo, al nardo magdaleno! ¡Desde Renán, acaso ninguna abeja había revolado con más grato susurro en torno de las hibleas doctrinas del Nazareno! ¡Y cómo exhala aroma de ternura el cristianismo que el poeta desamortaja y resucita!

De cuando en cuando el malabarista, a pesar de las lágrimas, saca la oreja. Cristo —dice el poeta— consideraba el pecado y el sufrimiento como cosas bellas y santas, modos de perfección: y luego: «el encanto del Cristo consiste en que su vida fue una obra de arte».

Cuánto más tierno éste que el cristianismo batallador del Tasso. Nada más fresco ni más constantemente juvenil que el final del Canto IV en la *Jerusalem* el arribo y la pintura de Armida entre los cruzados; pero aquí la hermosura es física, no ética... Yo quisiera al poeta de Sorrento, menos sañudo contra los poseores de Palestina, aunque tal vez sin esta fuerza de pasión, el poema no sería lo que es. Sin embargo, y sin olvidar la fecha del poema, confieso que me repugna la insistencia en sombrear no ya meras obras sino pensamientos del Soldán de Jerusalem. En Homero los dioses auxilian a los griegos; en el Tasso los demonios ayudan a los árabes. Por lo demás, un Argante vale un Héctor, como un Tancredo vale un Aquiles.

Por lo que respecta a Marcel Prévost, declaro que a excepción de *Las cartas de mujeres*, las primeras, todo lo demás de su obra me deja indiferente. Esta opinión mía quizás lo deja a él como a mí sus obras;

Y en tanto el globo sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacío.

La cortesía ha pulido a tal punto el carácter nacional que un autor, instintivamente, para encontrar un impulsivo, un sanguíneo, un hombre violento y brutal ha de ir a buscar un *reiter*, un descendiente de lansquenets germánicos, un alemán. Tal el Príncipe de Erminge.

¿Es ello un bien? ¿Un mal? Sólo un síntoma. No creo que la energía y el heroísmo deban de ser groseros. Bajo una camisa de encajes puede latir un gran corazón.

2 de octubre. Son las tres de la mañana. No puedo conciliar el sueño. Me levanto, enciendo la vela, cubriendo la luz con libros para que no la vean de fuera y me pongo a escribir. Escribir es el consuelo de los escritores.

O no puedo dormir o en el instante que dormito, la pesadilla se encarga de despertarme. Ya es una campanilla de teléfono que empieza a sonar con insistencia; y grita, grita desesperadamente con gritos humanos, regañando, amenazando, desesperando. Ya es una persona a quien abro el pecho, en el recuento de mis presentes dolores y que, al oírme, ríe con risa que me hiela de pavor, con una risa de maldad, con una risa de gozo —por el gozo que le producen mis torturas—: aquella cara de risa temerosa empieza a trocarse en la cara de la persona misma que produce mis penas y cuya mayor alegría es precisamente

mi martirio. Esa cara cambiante, esa risa de gozo, esa confesión que hacía contra mi voluntad, quizás... ¡Qué pesadilla más horrorosa!

2 de octubre (mediodía) Recibo carta de Gómez Carrillo, de Tokio. Hace poco, ya preso, recibí otra suya de Colombo, carta en donde —Carrillo, siempre irónico, hasta sin quererlo— me decía: «¡Usted en un pueblo de quinientos habitantes!». ¡Ay, cuánto más triste era mi vida!

La carta de Carrillo me produce nostalgia, nostalgia de cualquier tierra que no sea la de la patria. ¡Qué anhelo de tierras lejanas despierta esta esquelita, fecha el 19 de agosto, en Tokio!

Mi muy querido Rufino: Como no sé si estará usted aún en su ínsula le dirijo ésta al cuidado de Herrera Irigoyen. Estoy aquí desde hace un mes. Esto es precioso: mujeres muy bonitas; paisajes divinos; templos sobrehumanos de belleza. Ya le mandaré el libro de mis impresiones.

Desde ahora auguro que será precioso: rival de las mejores japonerías de Pierre Loti, pues Carrillo hace de naderías paginitas deliciosas, obritas maestras de frivolidad. Termina insinuándome la idea que me haga nombrar Encargado de Negocios en el Japón. Qué no daría por andar en aquellas tierras, en su amable y chacharera compañía, entre los almendros en flor y las torres de porcelana, amando a las japonesitas que miran, por lo menos, en las pinturas, como en espasmos de placer.

2 de octubre (tarde). Soy uno más de la lista que empieza en Miranda y en Andrés Bello y no terminará en

mí, de víctimas del desnivel entre el hombre de ideales y de estudio y el medio social existente; desnivel que se traduce en mutua incomprendibilidad. El dolor es quien triunfa. ¡Qué caro me cuesta a mí el querer ser venezolano a todo trance! He vivido diez años en seis meses. Mi corazón está blanco de canas.

5 de octubre. Estoy enfermo, muy enfermo y moralmente hundido. ¡Qué duro, qué duro y repelente vivir en esta sociedad forzosa con bandidos de la peor ralea! Piénsese lo que esto significa y el de menos sensibilidad e imaginación se dará cuenta. Antes de ayer han tirado una piedra y me han dado a mí. Aunque el que la tiró presentaba excusas, mi nerviosismo es tal que lo injurié como una rabanera y lo abofeteé; otros lo defendieron. He tenido un zipizape de mil demonios con varios criminales. Nos hemos asestado muy buenos golpes. ¡Pensad qué bestias son éstas! Si yo, por mi desgracia, hubiera matado de un botellazo a uno de estos facinerosos se habría llorado sobre el cadáver; se le pintaría como a una oveja, víctima de mis instintos de lobo; y se le agregaría un aldadón a mi puerta y un borrón definitivo a mi expediente. Creí que después de la trifulca habría perdido toda superioridad moral sobre los presos. Ha sucedido lo contrario. ¡Este descubrimiento me ha hecho ver que no somos fabricados del mismo barro humano ellos y yo, o que el mismo barro humano puede producir seres tan desemejantes que parecen de distinta materia!

6 de octubre. No soy un espíritu religioso; no puedo creer en el infierno. ¡A criaturas contingentes, penas eternas! ¡Cómo iba a ocurrírsele a Dios semejante absurdo!

Dios sabe que los hombres no pueden no pecar. Y sabe más: sabe que él, Dios, lo ha dispuesto así; pudo, si quería, hacerlos perfectos o más cercanos a la perfección.

¿Qué diríamos de una persona que pusiera por todas partes en el piso conchas de plátanos y después castigase a aquellos transeúntes que, carentes de agilidad o de buenas piernas, hubiesen resbalado o caído?

7 de octubre. Acabo de releer el *Mensaje* del Libertador, en 1819, al Congreso de Angostura. Angostura del Orinoco, esta misma tórrida Ciudad Bolívar, donde estoy preso.

¡Qué hombre ese Bolívar! Creo que nadie lo ha comprendido bien en su totalidad, hasta ahora. Los unos lo ven por un aspecto y lo admiran o lo detestan; los otros, por otro. Nadie —y en toda su profundidad— en conjunto. Ha sido un grande hombre sin pueblo y sin posteridad.

Para apreciar con justeza las ideas políticas del Libertador no debemos tener presente la América de hoy —aunque tampoco debemos olvidarla— sino la América para la cual él legislaba; aquella América caótica que el mismo Libertador estaba sacando de la nada, a la que tantos factores internos y externos combatían y a la que él deseaba ante todo y por los medios que suponía mejores, salvar.

Deseaba, sobre salvarla, que perdurase. Lo primero era existir: para eso realizó la epopeya alejandrina desde la desembocadura del Orinoco, pasando por las cabecezas del Amazonas, hasta las cabeceras del Plata; lo segundo, sobrevivir con orden y con dignidad: para eso legisló sin atenerse a abstracciones, ni a lo que fuera bueno en los Estados Unidos, o según Benjamín Constant, sino según lo que imaginó convenir a la América que tenía por delante.

En la historia de las tres Américas, único; en la historia de la humanidad, uno de los pocos.

8 de octubre. El agudo nerviosismo por que atravieso, lo pinta, mejor que ninguna consideración, lo que acaba de ocurrir. Leo un grueso volumen titulado *The extermination of love*. El excelente individuo que me sirve la comida, coloca, a espaldas mías un plato sobre la mesa con estrépito que me hace brincar sobre la silla y arrojarle a la cabeza *The extermination of love*.

El ordenanza, que no se dio cuenta de la causa de tan súbita acometida, confiesa luego que imaginó un momento que me había vuelto loco.

10 de octubre. Varela me visita. Este hombre es un genio. No el genio del mal, sino el del fingimiento. Nadie parece más ingenuo, mejor muchacho, mejor corazón. Pues no me hace tragar —y me lo trago mientras lo oigo— que él no desea sino mi felicidad. ¡Oh, diplomático de las selvas, te admiro! ¡Y qué cachaza! Sabe que Vivas Pérez asegura que el Presidente del Estado no es sino un maniquí, que quien gobierna es el Secretario General; lo sabe porque hasta la propia querida se lo dice: ¡y él, tan campante! ¡Ay, si hubiera ido a la escuela su Excelencia el general Luis Varela!

12 de octubre. Mi novela adelanta: escribo un capítulo cada mediodía. Al paso que voy el terminarla será cosa de un mes. Traen otro preso político de Yuruary: no he podido hablarle.

13 de octubre. Me conceden permiso para asomarme de tarde a una reja que cae al Orinoco, hacia el Poniente. He contemplado crepúsculos imposible de fantasear.

¡Qué pintor, qué poeta, puede intentar reproducir tanta hermosura!

El sol no se columbra, pero desde la mitad del cielo hasta la raya del horizonte es todo el azur divina fiesta de luces: nácares, conchas rosadas, surtidores de gualdos fuegos: nubes carmesíes, dragones de oro; flamencos de rosa; arquitecturas de grises y pizarrosos castillos por cuyos ventanales y boquetes surgen llamas de incendio, torres, pilares, graderías de mármol, cúpulas de cornalina; fuentes de topacio, lagos de ópalo, cascadas de pálidas esmeraldas; níveos paisajes del polo, vegetaciones marinas, por donde a través del agua azul navegan plateados peces, tras de las ovas verdinas las algas amarillentas; madréporas en bancos de coral, ninfeas asomadas a la superficie de un agua mortecina; ánsares albicantes, tornasolados cuellos de paloma; narcisos, petunias, heliotropos de los jardines celestes, toda la joyería asiática del crepúsculo: crisólitos, crisoberilos, topacios.

Y por debajo de aquel cielo maravilloso el solemne, el soberbio, el espejante río, el Orinoco de plata y de oro.

Todos los pasos de mi largo vía crucis me parecen compensados por el inefable y celeste goce de haber contemplado los paisajes más bellos del mundo: el cruce de los grandes ríos; las tempestades nocturnas del Alto Orinoco; las selvas vírgenes de Guayana; y las puestas de sol, desde la reja de esta cárcel, en los atardeceres de octubre.

¿Qué tiranía, qué hierros, qué infortunio podrían arrancarme ahora esa porción de hermosuras sembradas, ya para siempre, en los silos de mi alma?

16 de octubre. Debemos ser españoles y no indios. Escribo al general Castro para que lleve un espíritu regenera-

dor a la sangre del cuerpo nacional. Que envíe, le insinúo, dos o tres comisionados, no oficiales, a España, a fin de aprovechar en beneficio de nuestra anemia, la hemorragia emigratoria de las provincias del Sur y del Noroeste de la Península. ¡Cuando pienso que mucha de esa generosa sangre española se va a los Estados Unidos! ¡A ser un día enemiga de nosotros y de la misma España!

24 de octubre. (La justicia en Ciudad Bolívar. Casos de detenidos en esta ciudad.) *Once ciudadanos* del Llano, once parias, detenidos por abigeato. El robo consiste en haberse comido un becerro. Se les detiene indefinidamente, a pesar de que uno de ellos se acusa de haber sido el único culpable.

—Tuve hambre —dice— y maté el becerro. Para que no se perdiera lo sobrante llamé a varios vecinos a que también disfrutasen.

Esta gente, en harapos, tristes, callados, en completo estado primitivo, se queja del abandono de sus mujeres e hijos. Algunos lloran. Por respuesta se saca a cinco de entre el grupo, precisamente a los más desarrapados y lamentables (dos, padres de familia; otro, mozo, idiota); se les encasqueta un *mauser* y se les envía de reclutas a los Castillos de Guayana. El idiota se llama José Sánchez, del Pao, estado Bolívar, y tendrá veinte años. El onamismo lo ha idiotizado. En la cárcel los demás prisioneros le pagaban una *locha* para que se diese, en público, a la masturbación.

Cerezo, capitán, hoy cabo de presos, 30 años, de Santa Lucía, estado Miranda. Amenazado por un matachín esquivó el lance dos o tres veces. El jefe del batallón, se enfureció cuando supo la esquizidez de Cerezo a pleitear.

El Capitán, a la primera salida, mata al bravucón, frente a frente. Condena de diez años de presidio.

Pudiera citar otros casos. A los presos, ya condenados, o simples detenidos, se les saca a trabajos públicos, mañana y tarde. Comen dos veces al día —a las once y a las cuatro— un invariable plato de frijoles y un pedazo de casabe. Al amanecer se les reparte un sorbo de guarapo. En tales condiciones alimenticias, en el estrecho recinto de seis o siete calabozos para ochenta prisioneros, y con escasez de agua, el presidiario vive enfermo con disentería, fiebre, etc., etc. Desde mi llegada han muerto varios.

Pero la peor enfermedad es el hambre. Materialmente se mueren de inanición. Parte el alma ver a estos campesinos musculosos, atléticos, cómo se van consumiendo poco a poco, y cómo se quejan con esta simple y horrosa expresión: «tengo hambre».

Sabiendo que todos ellos, como buenos venezolanos, están acostumbrados desde la infancia al café, y sabiendo que el café es tónico, estimulante y alimenticio, para que en esos cuerpos extenuados circule por las mañanas algún calorcillo que piadosamente finja una digestión, doy al cocinero un pequeño diario, a hurtadillas, para que —sin decir nada, ni a ellos ni a los jefes del establecimiento— les compre y sirva todas las mañanas café tinto, en vez del guarapo oficial. Los restos de mis comidas alimentan a tres o cuatro.

La ignorancia de estos hombres es increíble. Me he puesto a enseñar a leer y a escribir a algunos. Los hay que se aplican de veras y que aprenden fácilmente. A veces el presidio parece una escuela. Por todas partes cuadernos de escritura, frasquitos de tinta, palilleros, libros primarios; y alguno que otro preso que, en alta voz, deletrea su lección. En todo caso es preferible contemplar varias cabezas maduras en torno de un libro que no en torno de una cobija sobre la cual corren los dados.

Uno de los mayores absurdos de esta cárcel consiste en que aquí se apilan simples detenidos, presos políticos, ladrones, asesinos... Hasta hay, en el patio del lado, dos niños. ¡Cómo saldrán esas pobres criaturas de semejante universidad! Los asesinos desprecian a los ladrones. A uno que violó a una niña de nueve años lo desprecian todos. No comprendo si es por el hecho, por el tipo en sí, o por ambas razones. Iba a decir, por ambas cosas. Tratándose de un hombre como ése, bien se podría decir. Supongo que es por lo poco interesante del tipejo que lo miran desdeñosos; si fuera la villanía que cometió lo que les repugnase ya habría en ellos un principio de concepto moral. Y no lo hay. Si los ladrones inspiran menosprecio es porque los asesinos se juzgan de mayor jerarquía. De mayor jerarquía en el crimen.

29 de octubre. En gran ansiedad por la conclusión de mi novela. Acabo de pintar —dos capítulos— un terremoto en Caracas tal como lo vi y sentí el 29 de octubre de 1900. Me encanta el poner en movimiento a la multitud, a la ciudad; manejar grandes masas de hombres como si fuesen un personaje. Deseo concluir la novela pronto. Con esa obra, mi *Diario*, algunos cuentos y media docenas

de poemitas, acaso mi nombre lo recuerden algunos amigos, aunque yo pareciera ahora.

31 de octubre. Tendido en el chinchorro, en mi calabozo, el espíritu divagando recorre hacia atrás el camino de vida ya andado. Recordar es vivir, cantan los poetas. Lo cierto es que en la cárcel no se puede vivir sin recordar. La prisión es una muerte de la que sólo se salva el pensamiento.

1º de noviembre. ¡Qué contrasentido el encerrar a un hombre loco de libertad! ¡Un loco de individualismo compelido a vivir en sociedad! ¡Y en qué sociedad!

7 de noviembre. Anoche, a las nueve, terminé mi novela, que llevará por título *El hombre de hierro*. A medida que me acercaba al fin, que daba remate a la obra, un desasosiego, una creciente inquietud, me iba sobrecojiendo. Me parecía que no iba a poder terminarla.

4 de diciembre. Este proceso, esta prisión, todas estas infames persecuciones de que soy víctima sirven para aclararme uno de los rasgos fundamentales de mi carácter que presentía pero que, puede decirse, no conocía bien.

Estoy hecho de modo que por soberbia, o por presunción de no ser capaz de incurrir en ciertas bajezas, no descendo a defenderme con calma y claridad cuando se me acusa, sino que monto en cólera e injurio o me sonrío y callo. Así, pues, lo que era muy fácil destruir, queda en pie, crece y puede aplastarme.

Supongamos que me acusan de haberle robado un panecillo a un niño hambriento. En vez de probar por hache más be que no he robado al niño, sino que más bien le he

dado un poco de manteca para que ponga en su pan, me transportaré de furor, o me reiré de aquel absurdo —según esté de humor—, pero no descenderé a explicaciones. Con el tiempo, la gente creará —lo creerán por lo menos los más imbéciles— que sí robé al niño. Llegará un día en que harán alusión para zaherirme a los que despojan a niños desvalidos... Y tampoco descenderé a aclarar las cosas. Me ofendera en secreto el que pueda suponerse tal vileza en mí. Y yo que al que me dijese con descaro «usted es un ladrón de niños», le daría un bofetón, sentiré un secreto desasosiego de que me crean aquel pillo y hasta me inmutaré a la primera frase alusiva. La gente, entre tanto, se irá confirmando en la idea de que yo robé a un niño hambriento y de que, por lo tanto, soy un miserable.

¡Y tan fácil que hubiera sido aclararlo todo a tiempo!

¡Hay en el mundo poca gente que sepa y pueda ver en el fondo de las almas! Si las hubiera en mayor número y si los perversos y estúpidos fueran menos, la vida sería más llevadera.

16 de diciembre. Muy de mañanita se presenta Sebastián Alegrett. Pero es tanta la vigilancia, que a pesar de ser Alegrett periodista oficial y secretario privado de Varela —en sustitución de Maldonado— el Alcaide lo acompaña. Como no puede decirme lo que desea, escribe en la tapa de un libro, con disimulo: «Conseguida tu traslación a Caracas. ¡Vivas ignora todo!». A las ocho llama Varela por teléfono para felicitarme.

Estoy nervioso; me paseo; me siento; tomo un libro, lo abandono, lo recojo. No puedo hacer nada; nada sino pensar cuánto de lucha y de influencias ha costado el que se practicara, no la caridad de sacarme de manos

de estos verdugos —que no he pedido nunca caridades—, sino la somera justicia de circunscribirse a la Ley! Lo primero que hago, luego que mi espíritu se serena un poco, es escribir al señor Barroeta una epístola desbordante de gratitud y de afecto, por lo mucho, sincera y eficazmente, que ha obrado en obsequio mío.

22 de diciembre. Varela y Vivas Pérez, porque unos campesinos del interior —el padre y dos hijos— se comieron una becerra que pertenecía a esos mandones, tienen presos, hace catorce meses a esos pobres diablos, cuyo crimen fue tener hambre. Últimamente los sacan de la cárcel. ¿Para libertarlos? No. Para reducirlos a la esclavitud del cuartel, en calidad de soldados. Uno de los tres —el más joven— se fugó del cuartel; pero tuvo la desgracia de ser aprehendido. Por orden de Varela y Vivas Pérez se le castigó con una *carrera de baquetas*. Es decir, que el infeliz debía pasar entre dos filas de soldados, distanciados entre sí. Cada soldado lo flagela con una vara, ¡Y cómo lo flagelarían cuando el desgraciado ha muerto ayer, a consecuencia de la flagelación!

¡Este castigo que aplican Varela y Vivas Pérez, por una nonada, castigo prohibido en Venezuela, como toda pena corporal! Este bárbaro castigo ruso que Vivas Pérez y Varela exhuman y aplican a capricho, prueba toda la crueldad moscovita de tales bandoleros.

23 de diciembre. Es increíble lo que gozo con la bella expresión literaria, sea en verso, sea en prosa, que la haya escrito yo, que la haya escrito otro. No es este un placer espiritual, sino un placer sensual, casi físico. Pero cada vez me va gustando menos la belleza puramente exterior; la expresión por la expresión, la frase que no va unida al pensa-

miento. La belleza del pensamiento, de la idea, va poco a poco ocupando en mi admiración el puesto que antes ocupaba la envoltura formal, lo que llamaron los Goncourt escritura artística. Todavía, sin embargo, no he llegado —¿llegaré algún día?— a amar la idea por sí, independiente de su vestido literario; la idea por sí, aunque el ropaje que la cubre sea chabacano. Lo chabacano, no. No puedo pasarlo. La expresión bonita —sólo bonita—, tampoco. Alma, alma densa, es lo que pido. Pensar es función más alta y más noble que expresar. Para expresar con gracia basta con ser un sensualista. También sentir es cosa noble, cuando el sentir no se reduce al sentir egoísta, sino llega al generoso amar y comprender a todos los seres, todas las cosas del universo. ¡Hay tanta miseria moral y material en el mundo! ¡Tanto dolor agudo y sin consuelo —lo estoy mirando en torno mío— pulula en todas partes, que no sé cómo podemos vivir alegres en medio del sufrimiento universal! ¡Cómo podemos vivir sin la más leve compasión por el dolor anónimo, extendido por el mundo, de seres próximos o distantes, todos hombres, todos nuestros hermanos!

28 de diciembre. (A bordo del vapor nacional Restaurador.) Sentado en la cubierta, conversando con independencia y franqueza —cosa a que me estaba desacostumbrando— ante el gran Orinoco, en medio de esta joven oficialidad del *Restaurador*, leída, correcta, galante, caballeresca, me hago la ilusión de estar libre. Apenas partió el vapor cuando el artillero Amengual me ofrece su camarote; luego, García Paz, otro oficial de a bordo, pasa mis efectos para su habitación, y quiere que me instale allí. Por último, el Comandante Rosales

—un excelente marino que es al mismo tiempo un perfecto caballero— extrema su bondad hasta alojarme en su propia cámara que, entre paréntesis, es muy lujosa.

¡Cuánta diferencia entre estos hombres cultos, finos, blancos, inteligentes, con aquellos salvajes de verdugos! ¡Y qué lindo vapor! Lo quieren como a una persona y resplandece como un dije.

La Guayra, 30 de diciembre. El Prefecto del Departamento, Leicibabaza, me da por prisión la misma Prefectura, sin guardia ni espías; con todo género de comodidades. Como es antiguo amigo mío me pregunta:

—¿Qué necesitas?

—Un mujer —le respondo.

He vuelto, pues, a saber lo que son besos, aunque sean besos de alquiler.

NOTAS

- 1 El bolívar, como se sabe, equivale a la peseta oro, o al franco oro.
- 2 Expliqué al juez, en Ciudad Bolívar, con bastantes detalles y citas de testigos cómo se produjo el atentado de Aldana, que no iba sólo contra mi autoridad, sino contra mi vida (*Nota de 1929*).
- 3 Nada pinta mejor a Varela que cierto rasgo, ulterior a los acontecimientos que se narran; pero que es un retrato suyo... al carbón. Ese mismo Luis Varela, Presidente del Estado Bolívar, fue, en ejercicio de esa misma presidencia, el instrumento de que se valió Castro para asesinar, a media noche, a bordo de un barco de guerra, en las soledades del Orinoco, al general Antonio Paredes, el caballero sin miedo y sin tacha. Nada le valió a Paredes: ni su nombre, ilustre en nuestra historia, desde los días de la conquista (García de Paredes), ni su heroísmo desdeñoso y magnífico, ni su carácter que jamás supo doblegarse, ni su juventud, tan llena de porvenir, ni su presencia de Apolo, ni el haber caído combatiendo bravamente y estar preso, confiado en los vencedores. Nada lo salvó. Luis Varela, el indio servil avaro, ignorante, horrible, obtuso, bestial, no titubeó en asesinar aquella esperanza, aquella gallardía, aquella dignidad, aquella protesta, aquella hermosura moral y física (*Nota de 1912*).
- 4 Quizá la denuncia que hice de Aldana.
- 5 Debo adelantar al lector lo que yo mismo entonces no sabía y no supe hasta después. Destituído y preso arbitrariamente el juez, porque dictaba mi excarcelación, comprendiéndome limpio de toda culpa, se llamó al suplente legal, señor Rodil Puertas; éste se excusó para no servir de juguete contra su conciencia a dos facinerosos, cómplices de Aldana, como Varela y Vivas Pérez. Otras cinco o seis personas, requeridas por ellos, se negaron a aceptar el cargo. Por fin, encontraron a un hombre complaciente e insignificante, un tal Itriago. Iba a conocer de mi asunto, pues, un Juez puesto *ad hoc*. Un Juez *ad hoc* por la parte contraria precisamente que es la comandita Varela-Vivas Pérez. Esta comandita de bandoleros —no se olvide— son las dos autoridades supremas del Estado Bolívar: Varela, el Presidente; Vivas Pérez, el Secretario.
En asunto tan embrollado y oscuro, ninguna claridad sobra (*Nota de 1906*).
- 6 No hay que confundir a Musolino con Musolini. La diferencia de sus apellidos es poca. La de sus actos también. El uno asaltaba en despojado a los campesinos para robarlos. El otro asaltó el Poder en la ciudad para poseerlo. La conjunción de ambos sujetos se ha producido luego en Venezuela en la persona de Juan Bisonte (*Nota de 1929*).

Camino de imperfección

(1933)



1906

CARACAS-MACUTO-LA VICTORIA

Caracas, 5 de enero. Me informan que Varela y Vivas Pérez arrebataron al señor Juan Fernández Hurtado mis manuscritos y mis cartas privadas, cartas ni escritas ni recibidas durante la prisión, cartas íntimas, cartas viejas. Se apoderaron también de manuscritos literarios: versos, cuentos y cuadernos de este viaje. Lamento, naturalmente, la pérdida de mi trabajo, sobre todo aquella que se refiere día por día a mi vida en Guayana, y a mi viaje por las selvas. Esta relación de viaje la reharé algún día, de memoria. Lo demás...

8 de enero. Coll, Molina y González, presos también aquí por los escándalos de Río Negro, convinieron ayer conmigo en introducir ante la Alta Corte un documento donde, retractándose, corrijan la declaración mentirosa que rindieron ante el Tribunal del Territorio, a instancias del Gobernador. Influidos quién sabe por quién —son unos animales— se niegan hoy a firmar.

9 de enero. Carnevali Monreal y mi abogado Godoy Fonseca se presentan con un escrito jurídico que debo firmar; y en donde se expone a la Corte, con apoyo de Leyes y razonamientos convincentes, lo ilegal y vicioso del procedimiento seguido en el juicio contra mí. La precipitación

del odio ha sido contraproducente. Valera, Vivas Pérez, etc. se atropellaron por perderme y su misma ferocidad coadyuva a salvarme.

25 de enero. El gobierno de Venezuela pleitea con la Compañía Francesa del Cable, que no ha cumplido su contrato; que con un capital de sólo 16.000.000 de bolívares, realiza un beneficio líquido anual de más de 1.000.000 y que además, ha sido hostil manifiestamente a la Nación y al gobierno. La diplomacia francesa apoya al Cable. El gobierno lucha contra la diplomacia. Toda la razón asiste a Venezuela y al presidente Castro, hombre enérgico a quien nada amedrenta. Castro termina por declarar persona no grata al pedante e inepto Taigny, ministro de Francia en Caracas. En eso se está cuando un día Taigny se presenta en La Guayra e intenta subir a bordo de un buque francés. Un celador le dice que está prohibido subir a aquel buque y le suplica que le permita consultar con su superior si por tratarse de un ministro extranjero se le permite el paso. Por toda respuesta, el ministro de Francia da un empujón al celador y penetra en el barco. Informado por teléfono el presidente Castro, da la orden de que no se le permita desembarcar. Ahora que viaja. Por más que hizo y suplicó el atrevido diplomático, no se le permitió el descenso. Y el pobre ministro tuvo que seguir viaje, entre las rechiflas del mundo entero que, informado por cable se rió a sus anchas. Francia montó en cólera, su prensa se ha desbordado en injurias contra Venezuela; el gobierno de París ha querido demostrar su heroísmo invitando a las potencias a una acción conjunta contra Venezuela. Ni el Presidente ni nadie se inmuta. Que vengan. Si Francia cree que la mejor políti-

ca de una gran potencia consiste en tener de ministro diplomático a un imbécil sin diplomacia alguna y que cuando este majadero diplomático la pone en ridículo debe ella vengar las risas que el ministro desata, ¡muy bien! que injurien los periódicos de París. Pero que no extrañen estos periódicos que se les pague en la misma moneda. Que no extrañen que apuntemos el contraste entre la sumisión al destino, demostrada en Fachoda, porque se trataba de Inglaterra¹ con la fiereza bélica demostrada ahora porque sólo se trata de un país pequeño e inerme. Pero estemos seguros: todas las bravatas pararán en eso: en puras bravatas. Y en lo futuro se será más cauto en París al escoger los diplomáticos que nos envíen; escogerán ministros que no se expongan a viajar contra su voluntad.

25 de marzo. Me levanto de ex profeso con el alba a fin de gozar un espectáculo: la misa dominical de la cárcel.

Los detenidos por causa común, en doble hilera, en ángulo recto, de pie, asisten al santo sacrificio que celebra un viejo cura pálido. El improvisado altar se erige en el patio. A la diestra del altar, sentados en bancos, los muchachos músicos que componen la Banda oficial e infantil de la cárcel.

De repente, el cura interrumpe su misa, y vuelto hacia su público, empieza una plática.

Trata —como San Juan en los quince primeros versículos del capítulo VI del Evangelio que lleva su apostólico nombre—, de la multiplicación de los panes. Pero, francamente, sin la concisión ni elocuencia del apóstol. No puedo menos de pensar en la admirable organización del catolicismo, que no desperdicia ninguna fuerza. Ese pobre cura, que no es un Bossuet, que a ojos vistas no sirve para

nada, sirve, sin embargo, para predicar su credo a un medio que lo comprende, por similitud de cerebriudad.

El cura, a lo que parece, es algo innovador. San Juan cuenta que a la pregunta de Jesús: «¿Dónde compraremos pan para que coman éstos?», Andrés, hermano de Simón Pedro, dijo: «Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces».

Según el exegeta platicante, que debe de estar bien informado, el muchacho lo que tenía era pan y queso; y con pan y queso hizo Jesús el milagro de los peces. La innovación produjo su efecto, sin embargo: lo que prueba que el platicante no era tan lerdo como parecía. Cuando oyeron lo del queso, por el estómago ayuno de los detenidos pasó algo que se produjo incontinenti en una sonrisa general.

Pero no fue este rasgo de ingenio católico lo que más solicitó mi atención, sino la lógica del levita.

—Si Jesús —dijo en raptó de entusiasmo— no hubiera sido Dios, se le hubiera conocido.

Y como si quisiera cerciorarse del efecto de su irresistible argumento, preguntó:

—¿No es cierto, hermanos míos?

Sólo que el silencio fue la única respuesta.

25 de marzo. Recibo carta de Frederic Raisin que termina con una chanza que transcribo, porque traiciona la opinión suya de muchos europeos sobre las cosas de América.

On s'interesse beaucoup en Suisse à la question vénézuélienne et au President Castro; mais l'on a de la peine à comprendre les mobiles de sa politique contre la France. Vous ne pourriez pas faire un petit pronunciamiento et prendre sa place?

Característica la idea de que defenderse contra Europa es agredirla.

¿Política de agresión a Francia? Pero si todo el mundo en Venezuela admira a Francia. La segunda patria de todo hispanoamericano, la patria de simpatía, es la tierra de Voltaire y de Napoleón. ¿Y cómo nos paga Francia? Si va siendo cuestión, no sólo de dignidad nacional, sino aun de dignidad personal, el reaccionar contra ese exceso de afecto hacia un pueblo que hasta colectiva y agresivamente nos injuria llamándonos rastacueros. Que existan rastacueros en América es evidente, aunque en menor número que los *maquereaux* en Francia. ¿Tendríamos derecho a llamar a Francia el país del *maquereau*? Todo se compra y todo se vende en Francia; todo, sin excepción. ¿Sería discreto echárselo en cara? No hay pueblo más propenso que el francés a desdeñar y a ofender a los otros pueblos; tampoco hay ninguno que se imagine, en el grado que Francia, que todo lo suyo debe preocupar a las demás naciones. Esto es el colmo de la candidez, increíble en esa raza tan sagaz que rivaliza con los griegos en inteligencia y en despreocupación moral.

¿Política de agresión contra Francia? Aquí nadie lee sino libros de París, ni se perfuma sino con perfumes de París, ni viste sino a la moda de París, ni viaja sino a París. Hay que reaccionar contra tanto servilismo. Si a veces piensa uno, ante tanta pasividad, que es comprensible el desdén con que juzgan allí a estos colonos voluntarios.

También recibo carta de mi hermanita Isabel, que ahora reside en Holanda. «Mucho me ha sorprendido —dice— ver caer los copos de nieve. A los que no estamos acostumbrados al invierno, con sus rígidos paisajes, nos impresiona de un modo triste el ver que todo queda como

muerto. El mes que viene tenemos un año de habernos separado todos. ¿Cuándo nos volveremos a reunir?»².

28 de marzo. Auxiliándome con la biblioteca de la cárcel empecé a escribir, de pasatiempo, un estudio sobre *La guerra a muerte*. Pensé escribir un artículo y ya tengo casi un libro. Siempre tuve en mientes consagrarme algún día a rememorar hombres y cosas de la historia suramericana. Pertenezco, por parte de padre, lo mismo que por una rama materna, a familias que fundaron o contribuyeron a fundar y consolidar el país, en la época de los españoles, y que luego dieron próceres a la independencia; familias en las que se mantiene vivo el culto de los Héroes, y en donde el sentimiento de la patria y el del honor son muy poderosos.

29 de marzo. Mientras más estudio a Bolívar, mayor me parece este hombre extraordinario. El Libertador es grande, sobre todo al través de sus detractores. Es necesario penetrarse del estado social de América en tiempos de la Emancipación, para comprender la obra política y militar de Bolívar. Y es necesario que hayan transcurrido cien años casi para comprender algunos de sus proyectos, como el de convocar un Congreso de Naciones en Panamá, proyecto tan combatido entonces —al día siguiente de Ayacucho— por considerársele, con suspicacia fuera de lugar, expediente de Bolívar para coronarse Emperador de América.

A Bolívar no se le puede comparar con Washington porque Bolívar es un genio, mientras que Washington no fue sino un grande hombre; ni con Bonaparte, porque la obra bolivariana subsiste, mientras que la de Napoleón ha

desaparecido; sobre que Napoleón fue el general de un gobierno con ejércitos, con dinero, con tradiciones, con gloria, mientras que Bolívar lo creó todo: pueblo, ejércitos, opinión, medios de subsistencia, y amor de la gloria. Ni con San Martín, el otro capitán de Suramérica, porque San Martín no fue sino un general, un gran general, mientras que Bolívar fue un Caudillo continental, un legislador, un tribuno, un escritor, un genio político. San Martín puede compararse más bien con Sucre y con Washington, a quienes iguala en desprendimiento patriótico. Con Bolívar no. Hay desemejanzas de temperamento: San Martín era severo, frío y Bolívar arrebatado y elocuente; desemejanza de educación: San Martín se levantó en los cuarteles y Bolívar en los salones; desemejanza de tendencias políticas: San Martín, servidor del absolutismo de Carlos IV, era conservador y monarquista, Bolívar liberal y republicano; desemejanza de cultura: San Martín ignoraba hasta la ortografía, mientras que Bolívar era un pensador, un artista de la palabra escrita y de la palabra hablada.

Con Washington la diferencia es también grande. Washington nace pobre y muere rico. Bolívar nace rico y, en servicio de América, se arruina. Washington, en vida, no da libertad a ninguno de sus esclavos negros. Bolívar en una sola de sus haciendas patrimoniales, otorga la libertad a 1.000 negros que valen 300.000 dólares.

Ni Washington ni San Martín columbraban el futuro; Bolívar lo predecía, no por don profético sino por inducciones e intuiciones geniales. Nadie, ni Bonaparte, tuvo en el grado que él el don de seducir a los hombres aisladamente y, colectivamente, a las multitudes. Bonaparte carecía también del desprendimiento caballeresco del gran

caballero español Simón Bolívar. Washington es el grande hombre mediocre. No le quita una hora de sueño lo que pasa más allá de sus patrias fronteras, predica a su país el aislamiento indiferente que él deseaba para sí mismo, satisfecho de haber realizado una empresa magnífica, y suspira por el sillón de su cuarto, por su biblia, su pipa y su mujer.

A Bolívar lo devoró la inquietud de la libertad y de la humanidad. Nada humano le fue indiferente. Aun las generaciones más remotas del porvenir americano le preocupaban. «Mis dolores existen en los días futuros» escribió. Soñó con llevar la independencia a Filipinas y la República a España. Otros hombres le fueron superiores por aspectos determinados: Napoleón en armas, Washington, Sucre y San Martín en voluntad para alejarse del Poder; pero en genio global, en superhombria no le cede a ninguno. Ninguno vio tan hondo en el porvenir como él; ninguno se sobrepuso a tantas deficiencias, como él; ninguno tuvo su inspiración ardiente en medio de las dificultades. «Usted es el hombre de la guerra —le dijo a Sucre—, yo soy el hombre de las dificultades». Fue Colón, Pizarro e Isabel la Católica, todo en uno. Fue, todo en uno, Bonaparte y la Convención.

Tuvo defectos, como que era de carne y hueso. Goethe decía de Bolívar que para ser el hombre perfecto no le faltaban ni algunas flaquezas humanas. Puesto entre los varones de Plutarco, sería quizás el mayor de todos. Así lo reconocerá la posteridad cuando estudie mejor a Simón Bolívar.

30 de marzo. Espectáculo de la cárcel digno de recordación: la visita mensual de presos. Los detenidos se avían con sus mejores ropas de fiestas, que fiesta es para

ellos, esperada con anhelo durante cuatro semanas, la visita mensual de madres, padres, hermanos, esposas, novias, hijos y amigos. A menudo hay escenas de lágrimas. Los presos, según los van llamando, se colocan detrás de una reja del patio en grupos de cuatro o cinco. Entre la reja y los visitantes, un claro, donde sitúan un banco, y donde inspeccionan cuanto ocurre un sargento y dos números de tropa. Entre la guardia y los visitantes se erige el obstáculo —colocado ese día al efecto— de una baranda. Así pues, los reclusos y sus deudos o amigos no se ponen nunca en contacto, y tienen que hablarse en alta voz.

Los que visitan llegan siempre con algún regalito. El sargento de guardia examina los presentes uno a uno; y luego, uno a uno, los entrega, a la vista de todos, a cada destinatario. La entrega de estos regalitos basta para enternecer el más duro corazón; ¡cuántas veces consiste el presente en una fruta, en un espejito, en cigarrillos, en cualquier nadería que es cuanto puede procurarse, probablemente a expensas de alguna privación, la pobre madre vejezuela, la esposa, o la joven hermana!

Los reclusos, por lo general, dicen que están bien, que nada necesitan; sólo una cosa imploran: que vuelvan a visitarlos el mes próximo. La despedida de casi todos, finaliza con estas palabras:

—Adiós. No faltes el veintinueve. Ya sabes.

Los hay, sin embargo, empedernidos que se chancean con chanzas de mal gusto y a quien se nota en el aspecto que los traiciona, cómo se les importan tres pitos el que los visiten o no. Pero éstos son contados. Lo común es la mal disimulada alegría, mezclada de tristeza; y en los visitantes, tristeza mezclada de alegría; de una y otra parte se cruzan sonrisas lacrimosas.

No hay ninguno, además, que no pregunte por su «causa». La causa es la preocupación constante del preso. Y como la esperanza es más ilusoria en cabezas obtusas, obsérvanse casos curiosos. Recuerdo a un tal Castillo, a quien conocí en la cárcel de Ciudad Bolívar. Mató a un chico de un lanzazo y lo condenaron a quince años de presidio. Este hombre no creyó jamás que lo sentenciarían rigurosamente, aunque su delito era atroz, sin atenuantes de ningún genero.

—Me darán la ciudad por cárcel, decía.

Estuvo enfermo y pasó al hospital de donde pudo, como otros, haberse fugado. Restituido a la prisión, ya bueno, sus compañeros de jaula se burlaban de que ni siquiera ensayara el irse.

A las cuchufletas, repuso:

—¿Fugarme? ¿Por qué? Yo no cometo esa debilidad. A mí no me condenan.

Bien pronto lo condenaron, sin embargo, aplicándole el máximo de la pena: quince años de presidio cerrado. Para su odioso crimen era poco.

2 de abril. Quisiera, al morir, poder inspirar una pequeña necrología por el estilo de la siguiente:

Este hombre, como amado de los dioses, murió joven. Supo querer y odiar con todo su corazón. Amó campos, ríos, fuentes; amó el buen vino, el mármol, el acero, el oro; amó las núbiles mujeres y los bellos versos. Despreció a los timoratos, a los presuntuosos y a los mediocres. Odió a los pérfidos, a los hipócritas, a los calumniadores, a los venales, a los eunucos y a los serviles. Se contentó con jamás leer a los fabricantes de literatura tonta. En medio de su injusticia, era justo. Prodigó aplausos a quien

creyó que los merecía; admiraba a cuantos reconoció por superiores a él, y tuvo en estima a sus pares. Aunque a menudo celebró el triunfo de la garra y el ímpetu del ala, tuvo piedad del infortunio hasta en los tigres. No atacó sino a los fuertes. Tuvo ideales y luchó y se sacrificó por ellos. Llevó el desinterés hasta el ridículo. Sólo una cosa nunca dio: consejos. Ni en sus horas más tétricas le faltaron de cerca o de lejos la voz amiga y el corazón de alguna mujer. No se sabe si fue, moral o inmoral o amoral. Pero él se tuvo por moralista, a su modo. Puso la verdad y la belleza —su belleza y su verdad— por encima de todo. Gozó y sufrió mucho espiritual y físicamente. Conoció el mundo todo y deseaba que todo el mundo lo conociera a él. Ni imperatorista ni acrático, pensaba que la inteligencia y la tolerancia debían gobernar los pueblos; y que debía ejercerse un máximo de justicia social, sin privilegio de clase ni de personas. Cuanto al arte, creyó siempre que se podía y debía ser original, sin olvidarse del *nihil novum sub sole*. Su vivir fue ilógico. Su pensar fue contradictorio. Lo único perenne que tuvo parece ser la sinceridad, ya en la emoción, ya en el juicio. Jamás la mentira mancilló ni sus labios ni su pluma. No le temió nunca a la verdad, ni a las consecuencias que acarrea. Por eso afrontó puñales homicidas; por eso sufrió cárceles largas y larguísimos destierros. Predicó la libertad con el ejemplo: fue libre. Era un alma del siglo XVI y un hombre del siglo XX.

Descanse en paz, por la primera vez. La tierra, que amó, le sea propicia.

15 de abril. El presidente Castro se retira por un tiempo. Voluntariamente, del poder, aduciendo razones de fatiga cerebral. Empieza un éxodo para el Viejo Mundo, vía

New York, de personas que lo asesoraron en el ejercicio del mando; y que parten ricas, en opulencia. Rúgese que se temen complicaciones con Francia. No lo creo. Francia, que acaba de plegarse ante la grito de las focas germánicas, con motivo de Marruecos; y que sale de la conferencia de Algeciras con el rabo entre las piernas, como tímido can, no puede, no debe gruñir a Venezuela, mostrar los dientes y ser inexorable. Francia es —a pesar de Fachoda, a pesar de la destitución del ministro Delcassé, impuesta por Alemania—, un gran pueblo. Y un gran pueblo piensa en la trascendencias de sus actos. Que nos injurie la prensa venal, impulsiva, patrioter, ignorante y vil de París, cuyo más alto y digno representante en este sentido es *Le Matin*, ¡no importa! De ahí no pasará.

Sin embargo, se desespera uno en la cárcel, en expectativa, recibiendo noticias trucas, erróneas, más alarmantes por su misma obscuridad. El periódico oficial, dirigido por el negro, ignaro y servil sastre puertorriqueño Gumersindo Rivas, ve todo el horizonte nacional color de rosa. Pero este personaje, que no es color de rosa, sino color de chocolate, también se exilia. Al saber que este obscuro mulato se ausenta, piensa uno, como el diario gobiernista, que el horizonte se aclara. Recuerde, por oportuno, estos versos de Platón el poeta, que Plutarco inserta en la biografía de Alcibiades:

Por sus vicios merecía el ser desterrado de Atenas;
pero era demasiado vil para infringir esta digna condena.

16 de abril. Un día de 1885, arribó al puerto nipón de Nagasaki el buque de guerra francés *La Triomphante*. De ese buque descendió a tierra, en pluviosa mañana, un dis-

tinguido oficial de marina, que se hizo conducir inmediatamente a un lenocinio. Alquiló una mujer, vivió con ella varias semanas, y de regreso escribió la historia de sus venales amores: *Madame Chrysanthème*, libro delicioso, lleno de horrores e ironías contra las mujeres, contra los hombres, contra las costumbres, contra el Japón entero. No se escaparon de los arañazos ni los samurayes, cubiertos de pesadas telas y armados de espadones. Obra de tan grata lectura, corrió con fortuna merecida, y todo el mundo se ha estado riendo durante veinte años, junto con Pierre Loti, a expensas de aquel ridículo país. Hoy escribe un periódico de París: «*O trouverions-nous olors le salut? Nous le trouverions exclusivement dans l'alliance franco-japonaise (Revue des Revues: París 15. III. 1906)*». La mimosa impúdica, la *Madame Chrysanthème* de las naciones occidentales, envía hoy besitos con la punta de los dedos a un asiático; a un marino no europeo, a un tal Togo, sin fijarse demasiado en que sea un hombrecillo amarillo, hediondo a bestia, reverencioso y grotesco.

Y he aquí que Francia la desdeñosa se siente preocupada, angustiada por personas, cosas y tierras exóticas. ¡Cómo! ¿Un francés, Francia, preocuparse por cosas y gentes exóticas? ¡Qué absurdo!

17 de abril. En *El Cojo Ilustrado* correspondiente al 15 de abril, publiqué unos comentarios de historia: «Revolución de América».

Viene hoy mi primo Alberto Zérega y me anuncia que unas viejas, parientas suyas, censuran mi estudio, como censuran cuanto produzco, tildándome de ateo e ignorante.

Soy sensible al más mísero elogio, lo propio que al reproche más ruin. La opinión de estas euménides religiosas,

de estos sacos de tocino, me hiere y desazona, por agresiva e injusta, aunque sea más vil que la baba secretada por un sapo, de noche, en inmunda charca.

Recuerdo que todavía muy mozo tuve igual escozor producido por estas mismas virginales arpias, por estas mismas estantiguas de cien años, papandujas y grasientas, más odiosas y pesadas que sus católicas virtudes. Me contenté por entonces —¡oh, adolescencia lejana e ingenua, cómo te has ido!— con escribir unos versos llenos de indignación. Pero no las olvidé. En mi novela *El hombre de hierro* las pinto en todo el horror de su religiosidad estrecha, envidiosa y agresiva.

18 de abril. ¿Por qué no me ha tocado en suerte elevar a término una empresa de aquellas que obligan a alzar ojos y mente cuando se habla de ciertos hombres? Esta aspiración de imperio y de gloria, ¿por qué no se realiza? La lucha entre el deseo y la impotencia humilla y desespera. He debido nacer en una patria más grande y en una edad más heroica. Mi aspiración o mi locura no se contenta con menos de cumplir uno de aquellos dramas de cuantía que inmortalizan a sus autores. Hernán Cortés supo hacer cosas. Pizarro supo. ¿Será tan difícil realizar algo resonante?

17 de abril. Viene —¡por fin!— la orden de libertad. Está aquí desde antes de ayer, según me informan. Sin embargo, aún no me excarcelan. Esta misma negligencia, que ha presidido a todo el proceso, me mantiene enjaulado ya va para diez meses. En la cárcel de Caracas, apenas he sentido la prisión. Excepto salir, he gozado de libertad absoluta. El alcaide Gutiérrez Méndez tuvo

constantemente para mí distinciones y pruebas de aprecio que me resarcan de los amargos días de Ciudad Bolívar. Julio Consalve, sobrino de Gutiérrez, estudiante de Derecho y afecto a literatura y cosas de arte, ha sido conmigo amable por todo extremo. He podido comunicarme con todo el mundo dentro y fuera de la cárcel, personalmente, por carta y por teléfono. Pude escribir; pude recibir visitas, sin espionaje; criar gusanos de seda; bañarme todos los días; hacer esgrima y gimnasia, recorrer el edificio de la prisión a toda hora, por donde quise. Pude, en resumen, forjarme la ilusión de la libertad en la esclavitud. Consigno esta nota como un recuerdo de gratitud a Gutiérrez Méndez, que me ha tenido entre sus garras, sin que sangraran ni mi cuerpo ni mi alma.

1º de mayo. El cable transmite una repugnante noticia de los repugnantes yanquis, por donde se confirma cuánto es de hipócrita, gazmoño y puritano el país del cerdo, y cómo odia y se place en humillar a los artistas. No sabe producirlos, sentirlos ni comprenderlos, ¿qué mucho que se niegue a tolerarlos? Los hoteles de Nueva York arrojan a la calle a Máximo Gorki, el novelador, el revolucionario, el perseguido Máximo Gorki, porque el escritor ruso viaja con su querida. Los periódicos se complacen en humillarlo para vengarse en aquel hombre de todos los hombres superiores, adorno del mundo. Las mujeres de Chicago lo llaman corrompido —corrompido porque sabe amar—, y lo declaran indigno de una recepción. Este país de calibanes monopoliza el triste privilegio de odiar a los hombres superiores. Ayer encarcela a Mascagni; hoy vilipendia a Gorki. Es el horror del genio. Se venga de no producirlo.

4 de mayo. En libertad desde el primero de mayo. Con el mes de las flores, que la religión consagra a María, esa flor del cielo, cayeron los cerrojos, me abren la jaula. Ya puedo ver y respirar los campos. Sin embargo, mi tristeza es profunda; intensa como nunca la sentí. He pasado cuatro días en recibir visitas, en arreglar mis muebles, en poner coqueto el diminuto chalet que habito al norte de Caracas, cerca del Ávila. Los amigos me tratan con afecto que no usaron muchos de ellos, ¡ay! mientras estuve en prisión; los periódicos me dedican frases amables: *El Constitucional* espera mi anunciada novela; *El Porvenir* me llama «gran poeta» y me compara, por la vida y las obras a Benvenuto. Con todo, la lectura de los diarios y la conversación de los amigos me tornan cabizbajo y despiertan en mi alma una murria inexplicable.

Nadie está contento con su suerte. Todo es lamentaciones. Detrás de las querellas contemplo el porvenir, tan brumoso, de este desgraciado y fragante fragmento de tierra, donde sólo sonríe la naturaleza; y el no menos nubarrroso porvenir de los hombres nacionales de pensamiento y de pluma. El sable, siempre el sable y su amenazante sombra proyectándose fatídicamente. Roja orgía canibalesca. No hay lugar en nuestras almas sino para la imprecación o el estéril lamento. ¿Me iré de aquí? ¿Me quedaré? En mí las resoluciones son generalmente subitáneas: la idea y la acción se hermanan en simultaneidad semejante a la idea y la palabra en el orador. Hoy titubeo, no obstante, porque si me voy de Venezuela, es quizás para siempre. Esto no es una patria.

La Victoria, 9 de junio. La situación política de Venezuela ha sido una sola y prolongada alarma desde el 23 de mayo en que el General Castro, ofreció renunciar ante el

próximo Congreso a la Presidencia de la República, habiéndose retirado desde entonces a la vida privada. Se esbozan cien ambiciones distintas. En un país desgraciadamente personalista como el nuestro, cada grupo busca, no una bandera sino un hombre. El retiro de Castro traerá consigo, si es de buena fe y definitivo, cosa que nadie cree, primero, una zalagarda, luego una violenta reacción, contra su obra política; reacción que redundará en daño de Venezuela. Como ninguna razón justifica la separación de Castro, para que suba Gómez; como Castro posee al lado de cien defectos, algunas virtudes públicas; como él es, hoy por hoy, garantía de paz interior y de respeto exterior, y como los que pueden sustituirle son peores que él —sobre todo Gómez—, soy partidario de que el General Castro desista de su renuncia. Que concluya su período constitucional, para lo cual falta poco, y entonces se retire. ¿Con qué objeto se le ocurre a este Castro absurdo y espectacular promover semejante desasosiego nacional?

Vengo a La Victoria, donde reside el Presidente, y a donde convergen hoy las miradas de cuantos anhelamos la tranquilidad social, ya por egoísmo, ya por espíritu patriótico. Vengo cogido en el engranaje de los sucesos públicos. Por fin, después de una porfiada brega de encontrados intereses, la mayoría de los venezolanos opta por que el general Castro permanezca al frente de la República. Pasado mañana se reunirán en La Victoria, delegados de los concejos municipales de la República entera, que vienen a exigir a Castro su vuelta, su permanencia en el Capitolio Nacional; y que se quede tranquilo. Esto, naturalmente, es una farsa, por cuanto es obra de un grupo interesado. ¿Pero la política toda no es vil comedia? Sólo que en este caso la comedia nos evita el drama.

12 de junio. El país no marchará pero lo que es bailar, baila. Aquí no hacemos sino danzar casi todas las noches; el general Castro el primero.

17 de junio. Entre todas las ciudades y pueblos de Venezuela la villa de mi preferencia, por quien tengo más simpatía y amor, después de Caracas, es La Victoria. Aquí corrieron años felices de mi infancia. Las haciendas, los ríos, las quebradas, todos los rincones de estos campos, familiares en otro tiempos para mis traviesos abuelos, despiertan ecos, memorias de mi infancia. He visitado la casa donde vivíamos, donde nació mi hermana Isabel. He visto, no sin melancolía, el viejo salón de recibo, el comedor, el patio donde se ordeñaban las vacas, el cuarto donde mi pobre padre dormía, en un chinchorro, su diaria siesta, el despacho donde tenía libros de una exigua biblioteca. De ese despacho paterno sustraje un día —bien me acuerdo— cierto novelón: *Martín el Expósito*, de Eugenio Sue. ¡Cómo se emocionaron mis noches con aquella lectura! Mi madre escondió el libraco antes de que terminase de leerlo. Pero di con el volumen, a fuerza de buscarlo, y lo devoré hasta el fin, con emoción virginal y profunda.

¿Y Ana Luisa? La rosada, linda y frágil criatura de cabello a la espalda, oscuros ojos adormilados, falda corta y sombrerito de paja. Me alegro de no haberme tropezado contigo, Ana Luisa. Así he podido verte como te encuentro en mis recuerdos: con tu sombrerito de paja, tu falda corta, tus oscuros ojos dormidos y la cabellera sobre la espalda.

Candores de mi infancia, padres de adorable ingenuidad, novelón emocionante, primera novia, vieja casa del pueblo, ¡cómo os recuerdo y cómo me hacéis ahora, al través de tantos años, suspirar de melancolía!

Caracas, 5 de julio. Castro se ha dejado convencer de que debe seguir haciendo nuestra felicidad. Hoy ha entrado en Caracas. Fiestas magníficas de recepción. En Europa no pueden darse cuenta de lo que hoy gasta en flores e iluminaciones Caracas y de lo que gastará en bailes, porque ninguna ciudad europea —tan pequeña como Caracas— derrocharía tales sumas en igualdad de circunstancias. Esta noche, baile en la Casa Amarilla; mañana, baile en el Palacio Municipal; pasado mañana otro baile. Como Castro es un bailómano, la Restauración hace una política bailable: bailemos al son que nos tocan.

20 de setiembre (Hacienda Las Escaleritas). Más de un mes llevo aquí en este campo nuestro, con mis hermanos Augusto y Oscar. ¿Cómo he podido permanecer por tanto tiempo en estas montañas? Acaso por fastidio de Caracas —esa capital del hastío—; acaso por el hallazgo de una campesinita no mayor de quince años, a quien he cerciorado de lo conveniente que era el venirse, como se ha venido, a vivir conmigo. Recorro con mis hermanos, ya a caballo, ya a pie, todos los vericuetos de la sierra; bebo leche fresca al pie de la vaca, derribo árboles con el hacha, me acuesto y me levanto temprano, cazo, trabajo de peón: ya guiando los bueyes para abrir surcos, ya hendiendo leña, ya haciendo explotar barrenos y volar montañas. Hago, en fin, una vida nueva, una vida bucólica, arcádica. Pero estoy cansándome. La torpeza y la rusticidad de los campesinos, me exaspera. Siempre están en el error, e imposible que se rediman jamás —si no es por persistente obra de la escuela— de su triste condición de seres inferiores. No comprendo cómo Augusto y Oscar pueden hablar con estos animales horas enteras. Yo no

puedo hablar con ninguno de ellos cinco minutos. No encuentro qué decirles. Me hacen la impresión de que su idioma es otro que el mío y que nada les digo, no porque nada tenga que decirles, sino porque ignoro su lengua. Mi muchachita no es menos bestia que los otros. Antes pudiera decirse lo contrario. Pero, en fin, ¡para lo que yo la necesito!

Caracas, 28 de octubre. Hoy es día que la patria celebra, por un resabio de viejo y desusado catolicismo. En vez de honrar el natalicio de Bolívar, como impone la ley, el pueblo prefiere, por tradición, celebrar el onomástico del Libertador. Pienso en el grande hombre y me entristezco.

15 de noviembre. No hago nada, nada, nada. Estoy malgastando los mejores días de mi juventud, de la manera más estúpida. Mi vida actual es como erío, cubierto de guijarros, lleno de espinas, donde no corren fuentes de aguas vivas, ni cantan pájaros, ni sombrean verdes árboles. Vivo solo en una casita clara y rodeada de jardines, al pie del Ávila. Una acacia que cae sobre la calle, por encima de leprosa tapia, borda el suelo con sus arabescos y taraceos de sombra, o la estera de purpurinas flores. En su copa cantan pájaros. Dos mangos magníficos se yerguen como dos lares; y por mis balcones, desde otro jardín cercano, penetran las ramas fragantes y floridas de una trinitaria. Me levanto a las diez y salgo a tomar un baño de ducha. Luego regreso a almorzar; alguno de mis hermanos me acompaña siempre, a veces dos, y muy a menudo mi primo Alberto Zérega o los Casanova. Cuando parten, después del almuerzo, y a veces antes de partir, se presenta una caraqueñita amorosa que me hace gratas las siestas. A las cin-

co de la tarde salgo en coche, a respirar un poco de aire fresco al Paraíso. Después como en el Club Concordia, y me quedo allí jugando bacará hasta la una o las dos de la madrugada. ¿Es esto vida? ¿No es reprochable este vacío de mi existencia? Lo bueno es que hay mucho pobre diablo que me cree desaforado jugador. Confieso con mi indeclinable franqueza: no solamente no siento placer en jugar, sino que odio esa distracción por cuanto me hace sufrir. El juego necesita de hombres serenos, de sangre helada, de temperamento opuesto al mío. Yo me apasiono. Y el apasionamiento, en juego, es la perdición. Sólo que pongo ahora en jugar, y lo pondré por algún tiempo, mientras no solicite mi actividad otra cosa, el mismo ímpetu, la misma fiebre que pongo en cuanto acometo. Por lo demás, la partida de bacará en el Club Concordia es interesantísima. Se está jugando tan fuerte que ha sido menester limitar las apuestas, fijando como máximo el envite 500 luises.

17 de noviembre. Anoche —para celebrar ni onomástico— di un banquete de veinticuatro cubiertos. No hubo discursos. Tampoco hubo agua. El agua fue el champaña.

18 de noviembre. El Gobierno, a instancias mías, aceptó que la Imprenta Nacional editase mi novela *El hombre de hierro*. Ya en vísperas de concluirse la edición, recibo un aviso del Ministro del Interior, don Julio Torres Cárdenas.

Paso al despacho del Ministro y el Ministro me informa que la novela no puede salir de la imprenta, sin algunas variantes. Ha hecho estudiar la obra, y el fruto del estudio es este papelito donde se indican las páginas

que deben suprimirse o modificarse. Transcribo tan lacónica y elocuente nota:

Página	48
”	87
”	98
”	111
”	134
”	155
”	197-198
”	200-201
”	251-256-257-258
”	302

Todo esto debería rehacerse. Lo que equivale a escribir otra novela según el gusto del Ministro y de su asesor en este asunto, don Gonzalo Picón-Febres. La respuesta fue decirle al Ministro, aunque muy cortésmente, que no suprimiría ni una coma, y suplicarle que me devolviera mi libro para imprimirlo en otra parte. Mañana me lo darán.

20 de noviembre. Por fin, el Gobierno conviene en entregarme los pliegos ya impresos de la obra, exigiéndome que haga cambiar el pie de imprenta, para que libro tan inmoral, no aparezca patrocinado por gobierno tan moralista. Picón-Febres, director en Relaciones Interiores, me los entrega; y gracias a Picón-Febres, se descubre un fraude. Al impresor se le ordenó imprimir mil quinientos ejemplares; pero el tonto, sin escrúpulos y con agallas, imprimió algunos más. ¡Pobre hombre que no conoce ni el libro ni el país! En Venezuela toda, no se venderán cincuenta ejemplares.

2 de diciembre. El General Castro, desde el día siguiente de su entrada en Caracas (el 5 de julio) ha caído enfermo. Unos aseguran que tiene sífilis, otros que tuberculosis ganglionar. Lo cierto es que no sana. Viajes a Antímamo, viajes al Recreo, viajes a Macuto, nada lo mejora. Su probable muerte sería, en las presentes circunstancias, una catástrofe para Venezuela, no porque Castro sea bueno o malo o providencial, sino porque en Venezuela el peor gobierno es preferible a la mejor de las revoluciones. Odian tanto a Castro, aunque le temen, a la turba de bárbaros montaraces que lo acompaña, que la mera circunstancia de ser coterráneo de Castro, andino, va a ser, probablemente, luego de muerto el Presidente, un crimen, un título a la cárcel; al revés de lo que es hoy: una aureola, un título a la estimación pública y al poder.

Macuto, 3 de diciembre. El balneario de Macuto reboza en gente; toda Caracas está aquí, sin contar mucho personaje político de las provincias, que viene a acechar la agonía de Castro, porque Castro agoniza en Macuto, en su quinta de la Guzmanía. Pero a Macuto no le importa. Macuto se divierte. ¿Se divierte? No. En Venezuela nadie se divierte sino finge divertirse. Faltan sinceridad, ingenuidad, tolerancia; sobran hipocresía, orgullo y estupidez. Lo que pasa en Macuto es curiosísimo. Unas familias no se juntan con otras porque se creen mejores o de más claro linaje; como si aquí hubiese linaje sin algo de tenebroso. Algunas señoras piensan que el buen tono consiste en huir de las distracciones y aburrirse en la soledad. Y no falta quien las imite. Una panadera —vieja antipática y presuntuosa—, mujer de un pobre diablo de panadero, da el tono y se cree de sangre azul. Quizás como la tinta: azul negra.

La otra noche en el casino, después de una audición de fonógrafo —colmo de las distracciones locales— alguien sentóse al piano y tocó un vals. Los jóvenes quisieron bailar; pero la hija de la panadera —una chica idiota de catorce años, incapaz de coordinar dos palabras— se levantó, acaso por miedo de que nadie la sacara a bailar, acaso porque no sabía. Eso bastó. Retirándose la hija de la panadera, ¡cómo se iban a quedar las otras muchachas! Todas fueron partiendo, una a una, a fastidiarse, por supuesto, en su casa. Se propone un paseo a los alrededores de Macuto, que son pintorescos: no falta imbécil de señora que exclame cuando invitan a sus hijas, como si le propusiera llevarlas a un burdel:

—Mis hijas no han venido aquí para eso.

¡Qué gente más repugnante y más fastidiosa! El orgullo los devora a todos: un orgullo absurdo, por infundado. Todo el mundo se cree mejor que el prójimo; y es, a menudo, el único en tal opinión. Para probar superioridad, trata de denigrar o ridiculizar al vecino, cuando no lo calumnia, y, desde luego, lo mira con aire de protección, sin querer rozarse con él. El otro paga el desdén, con desdén y con odio.

La ignorancia es igual a la presunción. ¡Qué mujeres, qué hombres tan ignorantes! ¡Y hablan de todo con tonillo tan doctoral, tan solemne, tan contundente! Lo que dicen ciertos viejos o ciertas viejas, no admite réplica. Meros lacayos, como el farsante y molieresco Mascarilla, hácense pasar ante los incautos ridículos aunque no preciosos, por «grandes», como se decía en tiempos de Maricastaña, por empingorotados señorones; y como el picaresco Mascarilla, piensan que la gente de calidad puede saber de todo, sin haber estudiado nada. Por eso opinan.

Las muchachas enclaustradas todo el año en sus casas de Caracas, ociosas, fastidiadas, despechugadas, sudando, tienen por única distracción asomarse de tarde a las rejas de las ventanas. Lo natural sería que anhelaran solazarse aquí, dando al traste vanas presunciones. Pero tienen tan en la sangre la necedad ancestral, y tan envenenadas de estupidez fueron por el ejemplo y la educación, que se creen las más hermosas mujeres del orbe, nietas de María Santísima, superiores en alcurnia a una Rohan, a una Colonna, a una Medinaceli. Olvidan que Boves hizo fornicar a todas nuestras abuelas con sus llaneros de todos colores. Para esas infelices desmemoriadas y presuntuosas, todos los hombres tienen defectos. ¡Pobrecitas! Cuando vienen a adquirir experiencia, cuando vienen a abrir los ojos a la verdad de la vida, ya la frescura de sus abriles se ha marchitado, y condenadas al celibato se hacen místicas. Entonces adoran a Dios, pero odian a la humanidad. Estas beatas que suspiran por el cielo, convierten el hogar de sus padres en infierno, acaso en venganza de sus padres que no supieron enderezarlas, cuando jóvenes, hacia el marido y la felicidad.

La gente de Macuto, es decir de Caracas, piensa y opina que el colmo del honor es ser comerciante. A un pobre infeliz, vendedor de cintas, de pescado seco, de café; a un importador de trapos europeos; a todo hombre atareado, sudado, oloroso al queso que expende o al tabaco que acapara en su almacén, lo imagina un personaje, y su importancia se mide por la de sus negocios. Generalmente los comerciantes son conservadores cuyos padres, o ellos mismos, dejaron escapar de sus ineptas manos el poder, hace cuarenta años. Aunque refugiados en el comercio, se suponen todavía los únicos

con derecho a gobernar y ser árbitros de la República, y se permiten despreciar —*in pectore* por supuesto— a los políticos, sin que el despreciarlos sea óbice para que los adulen, y hasta exploten.

Esta gente vive una vida tirada a cordel, árida, isócrona, hipócrita, carneril, aburrida. Salirse por la palabra o por la acción, del círculo de hastío que trazaron la estupidez y la pereza, es salirse de su estimación o incurrir en su reproche. No hay medio. Todo el mundo debe aburrirse a compás. Si no, es un bandido.

Los jóvenes de sociedad son todavía peores que las jóvenes. Ellas, víctimas de la educación, las pobres, por su belleza —abundante hasta lo increíble en las mejores clases— y por su sexo y su mayor infortunio se hacen a la postre perdonar. Pero ellos, cínicos o hipócritas sin término medio, roídos por las sífilis, envenenados por el alcohol, mueren prematuramente o vegetan toda la vida, en ignominia y holgazanería, alimentados por el padre, por el tío rico, o por la hermana casada. Tienen tanto horror al trabajo que prefieren todo, hasta la muerte, antes que trabajar. Por eso engrosan a menudo las filas revolucionarias, en las guerras civiles. Esperan ser coroneles y generales; asaltar el poder y robar bastante. Esperan tener dinero y ser felices, sin trabajar. Las madres meten sus pimpollos casaderos por los ojos del jovencito que sabe ganar como dependiente cincuenta pesos mensuales. Entre tanto, los narcisos y petronios de Caracas, florecidos de pústulas, cubren de chacotas e ironías a ese jovencito de vergüenza que lleva con dignidad su vida, que se come lo que gana, y conquista el derecho —orgullo de varón de que ellos carecen— de mantener a una mujer.

4 de diciembre. A mi pobre hermano Augusto que vino a Macuto a mejorarse, lo encontré a mi llegada —días atrás—, en deplorable quebranto. Hice que se trasladase a La Guayra, a una casita, donde tiene más comodidades que en un cuarto de hotel. Todas las mañanas voy a pasarlas en su compañía. ¡Qué voluntad de roca la suya! Veinte años de lucha a brazo partido con la Muerte no han podido postrarlo. Apenas mejora un poco, empieza a vivir como todo el mundo, en actividad, en acción. Imposible imaginarse alma mejor templada. ¡Qué acero el de esos resortes! ¡Y en medio de sus actitudes de carácter y feroces ironías, qué alma tan cándida y qué gran corazón!

5 de diciembre. *El hombre de hierro* ha salido a correr fortuna. En Macuto es el libro de moda. Naturalmente: no hay otro. Las mujeres, sobre todo las jóvenes, aunque lo leyeran no lo dirían; pero entre los hombres muchos andan con su *Hombre de hierro* en la mano. Ayer sorprendí a un setentón que le decía a una señora, con gravedad, refiriéndose a mi obra:

—La pintura de Macuto no me parece exacta.

19 de diciembre. La situación política es muy escabrosa, pero propicia a la audacia: Castro, enfermo de muerte; el Vicepresidente Juan Vicente Gómez, un bárbaro, velando el momento en que el enfermo cierre los ojos para adueñarse del Poder público; y diferentes círculos, unos por enemigos del Vicepresidente, otros por mera ambición que nada justifica, como perros de presa en torno de un hueso que todavía no ha echado el amo al suelo. Esto sin contar los revolucionarios en exilio que gruñen asimismo desde Europa, Nueva York y las Antillas.

Nosotros, los Blanco-Fombona, por nuestra parte, aliados a uno de los círculos más potentes, abrigamos nuestros proyectos, que no pueden ni confiarse al papel. Nuestro grupo lo tiene todo, todo. No falta sino arrojo en los encargados, por la circunstancia de su actual posición, de encabezar el movimiento y poner por obra el plan. Es necesario un golpe de audacia suprema para alcanzar el Poder y la felicidad. Treinta años no se tienen más que una vez.

Caracas, 20 de diciembre. En Macuto perdí jugando el domingo 6.000 bolívares. Vengo a Caracas a ver de reponerlos y pierdo 32.000 bolívares más. Esto es lo idiota del jugador novel —que no de los maestros—; lo que tiene no es suyo; es de la fortuna. La misma ráfaga que lo trajo se lo lleva. Imbécil, imbécil, imbécil. Pierdo lo que no puedo ni debo perder, y menos de un golpe, sin quedar en desequilibrio.

24 de diciembre. Este Castro ni se acaba de morir ni se acaba de poner bueno. No parece cosa suya, que es hombre de resoluciones extremas. Entretanto la inquietud, la ansiedad llenan todos los espíritus. La vida política del país se resiente: no se reúne el gabinete, no se toman providencias, no se resuelve nada. Un país no puede atar su suerte a un hombre, ni meterse bajo sábanas porque el presidente esté enfermo.

27 de diciembre. «Recibo» o recepción —fiesta en suma— en casa de Doña Clara Francia de Ustáriz. Rato delicioso; tarde con lindas mujeres, lo más *chic* de Caracas. Casi estoy arrepentido de la filípica del otro día, contra

costumbres y gentes de mi querida villa natal. ¿La suprimiré? ¿Por qué? Aquéllo fue obra de mal humor, como esta nota en donde consigno mi alegría es obra de sentimiento contrario. Lo abominable sería sentir siempre lo mismo, no cambiar de ideas, tener idénticas opiniones, ser lógico. Prefiero merecer otro epíteto que no el de lógico, que me parece absurdo.

28 de diciembre. C.D. que me anuncia por postal de anteaer su venida a pasar el Año Nuevo en Caracas, ha llegado. La he visto. Va a ser, si ya no lo es, una mujer preciosa. Esta muchachita lo posee todo: alcurnia, educación, hermosura, inteligencia, juventud. Todo, menos dinero. Mejor; así me deberá el bienestar a mí, si me caso con ella y logro dárselo.

29 de diciembre. *El hombre de hierro* ha sido un éxito colosal. Un éxito colosal... en Caracas satisface a los autores locales. A mí no. Me deja tan inconforme como siempre con mi suerte y con mis libros. De todas maneras, Caracas me da la prueba mayor de que aprecia mi novela, leyéndola. ¡Caracas leyendo! ¡Parece imposible! Ayer tarde se presentó en el Club, Alejandro Escobar Vargas. Estábamos jugando bacará. Alejandro arroja sobre las fichas, delante de mi puesto, una hojita de papel donde veo impreso: *El hombre de hierro*. Es un nuevo restaurant que acaba de abrirse en la calle Real con ese nombre. Hoy he pasado en coche y he visto en grandes caracteres amarillos sobre fondo oscuro: *El hombre de hierro-Restaurant*.

NOTAS

- 1 Y la mansedumbre demostrada en Agadir y Algeciras porque se trataba de Alemania.
- 2 Se casó en Holanda; allí formó familia y no ha vuelto a Venezuela. A los demás, la barbarocracia de Juan Bisonte nos ha dispersado por todas las regiones del mundo. Humberto vive en Londres, Horacio y Haroldo en Santo Domingo, Héctor en Colombia. Todos hemos formado familia en el extranjero. (Nota de 1932.)

1907

14 de marzo. No nos separamos del lado de Augusto. Él comprende su estado y lo acepta con una entereza viril, desprovista de toda blandura e incapaz de aceptar ningún engaño piadoso. Ha estudiado tanto su enfermedad, la conoce de tal modo, que no es posible mentirle. Ha llegado mi última hora, dice: La espero no resignado, sino tranquilo. Otras veces dice: No puedo aspirar a más. He llegado al límite de vida que esta enfermedad concede. Y otras: Sería agradable vivir más, porque soy joven y el mundo es bello. Pero no está en la mano de nadie prolongarme la vida. Hay que decirle adiós a todo sin inútiles lamentaciones. Y otras aun: Sean ustedes, hermanos, todo lo felices que yo no he podido ser. Pienso en mi padre que también murió joven, aunque no tan joven como yo; que me quiso tanto y que tanto luchó por educarnos y levantarnos a nosotros. Si yo fuera creyente, creería que ahora íbamos a encontrarnos de nuevo. No abrigo esa esperanza.

16 de marzo. Acaba de pasar en tren expreso para Caracas el General Cipriano Castro, enfermo desde hace ocho meses y que buscaba la salud, de meses para acá, en el balneario de Macuto. En países como el nuestro donde por costumbre inveterada y retardataria el Primer Magistrado

tiene un poder más vasto del que —ya enorme— señalan las instituciones, es, a veces, mayor freno para ambiciones en juego la persona del Magistrado que el libro de la Ley; y a veces depende de la salud del Presidente la salud de la Patria. ¡Qué absurdo! Castro va macilento, flaco, rojo el cerco de los ojos, caídos los párpados, haciendo visible esfuerzo por mantenerse firme en el asiento a la contemplación de las curiosas multitudes que se apiñan en los andenes y a lo largo de la vía para verlo. Y en ese vagón de ferrocarril, junto con ese hombre extenuado y en demacración va también, canijo y maltrecho, el destino de Venezuela. Esa piltrafa humana ha sido adulada, poderosa, feliz. Dio guerra a pueblos de ambos continentes; y una actitud suya o una opinión se tomaba en cuenta lo mismo en Caracas que en Washington, y casi tanto en Amsterdam o en París como en Bogotá. Porque dentro de esa lámpara, hoy despostillada, ardía una gran luz: la voluntad.

Esa luz amenazó varias veces con una extensa conflagración, ya que dados los enclavijamientos de odios e intereses internacionales, en el mundo que vivimos, un grano de arena puede bastar para detener el engranaje y la complicada maquinaria de la política universal. Y ese hombre cuyo ceño encapotado causó miedo, estupor o silencio, ese hombre que se vio siempre adulado hasta en sus vicios, obedecido hasta en sus caprichos, celebrado hasta en sus errores, ese hombre que se vio aplaudido, en el menor de sus gestos, como un histrión; celebrado por sicofantes en el menor de sus rescriptos, como un Emperador de Bizancio; cantado por el Romancero del servilismo en la menor de sus hazañas, como un Conquistador; ese hombre, ayer cifra de esperanza para tantos y a quien adulones de alquiler —como el antiguo sastre y mulato

periodista puertorriqueño Gumersindo Rivas, al igual de tantos venezolanos—, besaba las plantas, orgulloso de su sevilismo, ese hombre es hoy objeto de un solo deseo: el deseo de que muera. En efecto, sólo es ya un estorbo. Sus enemigos desean que muera porque Cipriano Castro fue duro con sus adversarios. Hay algo menos explicable: que sus amigos, que sus tenientes, que sus aduladores de ayer, atisben por las cortinas del lecho la agonía del ídolo expirante. ¡Qué gran enseñanza!

El General Juan Vicente Gómez, su primer teniente, su primer cómplice, su hechura y Vicepresidente de la República, anhela descaradamente que fallezca para sucederlo. El general José Antonio Velutini, segundo Vicepresidente, enriquecido por los favores de Castro, desea que muera, porque en río revuelto ganancia de pescadores. El general Alcántara, mimado por Castro, Presidente del Estado de Aragua, espera, so pretexto de fidelidad a las ideas políticas del magistrado expirante, ocupar la Capital y alzarse con el Poder. El doctor J.R. Revenga, su primer médico y Secretario general, tiembla de que Castro se incorpore y pida cuenta del Tesoro Nacional. El doctor Eduardo Celis, Ministro de Hacienda, está de seguro en el mismo caso que Revenga. Los demás Ministros que ya han dado pasos acercándose a los probables sucesores de Castro, desean que termine este paréntesis, a objeto de afirmarse en el Poder, y Gumersindo Rivas sobre haber abusado del nombre de Castro para robarse un dinero en Nueva York, se proclamó gomecista, por los días en que era más precaria la salud del Presidente y se esperó su muerte. ¡Con qué cara de pavor lo vería incorporarse en el lecho de enfermo! Y estos hombres no son los únicos para quien Castro es ya sólo un estorbo.

Al que más estorba es al país. ¿Pero en manos de quién va a caer esta pobre tierra, si no se le arrebatara a la barbarie andina? Su sucesor, digamos legal, el iletrado patán y connotado ladrón Juan Vicente Gómez, manchado con todas las manchas de la Administración de Castro y algunas más, ¿puede ser ideal de gobernante para un pueblo? ¿Puede y debe él, cómplice y favorito de Castro, aparecer como un regenerador? Este Castro moribundo, abominado de casi todos; indiferente aun a sus íntimos, ¡qué lección!

¡A veces imagina uno que Salomón y Tomás de Kempis, están en lo cierto!

20 de marzo. Augusto ha pasado cinco días y cinco noches en postración. No come, no bebe, su estómago no resiste sin vomitar ni siquiera los sorbos de leche que le alimentaban hace poco. El riñón no filtra su líquido. La úrea envenena a Augusto; lo pone a temblar en convulsiones de coreico, lo sume en inercia comatosa. La muerte se aproxima. Pues bien, al amanecer de hoy, Augusto alza los ojos, llama gente, pide vestirse, lavarse, hace llamar un barbero y se corta el pelo y se afeita. Quiere sacar una fotografía en grupo con nosotros; aquí estamos con él, cuantos hermanos suyos vivimos en Venezuela: Oscar, que viene de la hacienda; Héctor, de La Victoria; Haroldo, de Valencia; Horacio, de Chacao; y yo, de Caracas. Lo acompañan, además, en sus últimos días, nuestra tía Benigna y su hijo Alberto Zérega. Viene el fotógrafo, y sacamos el grupo. Augusto, feliz de que le hayamos complacido, se vuelve a su lecho. El esfuerzo físico prueba su voluntad de hierro, y el hecho de quererse retratar, en vísperas de morir, ¿no prueba el anhelo de inmortalidad que

todos abrigamos? Perdurar, aunque sea en un cartón impresionado. Y por medio del cartón, claro, en la conciencia de las gentes. A lo que no podemos resignarnos es a desaparecer del todo, hasta como recuerdo.

25 de marzo. Augusto decae día por día; pero lucha, sin embargo, por hacerse las cosas él mismo. Los médicos extrañan el que viva aún. Dicen que no lo sostiene sino la voluntad. Recuerdo lo que desde hace tiempo, en Caracas, decía el doctor Ochoa: «La voluntad es lo que hace vivir a Augusto. El día en que se acostara y dijera me voy a morir, moriría». No conozco, ni creo común, energía más firme, voluntad más viril, hasta ahora en el trance de la muerte, que la de Augusto. Estar enfermo toda la vida (20 años) con una enfermedad crónica, incurable, terrible, que necesita de cuidados y alimentos especiales, enfermedad que periódicamente lo ha puesto a morir, y sin embargo haber sido útil para todo en la vida; haber hecho campañas crudas de dos años, haber sufrido cárceles y grillos, haber viajado por el Orinoco, Río Negro y Amazonas, haciendo vida salvaje y careciendo de todo; esto puede parecer poco al que no recuerde cómo se ponen cuerpo y espíritu a la más leve alteración del organismo; pero esto, es decir, vencer a la naturaleza y vencerse a sí mismo, es obra de voluntades de roca, de almas de acero, de hombres atlantes.

Caracas, 31 de marzo. Nos ha abandonado nuestro hermano, mi compañerito de infancia, mi Augusto. Hemos traído su cuerpo a Caracas y le hemos enterrado en el mismo sitio donde yacen nuestros padres. En ese mismo rincón desearía yo que me enterrasen para confundir

el polvo de mis huesos, con el de aquellos huesos de donde salí.

1º de abril. La vida continúa por encima de las tumbas, dice, si no recuerdo mal, Longfellow. Y así es verdad. Se ha concertado un nuevo plan para evitar que Venezuela vaya a caer en las manos bárbaras y andinas —que todo es uno— de Juan Vicente Gómez y compañía. Contamos con un poderoso aliado de un Estado vecino. Mi opinión es que no se espera la muerte de Castro, sino que se proceda incontinenti. Castro no puede gobernar desde su lecho de enfermo. Hoy no es siquiera una ficción política. ¿A qué más tardanza? Se gobernaría en su nombre mientras viva; y si muere, en nombre del país, a quien se debe convocar a elecciones.

Se han enviado comisionados al interior del país, donde hay amigos; al exterior donde se cuenta con muchos de los exiliados; a todas partes. Algunos barcos de guerra están en inteligencia. Se cuenta con jefes de fuerza, con dinero. ¿Por qué esperar más? Ah, es que el miedo toma en ocasiones aspecto de prudencia, máscara de discreción. Alcántara, el ciudadano a quien por las circunstancias hemos escogido para venir sobre Caracas y dar el golpe, me parece demasiado diplomático; es un jugador que aspira a ganar sin arriesgarse. ¿Estará a la altura de su ambición y de su deber? ¡Cuidado si Gómez hace lo que Alcántara no ha sabido hacer! Esperar la muerte de Castro parece absurdo.

6 de junio. La cobardía ha triunfado de la ambición y de la conveniencia patriótica. La abyección prevalece. ¡Miserables! Vuestros nombres serán de hoy más, un oprobio,

porque serán sinónimo de bajeza y pusilanimidad. Ayer con un paso hubierais entrado al Capitolio; hoy estáis a punto de caer en la ergástula, que tanto merecéis. ¡Esperar la muerte de Castro! Pretexto del pavor. Castro no se morirá nunca. Castro es inmortal. Inmortal para castigo y baldón nuestro. Generalitos panzudos y femíneos, tristes y eunucos destesticulados, genízaros, hermafroditas, ¿qué esperabais? Ya lo habíais traicionado en principio, ¿pensáis ahora vendernos a nosotros? Como no quiero volver a la cárcel, me embarcaré en el primer vapor que salga para Europa.

Scheveningue, 21 de agosto. Tenemos alquilado un piso de una Villa de Scheveningue. Como esta playa reboza en gente, a pesar del mal tiempo, con motivo de la Conferencia de La Haya, Isabel, Humberto y yo estamos de fiesta casi todas las noches, Isabel no se apea la gran *toilette* ni nosotros el frac. Como en París.

23 de agosto. Estamos charlando aquí, en casa, Gil Fortoul, Cestero y yo cuando se para un coche a la puerta y suena la campanilla. Es Pérez Triana que se presenta con el Dr. Drago. Hombre simpatiquísimo Drago y sin pizca, por lo menos aparente, de vanidad. No se diría que estamos en presencia de uno de los personajes que más suena hoy en la prensa de ambos mundos y cuyo nombre quedará vinculado en la historia del Derecho público americano, al de la ya célebre doctrina Drago. Es un hombre alto, bien puesto, de ojos inteligentes, moreno, tinte mate. Claro espíritu latino, charla grata y afablemente. Pone mucha atención a cuanto se dice, y ríe de buena gana cada vez que Pérez Triana interrumpe la conversación

con algún cuento, según acostumbra; pero la risa de Drago parece insincera. Se habla mucho de la Conferencia, del porvenir de nuestra América y de nuestra raza. Se recuerda afectuosamente a España, celebrando la actitud de este viejo pueblo glorioso con respecto a Hispanoamérica, en la Conferencia. Ya al partir, comentando todavía el carácter español, y muy a propósito, recuerda Pérez Triana la traviesa frase de Canovas: «El español: sí muy sobrio... pero invítelo usted a comer».

Scheveningue, 8 de septiembre. Gil Fortoul, su hijo Enrique, Humberto y yo, hemos salido ayer por la mañana a caballo para Wasenaar, donde almorzamos y de donde regresamos en la tarde. Luego de llegar, apenas tuvimos tiempo sino de lavarnos y vestirnos, para ir a comer al *Palace Hotel* con el mismo Gil. Isabelita comió también con nosotros. Gil estuvo chispeante, contentísimo, lo mismo durante el día que en la comida y en la noche. Y con razón; como que ha obtenido de Castro, que Venezuela, a quien representa en la Conferencia de la Paz, no se retire de La Haya, según quería el Presidente.

Hace cosa de varios días recibió Gil un telegrama de Venezuela, en donde se le ordenaba rotundamente que se retirase de la Conferencia. Castro consideraba como un insulto a las pequeñas potencias, la proposición de los Estados Unidos respecto al cobro compulsivo de deudas. Ese día, después del almuerzo, fui a casa de Gil Fortoul, que me había mandado a llamar, y le encontré desolado, con las manos en la cabeza, ya hecha la maleta para irse, titubeando entre partir inmediatamente o ponerle un telegrama explicatorio al General Castro. Me llamaba para consultarme. Su caso, en verdad, era embarazante, dado

el carácter dictatorial y furioso de Castro, sobre todo para un hombre como Gil Fortoul dispuesto a todo menos a desagradar al Presidente y a perder el puesto.

Gil parecía muy disgustado por tener que irse de La Haya, como se tuvo que ir de México: por un capricho cablegráfico del Presidente. A Gil Fortoul le sobra talento, no le falta carácter y el patriotismo no está del todo ausente de su corazón. Pero el amor a los empleos públicos, de que ha vivido durante toda su vida, y el temor de perderlos, priva en él sobre lo demás.

Opiné porque se telegrafiasse a Castro, sucediera lo que sucediera, diciéndole que retirarse no convenía. Tanto Gil como yo, estábamos de acuerdo en que retirar a Venezuela de la Conferencia de la Paz, por un capricho de la ignorancia ensoberbecida, es un disparate. Gil conviene en ello, pero no sabe qué objetar al Presidente. Pregúntele, le aconsejo, con qué derecho invocaría mañana Venezuela pactos internacionales que no quiso firmar, y aquellas ventajas jurídicas que no aceptó.

—Eso no se le puede decir —replica Gil—. Le diré que la proposición de Norteamérica no es un hecho consumado.

—Muy bien; y agréguele que el voto de Venezuela en contra, le hace más daño a la proposición de Norteamérica que nuestro retiro de la confederación. La cuestión es decirle algo y quedarse.

Tanto insisto con Gil Fortoul que, venciendo su pavor a Castro, conviene en telegrafiar. Entre los dos redactamos un telegrama al que Gil agrega, por último, una inútil adulación hablando de una doctrina Castro que nadie, ni el mismo presidente de Venezuela, conoce. Cuando creo que ya estamos listos para enviar el telegrama, Gil

titubea otra vez. Rompe lo escrito. Obedecerá contra su voluntad y se retirará de La Haya como se retiró de la Conferencia de México, con lo cual ganó mayor aprecio de Castro, por haberlo obedecido sin réplica. Insisto hasta convencerle de nuevo; pero cuando creo que salimos para el telégrafo, de nuevo titubea Gil. Insisto, le apremio, y no le abandono hasta que telegrafía.

Castro, como todo el mundo, comprende cuando le explican; y cede cuando comprende. Ya lo ve, Gil: le han contestado que se quede. El triunfo de Gil, es también el de Venezuela. Estoy muy contento.

11 de setiembre. Anoche invita Gil Fortoul a comer a varios Delegados, al periodista inglés Stead, y a mí. Stead es irónico, fogoso, altruista, apostólico; un *emballé*, en fin. Sus años no le pesan. Irradia fuego juvenil. Le recuerdo su libro *La Americanización del mundo*, que yo combatí en un folleto, y en donde él rebosa un patriotismo de raza que venía a ser un imperialismo tremendo de los *english speaking countries*.

—La guerra contra los *boers* me abrió los ojos —dice—, he cambiado.

—Ha progresado —le repongo—. Su afecto de raza se ha cambiado en un simpático sentimiento humanitario.

Él antes era un inglés, notable sin duda; pero ahora es más: ahora es un hombre, un ciudadano del mundo.

No limitarse a su pueblo, sino comprender y sentir el patriotismo de raza, ya era mucho. Pero es mucho más comprender a todos los pueblos y amar a todos los hombres.

Rara vez se han desarrollado como en nuestra época —y a pesar de la democracia y del socialismo— personalidades tan fuertes y anárquicas: ya imperialistas del tipo

de Rodees, ya libertarias del tipo de Malatesta, ya hombres de acción directa como Caserio Santos y otros ácratas. En lo puramente intelectual también se revelan recias personalidades. Tolstoi es una de estas. En su esfera. Stead es otra. Y eso es lo interesante: la personalidad humana, sienta como sienta, piense como piense. Lo horrible, aun a distancia y en hipótesis, sería la uniformidad por presión: el Imperio romano o la Inquisición española. O peor: la estandarización yanqui, bajo el temor de qué dirán.

14 de setiembre. ¡Pobre Zumeta! Tener talento y verse condenado a una perpetua mediocridad de vida: pleitos de cocinera, amores alimenticios con viejas seculares; lucha diaria y reñida por el pan. ¡Pobre Zumeta! A su carácter le falta la sal de la vida: la voluntad, y aun me atrevo a decir la lealtad. En suma, carece de dignidad en su vida y en sus actos. Carece también de espíritu de continuidad. Con qué tristeza no nos verá él producir obras más o menos hermosas, pero vivientes y esforzadas, a sus hermanos menores, cuando él no ha producido la que tenemos derecho a esperar de su fino talento. Él malgasta su actividad, su inteligencia en efímeros y anónimos periodicuchos. Es el mismo caso de Pedro-Emilio Coll. La gente dice: tiene mucho talento; pero el agraciado con ese juicio no hace nada por probarlo. O prueba, sin desearlo, que tendrá mucha capacidad para comprender; pero no talento creador.

Hombre raro este Zumeta: entusiasta y escéptico; idealista y ateo; liberal y antipopulachero; ironista y circunspecto; chismoso e indiferente; capaz de los pensamientos más nobles y de las acciones más viles. Su tenebroso origen es su grillete. No pudiera pintarlo bien sino con un ejemplo. Si a Zumeta lo nombran rey, acepta. Bien pronto

renunciará, eso sí, pretextando cualquier cosa, por simple y fatal inconstancia, o porque se aburre de los chambelanes, o quiere burlarse de sus mismos palaciegos o les ha cogido miedo. La burla y el temor son en él naturaleza. Renunciaría al trono con un gesto muy noble; pero con un ademán muy vil se llevaría al mismo tiempo los diamantes de la corona.

20 de setiembre. Stead publica hoy en su periódico *Courrier de la Conférence* un artículo sobre Venezuela, con datos que le hemos proporcionado. Este artículo es el primero en que, desde hace muchos años, un europeo saca la cara por la verdad, respecto a nosotros, e imparte justicia a nuestro país. No existe nada más elocuente que los números; y de los números se vale Stead, como de argumento, para probar que Venezuela, a quien se acrimina de mala pagadora, lo único a que se negó fue a dejarse extorsionar por los honrados yanquis y los pundonorosos europeos.

Véase lo que fueron a reclamar, a cañonazos, en 1902, Alemania, Inglaterra e Italia; y lo que árbitros europeos reconocieron, a pesar de su largueza, como debido en justicia.

Suma total de reclamaciones		Suma reconocida	
Alemania	Bs. 7.376.685	Bs. 2.091.908	
Inglaterra	— 4.743.572	— 9.401.267	
Italia	— 39.844.256	— 2.975.906	
Estados Unidos	— 81.410.952	— 2.182.253	
Holanda	— 5.242.519	— 544.301	
España	— 5.307.626	— 1.974.718	
Suecia & Noruega	— 1.017.701	— 174.359	
154.943.311		19.344.712	

¡Y censuraban a Venezuela porque no quiso pagar lo que no les debía! ¡Y fueron a pedirle el dinero con la navaja en la mano y apandillados! ¡Apaches! ¿De qué lado están el latrocinio y el cinismo? ¿Quiénes eran los bandidos? ¿Quiénes eran los ladrones? La palabra europeo va a ser pronto un insulto.

25 de setiembre. Creo que el máximo pudor en mí es el pudor de los amores. Despláceme ostentarlos o confesarlos, en la vida social, aunque en el *Diario* hable copiosamente de ellos; sin embargo, releyendo este *Diario* advierto cómo épocas de mi vida emocional a carnal, dignas de comentarse, aparecen vacías o llenas de nonadas. ¿Será porque no eran amores sinceros? Cuando pienso que de Consuelo, la española de París, no he hablado casi. Es, a pesar del silencio, C. una de las mujeres más interesantes que nunca tropecé; la mujer que me ha escrito las más bellas cartas: la mujer de quien desde que la sé casada, me acuerdo tan a menudo. ¡Y no haber pintado su alma ni las extrañas, puras, platónicas relaciones que tuve con ella!

26 de setiembre. ¿En qué va a pensar un hombre joven sino en el amor? Si esta actividad no ocupa la vida en la mocedad, ¿cuándo va a ocuparla?

He tenido amoríos al mismo tiempo con dos mujeres, muy diferentes entre sí, física, moral y socialmente. La una, rubia, traviesa, alocada, es hija del frutero que vive enfrente de nuestra casa. Tuvo amores con cien personas y ha sido todo, hasta figurante en el Circo Schumann, de Scheveningue; la otra, castaña, casi morena, rica, seria, muy señorita, va acompañada siempre de un esperpento

de tía: es de cara triste, inocente, y su educación, muy esmerada. Ambas han caído en mis brazos y contra la idea que al principio me formé de cada una, la morena, la rica de cara inocente, de educación esmerada no era virgen; mientras que la otra, la traviesa, la loca, la enamorada, la figurante, estaba intacta de cuerpo. Con esta chica me pasó la cosa más curiosa. No habla sino holandés; es decir, apenas puedo entenderme con ella. La enamoriscaba en su frutería y desde mi ventana le enviaba sonrisas, miradas y besos. Como no accedía pronto a mi deseo la abandoné; quiero decir, no me ocupe más de ella. Una de las últimas noches me llamó. Entré, me la comí a besos; y sacándole del corpiño un lindo seno, gordo y blanco, se lo acaricié y se lo besé. Era la primera vez que me permitía esa caricia. No quiso acceder a más. A la noche siguiente le di cita en la playa. Fue; pero no quiso pasar de los besos. La noche después volvió. A la sexta noche... Nos sentamos en la arena. Hacía frío, soplaba un viento casi glacial. Pero el amor desafía los elementos. La besé, la estreché; y después de una dulce brega, cedió. Mala labor; pero ya perdió el miedo y fue adonde quise llevarla. Fresca holandésita, ¡qué dulce eres; y cómo vas a vivir en mis recuerdos, en la noche inicial, en la noche de setiembre, sobre la playa fría, mientras soplaba el viento del norte y se calentaban nuestras bocas a besos!

6 de octubre. Ya Scheveningue está insoportable. Todo el mundo se ha ido. Aparte los paseos matinales a caballo, no queda nada en que divertirse. Las comidas, los bailes, las mañanas de la playa, todo concluye. Las mismas noches musicales, los conciertos de la «Orquesta filarmónica de Berlín», desaparecen.

¡Cuántas noches hemos oído sollozar o erguirse el alma de los grandes líricos!

Los músicos románticos, lo ponen a uno romántico y le insuflan un alma de quince años. Algunos de estos músicos producen una emoción rosada y azul; una emoción de juventud y a veces de inocencia; aunque en ocasiones, cuando llegan a convertirse en jarabe sensual, se ponen insoportables. A veces, oyendo a los músicos románticos, las ternuras se apoderan del corazón. La música de Chopin lo transporta a uno a universos donde las sensaciones del espíritu son de una voluptuosidad franjada de melancolía. Los compositores de otro orden producen sensaciones muy distintas. Wagner, sugiere ideas de lucha y de venganza. *La Rapsodia húngara* número 2, de Liszt, puede equipararse, en música, a la *Noche de mayo*, de Musset. Esta rapsodia, produce placer casi físico. La última vez que la he oído, con los ojos cerrados, me creía en el campo con una fresca y linda jovencita vestida de blanco a quien daba simultáneamente rosas y besos, mientras que en los árboles vecinos estaban trinando pájaros y un arroyuelo correlón, deshecho en randas de espuma, corría cantando.

Amsterdam, 10 de octubre. De vuelta en Amsterdam. Tenemos una casita preciosa, 173 Weteringschans, enfrente de un jardín. Quedará amueblada con gusto y confort. Isabel, Humberto y yo, salimos hoy a buscar lámparas. Las lámparas holandesas son preciosas, y en general los muebles modernos de Holanda son los más cómodos y graciosos, en su solidez que no engaña. Nada de sillas históricas como en Francia; ni espejos inverosímiles de marco enorme e historiado y luna diminuta e inservible.

Nada de estrambótico luisquincismo. Todo bello, no bonito; todo útil, no mero adorno; todo con una razón de ser, no mero engaño del ojo. Los muebles de Holanda traducen el alma artista y utilitarista del país: gustan y sirven. En la tienda de lámparas nos enseñan cosas lindas, obras de arte, lámparas de capricho, de sueño. Los tres nos fijamos en las más bellas, tanto para comedor, como para la entrada, salón, etc. Yo, como de más autoridad, regaño, digo que se puede escoger algo menos caro; ellos convienen. Pero tácitamente volvemos los tres a las lindas lámparas costosas. A los tres, por igual nos gusta lo bueno, lo hermoso. En suma, lo mejor. Se termina por escoger las suntuosas lámparas.

Esto mismo sucede con cuanto se compra.

17 de noviembre. Anoche fuimos a ver la *Salomé* de Ricardo Strauss que por primera vez pone en escena, aquí en Amsterdam, una Compañía italiana. Ha venido a dirigir la orquesta el mismo Strauss. Los asientos eran muy caros. El teatro no estaba lleno. A los holandeses les gusta la música; pero no hacer los primos. No hablo, naturalmente, de la baja burguesía que asiste a los conciertos a 60 cens, que gusta semicorcheas con schiedam y semifusas con tabaco. En el teatro abundaban anoche los judíos, que en Amsterdam se dan buena vida y pagan espectáculos. Creo que, aparte el precio, existe otra razón para que los holandeses no asistan a *Salomé*; quizás juzgan la obra pecaminosa. Los luteranos son de una hipocresía que deja chiquititos a los católicos. En los Estados Unidos se impidió la audición de esta obra, acaso para no corromper a las mujeres de Putifar. La *Salomé* de Strauss fue calcada, como todos sabemos, en la obra de Wilde; y

la obra de Wilde, como todos sabemos, es de una perversidad rebuscada. Rebuscado y casi siempre encantador es todo lo de Wilde. Wilde es el anti-ingenuo; el ingenuo anti-ingenuo.

La artista que hizo el papel de Salomé, delgada, culebrina, de boca grande y lasciva, de axilas negras, de ojos negros, tipo oriental, lo hizo irreprochablemente. Se inclinaba, de rodillas, con su cuerpo magro y sinuoso sobre la tajada cabeza del Bautista, viéndola con mirada magnética, viciosa, enamorada de aquella piltrafa sangrienta. Rompe en coloquios líricos con la sangrienta cara, en el patio palatino, ante los guardas, a la vista de su impassible madre Herodías. Acostada en el suelo, y meneando los flancos como un felino, Salomé junta por última vez la boca suya con la del rostro lívido, en beso interminable, y despierta los celos del aterrado e incestuoso Herodes. Es imposible permanecer impassible. Las pasiones amorosas de Oriente, avivadas por la música y por la vista de aquella endiablada Salomé, se apoderan, a un tiempo, de nuestra sangre y de nuestra imaginación.

Cuanto a la música de *Salomé*, no existe más que una palabra que exprese lo que se quiere significar: la palabra novedosa. Es música rebuscada, sabia, incomprensible en el primer momento, rara. La voz humana no es tratada, según ya se observó en Wagner, sino como un instrumento, como un instrumento más de la orquesta. Cuando los artistas cantan muy bajo, la orquesta toca muy alto y viceversa. Aunque fatigante, tiene pasajes magníficos. Y toda la obra revela el alma del autor: un alma despectiva, revésada, imperiosa, que tiene gran confianza en sus alas.

La música tiene sobre las otras artes, una particularidad: las otras artes sólo nos dicen aquello que el autor

de la escultura, del cuadro o del libro quisieron expresar; y a veces menos, ya que la mayoría no es capaz de comprender cuanto el autor enseña por medio de la línea, el color o la frase. La música no. La música sugiere vaguedades, quimeras, ilusiones, cosas de poesía; a menudo despierta en el auditor, por asociación de impresiones, lo que este auditor lleva dentro de sí, adormilado. Así el auditor encuentra dentro de sí, elementos de hermosura y de sueño. ¿Estaban en potencia los sueños en el auditor o en el compositor? La música, tan propicia a la ensoñación, embriaga a veces al oyente con hachís de sueños desconocidos, aun para el propio compositor.

Cuando los simbolistas franceses, Mallarmé y compañía, preconizaban una estética literaria que «sugiriera», en vez de «expresar», querían dejar la ventana abierta a los sueños. Querer ampliar la poesía concreta con la sugerencia, es engrandecer la poesía; pero quererla reducir a mera música sugerente es empequeñecerla. La poesía tiene sobre la música el que habla, no sólo a la imaginación, sino a la inteligencia. Ninguna partitura, por grandiosa que sea, puede producir una tempestad de pasiones, como podría producirla Cicerón con un discurso o Esquilo con un drama. Wagner, queriendo expresar ideas, y aun ideas muy rudimentarias, pero concretas, por medio de la música, fracasa; por lo menos el público lego no lo entiende. Aunque Wagner pudiera alegar que él se dirige a los músicos y no a los profanos, que para penetrar un poema también se necesita de iniciación y que la música es un idioma hermético que, para comprender, es necesario estudiar. Le sobraría razón a Wagner, si tal dijese o hubiese dicho.

Entre tanto, todo el mundo cree que puede opinar de música sin comprenderla, y traducir ese idioma que no ha

estudiado. Así yo, volviendo a mis carneros opino que cuando Wagner quiere con notas sugerir la idea de un casco, tal como Homero, con palabras, pinta un escudo, no triunfa como triunfa, en los oídos e imaginación del auditorio, en la cabalgata de las Walkirias, por ejemplo, que sí puede ser y es, por razones de sonoridad, elemento musicable. ¿Se puede concretar lo inconcreto? El que se empeñase en hacerlo, produciría la impresión de un monómano que cortara las alas a los pájaros porque prefiriera verlos, en vez de volar, andando.

¿Induce esta *Salomé* de Strauss a imaginaciones de lujuria desenfadada, a balbuceos de una sensualidad lujosa y recóndita, o contribuye a la ilusión la felina y flaca figuranta, de enardecidos bailes y de ojos, boca y serpenteos lascivos? Y si es obra de la música, el despertar la carne viciosa y perversa, el frenesí de libídine que se apodera de uno hasta el extremo de querer gozar a aquella perversa y flaca *Salomé* en su propio traje abigarrado, ¿de qué medios se vale Strauss para obtener su triunfo sobre la imaginación y sobre la carne? Para saberlo se necesitaría, a más de ser exegeta, psicólogo y crítico de música, oír la ópera innumeradas veces. Strauss puede decir: yo no he salido del arte puro; si el arte despierta en vosotros la bestia es porque en vosotros no hay sino bestialidad.

3 de diciembre. Los Estados Unidos representan por su salud, su alegría, su potencia, el mayor esfuerzo que ha hecho sobre la tierra la mediocridad.

Es la más alta pirámide del miedo, de la estupidez, del respeto a las leyes, del igualitarismo, de la hipocresía, del comercio, del mal olor.

4 de diciembre. Se dice de Jesús que fue Dios y hombre verdadero. Quizás fue un Dios falso y hombre más falso aún. El hombre no es bueno y Cristo lo fue: luego no fue un hombre verdadero. Vino a llenar de tristeza el mundo, y a suprimir, cuanto era dable, el más humano, viril y noble sentimiento: el orgullo. Su vida, más bella que su muerte: perdonó adúlteras y redimió pecadoras y latigüéó mercaderes, con superior idea de la verdadera justicia, que manchaba, a pesar de todo, por prédicas inmorales, en su empeño de formular una teoría de constante deposición. Esta teoría es nociva por cuanto exalta a los mediocres y ofrece a los pobres de espíritu el reino de los cielos; daña el desarrollo de los mejores, que vale como apagar en el espacio las estrellas y borrar las encaminadoras columnas de fuego. La multitud acepta regocijada esa doctrina porque el renunciamiento de los fuertes la lisonjea, a ella que nada tiene que renunciar. La multitud encantada proclama esa doctrina y sacrifica al pastor en obsequio de los borregos. Sacrificando al individuo en aras de la comunidad, llega la comunidad a culminar en estas entidades igualitarias y grises como Estados Unidos.

De ser Cristo un Dios —cosa que debieran negar los cristianos—, fue un Dios perverso. Si fue bueno como hombre, no lo fue en cuanto Dios. ¿Por qué, siendo todopoderoso, en su carácter divino, no triunfó sobre sus adversarios, perdonándolos luego? Ya que, deidad caprichosa, quiso descender del Paraíso a mezclarse en nuestros asuntos terrenos, tratando y riñendo de quien a quien con míseros mortales, eso era el camino del decoro: vencerlos como más fuerte y perdonarlos como más santo. Pero no. Cristo no imitó a Hércules, semi-dios fuerte y bueno. Fue un Dios débil y bondadoso sólo en palabras.

Consintió en que lo crucificaran pudiendo impedirlo para legar a todo un pueblo el odio del mundo. Cuando España y Portugal queman o expulsan a los judíos; cuando Roma los enjaula en el Geto; cuando Alemania y Francia los calumnian, los persiguen, los deportan a la Isla del Diablo; cuando la policía de Rusia, por orden del Zar y del Santo Sínodo, en pleno siglo xx, prende fuego a aldehuelas israelitas y arcabucea a los que se escapan de entre las llamas, al son de un alalí religioso, como en caza de alimañas carniceras, todas las llamas ibéricas, todas las calumnias y deportaciones franco-tudescas, todas las jaulas italianas, todas las cacerías moscovitas claman contra Jesús; y sobre la cabeza de Jesús caen las lágrimas y la sangre que ha vertido el pueblo hebreo, durante dos mil años.

Sócrates, que enseñó a dudar a los hombres y a confiar demasiado en «las luces de la razón», predicador de moral como todos los corrompidos; y Jesús —absurdo en cuanto hombre y en cuanto divinidad—, son los paradigmas de moral y los dioses contra los que es de mal tono y peligroso alzar la voz. ¿No es verdad, mis elefantes bá-tavos, borrachos de schiedam? ¿No es cierto, mis sacos de tocino yanqui? Pero hay algo más ruin que los dioses y moralistas de esos pueblos —por más indígenas—, los héroes: aquellos taciturnos Orange, parados en el centro de la corriente que los cubre de espuma y de lino, parados con la testarudez de una piedra; y aquel Washington —que es sólo grande por la causa que defendió: la libertad— religioso, mediocre, metalizado, marido de viuda rica, bebedor de cerveza, dueño de esclavos negros, burgués provincial, amigo de aburridos visiteos, cuyo mayor título al renombre consiste en no haber sabido hacer uso

de la victoria. Y cuenta que no hablo del nauseabundo Lutero, enemigo de la simonía, de las orgías pontificales, de las estatuas, de los palacios, y resurrector de la barbarie germánica.

5 de diciembre. ¡Qué horror a la indomitez, a la verdad, a la sinceridad, al vicio lujoso —que es el único vicio tolerable— entre los luteranos! De un teatro de Amsterdam, noches atrás, se salió todo el público porque bailarinas francesas pirueteaban y alzaban las piernas. Los yanquis cierran las puertas de todos sus hoteles al gran ruso Máximo Gorki, porque viaja con su querida, e insultan en la persona de Gorki cuanto hay sobre la tierra de más hermoso: el arte y el amor.

En ningún Museo de Holanda se encuentra un cuadro con mujeres desnudas. Y en la ciudad de Minneapolis, en Yanquilandia, a fines de 1906, o a comienzos de 1907, decretó la municipalidad que se pusieran bragas a un Apolo de mármol, en el Museo local, indigno de aquel dios.

¡Qué época más triste y menguada! Estos países aburridos e igualitaristas —de gentes, opiniones y costumbres estandarizadas—, estos paraísos de Lutero, que sólo admiten de las divinidades paganas a Mercurio, estos protestantes que se pliegan a todo, enemigos del arte, enemigos del lujo, enemigos del buen olor, acaparadores de oro, tienen cañones y acorazados y colonias adonde implantar su barbarie, y son felices. Y andan sueltos por el mundo, realizando hazañas de diez mil contra uno —y sometiendo a los boers— como Inglaterra.

6 de diciembre. ¡Cómo he podido hablar sin respeto de Sócrates y de Jesús! Me paso la vida ensalzando a los

grandes hombres, acaso por desprecio a los pequeños y cuando me encuentro con un emancipador del espíritu humano, como Sócrates, y un hombre divino como Jesús, los denigro. ¡Aberraciones! Culpa del hígado, en que la inteligencia no ha tomado parte. Estupidez hepática.

Veinte siglos de patrañas y de culto han desfigurado a Jesús; pero tal vez sin alterarlo en su esencia. Tantos hombres de talento, de tantas razas y en tantos siglos, empeñados en endiosarlo, no podían dejar como en realidad fue al pobre hijo del carpintero judío. Tantos corazones le han rendido culto, tantas generaciones de planetarios —hijos de todo el planeta— lo han llamado padre, que como a padre y como a dios habemos de verlo y no como a simple vecino de Nazaret, que fue a morir en plena juventud, en Jerusalem, asesinado jurídicamente por los clérigos.

15 de diciembre. Pasamos las noches en sesiones de hipnotismo. Haroldo recién llegado de Venezuela, afecto a la teosofía, enardece nuestras experiencias con sus ideas. Otras veces Isabel y yo atormentamos el piano, recordando los preciosos vales de nuestro país, sin rivales acaso, por su viveza, por su voluptuosidad, por su ardiente música, mezcla de alegre sol y de melancólicas palmeras tropicales.

20 de diciembre. Paulina, la santa y noble mujer que nos ha visto nacer y crecer a casi todos —como que tiene en casa más de treinta años—, refiere, a instancias repetidas, algunos de los cuentos con que entretenía nuestra infancia. ¡Qué lindos cuentos! Hay en ellos hadas, reyes, brujas, culebras que hablan; pájaros de siete colores que son príncipes encantados; viejas que secuestran chicos

para comérselos; niños enterrados por envidia fraternal cuyos cabellos florecen en plantas musicales que se quejan; niñas que, al peinarse, vierten corales y perlas. Qué bello libro, en verso o en prosa, pudiera escribirse con estas historias de encantamiento: *Cuentos de Paulina*.

26 de diciembre. Mañana salgo para París, donde pasaré el invierno. Tengo vagos deseos de ir a Andalucía, a Sicilia, al África, qué sé yo. Lo cierto es que algo interior me impele a salir, a viajar, a ir lejos, más lejos, mucho más lejos, a pueblos visitados cuyo recuerdo me es grato, a pueblos desconocidos, a cualquier parte, en fin. Y, sin embargo, ¡me gusta tanto la quietud de mi escritorio y de mi aposento! Cuando llego a un lugar, a una casa, a un cuarto, me habitúo al cuarto, a la casa, al lugar. Creo radicarme. Creo que mi estada allí será por mucho tiempo. Que allí voy a escribir y a amar; es decir, a ser feliz a mi modo, siendo estas dos cosas las que más me preocupan. Y a veces ni amo, ni escribo siquiera; pierdo mi tiempo en naderías, como un imbécil, hasta que me aburro, y me entran anhelos violentos de partir, de buscar en otra parte lo que allí no encuentro, lo que en otra parte quizás tampoco encontraré: sosiego para mi alma, solaz para mi pensamiento, y amor, amor, un poco de amor para mi corazón vacío. Querer amar y no poder o no encontrar a quien, es algo dramático. ¡Cómo es posible que algunos se enamoren de una mujer y vivan enamorados de ella y en una misma ciudad toda la vida! Me contentaría con enamorarme y permanecer enamorado de veras y de veras satisfecho en la ciudad donde habite, sólo un par de añitos. ¡Pero, demonios, para qué querré yo enamorarme! Esa nostalgia se deba acaso a que mis amores

han sido, casi siempre, mero y voluntario contacto de epidermis, sin más complicaciones sentimentales sino las que yo forjo para torturarme.

¡Rufino, Rufino: que no te entiende ni Cristo! ¡Ni tú mismo sabes lo que quieres!

1908

PARÍS-A BORDO-CARACAS

15 de enero. La generalidad de los hombres es poco analítica. La mayoría se contenta con frases hechas que fueron un día la opinión de un señor cualquiera. Estas frases hechas corren, como los centavos de cobre, de mano en mano. ¡Valen tan poco! La muchedumbre humana acoge el centavo de cobre, la frase hecha, la guarda en su bolsillo y cree pensar repitiendo el pensamiento ajeno, que a menudo no es un pensamiento sino una estulticia de cinco céntimos.

Veamos algunas muestras de estos mínimos discos de cobre.

LA REPÚBLICA MODELO

Se ha convenido tácitamente en llamar a los Estados Unidos «la república modelo». Por supuesto, son los mismos yanquis tan amigos de la añagaza por el anuncio, tan amigos de darse bombo, y que poseen en tan alto grado la satisfacción de sí mismos y el candoroso deseo de todos los *parvenus*, el deseo de deslumbrar; son los mismos yanquis los que han regado por el mundo que ellos son «la república modelo».

Estos yanquis no son tal «república modelo».

La prensa más venal del mundo es la de los yanquis. La justicia más corrompida del mundo es la de los yanquis. El comercio más pícaro del mundo es el de los yanquis. Las elecciones más arteras del mundo, las de los yanquis. Hay igualdad, sí, hay libertad: la igualdad de esclavitud delante del polizonte, que es el tirano de las ciudades de Norte América; la libertad de cazar negros a palos, a pedradas y tiros; la libertad de tratar a esos ciudadanos de los Estados Unidos, a esos hombres cuya vida garantiza la constitución de «la república modelo», como bestias feroces que disputaran a hombres blancos la posesión de la tierra.

9 de julio. A bordo vienen dos monjas napolitanas que se dirigen a Colombia. Ambas son muy simpáticas, aunque muy diferentes. La una, vieja, bigotuda, chacharera, entrometida, toca piano, canta letanías y aires de ópera, cuenta cuentos que desternillan de risa, se pone junto a nosotros mientras jugamos *póker*, y sigue las partidas con estorbo interés.

La otra monjita es joven, reservada y tiene las más blancas manos y los más negros y lindos ojos de Italia. De noche nos acomodamos a la borda del buque, mientras el barco avanza, y pulquérrima luna llena de claridades románticas el cielo y el mar. He tratado de convencerla, como puedo, de que Dios —que todo lo dispone— nos ha acercado uno a otro, ha puesto en mi corazón el amor que ella me inspira, y en ella la bondad para oírme y la capacidad, tal vez, para dejarse amar.

10 de julio. La monjita se me acerca esta mañana, con mucho misterio, y valiéndose de circunloquios y paráfra-

sis me refiere que ayer tarde, cuando me separé de su lado, uno de los oficiales de a bordo se acercó y le dijo:

—Usted es muy simpática; él es muy simpático. Hacen una buena parejita.

La pobre monjita cuenta la historia con una suerte de pavor supersticioso. Después concluye.

—Me fui corriendo a mi camarote y he llorado mucho.

11 de julio. Le he dado un beso en la mano a la monjita. Se ha ido corriendo, a su camarote. Después volvió, charlamos, y me puso una medallita al cuello, pendiente de un cordoncito rojo de seda.

—Esto le libraré de los malos pensamientos y de las malas obras —me dijo.

12 de julio. Anoche, aprovechando un momento de solicitud favorable, cogí a mi linda monjita en los brazos y le di cien besos. Ella, sorprendida al principio, terminó por dejarse besar, como quien no quiere la cosa, batallando. Hoy, apenas subo, a la hora del almuerzo, la monjita me entrega una carta. ¡Pobrecita! ¡Cuánta, cuánta ternura acumulada había en ese corazón para el primero que tocase a sus puertas!

13 de julio. Ya es una maestra en besar y dar la lengüita Sor Dorotea. Como nos pasamos todo el día juntos, los progresos son rápidos. Sus ropas gruesas y múltiples, me impiden llegar a su cuerpo; pero los senos se advierten gorditos y juveniles bajo la criminal envoltura que se los ciñe y estropea.

Sor Dorotea me dice que este viaje le ha hecho pensar a menudo en Cristóbal Colón y admirarlo mucho. Le respondo: ¿A qué quedará reducida la gloria de Cristóbal

Colón, el día en que el genio y la audacia de algún hombre nos pongan en relación con selenitas y marcianos?

14 de julio. Estábamos solos Sor Dorotea y yo, en su camarote, luchando por lo que es posible suponerse, cuando llegó la otra monja que me había visto entrar y no me veía salir. Se puso muy seria. Pero subí a cubierta, le compré al *stewart* un crucifijo de coral y se lo regalé. Esto la ha dulcificado mucho.

Si la monjita no ha caído no es sino por falta de ocasión. Moralmente no es ya dueña de sí. No he visto una empresa más fácil ni más inverosímil, ni una mujer más tierna, sencilla, apasionada e inocente.

15 de julio. Desde que entramos en los mares del trópico el calor es sofocante. De noche, imposible dormir en la tórrida estrechez de los camarotes. Sombras blancas atraviesan el puente, a media noche, en busca de aire. La luna riela, apacible y romántica, sobre el mar azul. De día el mar reverbera. Parece de esmalte. Al contemplarlo con fijeza, ofusca, a la manera de un espejo herido del sol.

16 de julio. Jugábamos *póker* en el salón, anoche, cuando el médico de a bordo se puso a tocar piano. Dejamos las cartas, arrastrados por la música; y, a falta de mujeres, nos lanzamos a bailar, de coña, hombre con hombre. La vieja monja es la única mujer que penetra en el salón. Otras se acercan a las puertas. En cuanto las advertimos, corremos a ellas, las arrastramos dulcemente y nos ponemos a bailar en serio. Pero la bigotuda y alegre religiosa termina por quitar al médico del piano y entonar a grito herido tarantelas napolitanas. La gente se desternilla.

17 de julio. Anoche he querido hacer tomar un poco de champaña a Sor Dorotea. Se negó en absoluto.

—No es necesario —me dijo—: el champaña me lo dan tus ojos y tus palabras...

—A mí tus besos —le respondo. Baja los ojos.

—A mí los tuyos —confiesa con rubor y forzándose. Como para probar su embriaguez se dejó acariciar más y mejor, aunque disimulando con la lucha. Estábamos sobre cubierta, a popa, solos. De pronto cruzó los brazos sobre el pecho y se echó a llorar. Me quedo helado un momento; pero vuelvo a la carga, so pretexto de consolarla y ella seca sus lágrimas y su sonrisa reaparece.

19 de julio. ¡Cuán poca noción de la vida y de las cosas tiene Clementina; es decir, Sor Dorotea! ¿No quiere irse conmigo a todo trance?

—Lo tengo todo listo. Estoy dispuesta a seguirte adonde sea.

En vano trato de hacerle comprender lo absurdo de su deseo y la imposibilidad de realizarlo, por las circunstancias de su estado y de arribar nosotros a país desconocido, sin saber para dónde partir al día siguiente. Le he dicho que de Caracas la mandaré a buscar o le enviaré instrucciones y dinero para el viaje. Lloro, dice que la engaño, y forma un alboroto ridículo, de que se percatan los criados.

19 de julio (más tarde). Entre dos luces, sobre el puente, Clementina me ha dicho, agarrándome las manos.

—Mátame; pero no me abandones.

La gente se pasea sobre cubierta y nos mira. A dos pasos está la otra monja bigotuda que no la deja ahora sola ni un segundo. Todo el mundo a bordo se da cuenta

de lo que ocurre. ¿Adónde iría yo con esta monja y bajo un gobierno clerical como el de Colombia? Con un telegrama del obispo bastaría para que nos detuviesen y nos procesaran. Se lo digo. Me responde:

—Tú temes al obispo y yo no he temido a Dios. Tú tienes miedo a la cárcel y yo he desafiado al infierno, habiendo caído en pecado mortal.

23 de julio. Pleiteo en la mesa con un grosero yanqui, que habla de cosas venezolanas como si nosotros no fuéramos de Venezuela. Lo ponemos en su puesto.

23 de julio (Mas tarde). Me acuerdo de Sor Dorotea. Engorrosita; pero qué linda y apetitosa. Temperamento romántico, sensual y lo menos monjil posible. Le pregunté por qué había escogido aquella profesión. No la escogí yo, me repuso: éramos siete hermanos y los padres muy pobres. ¡Alguna tenía que meterse a monja!

Aquí tengo la medallita que me puso al cuello. ¡Pobre criatura! ¡Qué infeliz va a ser en su enclaustrado aislamiento; ella que nació para otra cosa! ¡Dios santo, cómo puedes tolerar estos sacrificios, más crueles que los adeptos a algunas feroces divinidades aztecas!

Puerto Cabello, 24 de julio. El vapor amanece aquí. Por fin vemos tierra venezolana. Vemos y no más, porque nos impiden desembarcar: medida absurda que no me explico. Personas que suben a bordo me dan malas noticias y de cada boca fluye un chorro de pesimismo. Todos tristes; descontentos. Es el estado del alma habitual en mis compatriotas. ¡Qué contraste el de estas almas de quejumbre con la riente y verde naturaleza de este verde y risue-

ño país! Me contagio de tristeza, *et pour cause*. Mi hermano Oscar, preso por cuestiones políticas; mi hermano Humberto, que acababa de llegar con propósito de establecerse, después de la larga ausencia, se embarca mañana o pasado, en el mismo vapor, de regreso a Europa, malhallado con su tierra. ¿Adónde he venido? ¿Para qué?

Caracas, 27 de julio. El general Castro ordena, en documento que publica *El Constitucional*, el cese de una controversia religiosa en Valencia y se declara Papa. «En mi noble carácter —dice—, de jefe del Estado y de la Iglesia, resuelvo: etc.». La culpa no es toda suya, sino de los hombres que le hacen firmar tales majaderías. Don Francisco González Guinán, patriarca del servilismo, ¿no lo llamó: «Vice-Gerente de Dios en esta parte del planeta»? Naturalmente, él se lo cree.

24 de noviembre. Castro se embarca para Europa. Va a operarse. El pulmón nacional se expande. Un peso de nueve años se le quita de encima. ¿Volverá? Ni lo creo, ni lo deseo.

3 de diciembre. Estoy flirteando con dos mujeres, ambas jóvenes, ambas lindas, ambas del mismo nombre, ambas pertenecientes a las mejores familias de Caracas. Llamaré a la una, a la más joven, C (primera) y a la otra C (Segunda). A C (primera) la conocí hace tres años, y pertenece a una gente ligada con nosotros por vínculos que debo respetar. Por eso, y por ella misma, la requiebro con más miramientos que a la otra; cuenta apenas diecisiete años. ¡Qué chicuela tan avispada y tan atrayente!

C (segunda) tiene más mundo, como mujer de veinte años; es más elegante y mucho más apasionada. Como

novia lisonjea más la vanidad de un hombre que C (primera). Pero se le conoce demasiado que desea casarse.

Cuando converso con cualquiera de las dos prefiero a aquella con quien estoy; le hallo encantos que me detienen a su lado. Luego...

C (segunda) tiene un defecto para esposa: hábitos de lujo, parientes ricos y ella poca fortuna. La otra tampoco goza un porvenir económico envidiable; y se acomodaría más fácilmente a una vida modesta.

Creo que me decidiría por aquella de las dos que supiera inspirarme celos, o que por otra habilidad supiera aprovechar un buen cuarto de hora. He pensado hasta en jugarme las dos, a ver cuál gano; o tirar una moneda al aire y decidirme por la una si cae de cara, o por la otra si cae de sello. ¿Pero quién va a echarse esposa por el capricho del azar? Me he tranquilizado con esta reflexión: si nunca o casi nunca hacemos otra cosa. El azar entra en mayor escala que la previsión en nuestro destino.

4 de diciembre. Nadie se ocupaba en Venezuela, hasta hace poco, sino de alimentar el temor de que Castro no se fuera; hoy nadie se ocupa sino de alimentar el temor de que regrese. Ayer, nadie hizo por que se embarcara; ni ahora se hará por impedir el retorno.

Cuando un pueblo, en ciertos instantes, discurre en vez de obrar, está perdido. Una bomba de dinamita es más elocuente que todos los razonamientos. Se proyecta, desde hace días, un mitin contra la dictadura de Castro. Unos quieren el mitin como principio de la reacción contra Castro y contra Gómez. Son los más. Otros, para darle fuerza moral de que carece el gobierno del Vicepresidente; otros para decidir a Gómez a que rompa la tutela del

dictador. Gómez también lo desea para cohonestar su jargarreta, para aparecer coaccionado por el pueblo e impulsado por la nación. En el deseo coinciden la oposición y el gobierno del Vicepresidente Gómez. ¿Por qué no se realiza? Por lo mismo que se hace todo o se deja de hacer todo en Venezuela. Por miedo.

La oposición tiene miedo de que Gómez la traicione y la fusile; Gómez tiene miedo de que los amigos de Castro lo ahorquen. Esa es la situación. En principio, Gómez ya ha traicionado a Castro. Lo que debemos es aprovechar la traición y abandonar al traidor; sustituirlo, deponerlo, convocar a elecciones libres y que el país decida su destino. La caída de Castro la deseamos todos. Gómez la desea más que nadie; pero no se decide, es cobarde. No se trata de cobardía moral sino física. No teme la traición que está realizando lentamente hace tres o cuatro años; teme que lo linchen los militares amigos de Castro. Bap-tista y el gobierno desean cohonestar la traición de Gómez con una apariencia de coacción nacional. El país, por su parte, desea sinceramente manifestar su antipatía, su odio al desgobierno de Castro y a sus pretensiones de perpetuarse en el Poder. ¿Realizamos nuestra manifestación pública?

4 de diciembre (Más tarde). Algunos me proponen que hable yo en la plaza pública. ¿No decían que los exaltados no servían para nada? Ya lo ven: los exaltados sirven el día de exaltación. Soy el menos orador de los nacidos de mujer; pero como Castro infunde tanto miedo y Gómez tanta desconfianza, todos vacilan, nadie quiere comprometerse. Se teme que Gómez, aunque desea y prepara la reacción, se vuelva atrás. No sería extraño. Ya lo hizo

una vez: cuando Castro se retiró a La Victoria dejándole el gobierno. Lo tenía Gómez medio derrocado; pero le bastaron a Castro dos telegramas destemplados y un entrecejo ceñudo, para que Gómez, sumiso, lo reconociese; y no sólo lo reconociese sino preparase, en honor de su jefe, una Aclamación nacional. Castro entró en Caracas bajo lluvia de flores: las flores de Gómez. Éste pasó como víctima de inspiraciones malévolas; y se puso en entredicho a los inspiradores.

Ahora, con razón, todos tememos. Pero alguien tiene que exponerse. Además, ¿no somos hombres de acción? ¿Para cuándo el obrar? Las cosas hay que hacerlas. Se realizará un mitin contra Castro, so pretexto de realizar un mitin contra Holanda. Contra Holanda no tenemos nada, a pesar de las estupideces antivenezolanas de Curazao y del más estúpido envío de buques de guerra a nuestras aguas. Pero este conflicto desaparecerá con Castro. Mi propósito —y el de muchos que piensan como yo— es jugar el todo por el todo: no sólo hablar al pie de la estatua de Bolívar y contra Holanda, sino arrastrar al pueblo hasta la casa presidencial y comprometer al jefe del Ejecutivo moralmente con nuestras palabras y nuestra manifestación cívica. Sí Gómez traiciona al país, en vez de traicionar a Castro, ¿qué vamos a hacer? Sufriremos las consecuencias. Desgraciado pueblo aquel cuya suerte se decide en tales manos.

La incertidumbre, la desconfianza de la ciudadanía en Gómez quedan plenamente justificadas por los antecedentes y por el carácter de Gómez. ¿Qué se puede esperar, en efecto, de un hombre del calibre moral de éste, de un sargentón ignaro y vil? ¿Cómo vamos a confiar la regeneración de Venezuela al discípulo, cómplice y pri-

mer teniente de Castro? ¿A un hombre menos capaz y más ladrón y más hipócrita que Castro?

5 de diciembre. Hemos querido realizar hoy la manifestación pública. El gobierno la impide. Gómez está traicionando a Castro hace tres años y hoy tiene miedo de realizar su pensamiento. ¡De qué tienen miedos estos esclavos! Si Castro se devolviera, Gómez caería de rodillas a su presencia. He aquí lo tremendo de las situaciones falsas y de los caracteres ambiguos. Si Gómez no se deshace de Castro es un miserable y un cobarde, habiéndolo ya depuesto en espíritu; si lo derroca es un traidor. Y lo más triste para el país es tener que servirse del uno contra el otro, en vez de reaccionar contra los dos y lo que ambos representan, que es la barbarie.

6 de diciembre. Hace varios días no he podido conversar con C (segunda). En cambio he visto a menudo a C (primera). Me siento más inclinado a ella. Tal vez llena más mi pensamiento que la otra. Bastó que fuera varias tardes seguidas en casa de su cuñada, que ha dado a luz, para que mi interés se avivase por el hecho de saberla tertuliano con otros hombres.

6 de diciembre (Más tarde). Acabo de leer dos comedias: *La femme nue*, de Henry Bataille y *Samsom*, de Bernstein. En ambas reluce el inevitable adulterio parisiense, aunque en diferentes condiciones y en distintas capas sociales. En ambas los maridos se saben cornudos. En la de Bernstein hay un personaje que, acaso por judío, es decir, por ser de raza oriental, apasionada, no sobrelleva con indiferencia sonriente sus cuernos. Pero en ambas,

hombres de buena cepa francesa, tratan de cosas y desgracias de amor, mercan su deshonor o la sobrellevan, con una filosofía que no nos explicamos fácilmente y de que nunca blasonaríamos aquellos por cuyas venas corre sangre de personajes del mundo calderoniano, tan puntilloso en punto de honor. Para nosotros, como para nuestros abuelos —y esto prueba en cierto modo la supervivencia de algunas características de la raza—, para nosotros, digo, al revés de lo que piensan los franceses, no es deshonoroso matar a un enemigo, máxime por razones de honor conyugal —ni siquiera matar a la esposa infiel—, y sí lo es sonreír a la afrenta inferida por la esposa o no considerar la traición como afrenta. La justicia tal vez se halle en el término medio: ni matar, ni reír. Imposible considerar los cuernos pingüe negocio, como en Nueva York o en París; o mero asunto judicial como en Londres; o no percibir siquiera las protuberancias frontales como en Berlín. Pero, ¿a qué teorías? Nadie sabe cómo reaccionará ante el infortunio, aunque sepa cómo debe reaccionar. Pasión y vida son más complicados que leyes y preceptos.

Recuerdo otra comedia reciente, creo que de Capus o de Bricun, que vi el año pasado en el Teatro Francés, y cuya moraleja puede traducirse así: el que mata, aunque sea para vengar su honor, es siempre un asesino y la sociedad debe tildarlo siempre y rayarlo de sus cuadros de aprecio. Nosotros no aceptaremos nunca esa teoría. Propia o ajena, la vida para nosotros vale menos que la honra.

7 de diciembre. Ponen en libertad a Oscar, encarcelado de cinco meses acá por el autócrata. Es la reacción que empieza. La reacción es el desagravio nacional. En este último año de su gobierno, Castro se había convertido en

un bandolero presidencial. Asesinó a Paredes. Asesinó, por medio de Sarmiento, en la Sierra de Carabobo, a otros revolucionarios. Las prisiones arbitrarias se sucedían. Su continuación anticonstitucional en el Poder ya había sido resuelta¹.

Sería curioso hacer copia de anécdotas respecto de Castro. Una sola cosa va a salvarlo ante la historia: la energía, la energía bella, máxima, inquebrantable de este hombrecito de hierro, a quien no han podido rendir ni las guerras internas, ni las conjuras, ni las sublevaciones militares, ni los bloqueos de las Potencias, ni siquiera dos años de ininterrumpida y cruel enfermedad.

A menudo se ponía en ridículo: lo salvaba el ademán enérgico, la resolución dramática. Los extranjeros ofendidos por él —principalmente los yanquis— lo llamaban «el mono de los Andes», por la lubricidad. Tenían razón. Pero ante ese mono lúbrico cedieron las compañías inglesas, el ferrocarril alemán, los diplomáticos del insolente Guillermo II, el agresivo Roosevelt y el ministro de Estado yanqui. En cuanto a Francia, no sólo cedió la Compañía del cable francés; no sólo el joven Cónsul de Francia, hombre de vergüenza, digno de mejor suerte, se tuvo que suicidar; sino que todavía anda viajando, contra su voluntad, el ministro diplomático señor Taigny que, sin permiso de la policía o contraviniendo órdenes, se introdujo a bordo de un buque francés surto en La Guayra. Castro no lo dejó desembarcar, lo obligó a seguir de viaje, entre las carcajadas del mundo entero.

8 de diciembre. Últimamente he conversado con el ministro de Relaciones Exteriores, José de Jesús Paúl, sobre los medios de precipitar al gobierno de Gómez a realizar

lo que prepara y teme hacer: el desconocimiento de Castro. Gómez, Baptista, Paúl, todos están de acuerdo; pero todos tienen miedo. El más resuelto de todos me parece Paúl, el más sensato Baptista, el más hipócrita y pavorido, Gómez. Paúl me aterra diciéndome que él, con el beneplácito, más con el consejo de Gómez, llamará a las Potencias, inclusive a los terribles Estados Unidos, para que apoyen con sus barcos, en La Guayra, el movimiento reaccionario.

—Empiezan ustedes por hacer odiosa la reacción —le digo—: y reivindicar a Castro, que hubiera sido incapaz de esa vileza.

—Solos no podemos hacer nada —me responde.

Este hombre es un loco, un cínico y un ciego, sin pizca de patriotismo ni átomo de hombre de Estado. Insisto en hacerle comprender el error, la gravedad, lo absurdo, lo criminal y lo innecesario de semejante medida. Demasiado comprende. Pero el miedo de Gómez lo acucia; y además, el propio cinismo.

—Solos no podemos hacer nada —insiste en decirme.

—Pues no se hace —le respondo.

Angustiado vuelo en casa de Baptista que, encerrado en la Casa Amarilla, por temor a las imprudencias, no quiere recibir a nadie. Por fin, logro verlo. Le manifiesto el deshonor presente y el peligro futuro que entraña el pensamiento de Paúl, le digo que si no cuentan con todos los cuarteles de Caracas, si temen al gobernador de Caracas, hay un medio de levantar gente a la calladita. Que decreten el arreglo de las calles o de una carretera cercana a Caracas y pongan a trabajar ahí 500 ó 1.000 hombres al mando de mi hermano Oscar y de algunos otros militares de confianza. Baptista cree bueno el plan; pero, ¿quién

puede saber lo que piensa de veras Baptista? Me dice que no se realizará el plan de Paúl, que tenga confianza.

¿Confianza, en quién?

9 de diciembre. ¿Me gustará mas C (segunda)? Acabo de hablar por teléfono con ella y me parece que sí. Le gusta la política, tiene emociones fuertes y es muy elegante. He tirado una moneda al aire por tres veces para preguntarle al azar y por tres veces consecutivas ha salido C (primera). Me parece que el destino me ha hecho trampa. Sin embargo, soy tan supersticioso que esta decisión de la moneda, va a pesar mucho en mí, ¡aunque no quisiera tomarla en cuenta!

16 de diciembre. Habito, con mis hermanos Oscar, Héctor, Haroldo y Horacio, una casita casi a extramuros de la ciudad. Estamos escondidos. Cada vez que traquea la puerta, por la llegada de la cocinera, o de Horacio que sale a caza de noticias, o de nuestro primo Alberto Zérega que viene a participarnos las ocurrencias de la ciudad, corremos hacia el corral para escaparnos por los tejados vecinos o nos disponemos a recibir a balazos la visita policial. La ciudad es un campamento. La ley marcial impera. Tropas recorren la ciudad, saqueada por las turbas furiosas. ¿Qué pasa? Ocurre que el 13 de diciembre de 1908 será de hoy más una fecha clásica. Ese día los caraqueños hemos echado abajo al dictador Cipriano Castro, cuyos tres últimos años de gobierno fueron el triunfo de la barbarie y la orgía del bandidismo. Lo más granado de la ciudadanía se reunió, con anuencia del gobierno, so pretexto de una manifestación antiholandesa, el 13, a las dos de la tarde. Los primeros en llegar a la Plaza Bolívar,

centro de la reunión, fueron los estudiantes. A las tres, rebosaba la Plaza en gente: poco pueblo al principio, pero mucha «gente decente», como solemos llamar a la burguesía y a los que ejercen profesiones liberales.

Como nadie tenía agravios que vengar contra Holanda, sino contra Castro, que es quien ha provocado este nuevo conflicto internacional, en el que después de todo, la razón asiste a Venezuela —y Holanda lo reconoce en principio—, empezaron los discursos estudiantiles al pie de la estatua de Bolívar a enardecer los ánimos, no contra Holanda a quien no mencionaban, sino contra Cipriano Castro. De la plaza, ya enardecidos, partieron los grupos a recorrer la vía pública, con una bandera a su frente. La excitación crecía con los gritos de: «muera Castro»; «muera *El Constitucional*». *El Constitucional* es la letrina más infecta, la más pútrida y turiferaria publicación que en manos del negro puertorriqueño Gomersindo Rivas ha corrompido la atmósfera nacional durante nueve años. Cuanto se diga de la vileza miasmática y perniciosa de ese pozo negro que se llama *El Constitucional* y ese pocero también negro, es débil ante la verdad. El pueblo los odiaba. Así, embriagado de instintos revolucionarios y demagógicos, su primer impulso fue, como debía ser, por lógica del odio público, asaltar el periódico y volcar la sentina. Los empleados, muy numerosos y cantidad de sicarios apostados por Rivas, y armados de revólveres y máuseres, se habían hecho fuertes en el viejo y pesado caserón de la Imprenta —esquina del Conde, edificio de la Imprenta Nacional— y empezaron por las ventanas a disparar contra la multitud. La multitud, sin embargo, no cedía. Entonces una patrulla policial, comandada por Santiago Hernández, inspector de la

policía, hizo varias descargas sobre la ciudadanía e impidió la toma de la Imprenta. Hubo heridos y muertos. Entre los últimos un joven Marcano, estudiante. Hacia las cuatro llegaron a la Casa Amarilla el general Juan Vicente Gómez, primer Vicepresidente encargado del Ejecutivo, y el Secretario general del Gobierno, doctor Leopoldo Baptista. La ciudadanía los aclamó y los llevó en brazos hasta los balcones que caen a la Plaza Bolívar.

Desde el Bulevar Oeste de la Plaza, en la vía pública, se pronunciaron discursos, fulgurantes y reaccionarios. El Ministro de Relaciones Exteriores —Paúl— empezó a contestar, hablando de agresión extranjera. Lo callaron. Lo que queremos, gritaba todo el mundo es la caída de Cipriano Castro. Por fin, el doctor Juan Pietri se asomó al balcón donde estaba Gómez y tomando al Vicepresidente por un brazo y agitando el sombrero con el otro, sobre la multitud, prorrumpió en un estendóreo: «muera Castro». Gómez se separó del balcón inmediatamente. La ciudadanía sacó un triunfo a Pietri y en triunfo lo llevó hasta su casa. Fui con él en el pescante del coche donde iba el aclamado.

Ya en su casa, Pietri dijo a la multitud cuatro palabras de despedida. Como nadie partía de aquel hogar invadido y empezaban nuevos discursos, Pietri, muy fatigado, me dijo: «Rufino, sálveme de esta gente, llévesela». Entonces llamé la atención del pueblo, di un viva a Pietri, invité a la multitud a seguirme a las plazas públicas, y partí por entre ella con los brazos en alto y gritando que me siguieran. Allí estaba C (segunda).

Desde ese instante quedé convertido, sin proponérmelo, en *leader* de esa manga de pueblo. Hablé, en San Francisco; me aclamaron. Hablé de nuevo en la Plaza

del Panteón. Recorrimos la ciudad y rompimos cuantos bustos y retratos de Castro encontramos. Deseaban asaltar la casa de una querida de Rivas. Me opuse. Dije que era cobardía haberse retirado de *El Constitucional*, porque lo defendían hombres, e ir a atacar ahora a indefensas mujeres. Otros —recuerdo sus nombres—, me azuzaban a conducir al pueblo contra la casa de Tello Mendoza; no quise.

Por fin recalamos a la Plaza Bolívar. El pueblo manifestó con gritos el deseo de que hablara de nuevo. Hablé y me sacaron en hombros. Estaba sofocado, molido, medio muerto de cansancio. Me cogieron en hombros contra mi voluntad y me pasearon por la plaza. De lejos vi, entre grupos, a Manuel Díaz Rodríguez, Eduardo Calcaño Sánchez, Juan Casanova, Elías Toro, etc. Ya caía la noche. Y al favor de la obscuridad pude escaparme de la multitud que me aclamaba, con estos absurdos gritos: «¡Viva el cerebro del pueblo! ¡Viva el gran demócrata!»; y otras tonterías por el estilo.

Esa misma noche empezaron las prisiones. Contra mí se libró orden de detención por parte del Gobernador de Caracas, castrista furibundo. Me lo avisaron. Me escondí. En cambio Pietri, Bernabé Planas y muchos otros fueron a la cárcel.

Hay dos tendencias en el gobierno: la castrista y la reaccionaria. Gómez contemporiza con todos, engañando a todo el mundo. No es el hombre que el momento exige. Tendremos que hacerle la guerra. Mis hermanos, revolucionarios también, también se han escondido.

El lunes 14, las manifestaciones tomaron otro carácter y otras proporciones. El pueblo ha saqueado «Cosmos», empresa editorial de Gumersindo Rivas, las boticas de Tello Mendoza, gobernador de Caracas con Castro y a

quien odia y acusa de complacencias rufianescas con el dictador, casas de las queridas de Castro, etc., etc.

Los pueblos circunvecinos se arman y marchan contra Caracas. En la capital reina la anarquía. Entre castristas y anticastristas se divide el gobierno; pero la revolución se inicia y la revolución triunfará. Castro, todopoderoso hace quince días, es ya un cadáver político.

18 de diciembre. En Caracas dicen que soy un demagogo y uno de los causantes de los desbordamientos populares. Esa es la voz de la cobardía y de las malas voluntades. En cambio C (primera) me escribe encantada. Por frente a su casa pasamos, camino del Panteón. La casualidad ha querido que tanto C (primera), como C (segunda), presenciaran los acontecimientos del día: la una en casa de Pietri; la otra en su casa. C (primera) me escribe al escondite:

«Imagínate cómo pensaré yo en ti. Figúrate, que me pongo a leer, y es como si no lo hiciera, pues no entiendo ni sé lo que he leído.»

¿A la otra le ocurrirá lo mismo? Quizás no. La otra tiene a su padre preso; y el drama de su hogar acallará el de su corazón.

La situación política, a la verdad, es complicada. El gobernador de Caracas, Cárdenas, campea por sus respetos, sin hacer caso del vicepresidente Gómez, antes bien, entrabándolo todo y poniendo en consternación a la ciudad. Si amarran al vicepresidente y dan una cuartelada estamos frescos: tenemos a Castro de *imperator* ¡quién sabe por cuánto tiempo! Y mala la pasaríamos los revolucionarios del 13. Gómez ha hecho circular la noticia de un gabinete de nombres anodinos, no francamente opositores a Castro. Dícese que el gobernador y su camarilla

impedirán que el actual Ministerio sea depuesto. Si Gómez no se impone, estamos perdidos.

Nosotros hemos resuelto alzarnos, con los amigos y elementos que Oscar pueda reunir por los campos y pueblos vecinos, si dentro de dos días no se aclara el horizonte. La verdad es que nosotros, de unánime acuerdo los cinco hermanos, preferimos morir en los campamentos, luchando, y no caer en esta ratonera para ser degollados por la barbarie, o por lo menos arrastrar cadenas mientras lo quieran el capricho de Castro y de sus sicarios. Los dramas de las cárceles en estos últimos años son pavorosos. ¡Cuántos han perecido en los hierros! ¡Cuántos, desde Taihardat hasta Carabaño Yzarra! Además, en los campamentos hoy es donde pueden estar la independencia y el porvenir de Venezuela. Si nadie va a ellos, iremos nosotros. El poder, hoy, es una fruta, al alcance de la mano audaz que la coja. Los prudentes dicen que «no es práctico» levantarse hoy contra Castro y contra Gómez; es decir, contra el sistema de barbarie andina. No piensan en que no se puede vivir constantemente bajo la ignominia de un régimen autocrático. Piensan sólo en su estómago y en su egoísmo. Sin libertad no hay patria, ni república, ni siquiera dignidad personal. Y si Castro regresa, ¿no será un Calígula? Y si Gómez se consolida, ¿no será otro Castro? La libertad y la civilización saldrán ganando con nuestra actitud. Lo malo en Venezuela es que todo riesgo idealista es tachado de «poco práctico». Lo práctico es doblar el espinazo para los homenajes y extender la mano para las prebendas y las limosnas. ¡Pobre país!

19 de diciembre. ¡Qué gran día de emociones y de alegría! Terminó Castro. Se ha hecho circular un enor-

me y absurdo bulo: que Gómez descubrió gracias al director del Telégrafo Nacional, una conspiración para asesinarlo, conspiración aconsejada por Castro desde Berlín, en un telegrama donde insinuaba: «La culebra se mata por la cabeza. Escarmienten a Caracas». Pero esto no es más que un pretexto burdo y sin gracia. Nadie cree en tal conjura y en tales frases tontas y enviadas por cable. Pero a Gómez y a los que le rodean no se les ocurre nada más sutil para cohonestar el golpe que han preparado.

El vicepresidente Gómez depuso esta mañana a dos jefes de cuarteles castristas y como todo lo demás ya estaba comprado por él —o avenido— ya fue el amo sin peligro alguno. Luego, en la Casa Amarilla, hizo llamar a Cárdenas, a Garbiras, secretario de Castro; al subdirector del Telégrafo, al Ministro del Interior, y les declaró que quedaban presos. Se mostraron muy sorprendidos. En Caracas todo parece haber terminado con una facilidad que no se suponía. Castro quedaba sin quien lo defendiese. Gómez era el amo. ¿Se convocará al país a elecciones? ¿Empezaremos nueva vida?

Cuando supimos la noticia —como a las ocho y media o las nueve de la mañana— volamos a la calle. La gente salía apresurada de sus casas, rumbo a la Plaza Bolívar y a la Casa Amarilla. Allí, en la Casa Amarilla, encontramos al general Gómez recibiendo las felicitaciones y los vítores de muchas gente madrugadora. Lo peor es que la mayoría de esos felicitadores eran hasta ayer amigos de Castro —como el mismo Gómez— y se apresurarían de nuevo a sus plantas si Castro regresara.

Pero el contento por la caída del ciprianato es unánime y sincero. Como no supo crear amigos, nadie lo defenderá; nadie alzaré la voz ni la mano para defenderlo.

De hoy en más, en la historia de Venezuela, Castro será un hombre, un paréntesis de barbarie, el recuerdo de una pesadilla de sangre y de lágrimas. Cae empujado por sus íntimos. ¡Qué lección para los soberbios!

27 de diciembre. ¿Por qué no me enamoro de cualquiera de estas dos muchachas, pero de veras, con sinceridad, con candor, con amor, sin engañarme ni engañarlas? ¿Será imposible que el amor florezca o vuelva a florecer dentro de mi corazón? No diré que sea un suplicio no enamorarme, pero enamorarse es delicioso. Aunque dejarse querer no resulta desagradable.

Pasé la tarde con C (primera) en el matrimonio de su hermano; y toda la tarde he pensado en la otra. Me aburría como una ostra.

28 de diciembre. Gómez me ha llamado a la Casa Amarilla. Me ha dicho que desea que yo vaya de Ministro a Europa. Le respondo que he vivido muchos años ausentes de mi país y que desearía permanecer en él.

Con una sonrisa ambigua, que no sé cómo traducir, me dice:

—¿No cree que es bastante? ¿No se arrepentirá luego?

Ante aquella frase equívoca y no queriendo ponerme de frente contra su buena voluntad, se me ocurre una idea. Recordando que las relaciones están rotas con Holanda, le digo:

—Si se cree que puedo ser más útil en el extranjero que en el país, preferiría ir a Holanda, a donde ya he vivido y tengo dos hermanos.

Entonces Gómez corta la conversación:

—El amigo irá a Holanda.

De allí corro en casa de Baptista, secretario, mentor y factótum de Gómez.

Me lamento:

—Se me quiere deportar con un cargo. Yo no deseo ausentarme del país.

—Váyase usted por seis meses —me responde Baptista—, ya que se lo insinúa con insistencia el general Gómez. Después, volverá usted y será diputado.

Se queda titubeando y agrega:

—Para entonces se habrán desvanecido algunas malas impresiones...

—¿Malas impresiones?

—Sí. Al general Gómez le han asegurado que usted opina que después de haber salido de Castro, hay que salir de él.

29 de diciembre. Estoy solo, en una mesa del Club Concordia. He pedido un cubilete con esos dados grandes de los que se usan allí para jugarse el aperitivo entre amigos. He vuelto a jugar —esta vez a los dados— mi corazón y mi porvenir sentimental. C (primera) salió vencedora. Aviso del destino, ya reiterado. ¡Y a mí que me gusta tanto la otra mujer!

NOTAS

- 1 Pedro Emilio Coll —después consecuente servidor incondicional de Gómez—, a pesar de que Gómez tuvo preso largo años a su cuñado Norberto Borges y terminó por matarlo en la cárcel, fue uno de los primeros en pedir, como miembro del Ayuntamiento, en Caracas, el continuismo inconstitucional de Castro. Después —repito—, ha servido y aplaudido todas las usurpaciones de Gómez.

INTERMEZZO NECESARIO

San Cugat del Vallés, agosto de 1932. Para más clara comprensión de este *Diario*, parece menester intercalar una información. La haré muy breve. Una mañana, en el mes de setiembre de 1909, me hizo prender Juan Vicente Gómez. Me tuvo un año en La Rotunda, de Caracas, horripilante prisión. Al cabo del año se me sacó entre esbirros y se me condujo, siempre entre esbirros, a La Guayra, a bordo del buque español *Antonio López*, que debía llevarme al destierro. Me habían dado un billete de tercera clase hasta Puerto Rico. A bordo compré un billete de primera hasta Barcelona. No se me permitió la libertad en Caracas, durante algunos días, para poner orden en mis asuntos económicos. Tuve entonces que retrovender a toda carrera y por lo que quisieron dar —y lo agradecí y lo agradezco casi como un favor— mi hacienda de *Las Escaleritas*. Con esas pesetas pude partir e irme abriendo paso los primeros meses en Europa. De Barcelona pasé a Marsella, de Marsella a París. Después estuve en Bruselas y en Amsterdam. Por último, en Hamburgo, donde pasé algunas semanas en grata compañía de mi viejo compañero Fabio Fiallo. De allí regresé a París, a fines de 1910; y allí me instale definitivamente. En el verano de 1914, la gran guerra me obligó salir de estampía para España, a tiempo, o poco antes, que el gobierno

francés partía para Burdeos y allí se instalaba. En Madrid me he quedado viviendo y vivo muy a gusto; en Madrid, he fundado la *Editorial América*, en Madrid han nacido algunos de mis hijos y en Madrid acaso moriré.

El expoliador y asesino de Venezuela, el siniestro Juan Bisonte, cuya monstruosa tiranía dura aún, sin que una onza de plomo haya cortado el vuelo a sus fechorías, ha cambiado el curso de mi destino. No me quejo, tampoco me resigno. El estado de mi espíritu para la época en que se interrumpe este diario (1909-1910) lo hará ver el Prólogo a mi obra *Cantos de la prisión y del destierro* (París, 1911).

Mi vida no iba a ser lo que ha sido. En un país de libre expresión, de respeto al Derecho —en un país de libertad— hubiera podido ser útil a la sociedad en medio de la cual nací y a la que me atan fuertes y centenarias tradiciones de familia, de historia y de afecto hereditario.

Se dice fácilmente «he vivido, hasta ahora, más de veintidós años en el destierro». Pero esto es cosa muy seria, sobre todo para quien ha consumido sus pocos haberes en la misma brega por la redención del país nativo y no gusta de arrastrarse ni mendigar. ¡He aprendido cuán dura es la escalera ajena! Esto equivale no sólo a desviar el curso de la vida de uno, sino a imprimir a esta vida un sello de tragedia callada, minúscula y cotidiana. ¿Se irá a prolongar la tragedia en mis pobres hijos?

Aunque distante no he olvidado al tiranuelo, ni el asqueroso e iletrado patán me ha olvidado a mí. Ni un momento ha cesado mi modesta y honrada pluma de pincharle las posaderas. En medio de sus regocijos y sus orgías, en medio de sus esclavos, sus barraganas y sus millones, siempre hubo un cínife constante que amarga-

ra las dulzuras del monstruo. El monstruo también ha sido fiel a su odio. No me ha dejado de perseguir ni un solo día. En Venezuela no ha permitido que se vuelva a escribir mi nombre. Los libros de que soy autor no pueden entrar al país. Ni siquiera los que edito: los de *Editorial América*. Se ha llegado, al hacer el recuento oficial de las obras publicadas sobre Bolívar últimamente, a silenciar las editadas por mí. Y pasan tal vez de cien volúmenes. Pero eso es nada. Sus Legaciones, sus cónsules y sus espías —todo es uno y lo mismo— han montado una oficina de descrédito contra mí; y de esta oficina oficial de calumnias y dicterios parten secreta e ininterrumpidamente informes y relaciones anónimas hacia donde puedan hacerme más daño. De día y de noche se me ha espionado, supongo que por temor de que yo colabore en conjuras y revoluciones. Se ha comprado a los porteros de mi domicilio, a las criadas de mi casa, a los empleados de mi oficina. Hasta algunos de mis amigos han sido cohechados. El que ande conmigo tres semanas ya puede contar con un sueldo del gobierno de Venezuela. Se han sustraído por ese medio mis cartas, aun las más íntimas; se han robado mis manuscritos inéditos, incluso los de este *Diario*; me han arrebatado los mejores años, los que valían de veras algo, donde está lo más maduro y fuerte de mi pensamiento y lo más maduro y trágico de mi vida, lo que va desde 1914 hasta 1926, ambos inclusive. Once o doce cuadernos, cada dos de los cuales podían formar un volumen de 300 páginas. Once o doce cuadernos, once o doce años. Me han sustraído también una *Vida de Bolívar*, que jamás podré volver a escribir y de la cual sólo quedaron notas y capítulos desperdigados. Y no hablo de otros manuscritos, para no aparecer cansón.

Tampoco cito todavía los nombres de los principales espías, para no proporcionarles un ascenso en su carrera. Ya llegará el día.

No puedo solo luchar contra un gobierno que dispone de infinitos recursos y que gasta en espionaje más que en Instrucción pública. He denunciado la persecución a la policía con éxito vario. En Francia un ministro hispanoamericano, se quejó en mi nombre al Ministerio de Relaciones Exteriores y la persecución cesó en absoluto. En España la policía ha sido más indiferente y el gobierno más débil. Sin embargo —ha habido épocas— la época de Berenguer, por ejemplo, en que se me amparó con eficacia. Con la República he vuelto a estar a merced del Barbarócrata. España queda mediatizada por un gobierno o desgobierno extranjero. La vergüenza no es para mí.

También se dice fácil y rápidamente: estuve un año en La Rotunda, bajo la autocracia soez del soez y analfabeto patán Juan Vicente Gómez. Hay que saber lo que ello significa. En 1909 y 1910, las cárceles de Gómez no eran lo que han llegado a ser después: el paraíso de los torcionarios y una larga antesala de la muerte. Sin embargo, ya se torturaba. A mi calabozo llegaban de noche los lamentos de Gáfaro, Jara Colmenares y Nel Espina, torturados por el indio Marcial Padrón y asesinados luego en el Castillo de San Carlos, por Eustoquio Gómez, miembro de la familia vesánica, cuyo representante más conocido es Juan Bisonte.

De aquel año de prisión pasé varios meses incomunicado; y algunos de esos meses incomunicado y con un par de grillos en las piernas. No podía moverme, no podía dormir. Se había lanzado a los presos de delito común contra mí y porque los tuve a raya en lo posible y hasta

descalabré a uno de ellos me siguieron un juicio y me pusieron los grillos. Querían que si recibía una bofetada en el carrillo izquierdo, pusiera el carrillo derecho. Me acusaron también ante el juez —su juez— de querer envenenar a otro preso. Me robaron dinero, ropas y prendas. Me despojaron del *Diario* que, a hurtadillas, escribía en la prisión; y de versos, cuentos y una novelita que allí produjo, en las largas horas de forzada holganza. Me espían por medio de los ordenanzas. No me dejaron recibir visitas, ni correspondencia, ni medicinas. Me impidieron leer y, desde luego escribir, aunque escribir escribí siempre subrepticamente, en papeles inverosímiles, con cachos de lápiz y a veces con un fragmento de grafito, atado a un mondadientes.

La declaración del Alcaide de La Rotunda, el indio pederasta Marcial Padrón y las mismas preguntas del juez —que lo llama «general»— harán ver mejor que nada, con qué gentes me ha tocado a mí luchar y entre qué monstruos y sotamonstruos estaba. A los presidiarios los movía contra mí el Alcaide: (Sparafusil Padrón); al Alcaide, el Gobernador: Pacheco Bragueta; al Gobernador, el barbarócrata y monstruo máximo de Venezuela, Juan Bissonte, Judas en el Capitolio, Judas Capitolino.

1911 PARÍS

16 de abril. Llevo una vida distinta a la que he llevado siempre en París. Estudio más y vivo, naturalmente, con más modestia. Nunca me ha costado trabajo amoldarme a las circunstancias y no me siento infeliz por habitar en un quinto piso y comer en un restaurancito de estudiantes.

A mí me alimenta la esperanza; y me hace vivir en palacios de mármol la ilusión.

25 de abril. La principal deficiencia del Modernismo en América —de la escuela literaria conocida con ese nombre y que tantos y tan excelsos poetas ha producido—, el germen ponzoñoso que iba a darle temprana muerte, ha sido el exotismo. ¡Abajo el exotismo! El enemigo es París. ¡Muera París!

15 de noviembre. ¿Por qué no soy feliz con Germaine, a quien quiero y que parece quererme? Estos días me he ocupado de ella en este *Diario* y antes no: mal síntoma. Uno escribe de lo que le molesta con más facilidad que de aquello con que goza. El sufrimiento es musa más fecunda que el placer. La felicidad no suele ser elocuente. Los celos más absurdos me devoran; Germaine, por su parte, es también celosilla o finge serlo; y de ahí diariamente y sin motivo, unos pleitos terribles. Anoche mismo al salir de un café, ocurrió en la calle, porque alguien se fijó en ella, una escena ridícula. La conduje a la *Gare Saint Lazare*, para que se fuese a *Bois-Colombes*, y yo me vine a casa. Cuando llegué a mi domicilio me la encontré en la puerta. Había venido en un automóvil. Aquí la escena fue peor. Se me guindó del cuello y empezó a llorar. Por fortuna eran las once de la noche. Terminé por irme con ella a *Bois-Colombes*. ¿Es posible que en amores sean celosos a un tiempo, el hombre de la mujer y la mujer del hombre? Mi respuesta es esta: en amores es posible todo. Todo, incluso lo más absurdo. Dolor, dolor, dolor: he ahí el resumen de la historia de todos mis amores. Porque en los amores hay una cosa de verdad y otra

cosa de fingimiento. Sin algo de verdad en el sentimiento y en el apego físico no puede existir dicha en la pareja. Sufrir por amar es tan agradable como gozar por amor. Lo malo es darle al sufrimiento demasiado espacio. En amores, podemos tener teorías y conocer la experiencia de todos los hombres; pero enamorándonos un poco, damos al traste nuestras bellas teorías.

Una vez, una sola vez, fui total, absolutamente feliz. Otro día en este *Diario*, referiré cómo y por qué fui feliz con una yanqui bastante fea.

7 de diciembre. Los europeos hablan constantemente de justicia, de derecho, de libertad, de igualdad, de fraternidad, de cultura; pero cada vez que su interés está de por medio, ciegan para no ver esas bellas teorías. Europa, cuando lucha con pueblos no europeos, comete los crímenes más abominables en nombre de aquellos mismos ideales de civilización, aunque poniéndolos cínicamente de lado. Lo que es «patriotismo» en Europa es «rebeldía» en los pueblos no europeos a quien Europa agrade. Son «héroes» los que defienden en Europa el suelo patrio; los que defienden el suelo patrio fuera de Europa son «bandidos». En general, las ideas cambian para el europeo más allá de un límite caprichoso. Y hablan de justicia estos políticos, no ya florentinos sino calabreses.

Entre los italianos y los turcos de Trípoli estoy con los turcos. Estoy con los marroquíes contra los franceses; con los hebreos contra los alemanes; con los boers contra los ingleses; con los filipinos contra los yanquis; con los negros contra los blancos; con los débiles contra los fuertes.

A este sentimiento de amor a la justicia y a la verdad de que no me avergüenzo y que siempre practiqué; es decir,

traduje en actos, a despecho de mis propias prédicas ocasionales, debo, en parte, el haber sufrido cárceles y destierro. No solamente no soy político; soy el antipolítico.

31 de diciembre. Dentro de pocas horas va a concluir el año. Morirá un año; nacerá otro: eterno mito con que nos engañamos, porque el hombre es quien muere y el tiempo es lo que permanece incólume.

1912 PARÍS-AMSTERDAM

19 de marzo. Preparo y anoto para la Casa Louis Michaud las *Cartas de Bolívar*. El trabajo que me da esta obra, que no es mía sino de Bolívar, no lo supone nadie. Hay días que me he estado sobre la mesa de escribir catorce horas. Los demás, poco menos. ¡Y en esto llevo meses!

24 de julio. Me he disgustado terriblemente con Darío, a quien tanto he querido. La culpa la tienen, por igual, el carácter servil de Darío y el impulsivo y desgraciado carácter mío. Explicaré los motivos y el proceso del pleito.

Darío, con el apoyo de unos judíos uruguayos de nombre Guido y la asesoría de un español llamado Merelo, ha fundado un magazín que bautiza *Mundial*. Mejor dicho, Merelo ha inducido a los judíos a que funden en París un lujoso *magazine* para nuestra América y pongan como director a Rubén Darío. Así se ha hecho. Rubén, desde el primer instante, me anunció la novedad, me pidió colaboración para el primer número y me aseguró que íbamos a ganar mucho dinero: los uruguayos eran ricos. Yo, encantado: nunca me llegarían las pesetas más a tiempo, pues

vivo con la mayor modestia que he vivido en mi vida, aunque con la misma dignidad y la misma altivez de siempre. Una tarde fui a casa de Merelo: es hombre amable, todo iba a maravilla; pero sonó en el patio de la casa la bocina de un automóvil y penetró uno de los Guido en el salón de Merelo. Ya todo cambió, Merelo se desentendió de mí y no puso atención sino al rico señor Guido. Éste, que no me conoce, me miró desde la altura de su pila de francos. Yo me amosqué, me despedí y partí furioso. De la casa de Garnier, en la Rue de Saint-Pères, sintiéndome ofendido por Merelo y por su comportamiento en su casa, le escribí una carta groserísima que era un cartel de desafío donde Guido también llevaba su merecido. Estos hombres, en vez de responder, acudieron a Darío; y éste, sin oírme mi conocer la verdad, se puso de parte de Merelo y de Guido diciendo que yo era un hombre violento. Era natural que él defendiese a sus patronos adinerados y no a un amigo pobre; pero era natural también que yo rompiese con él. Eso ha ocurrido.

1913

PARÍS-MADRID-PORNICHET, ETC.

7 de abril. Lo que más me interesa en un libro es el autor, el alma del autor. Por eso no leo libros tontos o vulgares; a la segunda página, sé si debo continuarlo o no. La lectura que prefiero es la de un *Diario* íntimo; o de unas *Memoorias*, sobre todo si no son políticas ni de algún militar: los soldados resultan prolijos y carecen de alma como las bestias. Después, me complacen las biografías de hombres célebres; después, las biografías de hombres corrientes, es decir, las novelas modernas; después, los estudios de crítica y, por último, las obras de psicología, de psiquiatría y aun de lo que llaman ahora los alemanes austríacos, psicoanálisis. Leo con agrado la historia, la de un Mommsen, de un Taine. No me interesa la aparatosa, mentirosa, teatral, la que pinta a las almas de etiqueta, de parada y no en la intimidad de todos los días, en la realidad, en los altibajos cotidianos de todo el mundo. Tampoco la elocuente y partipristista. Almas quiero y no literatura.

A los poemas hago puesto especial. Los poetas son para un escritor como el agua y el sol para las plantas: lo mantienen lozano. ¡Ay de aquel que no lee a los poetas! Su alma quedará pronto como un Sahara: vacío, tórrido, polvoriento, arenoso, estéril, sin una nube en el aire. Morirá abrasado, seco, entre remolinos de arena, oyendo el ruido de los chacaes que lo buscan.

11 de abril. Cuando guerrear entre sí pueblos de la América latina, cualquiera que sea el que triunfe, quien gana son los Estados Unidos.

2 de septiembre. Ayer, primero del mes, he empezado una novela que titulo *El hombre de oro* y que formará *pendant* a *El hombre de hierro*. Hoy he concluido el primer capítulo. Hace meses tenía esta novela en la cabeza. No me ha faltado sino tiempo para trasladarla al papel. Esto parecerá mentira o exageración, con el objeto de echármelas de hombre atareado; pero es exacto al pie de la letra. Todos los días haré un capítulo, más o menos. Como la novela constará de tres partes, cada una de diez capítulos, podré concluirla con holganza dentro de cuarenta o cincuenta días. ¡Ojalá pudiera pasar estos cincuenta días que necesito para mi novela en la calma de esta pineda balsámica de Pornichet! Le tengo, además, miedo a París. ¡Como París no vaya a matar mi *Hombre de oro*!

7 de setiembre. Acabo de presenciar un espectáculo que hubiera deshonrado a los caníbales. Y la cosa ocurre en Francia. Un pobre diablo, uno de esos vendedores ambulantes de tapices de Persia falsificados y de mentidos objetos de Bazar de Oriente, uno de esos buhoneros medio negros que no sabemos si vienen de Egipto, de Turquía, de Persia, de la India, de Trípoli, de Tánger, de Hungría, de España, o del fondo de Asia, discutía en la estación del ferrocarril con un empleado. El empleado —simple cargador o mozo de cuerda—, cobraba no sé cuánto al pobre diablo extranjero por haberle ayudado a introducir hasta el andén de la estación un paquete de cachivaches. El buhonero, quejándose del precio, no quería ceder.

El mozo de cuerda insultó al vendedor de bujerías llamándole «extranjero», como si el ser extranjero constituyese demérito, o como si el no haber nacido en Francia fuera un crimen o pudiera lanzarse a la cara como injuria.

Varios colegas del cargador, extremando el espíritu de solidaridad profesional, unieron sus insultos y amenazas contra el buhonero. El buhonero no se mordía la lengua, y externaba su furia en ridículo guirigay de loro. Hasta aquí la ocurrencia no pasaba de mera disputa entre gentuza de escalera abajo. Pero hubo más. La estación rebo-saba en gente. Iba a llegar un tren. Grupos de caballeros peripuestos y de damas emperifolladas lo esperaban. Aquellos hombres elegantes tomaron parte en la disputa; y empezaron a apostrofar al pobre diablo negruzco, diciéndole que venía a Francia para robar a los franceses, que podía largarse a su país, con su mercancía; que los franceses no iban a tierras ajenas a robar a nadie; que se haría bien en echar a todo forastero más allá de las fronteras de la República.

Con semejante estímulo, sintiéndose apoyados por aquellos señoritos de veinticinco alfileres, los cargadores, encendidos en patriotismo, unánimes y furibundos, empezaron a golpear al buhonero. Éste se defendió y echó a rodar a pescozones y patadas a tres o cuatro. Entonces densa nube de ciudadanos de la República francesa, «el país más culto de Europa», hombres del pueblo, empleados de la estación y mundanos pulidos y empingorotados, rivalizando con las jaurías de Lynch en la cobarde Yanquilandia, le cayeron encima al miserable exótico, lo molieron a palos y lo arrojaron a empellones fuera de la estación para que perdiera el tren que estaba esperando.

Pero eso no fue todo. Hubo algo más vil, algo que no tiene nombre, algo que no tiene ejemplo: uno de los caballeros más apuestos y de más alfileres, uno que ni siquiera tuvo valor para mezclarse en la refriega, tomó un fardo de tapices, y arrojó aquellos tapices entre los rieles para que el tren que estaba entrando en la estación, los revolcara, ensuciándolos, o los volviera polvo.

¡No pude ver impasible aquella escena! Grité, esgrimí el bastón contra los cobardes. Sólo que estaba fuera de la estación, sin poderme acercar al teatro de aquella proeza, porque entre éste y yo se interponía la vía férrea, el andén y, sobre todo, una valla de madera infranqueable. Ni siquiera me oyeron, en medio del zipizape.

Refiero este acontecimiento porque me ha producido hondísima impresión.

No existe otro pueblo en el mundo donde se odie hoy tanto a los extranjeros, como en Francia. Un gran diario de París, *L'Action Française*, ¿no llega a pedir que se les expulse a todos? Fruto de esa propaganda contra los extranjeros, era la escena de Pornichet. Estoy acostumbrado a esa propaganda contra los extranjeros, de periódicos liberales como el *Matin*; de periódicos radicales como *La Lanterne*; de periódicos conservadores como *La Liberté*; de periódicos monarquistas como *L'Action Française*; pero nunca vi hasta ahora semejantes ideas convertidas en actos.

La prédica de la xenofobia me producía desprecio. La xenofobia traducida en acciones me ha causado horror.

El mundo no tiene la culpa de que la Francia cayera en Sedán. El mundo no ha corrompido ni degenerado a Francia. El mundo ama a este pueblo de virtudes brillantes. El mundo no cree que Francia sea un foco de infec-

ción moral, según muchos escritores de la misma Francia divulgan. No, este pueblo esconde una gran reserva de energías y virtudes. Sólo que no son los periodistas de París, directores de opinión pública, los depositarios de esas virtudes y de esas energías de la raza.

La infame prédica de semejantes degenerados no levanta a un pueblo de la ignominia, ni lo libra de la amenaza, ni lo salva de la derrota, ni lo conduce al triunfo, ni le conquista la gloria. La infame prédica de esos degenerados sólo culmina en acciones que mancillan a un pueblo, en escenas vergonzosas como la ocurrida el 7 de septiembre de 1913 en la estación de Pornichet¹.

París, 11 de octubre. Observo que a pesar de mi egotismo recalcitrante, me preocupan el destino del hombre en general y la idea de la justicia. Como no soy filósofo, sino literato, éstas y otras ideas se traducen en mí, literariamente. ¿Qué es mi novela *El hombre de hierro*, bajo su máscara concreta y localista? Es la idea angustiada de la injusticia triunfante en la tierra; de la Bondad arrastrada por los suelos; una protesta contra la ironía y la crueldad de la vida.

No he dado, casi nunca, una plumada verdaderamente egoísta, a pesar de ser un pagano. Llamo egoísta a aquello en que no se trasluce una noble preocupación de orden trascendental. Léanse todos mis *Cuentos* con atención y en cada uno se encontrará, dentro de la cáscara, la almendra. Sólo en mi *Diario* aparezco como el animal que se contenta con vivir. Pero vivir —y aun vivir sin preocupaciones— es también cosa de importancia... ¿Quién entiende nada de nada? ¿Quién sabe en qué consiste la nobleza del proceder y en dónde está la mejor parte? Por

algo somos ángel y demonio, por algo gozamos una noble naturaleza. Al que nos la dio, la culpa. Nosotros somos la hoja de otoño; rodamos,

De ci, de là
Pareille à la
Feuille morte.

15 de octubre. Existe una colisión entre mi individualismo exasperado y mi sentimiento irreprimible de la justicia. Este amor de la justicia me induce al socialismo, como expresión de una mayor equidad colectiva. ¿Se podrán armonizar estos contrarios? En teoría, sí, tal vez; en la práctica, ya es más difícil, no imposible. Lo peor es que los partidos socialistas están compuestos, no sólo de apóstoles desinteresados —que son siempre excepciones—, sino de políticos tan explotadores, tan cínicos y tan arribistas como los peores burgueses. Para ellos la lucha de clases es una escalera, no puro ideal de nivelación y de distribución de justicia social. Lo mismo ocurre con todos los partidos. Hay que amar las ideas por encima de los hombres que las encarnan. La vida es un desencanto, porque resulta inferior a nuestros sueños.

29 de octubre. ¿Para qué se escribe un *Diario* de vida? En realidad no lo sé. No toda nuestra vida —en lo que significa acción ni en lo que significa pensamiento— queda incrustada en el *Diario*. Con las acciones que dejamos entre paréntesis y con los pensamientos que dejamos inéditos al paso de nuestros días, podríamos escribir otro *Diario*, también nuestro y tan diferente del que llevamos, como pueden serlo el diamante del carbono, un

hombre de una mujer y un alma de otra alma. Sin olvidar que el diamante y el carbono son diferentes estados de la misma substancia; la mujer y el hombre, esencialmente, el mismo animal; las almas, no término metafísico, sino revelación de la personalidad humana.

A muchos espíritus chocará de seguro el espíritu que se trasluce en nuestra obra; otros simpatizarán con él. Tanto los primeros como los segundos, ignoran que pudimos aparecer ante ellos en otro aspecto, sin dejar de ser nosotros mismos. Las antipatías que suscitamos hubieran podido transformarse en afecto; y los afectos, en antipatía. Los estados de alma ajenos no deben producirnos, pues, agrado mi desagrado. Debemos sólo tratar de comprenderlos.

NOTAS

- 1 ¿Qué hubiera sido de Francia, cara a cara con Alemania en 1914-1918, sin la ayuda moral y material de los extranjeros: belgas, rusos, ingleses, italianos y los que daban su dinero como los yanquis y su neutralidad más que benévola como los españoles y sus materias primas y sus contingentes de voluntarios como los hispano-americanos y su sangre como los negros del África? (*Nota de 1932.*)

NOTA FINAL

Saltemos de 1914 a 1933.

Se trata de dos épocas diferentes, casi de dos hombres distintos.

La vida de un hombre se compone de cuatro etapas semejantes de 18 años cada una: infancia y mocedad, hasta los 18 años, juventud propiamente dicha hasta 36, madurez hasta 54 y vejez hasta 72. Lo demás se llama sbrevivencia.

Nacido en 1874 —el 17 de junio— arribé a España en 1914, formado ya. He vivido en España la etapa más fértil de la vida: la de la madurez.

Llegué con una cultura buena o mala, escasa o abundante, bebida en varias fuentes, no exclusivamente en español y en francés¹.

Por venir ya formado, ¿extraño al genio de España? Nunca. Influencias hereditarias me habían puesto en el camino del escritor... España, indirectamente, me enseñó a escribir. A tiempo —es decir, joven— trabé conocimiento con los maestros de nuestra lengua y alimenté mi espíritu con la médula de león de los clásicos. He podido ser barroco, sin desconocer la sobriedad de la línea recta. Alejandría no me ha hecho olvidar de Atenas.

Francia y mis nervios me inclinaron a sentir delicadamente. Francia me enseñó también a modernizar la técnica. Nuestra América me infundió un patriotismo continental.

Este sentimiento ha evolucionado luego hacia un patriotismo de raza. Y ahora comprendo que ser hombre significa no ser extraño a ningún hombre. La de hombre es una profesión común a toda la humanidad. Esta profesión común y penosa debe fraternizarnos a todos. ¿Cómo es que esto no se ha comprendido y practicado siempre?

Por fortuna, de mi actividad en pro de Bolívar permanece la parte material. Algo me deberán siempre los bolivarianos. Alagué para escribir mi obra libros innumerables, algunos muy raros: Memorias, correspondencias, recuerdos, etc., de los contemporáneos de Bolívar, ya americanos de las diferentes repúblicas, ya españoles, ya irlandeses, ya ingleses, ya franceses, etc. Esas obras han sido la base de la *Biblioteca Ayacucho* y de la Biblioteca a la juventud hispanoamericana que he venido editando en Madrid, desde 1915, que forman alrededor de cien volúmenes sobre Bolívar y el ciclo boliviano. Estos volúmenes, divulgados por la industria editorial —y ya no sólo existentes como ediciones particulares fuera del comercio—, han contribuido para el mejor conocimiento y estudio de aquel hombre de genio y de su época.

Me deben también los bolivarianos la edición comentada de la Correspondencia de Bolívar, la nueva edición modernizada —y con capítulos integros míos— de la biografía del Libertador por Larrazábal; me deben el que por mí se hayan escrito el estudio de Rodó sobre el Libertador, el de Unamuno, el *Bolívar y Washington* del mejicano Carlos Pereyra, y el haber comunicado mi bolivarianismo a mis amigos; entre otros al francés Marius André. Su magnífico libro *Bolívar et la Démocratie* es uno de los frutos de nuestra amistad. Lo es igualmente el del vasco Segundo de Ispizua, historiador de la raza vasca,

que llama al vasco Bolívar: «*el hombre más grande de nuestra raza*». También hice editar por Ollendorff, en París, la voluminosa e interesante obra de Carlos Villanueva y he sostenido polémica resonantes contra los que han querido empañar la gloria de Bolívar.

Por Bolívar he hecho algo más —lo diré de paso—, algo más que no pueden arrebatarme ni Gómez, ni sus legaciones y sus espías. Cuando llegué a Madrid, el nombre de Bolívar era como una palabra malsonante: no podía pronunciarse; jamás se escribía. Hoy el nombre de Bolívar se asoma diaria y espontáneamente a la prensa, se considera a Bolívar un genio de la raza española, varias lápidas en calles y monumentos recuerdan los nexos de Bolívar con España y hasta Alfonso XIII dio a su caballo de carreras favorito el nombre de Bolívar.

No creo haber sido extraño a tal mutación. Mi argumento para mover el ánimo español ha sido el siguiente: queridos españoles, no hagáis con Bolívar como los judíos con Jesucristo: negarlo, desconocerlo, cuando era uno de ellos, para que esa figura magnífica, creciendo con los siglos, terminase por aplastarlos.

El país americano a quien menos debo hasta ahora o uno de aquellos a quienes menos debo es Venezuela, mi país nativo. Al contrario, me ha perseguido encarnizadamente, me ha negado. Y no sólo el gobierno. El gobierno y sus incondicionales no se diga.

La prueba al canto.

En los catálogos de obras de la Biblioteca Nacional se ha llegado hasta a suprimir el título de las mías: mi nombre no puede ir en los catálogos oficiales. Cosas, como se advierte, más de risa que de lástima y que no se deberá a Judas Capitolino exclusivamente, sino a los voluntarios y dóciles intérpretes de su pensamiento.

El gobierno de Gomezuela no pica mucho más alto que sus oficiosos y alquilados intérpretes. Ha llegado en su persecución contra mí hasta el extremo de mandar un «Agente Comercial» a Estocolmo —con quien no sostiene comercio—, con el exclusivo objeto de intrigar, apoyado en la autoridad de un cargo oficial no muy dispendioso, para que hiciese imposible, dentro de sus medios, el que se me llegase a otorgar el Premio Nobel de Literatura. Caso único el de un país que rechaza, bárbaro e infame, el honor que pudiera hacersele en uno de sus hijos.

Es verdad que entonces este hijo tendría más dinero y autoridad para luchar contra el barbarócrata.

Este volumen —no digo esta obra porque esta obra concluirá cuando yo muera, como la autobiografía de Ginesillo en Cervantes— empieza en 1906 y finaliza con esta nota adicionada en febrero de 1933. No quisiera que quien lo lea olvide las fechas.

Cuando se empezó a escribir el autor era todavía joven: alrededor de treinta años. Desbordaba en ideas, sensaciones e intemperancias moceriles. No podemos censurarle que fuese impetuoso y un poco petulante. Todo aquel que no resulte un opilado sacristán es así, cuando mozo. Lo propio de la lluvia es que moje y del viento que sople.

Ahora, el autor casi dobla aquella edad treintañera. Casi pisa los umbrales nevados de la senectud. Como hombre de madurez piensa, siente y obra, dentro de la unidad del carácter. Aquel que fui, no soy.

Que no haya, pues, confusión.

NOTAS

- 1 El primer libro que publiqué después de mi instalación en España, *La Lámpara de Aladino*, apareció en Madrid en la primavera de 1915. Al año siguiente aprovechó el título don Ramón del Valle-Inclán. *La lámpara maravillosa* de don Ramón es de 1916. Más tarde don Pio Baroja imitó *La lámpara de Aladino*, directa y concienzudamente; y precisamente en el libro, *Juventud, Egotría*, donde malpara a los americanos en uno de los cuales se estaba a la sazón inspirando. Debo confesar que este libro de Baroja es amenísimo.

Dos años y medio de inquietud

(1942)



1928

LA VIDA DEL CONSPIRADOR

Los buenos escritores de lengua castellana se salen hoy por su fama de las fronteras de su patria, ya sean escritores de España, ya sean escritores de América; alcanzan un público lector de muchos millones, su obra tiene que ser juzgada en relación con la influencia que ejercen en varios países de la misma lengua y no sólo en el país donde nacieron. Así, cuando escriben, esta circunstancia, esta preocupación, ¿no influirá en su obra, tiñéndola de vastedad, de universalidad?

Rubén Darío, por ejemplo, el poeta lírico de nuestros días más alto en lengua española, que revolucionó la poesía, primero en América y después en España, es hijo de un país microscópico: Nicaragua. Su obra no puede juzgarse en relación con la literatura de Nicaragua, sino con relación a toda la poesía moderna de lengua castellana. Y ampliando los conceptos, con relación, tal vez a la poesía moderna universal, de la cual es —como el bengalí Tagore—, uno de los buenos poetas.

21 de enero. Esta noche sale para Estocolmo la petición en que se solicita para mí el premio Nobel de Literatura. Nunca agradeceré bastante al maestro Gómez de Baquero la parte generosa que ha tomado en este asunto.

¡Espíritu y hombre raros! Con los años Baquero ha ido evolucionando hacia ideas más liberales y sentimientos más generosos que los de su juventud. Hombre frío, atildado, académico, crítico en quien nunca se desboca el entusiasmo, se ha convertido con los años, espiritualmente, en benévolo, juvenil y apasionado. ¡Al revés de todos, vivió el escepticismo en la juventud, más tarde, el entusiasmo!

22 de enero. Según los estatutos del Instituto Nobel pueden sólo presentar candidatos al Premio, miembros de Academia como la Española, profesores de Universidad en ciertas asignaturas (lenguas clásicas y modernas, filosofía y letras). Es decir, personajes oficiales. Mis simpatías y mis relaciones están más bien, entre personalidades independientes. He tenido, sin embargo, el apoyo magnánimo de ilustres personajes oficiales, aunque al lado de estos personajes oficiales se codeen en la petición algunos escritores libres más afines a mi ideología y a mi temperamento, como Valle-Inclán, Marañón, Pérez de Ayala, Gómez de Baquero, Manuel Machado. A veces coinciden el personaje oficial y el escritor independiente, como en el caso de Américo Castro; o el escritor y el político, como en el caso de Don Gabriel Maura, Conde de Romanones y Don Julián Besteiro; o el maestro como don Ramón Menéndez Pidal, Director de la Academia, maestro en letras, maestro en crítica, maestro de veras y no por ficción de cortesía.

El Presidente del Perú, señor Leguía, me ha hecho el honor de adherirse por cable a la petición, por espontánea insinuación de su hermano el Ministro del Perú en Madrid, que es mi amigo.

26 de enero. El doctor Calandre me examina concienzudamente en su clínica y diagnóstica: esclerosis de la aorta. Y corrige: ligera aortitis.

Me pone un plan de vida. Desde las comidas hasta los ejercicios y desde el trabajo hasta las emociones, todo queda reglamentado.

—Nada de reconcomios —me dice, empleando esa palabra—; nada de fatigarse. No ir a la Sierra, ni ascender escaleras ni cuestras.

—¿Entonces, nada de alturas? —Le pregunto sonriendo—. ¿Nada de subir ni siquiera sobre un par de muslos bonitos?

—Nada.

—¿Y usted no sabe que yo odio a los tiranos?

—Pero esta esclavitud le va a dar a usted la vida.

—Prefiero la libertad.

—Tiene sus peligros.

15 de abril. Se prepara, preparamos, una revolución —otra revolución— contra el asesino y expoliador de Venezuela, Juan Bisonte, el traidor, que ahora está vendiéndoles el Zulia a los yanquis. He dicho a Delgado Chalbaud que si hay un aeroplano y otro compatriota de buena voluntad, yo estoy dispuesto a dejarlo todo: hijos, intereses, todo, e irme a regar de metralla el antro del monstruo, en Maracay. Alguien debe sacrificarse.

9 de mayo. La Primavera. ¡Cómo turba, física, intelectualmente! No seré nunca un hombre reposado, un viejo tranquilo, un buen viejo. Pero viejo, ¿por qué? Siento los bríos que me retozan en el cuerpo y en el alma. Ya sé que la máquina de relojería empieza a claudicar. Pero la vida,

cómo la siento en mí, cómo la amo y cómo la desaprovecho! Aprovecharla para un escritor es, principalmente, escribir. Y no escribo tanto como pudiera. Administro de modo pésimo mi tiempo. No sólo mil quehaceres secundarios de mi negocio de editor, y cartas y personas impertinentes me quitan el tiempo, y la política de Venezuela y el porvenir de mis hijos y otras preocupaciones me arrebatan horas y aún turban, a veces, mi sueño, sino que yo mismo malgasto la vida sin saber cómo. O sabiéndolo y no pudiéndolo remediar. Dedico las mañanas a escribir y el drama es éste: si llueve o el cielo está gris no puedo concertar dos frases: me entra desgana, flojedad en los nervios, un estado de decaimiento de espíritu que me imposibilita para trabajar. ¿Brilla un cielo azul, luce el sol? Me dan ganas de salir, de pasear. Por lo menos de asomarme al balcón y tomar el sol. ¿Canta alguna chica del vecindario? Estoy perdido. Aquella voz me emociona. Los vecinos, sin hacer nada, por el mero hecho de serlo, también me distraen: como vea por mi balcón otro balcón, otro interior, una cama, un vestido de mujer, una poltrona donde se sienta la chica, un costurerito, cualquier cosa que denuncie la presencia femenina, ya no puedo más, ya soy todo ojos y todo inquietud. Recuerdo que antes para trabajar a mis anchas y con reposo y contracción salía a caballo —y en las playas a pie—, volvía como los toros después de la suerte de varas, con menos vigor. Entonces me ponía a escribir y escribía horas enteras. ¡Y con qué facilidad! Recuerdo también, que cuando he tenido una mujer querida a mi lado, también trabajo a mi gusto después de un buen desayuno de besos. La última mujer que ha satisfecho por entero mi insaciable deseo de amor y de placer —no confundo las dos cosas—

ha sido Elena, la biarrota. ¡Qué boca, Dios mío, qué divina boca juvenil! Pues bien, con Elena a mi lado, después de una noche de brega amorosa y una mañana de continuación me sentaba a escribir y escribía. Mi mejor novela, *La Mitra en la Mano*, la hice a su lado, así.

Ahora pierdo el tiempo sin paseo que dar, sin caballo que montar, sin mujer a quien besar, mirando las mujeres de los otros y las hijas de esas mujeres. Para mí, la calma es la mayor intranquilidad.

10 de mayo. ¿El renombre? Cartas, cartas; una regadera de tinta para cultivar el laurel. —Loar a Pedro; llorar con Diego; interesarse por las tonterías de José. Asistir a todos los banquetes, a todo los entierros: opinar con todos, ser como todos. Y escribir, escribir cartas a los ausentes: a los que tienen una revista en Tacna o son profesores de español en Utrecht o han escrito un soneto en esperanto en Varsovia; al alemán que ha viajado por la pampa argentina y pronuncia una conferencia sobre los avestruces; al francés que fue ingeniero de un ferrocarril en los Andes y conoce a Paul Claudel; al inglés que estuvo en el Orinoco, comprando plumas de garza y pieles de caimán, y puede escribir una carta abierta al *Times*; al judío belga que hizo un viaje de dos semanas por las Antillas e insultó a La Habana en folleto publicado en Amberes, intercalando palabras castellanas, *bonita, tejado, caderas*; al yanqui que pasó por la frontera, estuvo en México y de vuelta en Kansas City asegura que Guatimozin era un cobarde, la riqueza petrolífera de México una leyenda para arruinar a los Estados Unidos, pidiéndoles empréstitos, y que los mexicanos duermen una sola borrachera de pulque desde el 1º de enero hasta el 31

de diciembre, de la cual sólo se despiertan, algunas veces, para caerse a tiros o prorrumpir en horrores contra el honesto y calumniado *Uncle Sam*...

¡Escribir!... Cartearse con todos. Lisonjear a todos. Hablar de todos. Los demás nos pagarán —por lo menos alguno— en la misma moneda. Y vamos, poco a poco, granjeando fama internacional y convirtiéndonos en unos personajes. De repente el yanqui opina, desde Kansas City, que existe un hombre honrado que habla español: Fulano, es decir, Nosotros; el inglés escribe al *Times* que producimos sonetos muy bonitos; el alemán se permite un chiste de cien kilos sobre nuestro país y nos menciona; el amigo de Claudel nos cita en una interviú con el poeta; o la revista de Tacna nos llama «ese coloso». *Il écrit très bien le castillane*, decía un francés cretino del cretino Fray Candil.

Publicar obras y quedarse callado y tranquilo en su casa, o no contestar en absoluto a las cartas que a uno le escriben o contestar de ciento, una, ¡qué absurdo! Y eso es lo que yo hago. Por eso terminaré olvidado de todos. Lo sé. Y lo peor es que nuestros enemigos, ya literarios, ya políticos, serán los que escriban nuestra historia. ¿Quién va a saber de veras cómo fuimos?

11 de mayo. Mi amigo el ingeniero Alberto Smith, me ha hecho llorar en plena Carrera de San Jerónimo, a pleno día, contándome el estoicismo con que se sacrificaron los estudiantes de Caracas, en la última conjuración contra el asesino de Venezuela y la bizzarría con que madres, hermanas y novias de los estudiantes desafiaban en las calles la metralla de la tropa y los revólveres de la policía, maldiciendo al obscuro Gómez, insultando a los es-

birros y reclamando la libertad de los jóvenes que de orden del monstruo conducían los sota-monstruos a las prisiones y al matadero. ¡Mi libro *Tragedias grotescas*, que está al salir y donde Gómez lleva lo suyo se lo dedicaré a esos estudiantes y a esas mujeres!¹ ¡Cómo me duele el dolor de la tierra!

12 de mayo. ¡Qué luchas! ¡Qué esperanzas! ¡Qué decepciones! Conspirar durante años y años por derrocar al Traidor, al Traficante, al Asesino, al Monstruo, y a punto ya de crearlo todo maduro, seguro, en la cumbre, ver que todo rueda nuevamente al abismo, y se pierden días, noches, esfuerzos, capitales, esperanzas y el crimen queda siempre impune, triunfante, ¡qué dolor!

La última intentona no ha servido sino para que se sacrifiquen unas cuantas vidas jóvenes, de la mejor sangre del país; y de las inteligencias mejor cultivadas: ¡la juventud universitaria! Con regocijo apunto que a este último grito de la desesperación colectiva va unido el nombre de mi primo Jacinto Fombona Pachano y el de los hijos de mi prima Josefina Blanco de Zuloaga. No; no somos una casta nacida para la esclavitud.

Otra conspiración, con hombres, con dinero, con prestigio hemos venido preparando en Europa. A última hora todo se desvanece como el humo, ¡Dolor, dolor, dolor! Las mayores revoluciones han comenzado como los mayores ríos: con casi nada. Pero ¡qué carencia de hombres! ¡Y no digo de hombres verdaderamente superiores! Digo solamente de hombres.

Carcassonne, 17 de julio. Me he detenido en Carcassonne para presenciar la resurrección de fiestas medioevales

que realizan, con motivo del segundo milenario de la ciudad, oficiales de caballería de Saumur.

Lo que más me ha gustado de las fiestas es el sitio en que se celebran: la *cité*. Respecto a lo demás, debía hacer un esfuerzo para no creermé en los toros. Los deportes y juegos medioevales no me parecen ni más bonitos ni superiores a los de ahora. Cuando pasen los años y no se juegue más el fútbol, se le evocará como un juego precioso. Las corridas de toros no conocen más rival que el circo romano; y el polo y el *golf* no pierden al lado de las justas del juego de la quintana, del juego de la sortija, del juego de los que lanzaban el dardo a la carrera del caballo.

Resumen: instituciones, costumbres, personas, lo que se muere bien muerto está. Nada debe resucitar. Nada de resucitar a los muertos.

Pero Carcasona, la *cité*, ¡qué maravilla! ¡Y aquella bordelesita que me quedó al lado!

20 de agosto. Hemos ido a San Sebastián, en automóvil, Humberto, su mujer, sus nenas, mis chicos y yo. Hemos almorzado allí y regresamos en la tarde a Biarritz. Allí he visto compatriotas a quienes tenía completamente olvidados. Alguno a quien dejé joven y rozagante es ahora un viejo de cabeza calva. Es idéntico a su padre; a como era el padre cuando yo salí del país. Me parece haber encontrado al mismo viejo de hace veinte años en la persona del hijo. En un círculo, alrededor de Alberto Smith y su esposa, hay varias señoras y señoritas. Éstas son hijas de las señoras, a quienes conocí jovencitas. Algunas llevan los mismos nombres que las madres. Aquello me produce confusión. Y preguntó:

—¿Soy yo quien aparezco como un espectro del pasado en un mundo nuevo, o es el mundo viejo, tal como lo conservo en el recuerdo, el que se presenta a mis ojos?

—¿Qué es eso de espectro?, me replican. No tiene usted ni una cana ni una arruga; los ojos le brillan juveniles, las mejillas son rosadas, frescas, como de un niño.

Sonrío y respondo:

—Cuando le dicen a uno que parece un joven es que parece un viejo.

14 de septiembre. Humberto está rico, Aranguren está riquísimo; se habla de otros venezolanos que parecían destinados a una vida mediocre, amillanados con el petróleo. Esa lluvia de oro ha sido propicia al sostenimiento de Gómez; tal vez sea, en definitiva, perjudicial a Venezuela, que vende su progenitura —sus petróleos— por un plato de lentejas. Ahora tal vez ese mismo oro que ha sostenido al monstruo, se emplee en derrocarlo. Justicia.

1929

25 de enero. Escucho la algarabía que levantan los nuevos poetas, los que reaccionan contra el modernismo. Nada más semejante a las protestas y burlas de estos jóvenes contra los modernistas, que las burlas y protestas de los modernistas contra sus antecesores. ¿Será posible que no haya en los hombres, sucesivamente, sino los mismos sentimientos y no puedan expresarlos sino con las mismas palabras?

Entre los poetas españoles jóvenes que prefiero colocaría primero a García Lorca. Pues bien, este García Lorca, parece ajeno a muchas de esas influencias: es un muchacho andaluz, de Granada, que no ha escrito hasta ahora sino romances. En él se percibe patente la huella de los modernistas, comenzando por la de Herrera Reissig. Otro poeta español joven muy celebrado se llama Alberti, también andaluz.

27 de enero. Escribo a Delgado Chalbaud.

Madrid, 27 de enero de 1929.

Señor General Román Delgado Chalbaud. París

Querido amigo:

Correspondo a su carta última, que con gusto recibí y con gusto he leído. Se acerca el momento en que Gómez va a hablar de nuevo al país con hechos, con el hecho horrendo de su milésima reelección y nosotros todos continuamos diciéndonos tonterías unos a otros. Y lo que es peor: combatiéndonos porque unos pensamos de un modo y otros de un modo diferente. ¡No, Delgado! Ahora no debe haber más que un pensamiento: el pensamiento de castigar a Gómez y echarlo del poder y de la vida, para reivindicar a nuestra patria y reintegrarla en la civilización. Para el 19 de abril tenemos que estar en Venezuela: ésa es la única verdad que se impone.

No hay que suponer ni esperar que se vaya hasta con bizcochuelo en la despensa. Ni bizcochuelo ni despensa: nada sino un poco de vergüenza y otro poco de decisión. Se hará la revolución, como se han hecho siempre las revoluciones, luchando, sin elementos, corriendo grandes riesgos. De otro modo no se llega. Y el primero que se lance —no como un loco sino como un hombre de acción sensato y previsor—, ése, aunque tenga que arros-trar duras pruebas, ése será el triunfador.

Nadie se lanzó a una aventura con menos elementos que Castro. Su audacia y las circunstancias lo salvaron. Y Andrade no era sino un pobre hombre, no un pobre hombre y un bandido a un tiempo como Gómez. Tampoco tenía al país unánime en contra como éste. Si éste cuenta con mayores medios de defensa, también, cuenta con mayor descrédito. Caerá más fácilmente que Porfirio Díaz, el ídolo azteca, tan aparentemente poderoso. Me parece bien que se vaya a la revolución con una

ideología definida y en ese sentido aplaudo el proyecto de Pocaterra, en principio. Dejo de aplaudirlo si sólo se trata —lo que no creo tratándose de hombre como él— de enfrentar una ideología revolucionaria. Para agrupar hombres pensadores y de acción e ideales en un partido, hay que precisar la ideología del partido que se aspire a establecer, porque sobre vaguedades no se puede fundar nada. Pero ahora, creo, no se trata de partido. El proyecto de Pocaterra, si es como debe ser sólo para ir a la lucha contra Gómez, está bueno pero descartando o paliando cuanto no sirva a ese propósito. Me parece un grande acierto el que se señale como de vigencia para la revolución la Constitución que, formulada a la caída de Castro, empezó Gómez a conculcar en esos mismos días. También creo prudente la promesa de convocar una Asamblea tan pronto como se triunfe y que se suprima la reelección. Para que no haya tentaciones de seguir gobernando, me parece que el período presidencial debe ser lo suficientemente largo: cinco, seis, quizás siete años. El que esté caído puede esperar y el que gobierne ya tiene tiempo de haber disfrutado bastantes mieles, bastantes sinsabores y de haber realizado proyectos e ideas en obsequio del país, si los tuvo.

Lo señalado con la letra *b* en el Programa creo que debe suprimirse en absoluto. Por varias razones: El socialismo es hoy un ideal político perfectamente definido y aceptable: podemos combatirlo, no proscribirlo. Además, eso de decir: «el comunismo o sus tendencias, bajo denominaciones capciosas», me parece un error y un error reaccionario. No confundamos. Podríamos perseguir todo lo que nos desagradara, pretextando que se trata de tendencias comunistas, bajo denominaciones capciosas. Me parece también impolítico el inciso *b*,

por cuanto muchos venezolanos hoy —y muchos más mañana—, militan o pueden militar en filas socialistas y verán enemigos tremendos en cuantos suscriban el programa de Pocaterra y no querrían nada con ellos. Hoy ya nada quieren... ¡y no son poderosos! ¿Qué será mañana? Lo mejor es no tratar ahora de nada de eso.

Llegado el caso de luchar por ideas, más tarde, cada uno se pondrá del lado de las suyas. Ahora lo que conviene es no abrir más abismos entre los que no deben pensar sino en una cosa; echar al monstruo y ahogarlo en su propia sangre. Insisto, a riesgo de aparecer machacón. Ahora no creo que debemos pensar en problemas políticos de carácter constitucional, sino en un programa revolucionario. Nosotros vamos ahora a destruir; para edificar hay tiempo. Echemos abajo el podrido andamiaje de Gómez; después vendrá a sustituirlo un selecto Partenón de mármol, erigido por los técnicos. Pero no hablemos ahora de impurezas y exclusiones, que no es el momento.

Ideas claras, precisas, revolucionarias para agrupar hombres e intereses contra el monstruo es cuanto ahora necesitamos. Nada de separar. Nada de prescindir por el momento de multitudes combativas, ni de los hombres que las influyen, orientan o dirigen. Tiempo vendrá de selecciones, sin olvidar por de contado a los que ahora nos ayuden. Debe encontrarse una fórmula adecuada, en vista de las circunstancias de política exterior que usted señala, para deslindar ideas sin asustar a nadie: ni a los unos por demasiado, ni a los otros por poco.

Conozco las personas y los grupos a quienes se apunta; repito, lo político me parece descartar este asunto, o en todo caso, no tratarlo como ahora se trata.

Yo creo que un partido nuevo, para que sea viable en Venezuela, debe ser un partido de ideas muy liberales y

amplias que recoja, poco a poco, a los naufragos de los demás partidos y que permita a los partidos más extremos de izquierda y de derecha, sumársele temporal o definitivamente. Eso pienso².

No le he contestado antes, porque he tenido que interrumpir esta carta durante varios días, por causa de la llegada aquí de mi hermano Horacio y de otras mil ocupaciones que quitan tiempo y no dan dinero. Por fin, le puedo seguir escribiendo.

No necesita hacerme protestas de su actividad. Yo sé que usted sí trabaja de veras, incansablemente, contra circunstancias adversas. Pero el triunfo es de la constancia, como pensaba nuestro Don Simón.

No le diré nada por el momento a Pocaterra, pues él nada me ha escrito. Usted puede transmitirle estas observaciones, si le parecen justas, y aunque no sean todas las que merecen el trabajo, sin necesidad de decirle la procedencia.

Me parece que la mayor objeción del amigo de marras para aflojar la bolsa es que no existe la unión, eso y que no se le garantice ni ofrezca una permanencia razonable en el cogollito. Lo más práctico creo lo que usted hace: buscar por distintos rumbos.

Téngame siempre al corriente de lo que piense y haga. Mis respetos a su familia y saludos a los amigos.

Su afmo., que lo abraza.

R. Blanco-Fombona

5 de julio. Día Nacional de Venezuela.- Se ha celebrado una Asamblea general de la revolución en una casa de la Rue Miromesnil. Han llegado para asistir a ella compatriotas nuestros de Estados Unidos, de Canadá, de América Central, de Colombia, de las Antillas, de España, de otros países; compatriotas aventados por el barbarócrata

y su barbarocracia a los cuatro puntos del horizonte. He vuelto a ver caras de hace veinte y tantos años. Son las mismas y, sin embargo, son otras. Son como las caricaturas de personas a quienes dejé de ver hace un cuarto de siglo. He oído resucitar en mis oídos voces muertas para ellos. Ciertas voces me han hecho más impresión que ciertas caras. Y caras y voces me han retrotraído a épocas mejores para nosotros y para nuestra patria. He visto a Baptista, los cabellos blancos; a Alcántara, sordo. Alcántara ha perdido, además del oído, la voz; apenas puede hablar. A Jugo Delgado, a quien dejé de cabellos rubios, lo encuentro ahora un anciano de ojos tristes y pelo nevado. A Carnevali Monreal, muerto en las mazmorras de Gómez, lo creo reconocer en su hijo Atilano. La Asamblea ha elegido una Junta Suprema de la Revolución que será, al pisar tierra de Venezuela, el primer gobierno revolucionario. Este gobierno convocará el país a elecciones. Se compone de diez miembros, de los cuales yo soy uno. Lo preside el Dr. José Santos Dominici, ex ministro de Venezuela en Washington, ex rector de la Universidad, médico que ejerce en París su profesión. Sirve de Vicepresidente el ingeniero Alberto Smith, ex profesor de matemáticas, ex rector de la Universidad, ex ministro de Obras Públicas, persona de mucha figuración en la vida social de Venezuela. El Tesorero es Jugo Delgado, médico como Dominici, que ejerce en Nueva York. Secretario fui electo yo, que ejerzo la mía en Madrid. Se ha querido nombrar un primer gobierno absolutamente civil y civilizado en contraposición al de la barbarie militarista de Juan Bisonte.

Para dirigir la guerra ha sido designado el general Delgado Chalbaud, con quien colaborarán otros jefes po-

líticos y militares: Baptista, Olivares, Peñalosa y otros aún: Alcántara, Carabaño, Doroteo Flores³.

El patriota Pedro Elías Aristeguieta, hombre de entereza, será el primero que se embarque para el Oriente de Venezuela.

Esta revolución, al revés de otras revoluciones de Venezuela, cede el paso a los civiles sobre los militares y se organiza en gobierno, no para buscar elementos, sino para ir a la acción. Seis semanas después de firmado este pacto de París que aparecerá suscrito en Ginebra para despistar y en 5 de julio —fecha conmemorativa—, navegarán los primeros patriotas hacia las costas orientales de nuestra patria. Poco después saldrá otra expedición. En ella partirá La Junta. En ella me iré yo. Y será lo que el destino quiera. Lo que tenemos, lo que nos queda: la vida, se lo vamos a ofrendar a la libertad y a la patria. ¡Qué gusto se dará Juan Bisonte si nos echa mano! Pero lo que es igual no es trampa. ¡En cuanto de mí dependa gozará pronto, tras juicio sumarísimo, de la presencia de Dios!

8 de julio. No conocía a Pocaterra sino por sus cartas, por sus obras literarias y por sus actos como ciudadano. Jamás me había encontrado con él hasta ahora. La impresión que me ha producido personalmente no puede ser mejor. Es el hombre de su literatura. Ahora viene del Canadá. Respira fuerza, energía y sinceridad. Después de tantos años de Canadá y Estados Unidos, parece que acaba de salir de Venezuela, tan inmerso vive en las cosas y en los cuentos de por allá.

Conservador, idealista, abnegado, leal, sin jactancia, sin pedantismo, con una dolorida conciencia de las cosas,

con una hombría de bien a carta cabal, se gana desde el primer momento mi simpatía, como desde lejos se había ganado mi aprecio por su generoso espíritu y por la conducta inmaculada de toda su vida política. Moreno, mate, como de cuarenta años, lampiño, de regular estatura, ancho de hombros, ancho de cara, ancho de frente, tiene Pocaterra la boca grande, poco graciosa, los ojos negros pequeños, el pelo también negro, liso, peinado hacia atrás. Habla con cierta abundancia elocuente. Cree en lo que dice, porque dice lo que siente. No es farsante. Se ha ido a ganar la vida en el Canadá, empleado en una Compañía de Seguros, la cual ha comprendido pronto lo que vale este útil ciudadano. Se ha casado en el destierro y en el destierro ha visto morir a su esposa, dejándole dos hijas en tierna edad todavía.

Al referirme su vida me dice: «Nuestro destino ha sido semejante». Sufrió cárceles bajo la dictadura de Castro y cárceles bajo la feroz barbarocracia de Juan Bisonte, el Judas Capitolino. Pero de las cárceles sacó Pocaterra las *Memorias de un venezolano de la decadencia*, el mejor libro escrito en Venezuela de cincuenta años a la fecha. En la primera entrevista hemos hablado relativamente poco, quizás porque teníamos mucho que decirnos. Al despedirnos, le pregunto:

—¿Recuerda usted el encuentro de Emerson con Carlyle?

—Sí —me contesta—: estuvieron juntos una noche y no conversaron nada.

—Y recordará entonces también lo que se dijeron al separarse.

—También lo recuerdo. Uno de ellos exclamó: Ésta ha sido una de las noches más felices de mi vida.

—Aplique el cuento, Pocaterra.

9 de julio. Pocaterra y yo hemos almorzado juntos, solos, en la Plaza del Panteón, frente al Luxemburgo. Después lo acompaño al Louvre, después Pocaterra, en un café, escribe a Jacinto López y a no sé quién más. A las 5 debemos conferenciar con Delgado Chalbaud en sitio discreto, en los Campos Elíseos. Por error en la dirección de la casa, no hemos podido encontrarnos.

Mientras almorzábamos, Pocaterra, que debe partir en la primera expedición, me habla de su madre y sus dos hijitas que quedan en Valencia de Venezuela. También me dice que desea que hagamos un retrato juntos. Se ha pasado la tarde y no ha habido tiempo para el retrato.

En el Palais Royal hemos visto una librería, nos detenemos un momento y los ojos de ambos caen sobre la misma obra. El volumen lleva una faja blanca: *vient de paraître*. En la faja explica el editor que se trata de *Venezuela en revolution*. El libro se titula: *Fombombo*. Pocaterra entra y lo compra. Nos sentamos un instante en el *Café de la Régence* y lo hojeamos. Es obra inepta de un miserable yanqui, que ha querido jugar con mi nombre y tal vez, con escenas de mi vida. Ni mi gobernación en Río Negro la olvida.

Este libro demuestra, en todo caso, que las banderillas que suelo clavar al Tío Sam en las flacuchas nalgas y en el testuz cornudo lo molestan. El pobre diablo de autor derrama su odio. Su principal odio es contra Venezuela. Obra sin estilo, sin arte, sin sarcasmos, sin talento, como de quien cumple dificultosamente un deber superior a sus fuerzas.

En suma, el salivazo de un borracho, el vómito de un tísico, la literatura de un *commis-voyageur*.

Los franceses, naturalmente, se han apresurado a traducir esta obra maestra de la imbecilidad, ellos que no han traducido todavía ni el *Facundo* de Sarmiento, ni las *Tradiciones* de Palma, ni las *Cartas de Bolívar*. Según el criterio francés todo hispanoamericano debe ser francófilo, sin otro esfuerzo por parte de las francesas que el de abrir las piernas y por parte de los franceses que el de tender la mano a la propina. ¡Muy bien! En cambio a los yanquis hay que traducirlos y ayudarlos a llevar su carga de odios. El yanqui paga.

Madrid, 13 de julio. Los patriotas de Venezuela asilados en Curazao, por culpa del asesino Juan Bisonte han sufrido mucho en aquella isla. El gobierno holandés ha favorecido más de la cuenta al monstruo, a trueque de concesiones petrolíferas a las compañías holandesas. Pero los venezolanos han dado un golpe magnífico que la prensa del mundo comenta actualmente. Como la revolución venezolana contra el barbarócrata carece de armas y de barcos para transportarlos, los venezolanos de Curazao, dirigidos por el coronel Rafael Simón Urbina, han asaltado el fuerte de la capital isleña, tomado el parque, y hecho presos a las principales personalidades militares y al Gobernador de la Isla. Después rindieron y apresaron en el Puerto un barco de guerra yanqui, el *Washington*, cargaron en él las municiones y lo hicieron encaminarse a la costa de Coro. Ya la revolución en zona de Occidente, tiene parque. Los días del monstruo están contados. El héroe de la toma de Curazao y rendición del buque yanqui, Rafael Simón Urbina, lo ha hecho más rápidamente y mejor que en el cinematógrafo. Los venezolanos, llegada la ocasión, demuestran que siguen

siendo el pueblo heroico de la independencia y de la guerra federal de los cinco años. Lo que necesita es un ideal.

Delgado Chalbaud parte de un momento a otro para Venezuela. Da la casualidad de que también ha podido conseguir algo de dinero en París. Me manda un comisionado, Carlos Julio Rojas, para ver si a última hora puedo partir con él y para que le consiga en España unas cuantas pesetas.

Ayer mismo me he entrevistado con Manuel Ortega y Pedro Sáinz Rodríguez; les he ofrecido la Editorial-América, que es cuanto poseo y cuyos almacenes o depósitos de libros se pueden valorar en cerca de un millón de bolívares. Se los he ofrecido por lo que quieran darme, aunque sea pagándome en letras escalonadas a larga fecha que yo pueda negociar a un banco o a cualquier prestamista. Hoy les llevo a las tres todos los papeles para que estudien la propuesta con datos. Veremos en qué para esto. Si encuentro algo de dinero para dejar a mis hijos y a Margot me voy con Delgado. Y le llevaré a éste el resto del dinero que no deje en mi casa. Lo desconocido será siempre menos malo para mí y para Venezuela que esto tan conocido y tan ruin. Adelanto a Delgado la carta siguiente. (*Se ha perdido la copia de la carta.*)

20 de julio. ¡Por fin. Recibo noticias directas de los argonautas!

Dantzig, 17 de julio de 1929.

Mi querido amigo: Esta noche zarpamos. Le recuerdo cuanto hablamos en París. Venezuela y nosotros lo esperamos en la segunda expedición. Tanto al doctor Dominici

como al coronel McGill les he advertido que le preven- gan a tiempo para que usted arregle sus asuntos. Rufi- no: la hora es nuestra. Yo lo espero allá. Suyo. José Rafael Pocaterra.

A estas horas deben navegar los revolucionarios de Ve- nezuela por las aguas del Báltico. Los argonautas de la li- bertad han podido atravesar a Europa con sus pasaportes en regla. Yo se los proporcioné. La esperanza y la suerte de algunos millones de hombres navegan en ese barco, sobre esas aguas nórdicas. Si alguna cruzada de libertad, de justicia, de sacrificio y de bien merece la protección di- vina es esa cruzada de emancipación, de reivindicación, de civilización y de humanidad. En el momento supremo Pocaterra, desde París, en su última carta de esta ciudad, me recomienda de nuevo a su vieja madre y a sus dos hiji- tas. Si este hombre digno y generoso llegara a sucumbir y yo quedara con vida y con libertad, permita Dios que mi mano pueda levantarse en amparo de las niñas y de la an- ciana. Juro que, si llega el caso, lo haré.

17 de agosto. Más noticias privadas. La señora de Del- gado Chalbaud ha recibido un cablegrama desde las An- tillas de su hijo Carlos. Éste dice a la madre: *Papá quedó.* De aquí infieren algunos que ha muerto: esto se corrobora con las noticias de los periódicos, que lo afirman. Fin prematuro, inmerecido, de tal hombre. Elemento de Cas- tro muy joven, se condujo con la inexperiencia de un mu- chacho y el descaro de un irresponsable. Pero la vida lo enseñó. Catorce años de prisión y de torturas lo purifica- ron. En las cárceles y los viajes se instruyó. Hoy era un elemento de primer orden y el más decidido y dinámico

enemigo de la barbarie. Valiente, idealista, patriota, de nobles y generosas ambiciones, estaba identificado con nosotros en ideales! Don de gentes, inteligencia, actividad, amor patrio, desprendimiento, valor, tacto exquisito, ¿cuántas cualidades lucían en él? Se insurge uno a la idea de que todo haya desaparecido en un instante. Mientras se confirma la noticia de esta desgracia, permítase a la amistad adolorida una duda esperanzada: ¡quién sabe!

Entre los muertos figura Armando Zuloaga Blanco, hijo de mi prima hermana Josefina Blanco, hija a su vez de mi tío Eduardo, autor de *Venezuela heroica*. Este joven estaba a punto de graduarse de médico en París. Siguió las inspiraciones de su patriotismo y, buscando la libertad para su pueblo, ha sido asesinado por la barbarie. Otra prima, María Teresa Blanco Ustáriz, hija de mi tío Alejandro, también llora por los suyos. Su hijo Esteban Palacios Blanco ha sido condenado a trabajos forzosos en las carreteras del monstruo; su esposo, el pacífico, prestante y buen caballero don Inocente Palacios, de la familia materna del Libertador, macheteado en las calles de Caracas por la policía de Juan Bisonte como un oscuro malhechor⁴.

Los primeros y más augustos nombres de nuestra República, la flor de nuestra tierra, familias que desde los siglos XVI y XVII han honrado con su nombre, sus servicios, sus virtudes y su ejemplo a nuestro país —los Palacios, los Zuloaga, los Blanco, los Toro, los Ustáriz—, se ven ahora condenados a presidio, o en el destierro o son sableados por la policía: todos criminales a los ojos de la barbarie, todos perseguidos por amor de la libertad y de la civilización, en una República que nuestros abuelos con su sangre, su inteligencia y sus sacrificios, fundaron para la libertad.

20 de agosto. Las noticias desagradables se confirman. Delgado muerto, muchos presos, las tropas disueltas, desastre completo. Esperemos, sin embargo, la llegada a Europa del hijo de Delgado para saber a qué atenernos. Entretanto se yergue otro género de preocupaciones: las económicas. Ahora lo que falta es que me vengan a despojar de este pobre Clos Simón Bolívar, modesto albergue para mis hijos, y también de mi negocio editorial que me procura el medio de alimentarlos. Desnudos nacimos todos.

18 de octubre. Los revolucionarios están furiosos contra Pocaterra, porque no sólo se alejó en «el buque pirata», sino que cometió el error más trascendental que haya cometido o pueda cometer en su vida: arrojó todo el parque revolucionario al mar. Esto parece en realidad increíble. Pocaterra sabe no sólo lo que significa de sacrificio y de abnegación la posesión de ese parque sino, también, las dificultades innúmeras para haberlo podido trasladar con felicidad a las aguas y las costas de Venezuela. Error triste, error inmenso, error inexplicable. Sin embargo, no podemos solidarizarnos con los que por desesperación atacan hoy a Pocaterra. Él se justificará. Yo, desde ahora, lo exculpo. El hombre que expuso su vida por la realización de su ideal merece un crédito de respeto: yo se lo acuerdo mientras nos da explicaciones.

Pocaterra es hombre puro: lo ha sacrificado todo a la revolución; ha pasado lo mejor de su juventud en las prisiones y en el destierro; ahora mismo no vaciló en abandonar su tranquilidad canadiense y sus medios de vida por lanzarse a lo desconocido, al sufrimiento y a la muerte misma, en el anhelo patriótico y altruista de luchar por la justicia. ¿No hay razón para exigir a un civil la sereni-

dad y los conocimientos de un soldado, en ciertos momentos de conflicto? Además, ¿cuál de los militares lo hizo mejor? El caso de Pocaterra, aunque lamentable en sí, se explica. La oficialidad alemana del barco perdió la cabeza. ¿Cómo entrar en aguas de Granada, isla inglesa, con un parque a bordo y habiendo sido el buque declarado pirata? El capitán del barco, muerto de miedo, hablaba de entregar el buque, el parque y al mismo Pocaterra al Gobierno de Venezuela. Sobre Pocaterra ha caído, momentáneo, el desprestigio de las derrotas, después de haber incurrido en una gran responsabilidad. Pobre amigo: no seré yo quien lance contra él la primera piedra. Ni la primera, ni la segunda, ni la última. Trato de explicarme su caso y encuentro, si no aplausible, excusable su conducta.

NOTAS

- 1 Lo he hecho en estos adoloridos términos:
 «A la memoria de los estudiantes universitarios de Venezuela ametrallados en las calles de Caracas, la última semana de febrero (1928) por protestar, pacíficos e inermes, contra la entrega del país de Zulia y sus inmensos lagos de petróleo a los yanquis.
 «En recuerdo de los otros mil universitarios de toda la República y de los profesores de Universidad, colegio de abogados, obreros y demás ciudadanos generosos encerrados sin fórmula de juicio en las prisiones de Puerto Cabello, en la Rotunda de Caracas y en el castillo de Maracaibo, donde muchos de ellos encontrarán quizás la muerte y de seguro horrendas torturas, por el delito de ser dignos y haberse solidarizado con los protestantes.
 «En recuerdo también de las madres, novias y hermanas de los mártires, bravas mujeres que en tan luctuosa ocasión desafiaron la barbarie y manifestaron públicamente contra quien mataba a aquellos niños y vendía a la patria».
- 2 Me alegro de que se haya conservado esta carta. Ella y toda mi vida política, hasta el momento actual, prueban para el que sepa ver, la unidad de mi vida, la consecuencia con mis ideas y la fijeza inquebrantable

de mi norte. «De sabios es cambiar de opinión», reza la filosofía paremiológica. Nunca tuve necesidad de esa filosofía, aunque comprendo que con la edad y desde el gobierno se pueden ver con más calma y aun con más serenidad los problemas que enfocábamos de otro modo desde la mocedad y desde la calle. Como he amado siempre las ideas y las convicciones, he permanecido fidelísimo a las mías, aunque otra cosa crean y divulguen sin prueba alguna cuatro irresponsables anónimos de Venezuela. Lo digo sin entusiasmo: esto no siempre es virtud en política; podría ser inadaptabilidad: Pero yo me siento el mismo, salvo naturalmente el fervor y el apasionamiento de los años mozos. He sido y son un hombre absolutamente honrado, de mentalidad y convicciones fijas o que han evolucionado muy poco. Estoy donde estuve; soy el que fui. Los que han cambiado son los comunistas de Venezuela que, mudando a cada aurora de convicciones y de nombre, niegan ahora ser lo que han sido y reniegan o aparentan renegar de lo que son. Entre ellos el único que merece respeto es el señor Gustavo Machado que proclama sus convicciones, con valor y con dignidad. Los demás se disimulan a cada día según las conveniencias, y evolucionan como ciertos insectos que por mimetismo conocido van tomando el aspecto de los árboles a que trepan o de la tierra por donde corren.

En cuanto a mí, nunca fui comunista y menos desde que conozco las hazañas de Stalin, el verdugo de Trosky —y de tantos campeones decididos de la Revolución rusa—. Nunca me gustaron dictaduras y menos la del proletariado; es decir, de los menos preparados para ejercerla.

Cuando llegué a Venezuela tras 27 años de destierro, en tiempos de la reacción del país contra Gómez, fui electo Presidente del Estado Miranda. Encontré en el país entero y en el Estado Miranda por de contado, un gran fermento de ideas comunistas. Estas ideas las habían recalentado y puesto a ebullición entre nosotros, jóvenes desterrados que las importaban del ostracismo: Rusia, Méjico, España y de algunas lecturas como *El Capital*, de Marx, el *A.B.C. del comunismo*, de Nicolás Bujarin, *Democracia burguesa* y *Democracia proletaria*, de Lenin, y algunos discursos y prédicas combativas del hebreo alemán Radeck. También tenía la culpa de aquel fermento nocivo la exaltación infecunda de algunos líderes extranjeros y la débil mentalidad de nuestros compatriotas. Como aquí en letras, en política, en economía, en todo, seguimos viviendo de préstamo, creyó un grupo de jóvenes —cada vez este grupo se va raleando más y más— que podía divulgar entre nosotros y explotar la ideología que propugnaba y cuya difusión pagaba la Revolución Rusa, contagiaba la Revolución mejicana y ponía en movimiento y de moda en Ibero-América la Revolución española. No se encontraron con mentalidades fuertes que la resistieran.

El Estado Miranda, limítrofe con el Distrito Federal, en cuya capital montañosa, Los Teques, vivían muchos jóvenes de Caracas, ya por enfermos, ya por placer, ya por economía, fue uno de los focos del comunismo criollo. Ni uno solo de esos elementos se consultó conmigo, que también era de ideología izquierdista, aunque jamás comunista, y que podía poseer por mi edad y posición, ya que no se creyera en mi capacidad, un mayor sentido de las realidades sociales que la mayoría de entre ellos, algunos ignorantísimos, otros muchachos en la flor de la mocedad. No. Querían derrocarne y sobre todo derrocar al Gobierno de López Contreras. Prepararon su revolución y la empezaron a realizar insolente e inocentemente, a base de audacia y sin apoyo firme en la opinión, ni en Caracas, ni en el limítrofe Estado Miranda. Yo me las tuve tiesas, lo mismo que el Gobernador Mibelli en la capital y el movimiento comunista desapareció como niebla de una noche de verano. No podía ser de otro modo. Aquello carecía de arraigo. Y un gobierno tiene infinitos recursos para que se deje derrumbar por cuatro periódicos gritones, cuatro oradores ampulosos y una huelga general prematura.

Bastó aquello para que unos cuantos periodiquitos divulgaran que yo me había convertido súbitamente en reaccionario; y que era, en el fondo, un pequeño Gómez a quien había faltado sólo la ocasión. Como los venezolanos carecen de espíritu de análisis y no digieren las opiniones que les obliguen a tragar, aquello quedó sentado como verdad inconclusa.

Sin embargo, yo nunca senté ni en América ni en Europa plaza de comunista. Es más: creo esta ideología política equivocada y fatal. Ya hemos visto en España a qué abismos condujo, hasta provocar espantosa reacción. En la misma Rusia, el buen sentido salvador de la sociedad ha terminado por vencer sobre los furibundos camaradas. Véanse por lo que respecta a Rusia, las comunicaciones oficiales y *El Diario de vida* de Mr. Joseph E. Davies, Embajador de los Estados Unidos en la Unión Soviética. Ávila Camacho, hoy presidente de Méjico, significa el triunfo de la reacción burguesa. De España no hablemos.

En Venezuela, país de razas mezcladas, de una economía casi feudal y gente ignorantísima, hubiera sido más funesto que en parte alguna el triunfo del comunismo. Después de pasar por horrores junto a los cuales los horrores de Boves y la Guerra a muerte, en 1813 y 1814, hubieran parecido un idilio, después de perder vida, hacienda y honor la mayoría de los habitantes del país, hubiéramos precipitado sobre nosotros el imperalismo, siempre amenazante, de los Estados Unidos. Hoy sería Venezuela otro Puerto Rico yanquilandés, si no algo peor. La economía de Venezuela lo que pide es una evolución rápida, impulsada por hombres capacitados, no una revolución comunista, según el prototipo ruso y al modo

español. En Venezuela debemos ver las cosas con ojos venezolanos e irnos con tiento. La lucha de clases puede convertirse aquí fácilmente en lucha de razas. Antes de pensar en reparto de tierras, divídase el territorio venezolano por el número de habitantes y dígase a cómo les toca.

En la revolución española, en la que figuré, tampoco fui comunista. Fui republicano ultraliberal. Pertencí al Partido Radical, en servicio del cual serví de Gobernador en varias provincias. Cuando el Partido radical, por culpa de comunistas y socialistas, y para mantener en el Congreso mayoría con qué gobernar se alió transitoriamente con el ultramontano Gil Robles y tuvo un ministro de gobernación, Salazar Alonso, demasiado incoloro en cuanto radical, inducido a ello por una aristócrata que era su querida, yo, a pesar de mi admiración y mi cariño por el viejo *leader* Don Alejandro Lerroux, jefe del partido, me separé del partido radical.

Esta separación se efectuó entre los aplausos desinteresados del partido socialista y su órgano más caracterizado en la prensa de Madrid, dirigido entonces por mi amigo Julián de Zugazagoitia, después Ministro de Gobernación. Y digo desinteresados porque tampoco fui militante socialista, si bien en Navarra donde serví como Gobernador civil, y donde no existía partido republicano, me apoyé en los socialistas que generalmente me rodeaban. Eran los únicos antimonárquicos de toda la Provincia. Al punto de que podía decirle y le decía al Arzobispo carlista de Pamplona: —Su ilustrísima es el espíritu más liberal de toda Navarra...

Su Ilustrísima sabía reír.

Salí del partido radical y no ingresé en el partido socialista, como muchos creyeron que podría ocurrir. Quedé siempre un republicano de izquierda, limítrofe del socialismo, algunas de cuyas ideas comparto; y por el que he sentido y siento muy razonadas simpatías.

Eso mismo he continuado siendo en Venezuela y eso tal vez será hasta que me muera. Lo malo es que en Venezuela no existe un partido socialista constructivo. Aquí unos, ayunos de teoría, no saben lo que quieren ni lo que son. Representan el papel de coristas. Otros se lanzaron desde el principio en el comunismo. La mayoría, repito, no sabe lo que el comunismo significa. Pero los mejores espíritus entre los revolucionarios van moderándose y volviendo a la realidad. Lo que siempre es conveniente y despuntará odios absurdos. Además, conviene a nuestro país que así ocurra.

¿Hay en todo esto de mi parte alguna reacción? ¿O más bien una franca y sincera unidad de conducta?

He aquí la carta con que me separé, en España, del Partido Radical, a la sazón en el Poder:

Señor Don Alejandro Lerroxx

Presidente del Consejo de Ministros y Director del Partido Radical.

Ilustre amigo. Una torpeza mía ha puesto a prueba, indeliberadamente, la confianza de usted en mí; y veo, con profunda pena, que he perdido esa confianza. ¿Por qué? Lo ignoro.

He podido cometer hasta errores garrafales, nunca acciones equívocas. He sido toda mi vida y espero seguir siéndolo, hombre diáfano y sincero, acaso demasiado. Mi actuación en Navarra tuvo por norte defender aquello que fui a representar y en nombre de lo cual ejercía funciones. ¿Puede reprochárseme?

Un sentimiento de admiración personal hacia usted me llevó a pertenecer al grande y benemérito Partido Radical, de tan larga historia republicana. Dentro del Partido, he sido Lerroxxista como el que más. Lo creo a usted la figura descollante de la Segunda República. Conozco, como todo el mundo, las horas y las circunstancias ingratisimas en que le ha tocado dirigir los destinos de España. Opino que cuando las pasiones se decanten, se admirarán los servicios que usted, hasta este momento, ha venido prestando a la República. ¿No ha hecho usted, para que la República sea viable, hasta sacrificios de opinión y tal vez de amor propio que han debido de costarle mucho? ¿Y quién se lo agradece a usted por el momento? Nadie. Ni siquiera aquellos a quien aprovechan. Esperemos que el tiempo, en cambio, le haga justicia.

Tiene usted muchísimos enemigos y —algunos amigos tan perjudiciales como los enemigos—. Es natural. Toda grande individualidad despierta los unos y suscita los otros. Pero debo confesarle que no creo un ardite, por lo que a usted respecta, de los planos proditorios, en que los enemigos envuelven, en estos momentos, el ilustre nombre de usted. Todo esto quiere decir que los motivos de mi estimación por Lerroxx permanecen en pie y mi admiración intacta. Debo añadir que la gratitud pone su veta sentimental a esta admiración.

Mi fervor lerroxxista ha sido tanto y tan ingenuo que hasta llegué a suponer (horrorizado por la traición de Martínez Barrio) que si algún día pudieran quedar dos radicales lerroxxistas yo sería uno de ellos. No pensé entonces que la consecuencia debía ser recíproca y no unilateral; que si de un lado falla, el otro se desmorona. En fin, mi entusiasmo radical y lerroxxista no han sido los que han fallado.

Y sin embargo... Debo pedir mi baja, como la pido con esta fecha, en las filas del Partido y separarme del Capitán.

No lo hago en momentos tristes para el uno ni para el otro, sino en horas de euforia y de poder. Añadiré que, por el momento, no pienso ingresar en ningún otro partido.

Con reiterados sentimientos de admiración y gratitud, quedo de usted afmo., amigo.

R. Blanco Fombona*

* Esta carta la publicó y comentó la prensa de Madrid. Como los espías del gobierno de Venezuela me sustrajeron después los diarios madrileños, no los conservo. Copio esta carta de originales manuscritos que no llevan fecha. Debió ser de la primera quincena de julio de 1933.

Lerroux sostuvo contra viento y marea al pobre e imbécil de su Ministro de la Gobernación, Salazar Alonso, el hombre del estraperlo, que representó un papel reaccionario dentro del partido y fue después fusilado y muy bien fusilado por los socialistas. Este infeliz e insignificante Salazar Alonso, hijo de un peluquero de Madrid, antiguo y humilde cronista de tribunales en *La voz* que entonces me saludaba como a su superior, se envaneció con el inmerecido cargo y como lo inspiraba una prostituta aristócrata y obedecía al sub-secretario de Gobernación, hombre anónimo, militar mediocre, casado con una mujer rica y después creo que también fusilado, se convirtió en un pequeño y reaccionario Júpiter Tonante. Lerroux cometió la debilidad, rara en él, de sostenerlo contra otros amigos más de izquierda. Yo me reí siempre de él, del sub-secretario y de las mujeres de ambos y no hacía caso a sus ínfulas y consejos reaccionarios. El compartir Lerroux, por necesidad a que lo obligaban los socialistas —y para traer mayoría en la Cámara con qué gobernar—, el poder con la Ceda, más papista que el Papa, y con Gil Robles echó el descrédito político a una fracción del Partido Radical. El descrédito moral les tocó echárselo encima al Ministro Salazar Alonso y al sobrino de Lerroux con el asunto del estraperlo, máquina de juego que cogió a estos radicales en su engranaje. Todo ello obra de la fatalidad y de las circunstancias, explotado sin piedad por los adversarios de Lerroux, acabó por perjudicar el nombre radical y desde luego a Don Alejandro. Hubo un momento confuso. Sólo estaba a gusto, entre los del Partido, la derecha y parte del centro. Por fortuna el nombre de Lerroux, más fuerte que la adversidad, continuaba siendo un talismán para la mayoría del partido. (*Nota de 1942.*)

- 3 Después dijo Olivares que no estaba de acuerdo con la junta. La eterna historia. ¿Todo por qué? Creo que por enemistad con alguno de los componentes.
- 4 Estas noticias corrieron como válidas en Europa: el macheteado fue Andrés, hermano de Inocente. (*Nota de noviembre de 1940.*)

1930

EL MADRID DE ANTES DE LA GUERRA CIVIL

27 de enero. ¡Qué revuelta la política de España! Un país en manos de un puño de aventureros sin control, ni responsabilidad. Las sorpresas se suceden. La aguja no marca hacia el Norte, sino hacia el Caos. Cuando un pueblo desiste de dirigir sus destinos, que no se queje de que los pillos lo acogoten.

19 de febrero. Varias ocasiones ha perdido España para redimirse de su pasado, librarse de la corona, pulpo que la estrangula, parásito que la succiona, establecer la República y convertirse —por fin— en un pueblo de veras moderno.

No ha sabido aprovecharlas. ¿Lo hará ahora? El pasado justificará los pesimismos, si no fuese que se adivina y se siente algo nuevo en la masa del país. Algo que no existió antes. El sentir de la mayoría del país, es, en este momento, republicano. La corona lo asquea. Tiene razón: esta corona que recibe propinas de sociedades y compañías extranjeras. ¡Esta corona sumisa a los que pagan y tiránica, absolutista, de derecho divino, con el pobre país que la soporta! ¡Pobre y querida España, tan digna de mejor suerte! ¡Entregada a reyes franco-austríacos y a clérigos de Roma! ¡Pero qué pueblo intacto virgen! Tengo fe absoluta en el porvenir de España, en su eterna juventud. Siempre la tuve.

25 de abril. Esta noche ha pronunciado el orador socialista Indalecio Prieto un discurso en el Ateneo de Madrid, contra el Rey y contra la dinastía española; un discurso tremendo de verdades, de frases, de intención y de claridad. Es el primer discurso de veras revolucionario en el sentido antimonárquico, que he oído en España. No se expresaban con más fuerza ni más audacia los oradores de la Revolución Francesa contra Luis XVI. Acusó al Rey, con datos, fechas y nombres propios de haber cobrado un cheque de 600.000 dólares de la telefónica yanqui, a quien se otorgó concesión de los teléfonos españoles. Dijo que se habían entregado en Londres 12.000.000 de pesetas a un comandante Guermer —o algo así—, primo de la Reina, por cuenta del ferrocarril de Ontaneda a Calatayud. Probó el escándalo y la ignominia de ambas concesiones, ambas contrarias a los intereses de España. Dijo que se debía destronar al Rey por medio de una revolución, y que no había términos medios, ni cabían ingenuidades: o se iba contra el Rey y contra la monarquía o se está con ellos. ¡Y todo lo expresaba Prieto con una valentía sin ejemplo y en frases candentes! La cosa va en serio.

Anoche le ha tocado el turno de hablar a don Miguel de Unamuno que, con ese fin, llegó desde anteayer de Salamanca. Muchos de sus amigos fuimos a encontrarlo. Habló en el Ateneo, desde las siete hasta casi las nueve de la noche. Varios alta-voces permitían oír al orador en distintas salas. Su discurso ha sido valiente, como suyo; pero a veces fatigoso. Don Miguel, a ojos vistas, envejece. Pero este viejo de cabellos y barba blancos es más juvenil que muchos jóvenes. Su discurso y el de Indalecio Prieto han sido los únicos discursos, por su violencia y

por sus acusaciones concretas de verdadero carácter revolucionario, en sentido republicano, anti-alfonsino, antidinástico. Hizo muchas revelaciones, tanto respecto a política internacional, como de política interior, algunas de las cuales se conocían vagamente y otras se ignoraban en España por el régimen de censura que ha prevalecido.

21 de mayo. Compro el *ABC* de hoy para ver si encuentro alguna criada que se anuncie —pues he despedido a la alemana que me servía— y me sorprende con un artículo de Felipe Sassone con motivo del *Diario de mi vida 1904-1905*. Del autor dice Sassone: «hace cinco lustros, en la tertulia del gran poeta Francisco Villaespesa me hablaban de él como de un hombre terrible...». Del libro dice: «En este libro un hombre piensa, goza, ama, sufre y rabia y ríe a gritos. No cabe novela más interesante».

2 de junio. Estoy tan filosófica y sinceramente dispuesto a morir que la idea de la muerte, más o menos próxima, me parece naturalísima: es el pago de la deuda que nadie puede eludir; todos tenemos con qué pagarla. A los cincuenta y seis años no se puede decir que un hombre se haya malogrado. Si no ha dado más de sí, es porque no tenía más que dar. Ha vivido, le llega su hora de partir, no le queda sino despedirse de la existencia con la sonrisa en los labios, agradecido, cortés.

He vivido largo tiempo; pero no he sabido aprovechar la vida; la he derrochado; no he hecho nada. Lo poco que hice no es sino un índice de lo que pude hacer. No lo digo por darme importancia, haciéndome pasar por superior a mí mismo; tampoco por espíritu de humildad. Lo digo porque me parece exacto. No he sido sino un aficionado

de todo: arte, letras, mujeres, política. He vivido una vida de espera, una vida provisional, aguardando lo que no iba a llegar nunca. Ya está ahí la que siempre llega, la ineludible... Y ahora es cuando veo que el libro de mi vida queda en blanco; o borroso y gris, lleno de cosas superficiales que a nadie interesarán.

26 de junio. Soy propenso a la admiración. Si leo un libro, si conozco una vida, si visito una ciudad, si miro a un mujer, si asisto a una exposición de cuadros o estatuas, si oigo música, mi primer movimiento sincero es de aplauso por la gracia espontánea, o por el triunfo del esfuerzo humano; el segundo, de admiración estética por poco que el gusto y la belleza queden lisonjeados. No hablo del esfuerzo intelectual puro que la creación representa, ni sobre todo de la generosidad emocional que denote, porque la una me inspira instintivo respeto y la otra me conmueve hasta las lágrimas.

22 de julio. He vivido a caballo sobre dos siglos, en una de las épocas más interesantes de la historia del mundo. He visto caer grandes imperios, he visto alborear grandes ideas: la sociedad ha asumido nuevas formas y echado nuevas bases, desde Rusia hasta Méjico. Insospechables aplicaciones de la ciencia a la industria han transformado la vida, las costumbres y las ideas de los hombres. Cuando hemos visto al hombre volar, vivir en el seno tenebroso de los mares, prolongar la existencia en ciertos límites, a voluntad, y descubrir que el tiempo y el espacio son nociones relativas, podemos creer que hemos vivido una vida y en un mundo que cientos y miles de generaciones no hubieran sospechado. Y como la mitad del

hombre —la parte angélica—, combate la otra mitad —la parte diabólica—, para valerme de la terminología simplista de las religiones, ¿no hemos contemplado el combate de esta naturaleza en la guerra más voluminosa de la historia que conocemos? La cultura adquirida y pueblos y razas enteros —los mejores de nuestra edad— se han salvado de una destrucción rápida y absoluta por obra de portento y a poder de tenacidad. Hemos visto un instante en que la obra acumulada de la cultura moderna se ha empleado toda, ciega y feroz, en destruirse a sí misma. Por fortuna, no han podido todavía las fuerzas destructoras, concluir con las fuerzas conservadoras y vitales que tenían enorme voluntad de vida. No han podido todavía. No quiero decir que no puedan. Europa se ha propuesto destruirse a sí misma. Lo conseguirá.

¡Qué emociones! ¡Qué horas tan intensas para la humanidad! Y qué furor de placer y de anhelo y de contricción la han movido después de las horas tenebrosas.

El hombre de nuestra época ha vivido, pues, grandes momentos. Ha visto cosas estupendas. ¿Es por ello más feliz? ¿Lo he sido yo? El secreto de la felicidad escapa hasta ahora a los seres humanos. La felicidad consiste quizás en la ausencia del deseo; y el hombre, por esencia, es un creador de nuevos deseos. Nunca podrá ser feliz. Nadie lo ha sido menos que yo.

8 de agosto. Es increíble el aislamiento en que vivo, aun en medio de los míos, y la capacidad que atesoro para prescindir de los demás. Nadie me hace falta. Ni amigos, ni enemigos, ni admiradores, ni familia: nadie. Ni rumor ni aplausos, ni leyendas gratas o ingratas mantenidas por compañeros o rivales, ni censura de opositores, ni calor

del hogar: nada necesito. En Madrid, en Toulouse, en todas partes, vivo solo en medio de los demás.

12 de agosto. Anoche he tenido un sueño. Me encontré de pronto acostado en un parque hermosísimo y severo, al lado de mi padre. Los árboles eran caobos; pero no como los del bosque con corteza y con ramas, sino árboles de caoba pulida, barnizada, como los muebles. Mi padre sabía algo que debía ocurrirme y que yo ignoraba a derechas en qué consistiese. De cuando en cuando le preguntaba a mi padre:

—¿Es tiempo?

Y mi padre me respondía:

—Todavía no.

A un momento dado insistí:

—¿Ya?

Y mi padre me respondió:

—Sí.

Me sobrecogió la angustia y desperté.

He tratado de analizar, según nos enseña Freud, este sueño. Llego a la conclusión siguiente: este sueño se explica por la preocupación de mi enfermedad, el poco cariño que me descubren aquellos a quienes he amado y amo tanto, y por el miedo a la muerte. El bosque de caobas, de troncos relucientes y barnizados, tal vez tenga relación con las urnas de madera de caoba en que se acostumbra enterrar a algunas personas de calidad y en una de las cuales la generosa República Dominicana envió a Venezuela el cadáver de mi hermano Oscar. El estar acostado junto a mi padre, ¿no guardará relación con el deseo que tuve de ser enterrado en Caracas, no lejos de mi padre y de mi madre? Las preguntas que hice se ex-

plican por el hecho de ignorar yo el misterio de la tumba que ya mi padre conocía. Y el miedo que me sobrecogió a la última respuesta, depende de la naturaleza de la pregunta. Mi pregunta: ¿ya? debía significar: ¿ya estoy muerto? La respuesta de mi padre me aterrorizó, porque era concluyente: sí, «ya lo estás...».

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

A

Trovadores y trovas. Caracas: Tipografía J.M. Herrera Irigoyen, 1899.

Cuentos de poeta. Maracaibo: Imprenta Americana, 1900.

Mas allá de los horizontes. Madrid: Casa Editorial de la viuda de Rodríguez Serra, 1903.

Pequeña ópera lírica. Madrid: Librería de Fernando Fe, 1904.

Cuentos americanos. Madrid: Casa Editorial de la viuda de Rodríguez Serra, 1904.

El hombre de hierro. Caracas: Tipografía Americana, 1907 (Caracas: Monte Ávila Editores - Biblioteca Popular Eldorado, 1972).

Letras y letrados de Hispanoamérica. París: Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, 1908.

Cantos de la prisión y del destierro. París: Librería P. Ollendorf, 1911.

La evolución política y social de Hispano-América. Madrid: Ed. B. Rodríguez, 1911.

Judas Capitolino. Chartres: Imp. de Edmond Garnier, 1912.

Cuentos americanos (Dramas mínimos). París: Ed. Garnier Hnos., 1913.

El hombre de oro. Madrid: Ed. Renacimiento, 1915 (Caracas: Monte Ávila Editores, Biblioteca Popular Eldorado, 1972).

- La lámpara de Aladino (Notículas)*. Madrid: Ed. Renacimiento, 1915.
- Grandes escritores de América (Siglo XIX)*. Madrid: Ed. Renacimiento, 1917.
- Cancionero del amor infeliz*. Madrid: Ed. América, 1918.
- Dramas mínimos*. Madrid: Ed. Biblioteca Nueva, 1920.
- El conquistador español del siglo XVI (Ensayo de interpretación)*. Madrid: Ed. Mundo Latino, c. 1921 (Caracas / Madrid: Ed. EDIME, 1956).
- La máscara heroica (Escenas de una barbarocracia)*. Madrid: Ed. Mundo Latino, 1923.
- La espada del samuray*, Madrid: Ed. Mundo Latino, 1924.
- Por los caminos del mundo*. Madrid: Ed. Mundo Latino, 1926.
- La mitra en la mano*. Madrid: Ed. América, 1927.
- Tragedias grotescas*. Madrid: Ed. América, 1928.
- Diario de mi vida. La novela de dos años. 1904-1905*. Madrid: Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1929.
- El modernismo y los poetas modernistas*. Madrid: Ed. Mundo Latino, 1929.
- Motivos y letras de España*. Madrid: Ed. Renacimiento, 1930.
- La bella y la fiera*. Madrid: Ed. Renacimiento, 1931.
- El secreto de la felicidad*. Madrid: Ed. América, 1933.
- Camino de imperfección. Diario de mi vida. 1906-1913*. Madrid: Ed. América, 1933.
- El espejo de tres faces*. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla, 1937.
- Dos años y medio de inquietud*. Caracas: Impresores Unidos, 1942.
- Mocedades de Bolívar (El héroe antes del heroísmo)*. Buenos Aires: Ed. Inter-Americana, 1942.
- Bolívar y la guerra a muerte. Época de Boves. 1813-1814*. Caracas: Impresores Unidos, 1942.

- Mazorcas de oro*. Caracas: Impresores Unidos, 1943.
- El espíritu de Bolívar. Ensayo de interpretación psicológica*. Caracas: Impresores Unidos, 1943.
- Obras selectas*. Selección, prólogo y estudio bibliográfico por E. Gabaldón Márquez. Madrid / Caracas: Ed. EDIME, 1958.
- Rufino Blanco-Fombona* (Selección y prólogo de N. Galasso). Caracas: Ed. El Cid, 1977.
- Ensayos históricos* (Prólogo por J. Sanoja Hernández. Selección y cronología por R.R. Castellanos). Caracas: BA, 1981.
- Bolívar*. Prólogo por R.R. Castellanos. Caracas: Ed. La Gran Pulpería del Libro Venezolano, 1984. 3 vols.
- Diarios de mi vida*. Prólogo y selección de A. Rama. Caracas: Ed. Monte Ávila, 1991.

B

a) Bibliografía

- CASTELLANOS, Rafael R. *Rufino Blanco-Fombona. Ensayo bio-bibliográfico*. Caracas: Ed. Congreso de la República, 1975.
- LOVERA DE SOLA, Roberto J. «Bio-bibliografía de Rufino Blanco-Fombona» y «Contribución a la bibliografía de Rufino Blanco Fombona». *Imagen* (Caracas), 101-102 (1975): 195-205.
- RIVAS, Rafael A. *Fuentes para el estudio de Rufino Blanco-Fombona. 1874-1944*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1979.

b) Estudios

- BARRADAS DE TOVAR, Aura. *Rufino Blanco-Fombona. De «El hombre de hierro» a «El hombre de oro»*. Caracas: Fondo Editorial Lola de Fuenmayor, 1986.
- CARMONA NENCLARES, Francisco y otros. *Rufino-Blanco Fombona. Su vida y su obra*. Caracas: Ed. Cecilio Acosta, 1944.

GRANELL, Manuel. «Rufino Blanco-Fombona y la vida». *Del pensar venezolano*. Caracas: Ed. Catana, 1967: 107-153.

RAMA, Ángel. *Rufino Blanco-Fombona y el egotismo latinoamericano*. Valencia (Venezuela): Ed. Universidad de Carabobo, Dirección de Cultura, 1975.

(GSPD)

CRONOLOGÍA

- 1874 Rufino Blanco Fombona nació en Caracas, el 17 de junio de 1874 y falleció en Buenos Aires el 16 de octubre de 1944. Hijo de Rufino Blanco Toro e Isabel Fombona Palacio.
- 1892 Participó en la Revolución Legalista. Colaboró en la revista *El Cojo Ilustrado*. Ejerció como cónsul de Venezuela en Filadelfia hasta 1894. Desde este lugar envió el poema titulado «Patria», al certamen promovido con motivo del centenario del nacimiento del Mariscal Antonio José de Sucre y obtuvo el premio literario.
- 1894 Se hizo colaborador de la revista *Cosmópolis*.
- 1896 Viaja a Europa como agregado de la legación venezolana en Holanda.
- 1898 Fue designado cónsul de Santo Domingo en Boston.
- 1899 Publica su primer libro titulado *Trovadores y trovas*, que se compone de textos en prosa y verso.
- 1900 Fue designado Secretario General del estado Zulia y publica su primer libro de relatos: *Cuentos de poeta*.

- 1901 Es nombrado cónsul en Holanda. Mientras ejerció el cargo viajó por diversos lugares de Europa.
- 1902 Publicó un ensayo titulado *La americanización del mundo*.
- 1903 Publica *Más allá de los horizontes*, libro heterogéneo que reúne en su mayoría impresiones de viaje.
- 1904 Aparece el libro de poesía *Pequeña ópera lírica*, con prólogo de Rubén Darío.
- 1905 Regresa a Venezuela durante el gobierno de Cipriano Castro, para ejercer el cargo de gobernador del territorio Amazonas. Se opuso al monopolio del caucho, por lo cual se vio envuelto en un caso sangriento que le procuró la prisión en la cárcel de Ciudad Bolívar. Fue allí donde escribió *El hombre de hierro*.
- 1906 Al recuperar la libertad se vuelve a Europa hasta 1908, cuando retorna a Venezuela.
- 1908 A poco de iniciado el gobierno de Juan Vicente Gómez rechaza el ofrecimiento de un cargo diplomático en el exterior. En su condición de secretario de la Cámara de Diputados le dirige una carta de protesta al dictador, por considerar que la permanencia de barcos estadounidenses en las costas venezolanas constituía una violación de la soberanía nacional.
- 1909 Enseguida fue detenido en la cárcel «La Rotunda», donde permanece durante ese año.
- 1910 Recupera la libertad e inicia un largo destierro de veintiséis años durante los cuales escribe, entre otros títulos, los diarios: *La novela de dos años* (1929) y *Camino de*

imperfección (1933). Lleva una vida intensa en amores y prolífica en la escritura.

1913 Publica las *Cartas de Bolívar* (1913), con prólogo de José Enrique Rodó y extensas notas suyas.

1914 Los sucesos de la Primera Guerra Mundial le impulsan a mudarse de Francia a España.

1915 Funda en Madrid la Editorial América, destinada a dar a conocer numerosas obras del pensamiento hispanoamericano. Su gran visión como editor le inspiró la creación de colecciones como la Biblioteca Americana, Biblioteca Andrés Bello y Biblioteca Ayacucho, que tuvieron excelente acogida en Europa.

1917 Su editorial publica el célebre volumen *Grandes escritores de América*, que reúne estudios sobre Andrés Bello, José María Hostos, Juan Montalvo y Manuel González Prada, con prólogo de Don Miguel de Unamuno.

1918 Fue designado cónsul de Paraguay en Lyon.

1921 Da a conocer su célebre ensayo *El conquistador español del siglo XVI*.

1928 Desempeñó el cargo consular en Lérida hasta 1925.

1929 Publicó *El modernismo y los poetas modernistas*. En toda la prosa ensayística el autor muestra un especial interés por aspectos psicológicos y sociales.

1925 Varios notables escritores españoles le postulan para candidato al Nobel de Literatura.

- 1927 Su joven esposa, antigua novia suya en Caracas, con quien había contraído nupcias el año anterior en Madrid, descubre una relación paralela y estable entre el escritor y otra mujer, y se suicida.
- 1931 Residenciado en Madrid, se adhirió a la causa de la República española.
- 1932 Fue nombrado gobernador de la provincia de Almería.
- 1933 Ejerció como gobernador de Navarra.
- 1937 Regresa a Venezuela tras la muerte de Juan Vicente Gómez y es designado Presidente del estado Miranda. Se publica en Chile *El espejo de tres faces*, una recopilación de ensayos y artículos sobre temas hispanoamericanos y universales.
- 1939 Recibe el nombramiento como individuo de número de la Real Academia Nacional de la Historia. Actuó como Ministro de Venezuela en Uruguay hasta 1941.
- 1942 Durante estos años finales de su vida escribió varios estudios sobre el Libertador. En *Bolívar y la guerra a muerte* analiza el período más sangriento de la guerra de Independencia.
- 1943 Se publica *El espíritu de Bolívar*, un ensayo de interpretación psicológica y un poemario titulado *Mazorcas de oro*.
- 1944 Muere durante un viaje a Buenos Aires y sus restos fueron repatriados el 8 de diciembre de 1944.
- 1975 El 23 de junio de 1975 sus restos fueron trasladados al Panteón Nacional.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	VII
<i>Criterio de esta edición</i>	IX
PRÓLOGO	XI
DIARIO DE MI VIDA. LA NOVELA DE DOS AÑOS (1904-1905)	1
1904. PARÍS-AMSTERDAM-MADRID-CARACAS	3
1905. CARACAS-ALTO ORINOCO-CIUDAD BOLÍVAR	27
CAMINO DE IMPERFECCIÓN	91
1906. CARACAS-MACUTO-LA VICTORIA	93
1907	123
1908. PARÍS-A BORDO-CARACAS	149
INTERMEZZO NECESARIO	173
1913. PARÍS-MADRID-PORNICHET, ETC.	183
NOTA FINAL	191
DOS AÑOS Y MEDIO DE INQUIETUD (1904)	197
1928. LA VIDA DEL CONSPIRADOR	199
1929	207
1930. EL MADRID DE ANTES DE LA GUERRA CIVIL	229
BIBLIOGRAFÍA SELECTA	237
BREVE CRONOLOGÍA	241

Este libro se terminó de imprimir
en octubre de 2004,
en Distrilibros,
Caracas, Venezuela.
Son 35.000 ejemplares
impresos en papel Bond 20

